

Todo por unas croquetas



LAIA ANDÍA ADROHER

Todo por unas croquetas

Laia Andía Adroher

Título original: Todo por unas croquetas

Autora: © Laia Andía Adroher

ASIN:

1ª edición, agosto de 2020.

Imagen portada: Ingrid Térmens

Diseño de portada: Patricia Vallés / Ingrid Térmens

Corrección/Maquetación: Elisa Mayo • elisamayoescritora@gmail.com

Aviso legal: Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir el contenido de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes, escenarios, eventos o sucesos de esta obra son ficticios, producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Amor es que te cedan la última croqueta del plato.

No hay nada que no mejore con croquetas.

No puedes gustarle a todo el mundo, no eres una croqueta.

Alguien que te quiere bien te hará croquetas.

A veces, cuando digo: «Estoy bien», lo único que necesito es que alguien me mire a los ojos, me abrace fuerte y diga: «He hecho croquetas».

Prólogo

Bueno, yo creo que todo libro debería empezar con una presentación de la protagonista, que no es otra que yo misma. Un poco triste, pero para una vez que me toca este papel, dejad que viva de mi ilusión. Mi nombre es Cristina, como la de *Vicky Cristina Barcelona*, y sí, cobra mucho sentido, puesto que mi madre se llama Victoria, y soy nacida en Barcelona; lástima que lo único que tenemos en común Scarlett Johansson y yo sea que las dos respiramos. En fin, que a cada uno le toca lo que le toca y debe conformarse con ello.

Tengo veintiocho años, mido un metro sesenta y tres —sí, toda una pulgarcita, pero dentro de la media española—, tengo el pelo castaño y ondulado, de esos que nunca te acaban gustando cómo quedan, y menos por la mañana, que se encrespa todo el rato y nunca parece que vaya peinada, y tengo los ojos marrones. Mis amigos dicen que de vez en cuando son verdes, pero solo para subirme la autoestima. Por lo que veis, soy lo más corriente que puede existir. Y no me quejo. Tengo una ochenta y cinco de pecho, o sea, doy gracias de que, de vez en cuando, se me noten y tengo una talla treinta y seis. Soy lo que se llama pequeñita. Pero va, que tampoco me va tan mal, que mi abuela me repetía mucho la frase de que «en el bote pequeño está la buena confitura».

Sí, eso lo hago a menudo, darme ánimos a mí misma. Incluso, en ocasiones, me miro en el espejo e intento hacer todo un ritual para convencerme de que va a ser un gran día o de lo guapa que voy a salir. Tenéis que probarlo, da una especial energía y, a veces, autoengañarse sienta de maravilla; la sonrisa con la que sales a la calle es realmente provechosa. No recurriría a eso si no fuera la persona más gafe del mundo, pero visto mis últimos acontecimientos, necesito adquirir toda la buena energía posible. Aunque, de momento, no entraremos en eso, centrémonos en mi presentación.

Soy la pequeña de cuatro hermanos, y podéis imaginaros lo que eso conlleva. Mateo, Adrián y Nico han sido, son y serán siempre mi sombra. De nada sirve que les diga que ya soy mayor de edad, y por bastante, o que me vean madurar, que para ellos seguiré siendo la niña pequeña de la casa. Ni el apoyo de Paula y Samanta, mis cuñadas, tengo, porque mis hermanos les han sabido comer muy bien el tarro en este aspecto. De todas maneras, ya los iréis conociendo, porque entrometerse en mi vida o sacarme de quicio, es, sin duda, su deporte favorito.

Nos mudamos hace demasiados años a las afueras de la ciudad, yo creo que todavía no andaba a dos patas. A mi padre le ofrecieron un cargo importante en un hospital y nos movilizamos todos por la causa. Tampoco vamos a quejarnos porque nos acostumbramos a la vida de pueblo, aunque esto casi es una ciudad en número de habitantes, y en mi caso, no me ha dado tiempo a echar de menos Barcelona, no llegué a acostumbrarme.

Pongámonos con las típicas preguntas; soy más de montaña que de playa, no porque no me guste el sol, sino porque la arena y yo no somos muy afines, o que me quede pringosa y sucia no me gusta. Bueno vale, en según qué «campos», no me importa. Soy más de noche que de día, lo de madrugar... digamos que no lo llevo muy bien y eso que mi trabajo me encanta. En cuanto a deportes, me gustan todos, me considero una chica bastante deportista, aunque si tuviera que decantarme por uno sería ir a correr, puesto que puedo hacerlo sola, en todos lados y a cualquier hora. Mi color favorito es el amarillo, sin duda alguna, este color me tiene más que fascinada. No suele ser un color muy querido, pero, para mí, es el mejor del mundo y os confesaré que tengo una

amplia colección de braguitas y tangas amarillos en el armario, todos ellos de encaje y monísimos de la muerte. Nunca me he parado a pensar a qué viene mi predilección por ello, pero es como una obsesión, todo lo que sea amarillo aumenta su valor para mí. Os iré dando más detalles de mis gustos a lo largo de la historia, por el momento, creo que ya es suficiente.

Miento, si algo es importante en mi vida, son sin duda mis preferencias culinarias. La primera, los *petit-suisse* de chocolate, no conozco ningún postre que consiga satisfacerme más, dejando de lado un orgasmo, claro. Una cucharada es puro placer para mí. Y no, no me aficioné a ellos porque decían que comiendo *petit-suisse* podría crecer más, que a la vista está que conmigo no ha funcionado; este es mi pequeño consejo para que no creáis todo lo que se dice en los anuncios. Mi nevera tiene toda una estantería con mil y uno de ellos, y podría caer perfectamente en un estado de histeria si la abriera y no encontrara ninguno donde toca. Mónica me matará algún día por ello, ya que siempre que viene a casa piensa que no me alimento de nada más y se desespera bastante. Pero, oye, cada una tiene sus vicios y mientras se puedan satisfacer... En fin, que son mi perdición, y si la gente puede morir por alcohol o tabaco, yo puedo morir por sobredosis de chocolate. ¿La otra? Las croquetas. Si a alguien no le gustan, miente. Desde el primer mordisco es sexualmente placentero. Y después de ese primer bocado, cómo se deshace en tu boca es totalmente orgásmico. No me canso de encontrar nuevas recetas y degustarlas a cualquier hora. Lástima que todavía no he encontrado la receta de mi abuela para conseguir saborear las mejores del mundo, sabemos que la escondió en algún lugar de su casa, pero nunca encontramos su famoso libro de recetas; por si acaso, sigo probando opciones. Sé que no es la comida más sana que puede existir, pero vida solo hay una como para no disfrutarla al máximo.

Pero dejemos de hablar de eso, que voy a acabar por hacerme unas ahora mismo y no tengo mucho tiempo, que estoy segura de que acabaréis por entenderme y os iréis todos a buscar unas croquetas para disfrutar de mi historia, y lo mejor es que descubriréis que es cierto y os provocará el mayor placer de vuestra vida. Vale, vale, dejo de fliparme, que tampoco estoy de muy buen humor.

¿Que por qué? Pues bien, como he mencionado, llevo el gafe en la sangre y lo más raro que pueda pasarle a alguien, pues siempre tiene que pasarme a mí. ¿Qué es lo último que me ha sucedido? Antes debo deciros que trabajo en el departamento de *marketing* de una multinacional, lo que conlleva que, en algunos momentos de ajetreo, puedo trabajar muchísimas horas y todas ellas sentada en una silla que lejos está de ser cómoda. Por culpa de eso, ayer estuve más de diez horas en la oficina, y mi pie derecho decidió que podía tomarse un descanso y dormirse. Claro que no contaba con que, al levantarme de la silla, mi pie seguiría en su quinto sueño y no reaccionaría al apoyarlo contra el suelo. Bueno, reaccionar sí que lo hizo, pero de manera errónea, y tan errónea que, junto a mi torpeza, acabé rompiéndome el tobillo.

Podéis reiros, os dejo; de hecho, el médico que me hizo la radiografía aún debe de estar descojonándose de mí. Porque, claro, dudo que haya conocido a mucha gente de esta guasa. Y ahora, nada, pues a llevar el yeso una temporada y luego la bota especial para poder caminar, que seguramente será más grande que yo. Es muy gracioso, yo misma me reiría si otro fuera el perjudicado, y debería aprender a mentir un poco mejor y así poder ocultar el verdadero motivo de mi lesión. No os penséis que no lo he intentado, pero me conocen demasiado y mis gestos me delatan. En un interrogatorio policial, seguro que sería el punto débil. Fue Nico quien me acompañó al hospital, y esa fue una de las peores decisiones que tomé; ahora lo más seguro es que me haga de guardaespaldas todo el día y temo que se instale en mi piso. Pero paso a paso, tiempo al tiempo.

Volviendo a Scarlett Johansson, os voy a decir que no he tenido ningún novio o ligue como Ryan Reynolds o Romain Dauriac, pero es uno de los pocos aspectos de mi vida de los que no me podría quejar. O más bien, mi amiga Mónica me lo tiene prohibido. No es que su vida amorosa sea peor que la mía, está felizmente emparejada con Gerard y totalmente enamorada, pero eso no quita que sepa reconocer la buena mercancía. Y ahí es donde entro yo. Estuve con Simón cinco años. Lo conocí en mi época universitaria y lo prolongamos una temporada. No voy a echar pestes de esa relación porque no podría. Simón es todo lo que cualquier chica estaría encantada de tener. Atento, cariñoso, sexualmente muy considerado, buena persona, divertido... y podría seguir enumerando una lista interminable de cualidades; si queréis imaginaros el perfecto príncipe azul de las películas Disney, esa es su descripción, solo que no era para mí. Yo necesito a alguien que me lleve la contraria, que me ayude a discutir, porque sí, debo admitir que me encanta discutir, y no solo por la recompensa del después, sino porque creo que lo llevo en mi ADN. Así que decidimos terminar, y sorprendentemente no lo pasé mal, o no tuve mi luto. Me supo muy mal por él, porque era como un osito amoroso, pero yo necesito un macho alfa, no un osito al que acurrucarme en la cama.

Después de esa historia, estuve un par de años disfrutando de la vida; creo que toda persona debería tener un período de esos. Uno que permita descubrir qué nos gusta, experimentar, probar y equivocarse. Si no pruebas diferentes platos, ¿cómo sabes cuál es tu preferido? Pues con las parejas es lo mismo; si te ciñes solo a una, estás destinado a equivocarte. Tienes que tener varias experiencias para estar convencido de cuál es la definitiva. Sí, ni que yo fuese una experta en esos temas, ahora bien, para dar consejos, nunca se está de más.

Porque sí, yo probé, disfruté y experimenté, hasta que Antonio se cruzó en mi camino. Fueron dos años; dos años que, para mí, fueron de ensueño. Era todo lo que soñaba por las noches y que jamás pensé que existiría. Y creo que por eso la caída fue lo peor de todo. No me apetece mencionarlo mucho, tendemos a querer olvidar todo lo que nos hace daño en la vida, y eso no sólo me hizo daño, sino que me rompió en mil pedazos. Marcó un antes y un después en mi vida y, sobre todo, cambió mi perspectiva de creer en el amor. No me apetece mucho hablar de un espécimen como este, un capullo como los que no deberían existir, así que no os invito a conocerlo. Vale, sé que antes he dicho que era todo lo que había soñado y que, posiblemente, fueron los dos mejores años de mi vida, admito que el amor ciego, pero la mentira más grande te devuelve a la realidad de un batacazo.

Dejemos el drama. Para drama el que viví después de esa ruptura, si es que puedo considerarlo como tal. Pero todo golpe te hace más fuerte y tras ello dejé de confiar en los hombres, dejé de dejarme engatusar por cualquier cara bonita y me centré en mí misma. Mucho tiempo, debo reconocer, aunque nunca sabré si suficiente. Porque el cuerpo es débil, y cuando aparece una atracción descomunal con un dios griego, hay que aprovecharla.

Y ahí es donde entra Ignacio. Buf, Ignacio. Sí, todos los entrenadores de gimnasio están de muy bien apreciar, lo diremos así para poder incluir también a todos esos hombres gambas, que de cuerpo están de infarto, pero la cara... ya es otra historia. A lo que iba, si todos ellos están estupendamente, no os podéis imaginar cómo está Ignacio. Creo que desde que es entrenador en mi gimnasio, no he faltado a ninguna de las clases, aunque debo añadir que tengo una motivación extra, que es nuestro encuentro posterior. Digamos que, de esta manera, hago un entrenamiento doble. Llevamos así aproximadamente un año, y no me puedo quejar, en absoluto, porque sexualmente estoy disfrutando como nunca. Solo que, a veces, pienso que nuestra relación se basa en eso, en nuestros encuentros esporádicos. Sí que hemos quedado para ir a cenar, ver una

película y esas cosas, pero nunca hemos hablado de lo que somos ni adónde vamos. Quizás sea mejor así, dejarse llevar y ya veremos adónde llegamos, pero tampoco sé si soy la única en su vida y tal... Esas cosas que, a veces, nos hacen comernos la cabeza. Al inicio, yo seguía tonteando con otros o disfrutando de más en las salidas nocturnas entre amigas, pero llegó un punto dónde, con lo que él me daba, tenía suficiente, no necesitaba ir a buscar a otros lados. Tampoco nos flipemos, que de eso solo hace un par de meses, lo que me preocupa es que no sé si me estoy acomodando en esta relación porque me satisface con lo que me da o porque realmente hay algo más. Así que debería hablar con él.

¿Por qué no lo he hecho ya? Pues porque no ha surgido, o porque estoy aterrada, quedaos con lo que queráis. ¿Y por qué lo pienso ahora? Pues muy sencillo. Nuestros encuentros suelen realizarse antes o después del gimnasio, lo del fin de semana suele ser muy puntual, por lo que ahora mismo tengo un pequeño problema... No voy a poder asistir a sus clases. Y voy a tener que pasar por el bochorno de contarle cómo me ha sucedido esto. Ya he dejado claro que una de mis grandes cualidades es que mentir se me nota a leguas, así que no malgastaré tiempo en intentar maquinar una historia que parezca más interesante que la mía. Soy patosa y gafe, todo junto, y cuando antes lo asuma y lo exponga, mejor. Y queriendo ser positiva, esto puede servirnos para mirar si solo disfrutamos con lo que tenemos o queremos más. Me río de mí misma pensando en que pueda aguantar más de dos días sin tirármelo. A ver cómo me las ingenio para... ya me entendéis. Además, como Nico decida finalmente instalarse en mi casa para hacerme de niñera, esto se va a poner todavía peor.

Después de este breve apunte, vuelvo a mi historia en la que ya estoy viendo aparecer a mi dios del sexo particular. Hoy le tocaba recogerme para ir juntos a mi tortura de *steps* semanal, y he preferido no avisarlo por mensaje, estas noticias hay que afrontarlas a la cara. Vale, y eso me servía a mí como excusa para verlo. Qué guapo es, ¡joder!, y qué tremendo está.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —me dice nada más llegar esbozando una sonrisa a modo de burla.

—Pues... algo gracioso... —le adelanto.

—Vamos a tomar algo y me lo cuentas, llamaré para que Vero se encargue de mi clase.

Y me sorprende que sea capaz de esto por mí, es el primer gesto romántico que ha tenido, así que no seré yo quien se queje, que voy a necesitar unos cuantos mimos de más.

Capítulo 1

Cristina

Llevo una semana en casa y esto es un infierno. Nico finalmente decidió instalarse, más por obligación de mi madre, que de esa manera se quedaba más tranquila, que por otra cosa, pero tengo un perrito guardián las veinticuatro horas del día. No, Nico no se queda encerrado en casa todo el día, pero el resto de la familia se turna para hacerme visitas y que no me quede sola. No recuerdo la última vez que tuve tanta vida familiar. Entretenida estoy un rato, pero no de la manera que me gustaría.

Ignacio vino el otro día a verme, mis hermanos no sabían de su existencia, y lo mío me costó escondérselo, así que tuve que presentarlo como un amigo más para que no me sometieran a ningún interrogatorio. Visto que tenía compañía, Nico aprovecho para salir con sus amigos y así me dejaba respirar un poco. Hemos estado hablando por mensaje, y yo misma me estoy dando cuenta de que lo que teníamos era sexo y diversión, aceptado lo tengo. Para él también significo lo mismo, nos estamos echando de menos, pero no de la manera que deberíamos. Ahora he comprobado que podemos tener una amistad increíble y que me lo paso muy bien con él sin tener que ir a la cama. No siento lo que debería para que sea mi pareja, así que puedo separar las cosas en este caso. Lo que significa que no voy a renunciar a nuestros encuentros esporádicos mientras podamos disfrutar el uno del otro. Ambos sabemos que la tensión sexual y la atracción entre nosotros sigue muy viva, así que no vamos a desaprovecharla, por el momento.

—¿Qué te apetece cenar hoy? —pregunta mi hermano al llegar.

—Os he traído berenjenas rellenas por si os apetecen —contesta Samanta, que hoy le ha tocado a ella ser la niñera por la tarde.

Se levanta y va a ayudar a Nico a preparar los platos, mientras yo aprovecho para cotillear un rato por internet y me relajo un poco, que hoy hemos ido a pasear con mi cuñada y tengo los brazos hechos polvo de las muletas; empiezo a plantearme si trabajaba muy bien en el gimnasio, al menos, algunas partes de mi cuerpo. Una vez está todo listo, Samanta se despide de nosotros, y nos sentamos a cenar.

—Traes buena cara, ¿has encontrado ya a alguien por quien sustituirme? —le pregunto, por probar suerte.

—Hermanita, por mucha chica que apareciese, tú seguirías siendo la única en mi vida. —Ser la mujer de cuatro hombres es el precio a pagar en mi familia—. ¿Tú me vas a contar quién era el chico del otro día?

—Nadie importante... —Y en el fondo es verdad.

—¡Y nosotros nos chupamos el dedo! —Se ríe—. Desde Simón, no hemos conocido a ningún maromo más... y antes de que te embales, Antonio no cuenta. —Esa es una puñalada muy dura—. Y tienes nuestros genes, así que es técnicamente imposible que no hayas estado con nadie más desde entonces. —Hago intención de decir algo—. Vale, mejor no saberlo, ¿me lo presentarás?

—Nos conocemos suficiente como para saber que, si hubiese otro, serías el primero en saberlo. —Eso también es verdad—. Pero Ignacio es un entrenador del gimnasio, y solo lo pasábamos bien; ahora, como podrás entender, es complicado....

—O sea, ¿qué te ha dejado por ser coja?

—No me ha dejado, porque no estábamos juntos —le especifico—. Hemos dado un parón a nuestro maratón. —Mejor si hablamos el mismo idioma.

—Deberías seguir los pasos de Mateo y Adrián y no copiarme tanto a mí. Además, no quiero tener que presenciar ningún tipo de espectáculo, que puede ser muy gracioso en tu estado, ni tener que pelearme con nadie...

—Tengamos la fiesta en paz, o te vuelves a casa —lo amenazo antes de que prosiga con este tipo de conversación.

El resto de la cena se hace con las noticias de fondo, así que aprovecho para que los conozcáis. Ya sabéis que tengo tres hermanos mayores. Mateo tiene treinta y cinco años, se casó hace seis con Samanta y tienen dos renacuajos monísimos. Luego está Adrián, que tiene treinta y tres y se casó el año pasado con Paula; el tema niños todavía no ha llegado, pero sé que, a pesar de que él teme que le salga un bala perdida, no les queda mucho para tener uno. Y finalmente está Nico, con el que tan solo me llevo un año y siempre hemos sido como Zipi y Zape. La poca diferencia de edad entre nosotros hace que nos llevemos mejor que bien y que tengamos esa afinidad que se ve más alejada con los otros, aunque los tres siempre han estado, demasiado, pendientes de mí. Nico no tiene pareja, yo creo que ni siquiera la busca, está bien como está y, teniendo el éxito que tiene, estoy convencida de que está satisfecho, lo raro es que siga en casa de mis padres. Por eso último, pasa mucho tiempo en mi piso, y más cuando yo estaba con Simón que podía disfrutarlo a sus anchas. Ahora bien, una cosa es pasar tiempo y otra... instalarse, aún va a pensar que después de esta temporada lo voy a aceptar como compañero de piso. Eso ni en sueños.

Tras la cena nos hemos puesto una película, y no ha tardado en quedarse frito en el sofá, así que he decidido estirarme con él y hacerle compañía. Lo admito, mis muletas estaban demasiado lejos y sola no puedo desplazarme, una debe conformarse con lo que le toca.

Después de una larga comida familiar, hemos vuelto a casa, esta vez para arreglarme un poco. Hoy es noche de chicas, de esas que no solemos perdonar y que acabaría a altas horas de la madrugada si no fuese por la puñetera pierna que me tiene martirizada. Ajo y agua y a joderse, que más no puedo hacer. Lo que no iba a perderme era una cena con ellas, eso sí que por nada del mundo. Y menos hoy, que me tocaba escoger restaurante a mí, lo que se suele considerar una ventaja si no fuese porque en mi estado debo controlar un poco mi dieta, a sabiendas que no voy a quemar ni la mitad. En fin, que siempre me embalo.

Mónica le ha prometido a Nico vigilarme, y si no fuera por su gran relación con Gerard, me hubiese encantado que acabaran juntos; el revolcón ya lo tuvieron. No es que con Paula y Samanta no me lleve bien, ambas son encantadoras, solo que me hubiera emocionado tener una cuñada como Mónica, y además, con Nico hacen buena pareja, pero es un tema tabú para ambos y los dos han pasado varias páginas desde entonces. Hay gente a quien no le sienta bien que su hermano o hermana esté con un amigo suyo, a mi no me hubiese importado, siempre y cuando no se hicieran daño. Es mejor tenerlo con una amiga tuya que con una mala pécora.

- Tu hermano cada día está mejor —suelta Carlota, una vez en el coche.
- Su hermano siempre ha sido un dios —apunta Mónica.
- Sigo sin entender por qué lo rechazaste —se suma Daniela.
- Porque aguantar a Cris de cuñada hubiese sido terriblemente duro —se mofa.
- Muy graciosa —le replico—. Y dejad de hablar de mi hermano que me tiene saturada.
- Será porque él no puede saturarte de la manera que quieres. —Se sigue riendo Carlota.

Lo jodido es que tienen razón, ya podría tener un compañero de piso *buenorro* del que poder aprovecharme cuando me pique. Porque tampoco estoy inválida, y la postura de la estrella podría realizarla sin problemas. Bueno, mejor no encenderse, porque hoy no vamos a poder salir de fiesta, así que lejos estoy de encontrar a alguien para complacerme, y menos tal y como estoy, que sería más el hazmerreír del local.

Nos sentamos a la mesa y algo que nos gusta demasiado es hablar poniendo la oreja. Y lo que acabamos de presenciar a nuestro alrededor ha dado mucho de sí y eso que todavía ni hemos pedido. Estamos rodeadas de dos parejas, o eso creíamos nosotras hasta que la chica de la mesa de la derecha se ha ido al baño y hemos oído una conversación un tanto sospechosa del hombre que la acompaña, por teléfono. La gran frase ha sido: «Cariño, pon a los niños a dormir que estoy reunido y voy a llegar tarde». ¿Perdona? ¿Alguien se cree eso? Es la excusa más mala que suelen poner para engañarte. Que aún queden hombres con tan poca vergüenza me aterra; vale, yo también le haría un favorcito a ese espécimen, pero hay que tener morro. Cabe la posibilidad de que sea su madre y nos estemos montando una película de Hollywood, pero tras fijarnos en su acompañante, dudo que tenga edad para tener hijos.

No tengo, precisamente, un radar para estos hombres, ya que en su día no supe saberlo y me arrepiento lo más grande, pero tras eso, estas situaciones me parecen repugnantes. Tengo un odio profundo hacia la gente que engaña a sus parejas, y más aún, cuando han decidido casarse con ellas. Si no lo tienes claro, no lo hagas, no vayas de hombre perfecto cuando realmente eres una pulga más. Y estoy siendo suave para lo que podría salir de mi boca en estas circunstancias. Sorprendida estoy de no haber montado un circo nada más colgar el aparato, pero Mónica sabe leerme la cara y siempre me frena antes de meterme donde no me llaman. Detrás de cualquier pareja puede haber una historia que ignoramos, y no me ha gustado nunca juzgar a los demás sin conocer. Claro que, por ilusa y confiada, a mí me tomaron el pelo de la peor de las maneras. De todas formas, nos ha abierto un largo debate y vamos a estar entretenidas.

Además, al otro lado tampoco se quedan cortos, que la chica va pidiendo más guerra que yo que sé, y el chico creo que viene muy dispuesto a ello, capaz serían de hacerlo debajo de la mesa, algo que podría apuntar en mi lista de fantasías, aunque los sitios públicos todavía no me van. Nunca digas nunca.

Nos vienen a tomar nota y, evidentemente, lo primero que pido son unas croquetas, si hemos venido aquí, en parte, es porque tienen las mejores croquetas de cocido que he probado, por ahora, y hoy me apetecían de esta clase, y caseras, caseras. Pero me imagino que no os habéis olvidado de mi relación con la suerte, y como no tengo suficiente con la pata que llevo, oímos como el hombre de la izquierda también ha pedido unas y ambos camareros han soltado a la vez:

—Disculpad, solo nos queda una ración.

Ahora sería un buen momento para maldecir que las mesas estuvieran tan pegadas como para oír ciertas cosas, pero prefiero pensar... ¿En qué puñetero restaurante solo les queda una ración de croquetas? De esas deberían tener provisiones infinitas por si hay una catástrofe y nos quedamos encerrados. Qué es sábado por la noche y no estamos cenando a las once, son las putas

nueve. Entendedme, yo por una croqueta mato, como dice la Esteban. Y si pudiera levantarme, ya le habría dado un par de hostias al vecino para que no se interpusiera entre ese plato y yo.

—Pues anote, una ración de croquetas —le digo muy serio al camarero.

—Disculpa, estábamos aquí antes de que os sentarais, así que la ración es nuestra —me responde el individuo.

—Yo con una ensalada tengo suficiente —le dice su acompañante, a lo que yo solo me puedo reír; venir a un restaurante como este y pedir ensalada... Ya os aviso que el día que haga eso, llamad a la policía, lo más seguro es que me hayan secuestrado.

—Ya lo ha oído, su chica se conforma con bien poco, a la vista está. —Le meto todo un repaso como indirecta—. Las croquetas son nuestras —sentencio.

—Haré caso omiso a tu comentario porque entiendo lo duro que es quedarse sin croquetas. Bego, marcha unas croquetas —replica el hombre, marcándose una mirada desafiante.

—¿Y si las partimos? —propone, apurado, el otro camarero—. Os traemos dos a cada uno.

—¿No ve que somos cuatro? —Mónica sale en mi defensa—. ¿No ve que está lesionada y lo está pasando muy mal? —Eso tampoco hacía falta, que ha provocado que todos vieran mi superpie enyesado.

—Bego, las croquetas —insiste el hombre impertinente.

—Pues nos vamos —les digo a mis amigas—. Puedes disfrutarlas a gusto, al menos que te metas algo natural en la boca hoy —me acerco para susurrarle antes de retirarme.

—Ya te gustaría a ti tener otra cosa en esa boquita. —Me sonrío cuando me separo, y yo creo que he perdido las bragas, pero eso no lo va a saber jamás.

Mis amigas se levantan, porque entienden que después del numerito es mejor retirarse, y seguro que encontramos otro sitio en el que cenar, pero cuando estamos esperando a que Mónica aparezca con el coche, vemos que el impresentable sale del local.

—Te dejas el bolso —me dice—. Cualquiera día te invito a unas croquetas caseras. —Será imbécil y encima me guiña un ojo.

Capítulo 2

Nando

La hostia que me acaba de dar; posiblemente, me la mereciese, pero a capullo no me gana nadie. Nunca me había encontrado en una situación como esta y, aunque sabía que Bego no se iba a interponer entre mis croquetas preferidas y yo, me ha gustado el numerito. O me ha gustado cómo se ha puesto la otra mujer. Como inciso confesaré que el restaurante es de mis tíos y que solo vengo los fines de semana porque ellos no están, lo que me permite traer a mis conquistas. Bego es mi prima pequeña y la mejor aliada de todas, así que puedo estar tranquilo. He visto marcharse a la chica misteriosa y, aunque parece poquita cosa, con el carácter que ha demostrado a mí me ha encendido como nunca. Posiblemente si no estuviese acompañado, la escena hubiese sido muy diferente, y ahora mismo la hostia me la hubiera dado en otro sitio. O vamos, eso es lo que me hubiese gustado a mí. Sí, tengo que admitir que las chicas con carácter suelen sacar lo mejor de mí.

De todas formas, por suerte o por desgracia, según se mire, estoy cenando con Virginia, una chica que conocí hace dos semanas en una estúpida reunión de negocios y que me demostró que fuera de la sala de juntas sabía manejarse muy bien. Estoy seguro de que a ella la escena que acaba de vivir le ha sobrado, porque, fuera de la cama, debe mantener una compostura, pero poco me importa. Ambos sabemos lo que va a pasar hoy y no hace falta ni que nos llevemos bien. Yo necesito un buen polvo, sacarme el gusanillo después del desastre de ayer, en el que la estirada que me llevé a la cama era lo más soso que he podido conocer, y ella quiere pasarlo bien antes de volver a su ciudad. O mejor dicho, cerrar estas dos semanas de sexo que hemos compartido. Las cosas hay que llamarlas por su nombre.

La falta de conversación durante la cena es evidente, pero no me molesta porque tampoco escucharía mucho lo que me está contando sobre su último viaje. No tenemos nada en común y no me gusta hacer esfuerzos en algo que no me va a quitar el sueño. Lo que me sorprende es que en cuanto me traen el plato con las croquetas de cocido de mi abuela, no puedo evitar que se me aparezca la cara de la mujer que teníamos hace unos momentos en la mesa del lado. Esa cara de enfadada, resaltando sus ojos marrones claros, y el pelo ondulado, cayéndole por debajo de los hombros. Era realmente guapa, eso no puedo negarlo. Y creo que tal y como se ha puesto, podría afirmar que un poco me ha encendido, un poco bastante. Yo la hubiese hecho callar al instante, pero a comportarse me han enseñado en casa.

—¿Te pasa algo? —interrumpe Virginia mis pensamientos.

—Nada. —Intento reponerme, porque mi amiguito ya se había despertado—. Satisfecho de haber ganado la batalla —añado, ofreciéndole una croqueta.

—¿No te ha dado pena? Yo con esa pata no saldría ni al portal. —Claro, ella tiene un *glamour* que mantener.

—Ni siquiera me he fijado —miento, porque no me apetece ponernos a hablar del incidente o la noche acabará peor de lo que espero.

Por suerte, Virginia entiende que es mejor hacer como si nada y seguir con la cena tranquila si quiere que acabemos donde teníamos planeado. Siento ser tan frío, pero ninguno de los dos tiene por qué mostrar más interés del necesario. Ambos sabemos que tardaremos un par de meses en vernos y repetir lo de estos días, así que nos dedicamos a hacer lo que nos satisface a los dos. Debo añadir que, aunque tuviésemos más tiempo, no lo compartiríamos de otra manera, ninguno de los dos tiene pensado mantener algo más de lo que hemos acordado.

Después de la cena nos dirigimos a mi casa; si fuésemos a su hotel, podría sentirme más brusco y tanto ella como yo somos conscientes de las normas. Nada de cariños, mimos o dormir juntos. Si todos aceptamos el plan, no hay reproches que valgan. Cuando voy a poner la llave en la cerradura suena una melodía extraña y horrible de dentro de mi chaqueta. Por un momento, olvidé que me había quedado con el móvil de la pobre inválida, puestos a tocarle las narices a alguien, hay que hacerlo bien. Y entre nosotros, confesaré que me muero de ganas de volver a ver esa cara de enfadada, que no me ha dejado para nada indiferente. Lo cojo, más por apagar la música que suena, y observo que aparece el nombre de Nico en la pantalla. Qué raro, pensaba que se habría dado cuenta antes y que alguna de sus amigas hubiera llamado para localizarlo. De todas maneras, descuelgo, no quiero que piensen que se lo han robado y pueda ocasionarme problemas innecesarios.

—Cris, Mónica me ha dicho que te ha dejado hace una hora en casa y sigo sin verte, te he enviado varios mensajes y nada, ¿se puede saber dónde andas? Porque encima ni puedes andar...

—Disculpe, no soy Cris —intervengo antes de que siga con su discurso.

—¿Ignacio? —pregunta entonces.

—Tampoco.

—¿Le puede pasar el móvil a mi hermana? Ya está bien de juegucitos.

—Pues verá... su hermana se dejó el teléfono en el restaurante, tenía intención de llamar a alguien pero al no poder desbloquearlo... —me justifico.

—¿Mi hermana olvidándose el teléfono? —se sorprende—. Como le haya hecho algo, ya puede temer por su vida —me amenaza—. Dígame ahora mismo dónde está que voy a por él.

Le doy mi dirección porque el tono no me gusta ni un pelo, y dice que estará ahí en nada y menos. Está claro que haré que Virginia se lo entregue para ahorrarme el mal trago de tener que enfrentarme con este hombre hoy. Me ha jodido los planes de tener una excusa para volver a encontrarme con ella y lo que menos me apetece es tener que lidiar con un hermano protector. En mi mente ya había imaginado que una de sus amigas llamaría y la acompañaría a recogerlo, ya que han vuelto a remarcar que tiene la pata jodida y sola no hubiese podido. Ese habría sido mi momento para volver a tenerla enfrente, y tal vez entonces, las cosas se habrían desarrollado de otra manera.

—¿Quién era? —me pregunta la mujer que me acompaña, mientras se acerca a mí pidiendo guerra.

—Una de las chicas se dejó el teléfono en el restaurante, vendrá su hermano a por él en un rato, ¿podrás bajar a devolvérselo? Mientras, voy poniendo un par de copas de vino. —Le tiendo el móvil y me dirijo a la cocina.

De esta manera evito tener que alargar esta conversación e intento que sea el vino el que consiga relajarme un poco. Me tomaré mi tiempo para elegir la botella y ponerme un poco más cómodo para regresar a la noche que me espera. La interrupción telefónica me ha dejado un poco

con mal sabor de boca. ¿Será Ignacio su pareja? No tendría que molestarme, solo es que sé cuándo una mujer puede satisfacerme nada más verla, y ella se aproximaba bastante. ¿Por qué no está en casa si la han dejado ahí hace tiempo? ¿Le habrá pasado algo? No es de mi incumbencia y no debería preocuparme, no suelo hacerlo por nadie, pero inevitablemente me estoy preguntando estas cosas. Al menos he descubierto algo más, que se llama Cristina y que tiene un hermano psicópata que se llama Nico. Lo sé porque, al colgar, he podido observar la cantidad de mensajes que este le ha enviado. También tenía alguno de una tal Mónica, que he podido deducir que era una de las que la acompañaban hoy.

La primera copa me la bebo de un trago, mientras Virginia baja al portal a lidiar con el asunto. Necesito dejar de pensar en el incidente y poder disfrutar de la noche que se me planteaba hace unas horas. Virginia es una mujer muy explosiva, y estoy seguro de que en cuanto me de el primer beso, o se quede en ropa interior delante de mí, podré disfrutar de lo bueno.

—Te has perdido un monumento —me suelta cuando cierra la puerta—. Lástima que la simpatía no lo acompañaba.

—¿Más que yo? —Debo ponerme en materia cuanto antes.

—Evidentemente, pero le he pedido su número y el moco ha sido poco.

—¿Te ha rechazado a ti? —Digamos que, si no habla, no pueden rechazarla, y no les ha dado tiempo a intercambiar muchas palabras.

—Yo tampoco me lo creo, en fin... ¿por dónde íbamos?

Le tiendo su copa y me acerco a ella para darle un beso y encendernos. No quiero seguir hablando del hermano de una persona que no volveré a ver. Lejos está de molestarme el comentario de que está mejor que yo, tampoco me afectaría que estuviera pensando en otro mientras nos lo montamos. A mí mientras me complazca, el resto me importa un pepino. No es la mujer de mi vida, esa ya hace tiempo que descubrí que no existía, y a mí solo me apetece divertirme.

Y puedo comprobar que ella juega al mismo juego. Tardamos bien poco en ponernos en materia y un poco más en quedarnos satisfechos. El buen sexo es lo que tiene, que no suele durar mucho, pero se saborea al máximo.

Cuando Virginia se va, me tumbo en la cama y en mi mente viene lo rara que ha sido la noche y lo extraño que me siento yo. Si cierro los ojos, solo hay un rostro que se me aparece y lo peor de todo es que no entiendo por qué. A ver si logro dormir, descanso y me saco esta tontería que me ha sorprendido hoy. Que hasta he logrado hacer una chiquillada, robándole el móvil, y me ha salido el tiro por la culata.

Mi única baza para volver a verla se ha esfumado, así que no debería ni dedicarle dos minutos.

Capítulo 3

Cristina

Han pasado casi tres semana desde mi accidente, por llamarlo así, y hoy tengo hora con el traumatólogo para hacerme una nueva radiografía. A ver si pueden cambiarme ya el yeso por la bota y me dan una alegría para seguir progresando. Estoy a un paso de volverme loca, y digamos que ya de por sí, no estoy muy cuerda. Me acompaña mi hermano Nico, que ya es mi niño oficial, más desde la bronca que me cayó por lo del teléfono y no regresar directamente a casa esa noche. Solo necesitaba sentarme un rato en el parque y dejar de sentirme encerrada por unos minutos, tampoco creía que se preocuparía tanto por mí. Pero en fin, que todo eso quedó en nada.

Mi padre es cirujano y tiene un buen puesto y una fantástica reputación, así que en temas sanitarios, nunca hemos tenido problemas. Ahora se ha empeñado en que vaya a ver al doctor Bardaro, dice que es de los mejores que hay y que nuestro traumatólogo habitual ya está mayor. Además, este tiene también la carrera de fisioterapeuta, así que podrá ayudarme con la recuperación. En este campo, si lo dice mi padre, el resto debemos quedarnos calladitos y acatar sin rechistar. Yo con tal de que sea bueno y me lo cure, tengo suficiente. Que tengo unas ganas de poder volver a hacer vida normal que ya creo que se me saltaran las lágrimas en cuanto dé mi primer paso.

—Luego he quedado con Enrique y Roberto, ¿te apetece venir? —me pregunta mi hermano, cuando nos subimos al coche.

—¿Me vas a dejar ya ligar con Enrique? —Hay que decir que es el mejor de todos sus amigos y que ya nos enrollamos en su día.

—¿Tú crees que con la pata así eres capaz de ligar con alguien? —Es la broma con la que lleva martirizándome dos semanas; este puede irse preparando para cuando me ponga buena.

—Qué sepas que cada vez me queda menos para borrar esa sonrisa, pero no voy a ir, he quedado con Ignacio y va a venir a ver una película a casa.

—Hermanita, no quiero escenas ni ruidos raros cuando llegue, eh —me advierte.

—Te recuerdo que es mi casa. —Por si se le olvida y soy yo la que se encuentra las sorpresas.

—Solo aviso, que no quiero tener que ir a Urgencias por malas posturas.

Mejor no contesto, que a este, si le das cuerda, es capaz de soltar cualquier barbaridad, y hoy me he levantado de buen humor. Primero, porque espero buenas noticias del médico, y segundo, porque me apetece mucho el plan de esta noche. Vale, lo admito, llevo tres semanas sin echar un polvo y esto es demasiado para mí. No sé cómo me las arreglaré, pero necesito tener un encuentro para no volverme loca. Es lo malo cuando te dan mucho y te acostumbras a lo bueno, que con un mínimo de abstinencia se pasa, realmente, fatal.

Avisamos de nuestra llegada en recepción y le digo a mi hermano que puede ir a saludar a papá mientras me atienden, ya iba a entrar sola a la consulta y tampoco puedo engañarles, puesto que mi padre podrá ver los resultados y conocer el diagnóstico. Tener un padre médico tiene muchas cosas buenas, pero también las tiene malas. Afortunadamente, no tardan mucho en llamarme y el

trayecto con las muletas no es muy largo; estoy de ellas hasta el mismísimo gorro. Porque me obligan a salir a que me dé el aire, si no, por su culpa, me hubiese quedado en casa todo este tiempo.

Entro en la sala y observo al médico de espaldas. Bueno, más bien, le observo el trasero que lo tiene, realmente, bien puesto. O yo estoy muy salida y empezando a delirar, o ahora mismo me gustaría otro tipo de consulta. Pero todo se desvanece en cuanto se da la vuelta. ¡No me lo puedo creer! No olvidaría ese rostro ni aunque me lo propusiera.

—¿En serio? —pregunto más a mí misma que a él—. Discúlpeme, pero voy a pedir un cambio de trauma. —Hago ademán de levantarme, mi padre tiene un nombre aquí y no puedo montar ninguna escena, estúpidas normas de mi casa.

—¿Perdone? Soy el doctor Bardaro, y si se sienta, podremos hablar de su lesión —¿De verdad que va a hacer como si nada?

—¿Me está tomando el pelo? —Lamento confesar que soy de aguantar muy poco los nervios—. Usted no se acordará de mí porque debe de creerse el centro del universo, superior a los demás, y debe joder a todo el mundo sin escrúpulos, pero yo no me voy a dejar tratar por un hombre como usted. Deríveme a otro médico y evitemos que mi padre se entere de todo esto. —Su cara parece un poema de sorpresa, pero yo no olvido un rostro si se trata de alguien que me ha robado unas croquetas.

—Disculpe, señorita Gabás, lamento si he podido ofenderla en algún momento, pero vamos a ser profesionales y empezar con la consulta.

—¿Ofenderme? —La risa sale disparada—. Me jodió una cena, se rio de mí y me robó el teléfono; eso sí, tuvo que enviar a su fulana a devolverlo, porque no tuvo huevos de ver a mi hermano. Que sepa, pringado, que su amiguita intentó montárselo con él, pero mi hermano tiene más clase que usted. Y ahora, si me disculpa, no voy a seguir encerrada en una habitación con usted. —Me levanto y, antes de que pueda replicarme, ya he salido por la puerta.

Será que yo tengo muy buena memoria para lo que quiero, pero su cara me ha dejado un poco mosca. No digo que deba acordarse de mí, soy una mierdecilla comparada con la mujer que cenaba con él aquel día; ahora, todo hombre se acuerda de una mujer que lo ha abofeteado, eso sin duda. O eso tengo aprendido yo.

Con lo contenta que venía y lo poco que he tardado en ponerme de mal humor. Voy a tener que ir a hablar con mi padre porque no puedo perder esta cita médica, aunque tenga que venir mañana, quiero que me saquen esto ya o, al menos, que me lo cambien, que ya empieza a oler hasta mal. Tengo que medir mis palabras y que mi padre no se enfade conmigo, porque soy consciente de que, si le cuento que fue todo por unas croquetas, es capaz de meterme la peor bronca del mundo. No entiendo cómo no puede considerarlo un motivo de peso suficiente, pero lo conozco como para saber que me obligaría, prácticamente, a pedirle perdón. Subo a su despacho y nada más verme ya sabe que ha ocurrido algo.

—Me acaban de informar de que te has ido de la consulta antes de pasar por rayos... —Ni un hola por su parte, suerte que sé de sobra cómo se comporta en horas de trabajo, mi hermano solo está aquí para reírse de mí.

—Quiero otro médico. —No me apetece dar más explicaciones.

—Cris, el doctor Bardaro es el mejor en estos casos y no voy a dejar que te trate otra persona. —Cuando se pone en este plan es para apostar a que no habrá discusión que valga.

—Pues yo no voy a dejar que sea él.

—Entonces, ¿prefieres no curarte?

—Hermanita, seguro que puedes con un cincuentón anticuado —interviene Nico, porque así acostumbran a ser nuestros médicos, de la generación de mi padre.

—Oh, no, Nico —responde él—. El doctor Bardaro es joven, tiene treinta y tres años y encajaría con tu hermana si no fuera porque está casado y con dos hijas.

¿Perdona? ¿Casado? ¿La del otro día era su mujer? ¿Y tuvo el morro de mostrarme ese descaro? ¿Veis?, lo que os decía, que a estas alturas ya no te puedes fiar de nadie y es mejor no caer en las garras de ninguno. La verdad es que no doy crédito, de todas maneras, me da igual que esté casado, con hijos, la edad que tenga y si es joven o viejo, no voy a volver a dirigirle la palabra a ese personaje.

—¿Así que lo que te preocupa es que te ponga? —Una hostia se merece ahora mismo Nico; suerte que con las miradas podemos entendernos y sabe bien que no debe seguir por ese camino.

—Me dice que mañana puede recibirte a la misma hora —apunta mi padre—. Le he dicho que hoy no te encontrabas bien y si podía hacerte un hueco mañana.

—Nico, nos vamos. —No voy a entrar en una discusión que no lleva a ningún puerto.

Yo debo de haber hecho algo muy malo en otra vida, si no, no me lo explico. Todas las desgracias me vienen a mí, y lo jodido es que vienen todas juntas. Ya podrían dar un poco de tregua y tener un mal momento solo de vez en cuando, nada, cada puñetero día de mi vida, que parece hasta que me estén gastando una broma. Si estuviera en plenas facultades, otro gallo cantaría y le bajaría los humos a ese impresentable de un plumazo, pero con una pata menos, poco puedo hacer. Si hay alguien ahí arriba, por favor, ¿podrías ayudarme por una vez en tu vida?

No quiero volver mañana, no quiero tener que volver a verlo otra vez. Y lejos está mi hermano de tener razón, sería incapaz de caer en las redes de un tipo como él. Estos que se creen más que el resto y que piensan que con un chasquido de dedos tienen a medio mundo bajo sus pies. Pues bienvenido al mundo de Cristina, y si tienes que ser mi médico, ten por seguro que vas a ser tú quien acabará por pedir un cambio de paciente. No, no me estoy contradiciendo, solo estoy aceptando mi derrota. Si mi padre ha dicho no, será no, me ponga como me ponga. ¿Dónde queda eso de que las niñas somos el ojito de papá? Porque en mi casa eso no existe, ya me gustaría a mí poder ablandarlo alguna vez y salirme con la mía.

—Que sepas que el superdoctorcito es el tipo que me robó el móvil el otro día —le suelto a mi hermano, cuando nos dirigimos a que me deje en casa.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, sabes que tengo memoria fotográfica y no olvido una cara... —Y si pienso en ello... no, sería incapaz de olvidar a un tipo tan atractivo, para mi desgracia, claro.

—Cris, la chica que me lo devolvió me dijo que estaba con un cliente de su último proyecto, dudo que se trate de un médico, y mucho menos de su mujer.

—Pues debe de ser prostituta.

—Papá ha dicho que está casado —me rebate.

—¿Y eso sería un impedimento? —Engañar está a la orden del día, por lo visto.

—No entraremos en ese debate. —La mirada de compasión no hacía falta—. Si tan convencida estás, yo mismo te ayudaré con ese plan maléfico que tengas en mente. —Nos conocemos demasiado bien—. Pero asegúrate de no equivocarte.

Estoy más que convencida, y si se me ha metido en la cebollita que tengo razón, no habrá nadie que pueda convencerme de lo contrario. Zipi y Zape van a volver al ataque, y este no sabe con quién va a tener que enfrentarse. Su mujer y sus hijas van a ser un daño colateral, pero al menos, sabrán a quien tienen en casa. Y se lo ha ganado a pulso, más por el numerito que ha montado

haciendo ver que no me conocía. Este quiere hacerle la pelota a mi padre y se ha pensado que utilizando su sonrisa lo olvidaría todo. Pues no, ya pasé por aquí una vez y me lo comí todo solita; no quise que nadie saliese perjudicado por ello, suficiente tenía con lo que sufrí, así que, esta vez, lo siento mucho por los que no tienen la culpa, ni son responsables, en el fondo, solo les estoy haciendo un favor.

Ahora más que nunca necesito mi noche con Ignacio, si consigo destensarme podré pensar con más claridad mi plan de venganza. Si debemos jugar, hay que saber quién es el otro jugador y, sobre todo, a qué estamos jugando. Una vez tenga claro esto, sabré qué debo utilizar para ganar, y mi vena competitiva está más que preparada para salir. Estando de baja tengo demasiado tiempo libre, muchas horas para poder maquinara. Algo divertido tenía que encontrar, pues mira, me lo han puesto en bandeja.

Mañana Nico no podrá acompañarme y me tocará ir con Mateo, pero a la siguiente voy a intentar que sea mi gran cómplice y me ayude realizar las preguntas oportunas para poder asegurarnos de que es la persona que digo. Yo no tengo dudas, pero necesito que él esté completamente convencido o no se involucrará como quiero. Nadie me quita unas croquetas, y este todavía no sabe con quien se ha topado.

Capítulo 4

Nando

—¿Fer? —Descuelgo el teléfono, porque es sumamente extraño que mi hermano me llame a las diez de la mañana.

—Me puedes explicar qué has hecho esta vez... La hija del doctor Gabás acaba de montarme un numerito en la consulta y, por la descripción, estoy seguro de que nos ha confundido.

—No sé quien es la hija del doctor Gabás. —En mi agenda no tengo ninguna mujer con ese nombre—. A no ser que fingiera ser otra persona, no la he conocido todavía.

—No estoy para bromitas, Nando, sabes lo importante que es para mí la aprobación de este doctor, me ha confiado la lesión de su hija y debo hacer un buen papel. Arregla lo que tengas que arreglar, mañana va a volver a mi consulta y debo saber a qué atenerme.

—¿Puedes, al menos, darme detalles de lo que te ha dicho para intentar ubicarla? —Solo he visto al doctor Gabás en una ocasión y me pareció un hombre muy apuesto, seguro que tiene una hija a tener en cuenta y estoy convencido de que, de haber tenido algo con ella, no me olvidaría. Nunca se olvida una cara bonita, por muy larga que tenga la lista.

—Pues como breve resumen, después de pedir un cambio de trauma y de su cara de enfado descomunal al decirme que me creía el centro del universo, superior a los demás y que me gusta joder sin escrúpulos...

—Eso último es bien cierto —interrumpo. Vaya la verdad por delante, siempre.

—Ha dicho algo así como que le jodiste una cena, te reíste de ella y le robaste un móvil, el que luego hiciste que tu fulana le devolviera a su hermano porque no tuviste huevos. Y ha mencionado también que esta última intentó montárselo con él, pero su hermano tiene más clase que tú. ¿Te suena?

—Ahora que lo dices... sí. —Me río antes de que deba analizar todas las partes—. Tráele unas croquetas de la abuela mañana para firmar la paz y gánatela, nos vemos el viernes y hablamos del tema, no le digas nada hasta que nos veamos.

Cuelgo antes de que pueda replicarme nada porque conozco lo pesado que se puede poner. Ser padre debe de ser una experiencia maravillosa, y mis sobrinitas me tienen el corazón robado con tan solo dos años que acaban de cumplir, pero mi hermano se ha vuelto un cromañón desde entonces.

No puedo creer que la vuelvan a poner en mi camino, me hubiese encantado ver su cara en cuanto ha visto a mi hermano o, tal vez, ver la de mi hermano también con toda la situación. Ya me pareció que pudiera tener carácter, pero la escena que describe Fer ha sido muy reconfortante. De todo lo que ha dicho, solo hay dos cosas ciertas, que me gusta joder sin escrúpulos, a lo que estoy convencido de que le gustaría que le enseñara cómo, y que le robé el móvil. El resto es puro fruto

de su imaginación. Ahora, llamar a Virginia fulana es otro nivel. Sí que iba vestida de una forma provocativa, aunque dudo mucho que el vestido no fuese de una supermarca y ella no se sintiera la mujer más espectacular. ¿De verdad creyó que era prostituta? No tengo nada en contra de ellas, ni de los hombres que quieren pagar por sexo, solo que yo no he llegado a ese nivel. Su hermano tendrá más clase que yo, pero estoy convencido de que no sabe disfrutar de la misma manera, a ver si voy a tener que enseñarle lo que se perdió por no ser ella la que viniese a recuperar su teléfono.

Vale, *stop*. Me he perdido una gran escena de humor en la consulta de mi hermano, pero creo que me voy a divertir mucho a su costa. Ojalá le lleve las croquetas. Soy consciente de que no lo hará, Fer nunca sigue mis consejos, por muy buenos que sean. Además, esta es capaz de tirárselas a la cara y darle un bofetón bien dado, que ya comprobé su potencia en el momento. Me sabe mal que justo sea la hija del hombre más querido en el hospital y que el puesto de mi hermano pueda verse en peligro, un daño que asumiré con tal de divertirme.

Por si os lo estáis preguntando, han pasado unas tres semanas desde el incidente, pero la escena la tengo muy grabada en mi mente. Me gustaría encontrar un motivo que justificara esos pensamientos, pero no lo tengo. Solo que su rostro no me dejó indiferente y que no podría olvidarme de una estúpida discusión por unas croquetas que me puso como una moto. Así que no necesitaba que me refrescara mucho la memoria, ni que me la describiese con detalles. No suele robarle el móvil a muchas jovencitas, una única vez me fue suficiente.

El resto de la mañana me la paso con papeleo, esto de estar a final de mes es lo que tiene, y solo me permito bajar a comer con Miguel para hacer una pausa en condiciones. O para conseguir que alguien distraiga mi mente durante unos minutos, que el trabajo me ayuda a concentrarme y a mantenerme ocupado, así que necesito estos momentos de desconexión.

—¿Te ha dicho Virginia que vienen la semana próxima para acabar de firmar el trato? —me pregunta, mientras esperamos el primer plato.

—Qué pereza —me quejo, y más, porque no tenía que volver hasta dentro de un mes y medio.

—Pensaba que os lo habíais pasado bien. —Frunce el ceño.

—Nos hemos divertido un par de veces, pero fuera de la cama es un coñazo, no he visto tipa más superficial, bueno, la típica niña de papá y creo que piensa que tiene carta blanca para acaparar mi tiempo cuando esté aquí. —No quiero ser brusco, pero es así, las dos semanas que estuvo por aquí quería acaparar todas mis noches y tuve que frenarle los pies. Estoy convencido de que ahora se lo ha dicho a Miguel porque yo expuse mis cartas de que lo nuestro terminaba en ese polvo, lejos estoy de ser un hombre con ataduras. Que no le haya contestado a los mensajes imagino que le habrá hecho decírselo a Miguel, pero no me gusta nada que adelante ese viaje. La cuenta ya está cerrada, no debo preocuparme por ello, solo que no me gusta esta actitud.

—Veo que no estoy perdiendo a mi amigo, salgamos este fin de semana con Jesús y Rafa.

—Eso está hecho, aunque te voy a contar la última...

Miguel es un compañero de trabajo, pero amigo de la universidad; lo conocí al tiempo que Jesús, y fuimos el trío calavera durante toda la carrera. Tuvimos la suerte de que nos cogieron a los dos en la misma empresa y que trabajamos muy a menudo codo con codo. A veces, discutimos en la oficina, pero sabemos separarlo de nuestra vida personal, así que no hemos tenido grandes problemas. Rafa, es mi mejor amigo y mi vecino de enfrente. Quisimos irnos a vivir juntos y lo hicimos poco después de encontrar trabajo, pero hará un par de años que consideramos que ya teníamos edad para tener un piso cada uno, tuvimos la suerte de que el piso de delante estaba en venta, así que fue muy sencillo todo. Compartimos mucho, pero ahora podemos tener más

intimidad, o esa era la principal intención cuando nos separamos.

Salir con ellos me va a sentar bien, ya no tenemos edad para grandes fiestones, por eso de que la resaca pesa más que a los veinte, y desde que Jesús se comprometió hace poco, hemos dejado las quedadas en grupo, lo tienen demasiado absorbido con el tema de la boda. Por eso Miguel, Rafa y yo tampoco nos vemos tanto, no queremos que se sienta desplazado; habrá que tomar medidas al respecto, ya que dudo mucho que los otros tengamos en mente tener una relación estable. Al menos, a corto plazo. Nos va demasiado el juego y seguramente por eso nos entendemos tan bien.

He podido contarle la velada del restaurante y lo ocurrido en la consulta de mi hermano esta mañana, sigo pensando que hubiese pagado mucho dinero por ver la cara de ambos, por presenciar esa presentación, y por las risas de Miguel, estoy seguro de que a él también le hubiese gustado estar ahí. No había tenido ocasión de explicarles nada antes, tampoco es que hubiese mucho que explicar, puesto que fue cosa de diez minutos y con ningún detalle a resaltar, o quizás quise guardármelo para mí a sabiendas que no volveríamos a encontrarnos. Quién sabe, la cuestión es que no les dije nada al respecto, y ahora todo es mucho más divertido. De lo contrario, lo más seguro hubiese sido que me preguntaran por qué he dedicado más horas de lo normal a una mujer que, todavía, no me ha dado nada. Sí, digo «todavía», ahora que la han vuelto a poner en mi camino, no desaprovecharé la oportunidad.

—No sé qué de todo me parece más surrealista —me dice al reponerse—, que te pelearas por unas croquetas, que le robaras el teléfono, que no bajaras a conocer a su hermano o que el tuyo tenga que lidiar con ello —aclara—. ¿Cómo era?

—Guapísima —no tuve tanto tiempo para fijarme bien en el resto del cuerpo—, y me puso como una moto cuando se enfadó, si saca ese carácter... —¡Joder! Me pongo malo solo de pensarlo.

—No tienes remedio; yo soy tú, y dejo plantada a Virginia para cenar con la otra. —Como veréis, no soy el menos formal de todos mis amigos.

—Con los negocios no se juega, amigo. —Y sé que me ha entendido perfectamente.

—Este fin de semana nos cuentas tus intenciones.

Los dos sabemos que es mejor que estemos todos para hablar de lo que voy a tramar con mi hermano, porque si no deberé repetirlo dos veces y tampoco hace falta. Además, aún no me ha dado tiempo de pensar en algo. No mal penséis, no he perdido el culo por una mujer a la que solo he visto una vez, pero me metió una bofetada y me ha llamado poco hombre, así que algo debo hacer al respecto.

El resto del día se me pasa volando, tanto que cuando llego a casa estoy agotado mentalmente de lo centrado que he estado hoy. Quería ir un rato a correr, pero me está dando pereza; además, desde la llamada de esta mañana tengo algo en mente. Ahora conozco su nombre y su apellido, así que puedo ponerla en el buscador de internet para saber si tengo más detalles. El primer paso en estas cosas es conocer a tu enemigo, así que por algo debo comenzar.

Abro mi portátil y entro en internet para buscar a Cristina Gabás. Las primeras noticias son referentes a su padre y los casos de cirugía que lo han mantenido tan arriba, y luego da paso a sus redes sociales. Facebook, privado; Instagram, privado, y LinkedIn. Antes de entrar en esta última, debo asegurarme de que tengo mi perfil privado para no dejar rastro.

La foto es bastante profesional, pero reafirma la idea que tenía de ella, es parecida a una muñeca. Si no recuerdo mal, es bastante bajita, así que no sería una descripción desacertada la de muñeca. Trabaja en el departamento de *marketing* de Jilmsón, una importante multinacional, y

haciendo mis cálculos sobre su biografía, debe de tener unos veintiocho años, una muy buena edad.

Intento buscar alguna que otra noticia, o alguna que otra foto, pero al tenerlo todo privado no puedo acceder a ello. La curiosidad me pica y pienso en si me la encontraría en Tinder o no. Nunca he utilizado este recurso para ligar con una mujer, no me ha hecho falta, pero no está de más tenerla en el móvil por si algún día surge. No, su hermano mencionó algo de un tal Ignacio, así que debe de estar emparejada. Ya podría Fer ser ginecólogo, así podría hacerle todas las preguntas que tengo en mente. ¿Riesgo de estar embarazada? ¿Toma precauciones con su pareja? ¿Tiene relaciones frecuentemente? ¿Con la misma persona? La primera se puede hacer para entrar a hacer una radiografía, pero el resto ya es más complicado. Tampoco estoy muy seguro de la clase de preguntas que se hacen en una consulta médica, pero me imagino que estas cuestiones deberían tenerlas en cuenta.

Bueno, que parece que me estoy obsesionando y lejos está de importarme. Es solo pura curiosidad y que puede resultar muy divertido. Lo más complicado de todo va a ser convencer a mi hermano de que sea partícipe de todo esto, con lo estirado que se está volviendo y lo responsable que ya era, voy a tener que utilizar todos mis recursos, incluido el de hacer de niño para que salga a disfrutar de su mujer. Y ojo, que a mis sobrinas las quiero mucho, pero para un ratito pequeñito, que están en edad de ser, todavía, insoportables.

—Miguel me ha puesto en antecedentes, ¿una cerveza? —Rafa no necesita invitación para entrar en casa.

Le cuento lo mismo que sabe mi compañero de trabajo, así el fin de semana estarán en igualdad de condiciones, y otro que se ríe con la situación. La verdad es que si me lo cuentan desde fuera, es bastante surrealista todo, y más cuando no solemos creer en las casualidades. Y podemos considerarnos hombres prácticos, a los que no les gusta complicarse la vida. Es decir, en cuanto hablamos de mujeres, somos bastante básicos, no solemos repetir, cortejamos un poco tomando algo y luego disfrutamos si ellas también quieren hacerlo. No queremos ataduras y no engañamos a nadie, como tampoco nos inventamos ningún cuento con las que conquistarlas o venderles la moto.

Cada uno tenemos nuestra historia detrás, en mi caso, ya pasé por creer en los cuentos de princesas, como les gustan a ellas, y me demostraron que era mentira, que nadie será capaz de aguantarme jamás. No soy el clásico romántico, atento, cariñoso... que suelen esperar, así que, si no les permito conocerme, nos ahorraremos mucho tiempo. Lo que quería decir es que no estamos acostumbrados a conocer a nadie de esta manera, ni he tenido la curiosidad por alguien desde... bueno, desde hace mucho tiempo.

—Lo que daría por estar en esa consulta; tú no la lées mucho, que Fer es capaz de cortarte las pelotas. —Por si yo no lo tenía suficientemente claro.

—¿No quieres divertirme?

—Claro, pero sé lo importante que es el trabajo para tu hermano, así que ándate con ojo, no la armes por un revolcón de los tuyos.

—No me la voy a llevar a la cama. —Después de todos los piropos que me ha tirado, faltaría más hacerle ese regalo—. Solo quiero pasármelo bien sacándola de quicio, tendrías que haberla visto, fue muy gracioso.

—Encontraremos la manera de que presenciemos una situación así, ver a Fer apurado debe de ser todo un espectáculo.

Y sé que lo dice de verdad; tener aliados me va a ayudar a disfrutarlo más, si cabe. Reconozco que lo de que no querer llevármela a la cama es un decir, en estos momentos, sería mi prioridad

número uno, eso si es exactamente como yo la recuerdo. Pero de momento será nuestro secreto, que a estos les das un poco de cuerda y ya están cantando gilipolleces. Hermanito, espero que seas un muy buen actor, vas a tener que hacerte pasar por mí una temporada, eso sí, déjanos poner una cámara en tu consulta, no quiero perderme detalle.

Capítulo 5

Cristina

Ayer me acosté con Ignacio, y no sé si era por mi mala leche de la visita o porque no hacer deporte me sienta como el culo, pero no llegué al placer al que estoy acostumbrada con él. Aunque claro, fingir se me da de maravilla y él ni lo notó. La estrellita me tiene aburridísima, yo necesito más acción, y por mucho empeño que ponga el otro, no me sirve de nada.

No sé cuánto tiempo podré seguir así, porque ahora que me había acostumbrado al calvario de mi pie, tengo que lidiar con un trauma impresentable, prepotente, imbécil y que, por desgracia, está como un puto queso. ¿No existe una pastilla para la estupidez? Quizás pueda tomarla él, o yo, quién sabe, y podamos destensarnos un poco. ¿Ir drogada a las sesiones estaría mal visto? No he recurrido a ello antes, pero no me supone un mal momento para probarlo. Vale, ya dejo de hacer el idiota, porque a la que me pongo a deliberar conmigo misma, no entiendo cómo me consideran la lista de la casa.

—Nico ya me ha contado el numerito de ayer —dice Mateo al recogerme—. ¿Hoy vas con ganas de guerra?

—Me gusta que os lo paséis bien a mi costa, pero no estoy de humor.

—Creo que o pones de tu parte o esto se te va a hacer eterno, papá está muy lejos de dejarte ir a otro fisioterapeuta. —Eso, él metiendo el dedo en la llaga.

—Para dar ánimos, sois lo mejores. —Creo que me he quedado la simpatía de toda la familia.

—Quizás sea un capullo, pero puede ser también un grandísimo profesional. —Sé que lo dice por experiencia, es mi hermano, pero antes de que apareciese Samanta, era un auténtico capullo.

—Entonces, que me saque esta mierda del pie ya y haga un milagro con mi recuperación.

No quiero seguir con el tema, suficiente tengo con acceder a volver a tener consulta con el doctor Bardaro, como para encima tener que aguantar a mis hermanos también. Maldito día en que mi torpeza tuvo que hacer un acto de presencia triunfal, se podría haber limitado a una simple torcedura, un pequeño esguince, un rasguño, pero no, tenía que rompérmelo del todo y fastidiarme la existencia. ¿No podría ser normal por una vez en la vida?

Llego al hospital y, como sucedió ayer, Mateo se va a visitar a mi padre, es una simple estrategia para que los invite a desayunar y así ganan puntos en la familia, yo prefiero entrar sola, por si hay que pelear. Y añadido que así se ahorran tener que aguantarme despotricar lo poco que me gustan los hospitales y lo mal que me sienta estar aquí. No haría falta ni que me acompañasen, que los taxis están muy a la orden del día, pero mamá no les perdonaría que me dejaran deambular por ahí de esta manera sin estar acompañada. Siempre protegiendo a su hijita pequeña, eso sí,

debe de pensar que todavía tengo cinco años porque, a veces, me sobrepasa toda su protección conmigo, mis hermanos no lo viven tanto.

Sorprendentemente, cuando gritan mi nombre, un nerviosismo recorre mi cuerpo y aunque me apetece bien poco entrar y escuchar a ese hombre, no tengo alternativa. Ayer intenté mentalizarme con lo que iba a ser volver a ver a ese espécimen, y hoy me doy cuenta de que no sirvió de nada, porque mi cuerpo parece tener otra visión a la que tengo yo. Esto debería ser como el colegio, no poder cerrar la puerta cuando un médico está a solas con un paciente. Así, como para que corra el aire y no podamos llegar a las manos. Estoy convencida de que si uno de los dos comete asesinato, nadie se percataría. Vale, complicado cuando mi padre no deja de deambular por aquí y la gran mayoría me conoce, pero veo demasiadas películas que me incitan a escenas así. Bueno va, que como no me queda otra, mejor nos centramos en lo importante.

—¿Podemos ir directos a hacerme la radiografía? —Conozco los pasos, así que cuanto antes los cumplamos, antes me iré a casa.

—Buenos días, señorita Gabás, un placer volver a verla, primero me gustaría hacerle unas preguntas. —Intenta mostrarme una sonrisa como si con eso fuera a ganarme, pero yo estoy lejos de sacar el semblante serio de mi rostro.

—Puede llamarme Cristina, y nada de placeres. No hace falta que me haga la pelota, le diré a mi padre que ha realizado un buen trabajo en cuanto me saque esto y esté totalmente curada. —No creo que tengamos que mantener una educación después de todo—. Así que hagamos la radiografía, miremos si ha mejorado, evalúe mi pie y dígame los próximos pasos a seguir.

—Está bien, lo haremos a su manera. —Empezamos a entendernos—. Llamo para que la vengan a buscar y la espero de vuelta para analizar los resultados.

Por fin puedo mostrar una sonrisa, me gusta salirme con la mía y creo que va a ser más fácil de lo que pensaba que el doctorcito deje de llevarme la contraria. Sale de la sala para llamar a un enfermero y poco tardan en venir a buscarme. Para poder hacerme la placa deben sacarme el vendaje que llevo y no sabéis la liberación que siento al tener el pie suelto. Mi pierna se está quedando en nada, pero ya me han dicho que recuperaré mi musculatura poco a poco; como me gusta trabajar en el gimnasio, no me importa el tiempo que deba dedicarle. Es como sentirse liberada, la putada es el dolor que noto con el mínimo movimiento. Sigue estando hinchado, morado y horrible, por lo que me temo que no voy a recibir las noticias que me gustaría y voy a tener que armarme de paciencia. De todas formas, sigo calladita mientras me dan las indicaciones y me colocan de tal manera que puedan obtener las imágenes que necesitan.

Poco tardo en volver a tener a mi persona menos favorita delante y, cuando empieza a hablarme de lo que ve en la radiografía, no puedo evitar intervenir.

—Pare el carro, doctor, toda esta parafernalia se la puede recitar a mi padre, a mí me está hablando en chino. —Nunca hemos prestado atención a cosas médicas, porque en casa nos lo simplifican, y no ha llegado el momento en que deba adquirir esos conocimientos, cuanto menos sepa de este lenguaje, mejor—. Yo prefiero que me diga cuando estaré recuperada y esas cosas... —Que, a veces, por llevar la bata blanca se crecen y se piensan que pueden soltarnos todos sus estudios, no se dan cuenta de que a los pacientes nos interesa lo básico y listo.

—Eso es algo que no podemos saber con exactitud, sino que tenemos que evaluar tu evolución. No hay nada extraño por el momento, y deberemos volverlo a inmovilizar unos días antes de recurrir a la bota, pero vas por buen camino. —Sí, el camino hacia el infierno.

—¿Va a ser muy larga la rehabilitación? —Voy a empezar por hacerle las preguntas que principalmente me interesan, a ver si alguna consigue animarme un mínimo.

—Pues si la hiciéramos aquí, un poco, pero el doctor Gabás me ha pedido que organicemos un *planning* para hacerlo en vuestro gimnasio y los días que no pueda yo, me ha dicho que encontrará a alguien que te ayude con los ejercicios.

—¿Que mi padre le ha dicho qué? —De verdad que no gano para disgustos—. ¡En la vida va a entrar en mi casa! —O la de mis padres, me da igual.

—Solo queremos que te recuperes pronto. —Y como vuelva a sonreír de esa manera, le clavo el puño entero.

—Entonces, otra pregunta... ¿Cuándo voy a poder tener sexo en condiciones?

—¿Perdona? —Se le ha desencajado la mandíbula.

—¡Oh, venga! Mi padre me ha dicho que está casado, así que esa pregunta no va con segundas, aunque debería decirle a su mujer que no vaya provocando tanto que daba la impresión de otra cosa, siento haberla llamado fulana, pero... —no, cortarme no está en mis planes— viéndola, me imagino que hacéis algo más que la estrellita, que quizás la preñó con esa postura, no digo que no, solo que creo que puede visualizar otras maneras...

—Cristina, suficiente. No voy a hablar de mi vida sexual ni escuchar esto. —Bien, he conseguido ponerlo nervioso—. Inova lo que quieras, con el yeso no hay opción a que lo muevas más de la cuenta...

—Muy gracioso, no es precisamente práctico para muchas otras y la mayoría son aburridas. ¿De verdad quería invitarme a unas croquetas? Pues invíteme y tráigase a su mujer, seguro que ella es capaz de darme los consejos que necesito.

—Te estás tomando muchas libertades. —¿Eso es una advertencia?

—Y usted quiere caerle bien a mi padre, esto se nos va a hacer igual de largo a los dos, siempre puede pedir un cambio de paciente. —Sé que estoy ganando puntos.

—Sé lo que quieres conseguir, y no voy a caer. Espero poder ponerte la bota pronto y que podamos empezar lo antes posible con tu rehabilitación. Voy a subir a ver al doctor Gabás para explicarle tu placa.

—Dígale que me he portado muy bien —me despido, mientras espero a que el yeso coja forma con una sonrisa triunfante y un movimiento de mano a lo Maléfica.

He ganado el primer asalto, estoy convencida de ello. Aunque por su cara de apuro, empiezo a creer que la chica del otro día no era su mujer, y como se trate de un engaño, mi venganza va a ser todavía peor. Mi padre quiere que haga la rehabilitación en la sala que tienen en casa, transformaron las habitaciones de Mateo y Adrián en una sola y le pusieron los utensilios necesarios para que mi padre pudiese hacer toda clase de ejercicios. Si quiere llevarlo a casa, me parece estupendo, yo voy a conseguir que venga a visitarme con su mujer y pueda seguir indagando. El juego no ha hecho nada más que empezar, y ya que a mí me intimida con su mirada y su sonrisa, yo no me voy a quedar atrás y ponerlo nervioso va a ser mi principal objetivo. Conmigo no vuelve a jugar nadie, eso lo tengo clarísimo, así que listillos, los justos.

No subo a saludar porque ha ido el doctor, y es suficiente por hoy, prefiero irme con mi hermano y que pueda marcharse a trabajar mientras yo empiezo a volver poco a poco al mundo laboral. Sigo de baja hasta que no me quiten, definitivamente, el yeso; será así, pero hablé con mi jefe y estoy ayudando con ciertos proyectos, si no los días en casa se me harían eternos y necesito un poco más de distracción. También aprovecho para darle un respiro a mi madre, que es la que más está pringando con todo esto, al ser la que más tiempo tiene por las mañanas, se las arregla para cuidarme, y yo empiezo a estar, realmente, saturada de tanta familia. Agradezco tener el apoyo que muestran, pero no recordaba lo que era tenerlos encima todo el rato. Con tener a mi

hermano en casa es más que suficiente. Sí, una vez nos independizamos, cuesta volver a pensar que pasaremos tiempo bajo su vigilancia, sus normas y esas cosas, así que es duro. Hemos dejado de ser unos niños, aunque para ellos nunca será así, y odio que me traten como tal, así que necesito un poco de aire y espacio.

Y ahora que lo pienso, todavía no les he contado a mis amigas quien es el traumatólogo que me está tratando. Eso es una noticia que debo darles en persona, así que envió un mensaje por el grupo para que vengan a cenar el fin de semana, con un poco de suerte, será el último que tenga que llevar esta mierda en el pie. Y aunque con la bota tampoco podré salir a darlo todo, veré el final un poco más cerca. Plantearle la situación de un baile *sexy* y una noche de desfase puede ser un buen tema de conversación para la próxima consulta, que ni alcohol puedo tomar con tanto antibiótico. En fin, envió el mensaje a las chicas antes de que se me olvide, que con la cabeza que suelo tener, no sería para nada extraño.

—¿Hoy mejor? ¿Ha salido vivo? —me pregunta Mateo—. La verdad es que papá tiene razón, es mucho de tu estilo.

—Si lo has visto, es que ha salido vivo. —La inteligencia también me la he quedado yo—. ¿Puedo saber en qué os basáis para decir que es mi tipo? Hasta donde yo sé, no habéis conocido a muchos, y con Simón os empeñasteis mucho en decir que no era para mí. —Les caía bien, más por como me trataba que por ser gracioso, puesto que lo encontraban sosete para su hermanita pequeña.

—¿Ha habido muchos más? —Le echo una mirada asesina, quiero que se centre en contestar a mis preguntas—. Vale, vale. Oficialmente, solo has tenido un novio, pero somos tus hermanos mayores y no estamos ciegos, te conocemos más de lo que te gustaría, así que sí, entra en tu prototipo de hombre. Y no lo digo por lo que estás pensando —sí, sería un punto que yo empiezo a pensar que tienen los chicos que me atraen—, eso sé que lo tienes clarísimo, así que... las manos quietecitas.

—Uno, no tengo prototipo —al menos que yo sepa—; dos, no sé por quién me tomáis —no sobrepasaría nunca los límites con un hombre casado, parece mentira que crean que no aprendí la lección—, y tres, es con el último hombre que tendría algo. —El robo de las croquetas no se me olvidará en la vida, eso es algo imperdonable.

—Me gusta saber que tienes las ideas tan claras, céntrate en recuperarte, tengo ganas de volver a tener a mi buena compañera para el pádel.

Sí, lo mejor será tener claro el objetivo y no desviarse de lo principal. Algo que va a ser imposible si no deja de tocarme las narices, y lo digo porque me está llamando mi padre y, si acaban de verse, buenas noticias no serán. Voy a tener que hablar seriamente con él y dejar ciertos puntos atados, como lo de excluir a mi padre de todos los pensamientos que pueda tener hacia mí. Yo creía que las consultas médicas eran privadas entre paciente y médico, así que aunque quiera ganar puntos con mi padre, debería ceñirse a lo legal.

—¿Sí? —Intento sonar como la niña buena que algún día fui y que confío que pensarán que seré siempre.

—Cristina, Cristina... ya no sé qué voy a tener que hacer contigo. Me ha quedado claro que el doctor Bardaro no es de tu agrado —no, si de mi agrado es un rato, solo que no del que debería—, pero no quiero tener que presenciar todas tus sesiones. No vuelvas a intimidarlo.

—¿Lo he intimidado? —Este se achanca con demasiada facilidad.

—Pequeña, que nos conocemos, y el doctor Bardaro no sabe mentir, no me ha contado nada, pero sé de sobra cómo es mi hija, así que compórtate si no quieres que lo hagamos a mi manera.

He visto su cara de apurado con mis preguntas, así que no me hagas que indague más. —Puede empezar a hacerlo, a ver si el que le va a sorprender va a ser él y no yo.

—Lo intentaré, te dejo, que hemos llegado a casa y me despido de Mateo.

La mirada de Mateo lo dice todo, mentir se me da fatal, pero necesito salir de este apuro. Voy a tener que darle unas clases a ese doctorcito para que mi padre deje de pensar que no me estoy comportando, a ver si al final la voy a liar más de la cuenta y voy a tener una sombra permanente y el problema va a ser doble. Mejor no arriesgarse. Quizás sería bueno tener a alguien de arbitro neutral, pero si llegara el caso, os aseguro que, por nada del mundo, sería mi padre. Me juego lo que queráis a que no sería parcial, y aunque me duele en el alma, la balanza no se decantaría hacia mí.

—Al menos podrías dejarnos presenciar esos encuentros, ¿no? —me dice mi hermano antes de despedirnos.

—En alguna ocasión, para evitar que me lo cargue del todo. —Le sonrío y sabe que hablo muy en serio.

—Pórtate bien, hermanita, o te dejaré a los niños una larga temporada. —Me da un beso antes de irse.

Sí hombre, solo me falta tener que cargar con los dos pequeñajos, que son monísimos, pero para un ratín.

Entro en casa y cuando me acomodo en el sofá, con el pie en alto, no penséis que soy mala paciente, cojo el portátil para ponerme con el correo, aunque antes hago una parada. Tengo curiosidad, vaya, me pica desde el día que descubrí su apellido. Necesito buscar al doctor Bardaro, a ver si puedo encontrar información sobre él y descubrir qué claves debo tocar cuando lo tenga delante; ya dijimos que hay que conocer bien al enemigo, y toda información seguro que es poca.

Capítulo 6

Nando

La semana se me ha pasado volando y tengo muchas ganas del fin de semana. Entre que hoy iré a cenar a casa de mi hermano y que mañana he quedado con los chicos, ya lo tengo todo organizado. Con un poco de suerte, mañana podré conocer a alguien interesante que me entretenga la noche del sábado y, a poder ser, la mañana del domingo. No concibo un plan mejor para mis días libres, hay que descargar tensiones y hacerlo de todas las maneras que conozco. O de la manera que mejor me satisface a mí.

Cuando llego a casa de Fer, las primeras en recibirme son las dos mocosas, desde que aprendieron a andar no dan más guerra porque no pueden. No quiero ni imaginar el día que crezcan, con el peligro que tienen, su padre va a sufrir de lo lindo. Eso sí, su tío les va a enseñar todas las armas para que así sea, que ya que dicen que entre gemelos siempre hay uno más malvado que el otro, voy a poder ejercer bien mi papel. Lejos estoy de preocuparme por las represalias de mi cuñada, ya son muchos años y ha perdido la fe en que mejore mi actitud. Aun así, nos queremos y apreciamos mucho, no podría ser de otra manera después de todo.

Cuando he saludado a las niñas y su madre se las ha llevado para la hora del baño, me dirijo a la cocina. Sé que mi hermano tiene planeada una conversación conmigo y lo hará mientras prepara la cena, con cervezas de por medio; a veces, pienso que se me compra demasiado fácil. Mariona también está al tanto, así que por eso sabe que hoy le tocaba pelearse sola con las pequeñas durante un rato.

—Dichosos los ojos —me saluda al verme, y sí, hace unos días que no me paso por aquí.

—Si tanto me echas de menos, solo tienes que mirarte al espejo. —Una broma demasiado ridícula, pero a la que recurríamos mucho de pequeños.

—Anda, toma una cerveza, que a ti te voy a dar bien. —Me señala la nevera para que proceda a sacar dos birras antes del chaparrón.

—¿Tu nueva paciente? —le pongo la puntilla.

—La misma que veré en diez días y a la que voy a tener que tratar cada día desde entonces.

—Tienes un equipo para eso —apunto, porque no suele hacer él las rehabilitaciones.

—Es la hija del doctor Gabás y me ha pedido que me encargue personalmente; además, ha habilitado toda una habitación en su casa para que la trate allí para poder cuadrar horarios.

—¿Vas a tratarla en su casa? ¿Lo sabe Mariona? —No es que no me fie de mi hermano, sé que nunca haría algo así, pero todavía desconozco el límite de la otra parte.

—Claro que lo sabe. Mariona conoce al doctor Gabás y lejos estamos de tener celos, Nando, pero esa mujer te tiene cruzadísimo y miedo me da lo que me pueda encontrar. Creo que debería hablar con ella y aclararle el malentendido, como se entere su padre, va a ser peor. —Como veis, mi hermano es el más cuerdo de los dos, y el de las ideas decentes, o mejor dicho, apropiadas y correctas.

—Por una cosa que haces por tu hermano, déjame un poco más. ¿Qué pasó en la segunda consulta?

—Se disculpó por llamar fulana a mi mujer y ahora quiere conocerla.

—¿Para qué? —Si a mí me atrae una persona, lo último que quiero es conocer a la otra parte, o quizás, simplemente, quiera conocer a su rival, eso sería mucho más interesante.

—Pues porque está aburrida de tener que utilizar la simple postura de la estrella en la cama y quiere que mi mujer, porque claro, se la ve una mujer muy experimentada, le explique qué otras posturas puede utilizar con el pie vendado. —Ante eso solo puedo descojonarme, me imagino el apuro que pasó Fer en su consulta.

—Yo te hago una lista, si quieres. —Me sigo riendo—. Déjame ser tú por un día —le suelto, y lo digo serio, porque eso sí que se lo pido de verdad.

—¿Qué?! ¿Estás loco? —me grita.

—¿Qué está pasando aquí? —nos interrumpe Mariona.

—Que mi hermano ha perdido la cabeza —responde su marido.

Y no, no la he perdido. Como podéis comprobar, mi hermano es quien queda bien de los dos, el niño responsable, el que siempre hacía caso y se portaba bien, sigue siendo así. Y como todos sabéis, esos siempre acaban cediendo, y esta vez no va a ser distinto. Sé que a primera vista puede parecer descabellado y que me costará un poco más conseguir mi objetivo, pero convencido estoy de que lo acabaré logrando.

Como Mariona ya conoce la historia de su paciente, esta pareja está muy lejos de tener secretos entre ellos, yo sigo sin entender esta clase de relaciones, pero es mi hermano y lo apoyaré siempre, puedo ser yo quien le cuente lo bien que me voy a pasar. Tener una mujer en esto, es un punto a mi favor y puedo jugar con ventaja, no sé yo si ella habrá querido hablar del tema con su pareja, ya que Fer ha comentado que viene sola a las visitas, pero oye, que todo puede ser.

Mariona cree que no deberíamos jugar con ella de esta manera, y me ha amenazado con que como el mal parado acabe siendo su marido, me las voy a tener que ver con ella, pero coincide conmigo en que le gustaría estar en esa sala para ver las reacciones de mi hermano ante las preguntas de Cristina. Si es que yo creo que puede llegar a sorprendernos mucho, y que todo haya sido por unas simples croquetas hace que sea más divertido.

—Tu deja de reírte tanto, tiene tres hermanos mayores y es la pequeña de la casa, ándate con ojo. —Como si eso sirviera para asustarme a mí.

Y salvado por la campana, porque le suena el teléfono y debe ir a atenderlo. Todavía desconozco mis intenciones con este sarao, pero me voy a ir guiando poco a poco, de momento no sé si me lo paso mejor sabiendo cómo ella sufre por tener que aguantarme o poniendo en un apuro a mi hermano. Aunque si no lo veo, pierde la mitad de la gracia y, en un inicio, solo quería poder volver a coincidir con ella y sacarle ese carácter para explorarlo de otra manera. A ver si fue la situación o es siempre así y consigue provocarme lo mismo. De tratarse de eso, no sé dónde podríamos acabar, puesto que cuando sientes esa química con alguien, no puedes quedarte con las ganas de averiguar adónde llega.

Después de su llamada, ya podemos dar por zanjado el tema, y más porque las peques tienen que cenar y tendremos tiempo para que siga dándome la chapa e intentando convencerme de que debo dejarle decir la verdad. Que, a ver, si hubiese querido realmente hacerlo, ya lo hubiese hecho, que no le he puesto ninguna pistola ni lo he amenazado ni nada por el estilo, pero sabe que este juego puede ser divertido y hace mucho tiempo que no intercambiamos papeles. Sí, llegará el punto donde conseguiré que me deje ser él. Creo que lo hace más porque es la primera vez que se

lo pido para algo relacionado con una mujer, y eso lo debe tener intrigado. Cuando nos intercambiábamos de más pequeños, todo era por chorradas o para evitarnos broncas, una mujer nunca había sido el objetivo. A ver si ahora va a pensar cosas que no son y ya se está creando sus películas... sea como sea, me sirve con tal de que acceda.

Tendremos que vigilar a su padre, así que habrá que idear bien las cosas para que no especule de más en el hospital y pueda salir perjudicado; más allá de que la relación médico-paciente está prohibida, Fer es un hombre casado con hijos, y Virginia no entraría en su prototipo de mujer.

—En vaya follones me lo metes —comenta Mariona, cuando ha dejado a las niñas durmiendo.

—¿Y lo que nos vamos a divertir? ¿Te imaginas que vas a cenar y te confiesa que tu marido te es infiel?

—Mientras no se le lance al cuello, tienes mi bendición para seguir con esto. No sé por qué, pero me temo que hay más de lo que nos cuentas y tengo ganas de verlo. —No sé muy bien qué ha querido decir con eso último, puesto que nunca he sido de descifrar las miradas de las mujeres, las que no significan deseo o sexo, así que no lo tengo en cuenta.

—Lejos está de querer hacer eso —lo digo pensando en que no me había llegado a plantear esa idea; bueno, no lo que habría hecho ella con mi hermano.

No había contemplado esta opción y dudo mucho que esa tal Cristina vaya con esa intención. Aunque la frase de Mariona me ha hecho pensar en que si le ha preguntado por el tema sexual, o es sexualmente muy activa y necesita, de verdad, encontrar maneras con las que disfrutar, o tenía una curiosidad propia de saber cómo me lo monto yo.

Después de prometerle a mi hermano que durará menos de lo que imagina, aunque sigo planteándome cómo voy a convencerlo para que me deje jugar a los médicos, me marcho. No creo que sea muy difícil ayudarla a hacer algunos ejercicios de rehabilitación, pero paso a paso.

¿Por qué me tomo tantas molestias con todo esto? Puede ser algo divertido, no digo que no, solo que hacía tiempo que no me proponía nada similar. Esa mujer despertó algo en mí y me ha entrado la curiosidad; si dijese que durante las dos semanas que no supe de ella, no me vino, alguna que otra vez, su cara de enfado a la cabeza, mentiría, pero era algo que no me quitaba el sueño, ni me lo va a quitar.

Esto lo digo porque llevo todo el día dándole vueltas a qué voy a hacer si consigo que mi hermano me ceda su puesto y tenga que ir a casa de sus padres para ayudarla a hacer el tonto un rato. Que yo soy muy gallito hablando, pero visto cómo se enfrenta a mi hermano, esta es capaz de ponerme en mi sitio. Aunque veremos, si eso llega, quién es más fuerte de los dos, sin hablar físicamente, claro. Además, voy a tener que retocarme el pelo y la barba para no levantar sospechas... pero esos son detalles que no me preocupan.

Rafa es el primero en llegar, digamos que lo tiene fácil. Hemos decidido cenar algo en casa y salir a tomar algo. Sí, también nos venimos muy arriba en que saldremos de fiesta a lo grande, pero luego nos conformamos con tomar algo con buen ambiente y observar el panorama. Dependiendo de cómo se animen las cosas, veremos dónde proseguimos.

—¿Qué tal ayer con tu hermano? —me pregunta, mientras va sacando unas cervezas.

—Solo te digo que en la primera consulta lo abordó con posturas sexuales...

—¿He oído sexo? —pregunta Miguel, nada más entrar—. ¿Seguimos hablando de la chica de las croquetas?

Antes de que prosigamos, ponemos al día a Jesús, que tienen que estar todos en el mismo punto de la historia para continuar, y aprovecho para contarles también la segunda visita con Fer y mi intención de poder encontrarme con ella.

—¿Desde cuándo eres tú el que intenta acercarse a una mujer? —Ese es Jesús, que ya le dimos lo suyo en su persecución con Lidia.

—Me parece gracioso. —O eso quiero creer, porque hay algo que ni yo mismo entiendo.

—Me encantaría que te plantara cara y supieras lo que es eso —se mofa Miguel.

—Una que te va a enviar a la mierda nada más verte; bueno, eso ya lo ha hecho —continúa Rafa.

—¿Os habéis propuesto joderme la noche? —pregunto.

—En absoluto, empezamos a disfrutarla —responde Rafa.

Y eso es mucho mejor. No necesito que se rían de mí, ni seguir dando bombo a algo que solo es pura diversión. Hoy me he planteado pasármelo bien y eso voy a hacer. Aunque me sorprende que, cuando vamos a salir por la puerta, mi hermano me envía una foto de que Cristina Gabás ha visitado su perfil de LinkedIn. Ella también tiene curiosidad; bien, las cosas avanzan como deben. Ahora no voy a poder pensar en otra cosa durante toda la noche. ¿Qué narices tiene esta mujer?

Capítulo 7

Cristina

Hoy vuelvo a estar contenta, después de casi un mes y medio, por fin, me van a sacar esta cosa pesada del pie, lo van a cambiar por una bota, pero ya puedo empezar con la rehabilitación. La bota solo es mera precaución, y porque mi padre está paranoico. En principio, no debería ni usarla, pero prefiere que las primeras semanas solo tenga movimiento del tobillo en mis sesiones y así liberarme cuando esté convencido de que puedo dar dos pasos sin necesidad de tropezarme. Parece mentira que sea mi padre y me conozca, todo el mundo sabe que no necesito ninguna clase de ayuda para joderme alguna parte.

Yo con tal de tenerlo contento, hago lo que sea. A la vista está que cedí en no cambiar de médico y ahora voy a tener que aguantarlo cada día. O bueno, va a tener que aguantarme él a mí, porque yo estoy lejos de ablandarme.

—Esta tarde me van a dar el alta, ¿vas a volver a tu casa? —le pregunto a Nico, mientras desayunamos.

—Ni lo sueñes, hermanita, no me voy de aquí hasta que estés completamente recuperada. —Y la sonrisa que me envía no me gusta en absoluto.

—Nico, necesito intimidad y mucho me temo que a ti también te apetece volver a tu ritmo. —A ver si por aquí logro convencerlo.

—¿Qué es esto?, ¿un picadero? —Le hago un mohín—. Cris, que tengo una imagen de ti muy buena, no me la estropees. Cuando quieras follar con Ignacio me lo dices, y yo me tomo la noche libre, eso es todo lo que te voy a dar.

—Sabes que es mi casa, ¿no? —Porque esto ya es para flipar.

—Y tú sabes que no puedes vivir sin mí. —Me da un beso antes de desaparecer hacia la ducha, porque no quiere seguir esta conversación.

Podría sacar mi carácter y oponerme a la idea de seguir teniendo un niño, pero con mis hermanos, raramente consigo salirme con la mía. Además, tampoco está siendo para tanto y tener compañía no es tan malo. Llevaba mucho tiempo sola, viviendo a mis anchas; ahora, como tampoco puedo salir y tener toda la libertad que me gustaría, su presencia no me incomoda tanto. He conseguido también que las quedadas de chicas pasen a ser en mi casa, lo que me facilita mucho seguir viendo a mis amigas, y la verdad es que mi hermano molesta lo mínimo. Un poco el mecanismo de autodefensa, para poder convencerme a mí misma de que es mejor de lo que intuía y no caer en la desesperación pura.

Hoy es viernes, así que tendré todo el fin de semana para hacerme a la idea de que vuelvo a tener vida y el lunes ya regresaré a trabajar, que no sabía yo que lo iba a echar de menos, a mi jefe no, pero el resto... me he dado cuenta de que no estaba tan mal. Este fin de semana van a venir las chicas a casa, a modo de celebración, puesto que aún no puedo salir a darlo todo y el domingo haremos comida familiar en casa de mis padres para celebrar lo mismo. Parece que tengamos que montar una odisea por una simple fractura, pero la tortura a la que he estado sometida, durante más

de un mes, me parece motivo suficiente para ello. Yo, que estoy acostumbrada a no parar quieta, teniendo que estar en casa clausurada y limitada a no salir sin compañía. En fin, que hoy es un día de alegría y no quiero pensar en otra cosa.

Después de comer con mi madre y que intentara de todas las maneras posibles convencerme para que me mudara a su casa durante mi período de rehabilitación, Adrián ha venido a buscarme para llevarme al hospital. Agradezco el gesto de mi madre, pero me sería imposible volver a vivir bajo sus normas ahora que ya he conocido lo que es la independencia o la libertad, según se mire. Además, necesito recuperar mi vida y volver a coger mis costumbres, incluyendo deshacerme de mi queridísimo hermano Nico. Que esta es una tarea que tengo pendiente y que deberé empezar a plantearme.

—Cualquiera diría que es el día de tu boda. No te he visto yo tan feliz nunca —me suelta Adrián al recogerme.

—Y como lo de la boda no va a suceder, sí, es el día más feliz de mi vida. —Me voy a sacar un peso de encima, y de verdad que pesa.

—Pero seguirás viviendo con Nico. —Se ríe.

—¿No te lo quieres llevar una temporadita? O que se lo lleve Mateo y les haga de canguro, todo serían ventajas. —Hablaríamos de un buen trato.

—De esta no te libras. Nico quieres irse de casa, pero le da apuro hacerlo solo. O le buscas una novia que lo aguante o te lo quedas tú.

—Creo que Daniela o Carlota estarían encantadas. —Y no miento.

—Y tú, ¿con quién estarías encantada? ¿Vas a mantener esta sonrisa cuando te encuentres con el doctor Bardaro? —¿Por qué ha tenido que desviar la conversación? Siempre me llevan hacia donde quieren.

—¿Podéis dejar el temita? Hacía siglos que no odiaba tanto a una persona y solo de pensar que va a tener que tocar una parte de mi cuerpo me dan arcadas. —¿Será suave el tacto de su piel? Mierda. No puedo estar pensando eso.

—Solo te recuerdo que está casado, te espero con papá. —Y esa mirada de compasión hacía demasiado tiempo que no la presenciaba.

Y dale con lo de que está casado. Ni que yo fuera aquí una *rompehogares* por excelencia. En la vida he tenido intención de enrollarme con un hombre comprometido, del tipo que sea, lo de Antonio fue otra historia y suficiente sufrí con ella como para que me machaquen con recordarme todo lo que fue. El eslogan de que está casado lo tengo grabado en mi cabeza y no volveré a pasar por una situación parecida. Ni aunque, en este caso, lo sepa desde el principio. Jamás perdonaría que mis hermanos rompieran su matrimonio por un revolcón, como tampoco entendería que una persona fuera tan malvada como para querer romperlo, así que no, bajo ningún concepto tengo planteado nada con ese hombre. No negaré que está buenísimo, porque tengo ojos en la cara, pero nada más que eso. El resto de sus cualidades son, exactamente, las que no querría en la vida para el hombre de mis sueños. Y mirad que he dejado de creer en que lo encontraré, por mucho que exista en mis noches de bajón o en las estúpidas películas románticas que me hace tragar mi madre cuando vamos a comer los fines de semana.

—Buenos días, Cristina. —Me sonrío mi traumatólogo al entrar.

—Hoy le voy a dar la razón, son buenísimos, me va a sacar esta tortura. —Le señalo mi pie con la mejor de mis sonrisas y esta vez sin falsedad—. Dejo hasta que se aproveche de mi buen humor. —Vamos a intentar no discutir por un día, y más, si pienso en lo que se avecina

próximamente.

—No sabes lo que me alegra esta actitud, vamos a retirar el yeso y a comprobar cómo va, así podremos programar una primera semana de sesiones. ¿Quieres hacerlas dobles?

—¿Y verle dos veces al día? No, por favor, con una tengo suficiente. —Qué rápido se me acaba a mí la simpatía—. Aunque si me dice los ejercicios, puedo hacerlos solita y sin chivarme.

—Cristina —me reprende—, yo me adapto a tu ritmo, pero vas a tener que poner de tu parte.

—¿Puedo beber alcohol este fin de semana? —Si pongo de mi parte, que él responda a mis preguntas—. Sé que decís mucho lo de no mezclar pastillas con alcohol y todo ese rollo, pero llevo más de un mes de abstinencia, alcohólica que no sexual, y quiero poder celebrar mañana.

—¿Qué es para ti celebrar?

—Me parece que sabe muy bien lo que significa eso, no creo que me saque tantos años como para haber olvidado cómo se hace. Aunque puede venir a supervisarme si quiere... —¿En serio acabo de invitarlo?

—Cristina, cualquier movimiento brusco puede perjudicarte, tienes que ir con cuidado, y gracias por la invitación, pero voy a tener que rechazarla. —Me encanta ver la cara de aprieto que pone.

—Tranquilo, que puedo tener orgasmos plenos sin tener que hacer grandes esfuerzos, ¿una copa de vino? Dígale a su mujer que no le ate en cuerda, que aunque parezca una víbora, tiene que dejar que se divierta.

Ni siquiera me ha contestado, ha salido de la habitación para llamar, imagino, que a la persona que debe sacarme este vendaje y a buscar la bota que me van a colocar. Me sorprende que se comporte así, el día del restaurante parecía un hombre muy distinto, mucho más seguro y más prepotente de lo que intenta mostrar aquí. Si lo llego a saber antes, solo con mencionar mi apellido, estoy segura de que me hubiera cedido el plato de croquetas sin rechistar. A ver si ahora voy a tener que presentarme antes de enfrentarme a cualquier encontronazo.

Y si vuelvo a pensar en la mujer que lo acompañaba esa noche, entonces entiendo menos su carácter. Por lo que parecía, esa mujer, que ya me sorprende que esté casada y con hijos, lejos está de estar con un sumiso. Puedo comprender que en terreno laboral deba mantener una compostura y un código de conducta, pero, vamos, que con una paciente como yo, podría ahorrárselo sin problemas.

Yo me lo paso bien viendo cómo se pone nervioso, así que no me quejo, solo que me gusta más cuando me siguen el rollo. Es más divertido y me lo paso mejor. Puestos a divertirnos, podríamos hacerlo juntos. Vale, no, ya he dejado bien claro que nunca tendría nada con un casado, pero la palabra divertirse engloba mucho más que tener sexo.

—Esto tiene buena pinta —me dice cuando vuelve y ya no llevo ningún tipo de vendaje.

—La suya es mucho mejor. —Me río.

—¿Me estás tirando los trastos? —Empezamos a entendernos.

—Nunca osaría hacerlo con usted, ¿querría?

—Cristina, estoy casado. —Otro que se presta a remarcarlo—. Eres una mujer muy atractiva y, con tu sentido del humor, seguro que tienes muchos haciendo cola.

—¿Ha sido eso un cumplido? ¿Le parezco atractiva, doctor Bardaro? —Tendríais que ver la cara que pone en este momento, incómodo es poco, debo admitir que he puesto voz de seductora, esa que considero que no se me da tan mal.

—Veo que voy a tener que mentalizarme... —No sé si eso quería decirlo solo para él—. ¿A las seis todos los días?

—Creía que prefería sesiones dobles, una de posturas y la otra de tratamiento...

—Nos vemos el lunes, a las seis. —Y se marcha a decirle algo a la enfermera.

No entiendo por qué se empeña en evitarme, vamos a tener mucha intimidad en nuestras sesiones de rehabilitación, y lejos estoy de querer cambiar mi actitud, quiero conseguir ponerlo lo más nervioso posible. Así que más le vale irse preparando. Yo conozco los límites a seguir, por mucho que me cueste, los voy a cumplir a rajatabla, solo falta que él sea capaz de comportarse. Pensar que ahí no van a haber enfermeras, celadores, ni nada con lo que pueda librarse... así que empecemos el juego, a mi manera.

Capítulo 8

Nando

—Nando, vas a conseguir que me despidan —me dice mi hermano nada más descolgar—. Esta mujer es superior a mí.

—¡Oh, vamos! Estoy seguro de que en tu carrera te has encontrado con pacientes peores, ¿o es que te pone y tengo que hablar con Mariana?

—¿Estás loco? El lunes mismo se lo cuento todo. —Y para poner a mi hermano nervioso... tiene tela—. Sabes que no es una paciente corriente, ese es el puto problema. A ver si te enteras de una vez, esta chica puede ser la pieza imprescindible en mi carrera. Así que, lo dicho, se acabó, el lunes la pondré al día.

—Ni en broma, me lo debes. Déjame ir a mí el lunes —le propongo.

—Tú de verdad que no riegas bien, y ella menos. ¿Sabes lo que me cuesta contenerme cuando llama «víbora» a mi mujer, aunque no sea ella de verdad? Que me ha tirado los trastos y que me ha propuesto una sesión de posturas, ¿es eso normal? —Y lo bien que me lo pasaría yo respondiéndolo a todo eso.

—En mi mundo sí, por eso te pido que me dejes ir a mí. —Seguramente pueda manejarla mucho mejor que mi hermano.

—No voy a ceder a eso, si quieres verla, lo haremos juntos. Te dejo, que tengo trabajo. —Y cuelga.

Sabe que acabará ganando, no sé por qué intenta resistirse; además de que el otro día ya se ablandó, y si se resiste a contárselo, será por algo. Lo mejor de todo es que voy a tener la oportunidad de tenerla delante y que no sepa que realmente soy yo. Bueno, sí, porque piensa que soy mi hermano, solo que va a ser divertido que vea las diferentes personalidades, voy a poder jugar mucho con eso. Ni en sueños cederé a tener que ir a verla con Fer, voy a conseguir que aguante un poco más con todo esto. Me intriga conocerla desde esta perspectiva y descubrir de ella, sigo sin entender exactamente por qué, pero la curiosidad es superior a mis fuerzas en este caso.

De todas maneras, viendo sus comentarios, tiene muchas narices para mencionar de esa manera a una mujer casada, que para gustos... los colores. Y vale, yo también puedo tener una imagen de lo que Virginia transmite, solo que no se lo diría a un desconocido, y mucho menos a quien considero su marido; pensaba que, en eso, las mujeres nos ganaban en tacto. Por lo visto, ella no conoce la palabra pudor y no parece tener ningún filtro. Eso me gusta en una mujer, mucho más si es en la cama, pero me excita muchísimo.

Y no me ha gustado tener que recordarle que me lo debe, pero es así, y él lo sabe. Cuando sucedió lo que sucedió, que ahora mismo es lo mejor que nos ha pasado y yo me alegro de haber contribuido a ello, él supo que estaba en deuda conmigo. Tampoco entiendo por qué me lo cobro ahora y con esto, pero ha sido un impulso a la desesperada y necesito entender también por qué los tengo.

Hoy es viernes y he quedado con Rafa para tomar algo, puesto que Miguel tenía una cita y Jesús tiene otras prioridades. Podría tener yo también una cita esta noche, pero la rechacé, sigo buscando el motivo concreto, no me apeteció y punto. Cuando Mireia me envió un mensaje antes de ayer para proponerme vernos, simplemente le dije que no me apetecía follar con ella. Cosa que no es mentira, así que tampoco debo preocuparme. Mireia es una chica que conocí en una de nuestras noches de fiesta y, que tras comprobar cómo se movía en la pista de baile, quise tenerla en privado. Al principio, me pareció una mujer muy interesante, siempre y cuando tuviese la boca ocupada, hasta que ella creyó que lo nuestro tenía futuro y tuve que pararle los pies. Desde entonces, sigue en la búsqueda de su príncipe azul, incluso usando aplicaciones de compatibilidad, y cuando sale de un fracaso, siempre me llama para alegrarle la vida, así como para hacerle terapia. Si piensa que va a encontrar un hombre como yo, que sepa satisfacerla a esos niveles, está perdida.

En definitiva, que nos hemos vuelto a ver en alguna ocasión y me lo paso bien con ella, solo que por alguna extraña razón, llevo un par de semanas sin necesidad de acostarme con nadie. A ver si la semana que viene salimos a dar un poco de guerra y consigo animarme como debo en ese aspecto.

—Anna y Berta me han dicho de quedar para tomar algo, ¿seguro que no quieres animarte? — me pregunta Rafa, cuando le tiendo una cerveza.

—¿Algún día te atreverás a decirle a Berta lo que sientes? ¿O vas a jugar siempre a quedar con alguien para evitarlo?

Rafa es el más parecido a mí de todos y nos entendemos al dedillo. Demasiados años juntos, será eso. En cuanto a mujeres, tenemos un gusto bastante similar, por lo que puedo decir que Berta es espectacular y hasta me parece simpática. Se conocieron hace casi un año y tienen un rollo especial, aunque ninguno de los dos se atreve a dar el paso. Por parte de él, me temo que no quiere comprometerse, porque importarle le importa, pero nunca nos ha contado sus verdaderos sentimientos al respecto, en caso de que los haya. Que yo lo respeto, pero no cuando conlleva que yo tenga que aguantar a Anna para que él pueda tener su momento romántico. Claro que ha estado con otras chicas durante este período, y sin remordimientos, ella lo sabe y lo acepta así; quizás también tenga su lista de conquistas. De todas maneras, hoy no voy a ceder, no me apetece tener que hacerme el interesante con una persona que ni me va ni me viene. Si él necesita quedar con ella, que queden solitos, que ya tienen una edad. O yo me estoy creando una película equivocada, que bien podría ser, solo que si empiezas a quedar más regularmente con una mujer, será porque tienes intenciones más formales de las que estás demostrando. Lo digo porque quedan para más que para echar un polvo, de lo contrario, lo consideraría como mis encuentros repetitivos con alguna que otra mujer. En fin... que no voy a psicoanalizarlo ahora.

—El otro día me dijo de dar un paso más y me di cuenta de que no es lo que busco —confiesa.

—¿Y cómo te diste cuenta de eso?

—Pues... hablé con tu hermano. —Vaya, ahora el intercambio de papeles va a ser más frecuente de lo que yo pensaba—. Vino a cenar a casa, nos lo pasamos como siempre y se quedó a dormir, por la mañana al despertarme y verla ahí, algo no encajaba... Desayunando, me preguntó que por qué no formalizábamos lo nuestro y me quedé un poco bloqueado.

—Es normal antes de un cambio... —O eso creo yo.

—La cuestión es que luego comenté con Fer cómo me había sentido, lo que se me había pasado por la cabeza en ese momento y enseguida me dijo que esa mujer no era para mí. Que cuando es la indicada hay momentos en los que no dudas.

—Pues será porque a mí no me ha pasado, pero no veo el momento en no dudar al tomar una decisión como esa. —Lo digo muy en serio. Cualquier cambio supone un planteamiento de dudas y más cuando la respuesta correcta no existe y debes guiarte por lo que te apetece, teniendo en cuenta las consecuencias.

¿Será verdad lo que dice Fer? Estoy convencido de que él llegó a dudar sobre algún paso de los que dio con Mariona, las dudas son inevitables. Hasta yo dudo cuando escojo a una mujer para llevármela a la cama, hay demasiadas opciones. En fin, que como yo no soy el sentimental de la familia, debo aceptar que el experto en ese campo tiene la razón.

Seguimos un rato más hablando de su descubrimiento, porque hay cosas que siguen sin encajarme. Como que si ya lo tiene claro, por qué le sigue dando bola al tema. Por lo que dice, tras ese incidente, no se han vuelto a ver, y me imagino que ella le habrá propuesto quedar y su excusa debe de haber sido que tenía planes conmigo y que algo nos traíamos entre manos como para no darme plantón. A veces, creo que la gente es más ilusa de lo que pensamos, porque hay excusas que deberían estar prohibidas de lo malas que son. Como si a mis treinta y tres años no pudiera quedarme solo un viernes por la noche, pero allá ellos con estos jueguecitos.

El siguiente tema ha sido mucho más interesante, porque si nos juntamos Rafa y yo, no hay nada que se nos resista, así que nos hemos dedicado a trazar un plan para hacer entrar en razón a mi hermano y poder divertirnos todos. Va a ser la comidilla durante muchas noches si eso sale bien. No sé si algún día Cristina será consciente de todo esto, pero si lo es, espero que no se lo tome a mal y pueda reírse de ello. En el fondo, para mí, es muy gracioso que esté pensando que el hombre que le robó un plato de croquetas la está ayudando a recuperarse. Más que eso, su manera de tratar a ese hombre me parece realmente cómica. Y tratándose de mi hermano, es todavía mejor, porque conozco lo fácil que se mete en un apuro.

—Lo de esta mujer me tiene alucinado, que haya sido capaz de insinuarse a Fer con su padre por ahí, que diga tan abiertamente que Virginia le parece una... ya me entiendes, y que lleve un mes escayolada y su gran preocupación sean sus relaciones sexuales, es literalmente increíble.

—Correcto —admito—. Solo hay una norma en esto, que Fer no pierda su trabajo, por lo que voy a necesitar una lista de cosas que no puede hacer un médico con su paciente. —Rafa es abogado y seguro que conoce esos límites a la perfección.

—Nando, cuenta con que su padre le ha ofrecido a un médico que trate a una paciente fuera de horario en su propia casa, dista mucho de tener que seguir unas normas. Lo que hay que andarse con cuidado es de lo que pueda enterarse esa persona, por lo demás, dudo que debas preocuparte por algo.

—Entonces, que empiece el juego —brindamos con la cerveza.

No soy estúpido y tampoco haría nada que pudiera poner a Fer en peligro, pero Rafa tiene razón, no es una relación habitual, no tendría ni que ser su paciente y menos en campo de fisioterapeuta, mi hermano dejó de tratar esos casos y creó un equipo para derivar a sus pacientes. Lo hace por quien es el doctor Gabás y por lo beneficioso que puede ser para él tenerlo a su favor. Porque también me ha contado que es la primera vez que un médico irá a su casa para tratar a un familiar. Sus compañeros han estado comiendo o cenando y en alguna fiesta, pero no había tenido que usar todavía la sala reformada para la rehabilitación. Si ha depositado su confianza en él, ya es un paso. Por lo que me ha contado, es la pequeña de cuatro y la única mujer en la familia, quitando a su madre, claro. En pocas palabras, la hija de papá, por eso se está tomando tantas molestias.

Decidido, mañana voy a tener la conversación que hemos maquinado con Fer, y con Mariona

presente para ponerla de mi parte, y como me llamo Nando Bardaro que esta semana me divertiré haciendo que Cristina saque su carácter.

—Todos sabemos que en su momento no hubieses dudado, solo espero que cuando vuelvas a tener la oportunidad, lo aproveches de verdad. Y no me mires con esa cara, cambiaste tu comportamiento por ella, así que seguro que hubieses hecho cualquier cosa para avanzar —me dice Rafa al despedirse.

Mi respuesta es una escueta sonrisa. Es un tema que tenemos enterrado y que no me apetece reabrir. Nadie sabe lo que hubiese pasado si las cosas hubieran sido distintas, ni si hubiese hablado con quien debía en su momento. Pero todo pasa por algo y de todo somos capaces de reponernos. Y eso hemos hecho, por lo que ahora estoy lejos de arrepentirme de lo que sucedió; al final, todos salimos victoriosos y nos hemos conformado con la vida que tenemos. Puedo considerarme afortunado, quién sabe si hubiese cometido el mayor error de mi vida, nadie sabe si estaba confundido, es algo que no podremos resolver, así que mejor quedarse con lo que tenemos. ¿Hubiese dudado? Dudé con el simple hecho de quedármelo para mí y, desde entonces, dudo de casi cada paso que doy.

Ahora bien, si de algo estoy seguro es de que mañana conseguiré mi propósito, y Cristina y yo vamos a poder encontrarnos cara a cara de nuevo y descubrir si existe una tensión.

Capítulo 9

Cristina

Bendito fin de semana que he pasado. Primero, la liberación de mi pie ha sido lo mejor en años, no lo pondré a la altura de un orgasmo, pero poco le falta. Después de aguantar tanto peso en mi pie derecho, ahora parece un peso pluma. Si no fuera por las muletas, ya sería la gloria, que con la excusa de que ya no tengo peso, no paran de hacerme mover de un lado para otro.

El viernes, como sorpresa, vino Ignacio a cenar y a celebrar el gran avance. Y anda que no lo celebramos, creo que me pasé un poco por el forro las advertencias del doctor con lo de ir con cuidado, pero necesitaba sentirlo de esa manera, por lo que no estoy preocupada. El sábado, con las chicas, estupendamente, después de una noche de sexo, con la consecuente charla con mi hermano a la mañana siguiente por los gritos y gemidos que tuvo que escuchar, nada podía salir mal. Solo faltaría que encima me reprochase por disfrutar en mi casa, que se ponga tapones si no le apetece ser partícipe. O mejor aún, que se largue, que ya estoy curada, comprobado está.

Este fin de semana ya hemos decidido salir, y si todo va bien, dejaré la bota en casa, prometiendo no moverme de la sala vip; convenceré a Nico para que venga con nosotros y se traiga a Enrique o a Roberto, así tendré mis guardaespaldas listos, por si las moscas. Y la comida familiar, sin más, mi padre está muy emocionado con poder estrenar su habitación habilitada. La montó por sí, al hacerse mayores, necesitan hacer algún tipo de ejercicios y, al fin, va a poderle sacar un uso. Todos sabían que si alguien tenía que estrenarla, tenía que ser yo, la patosa de la casa, así que lo de que fuese para cuando mis padres envejeciesen... era una mera excusa.

Hoy no hay nadie en casa, a las seis, todos siguen trabajando, así que espero al doctor Bardaro en la entrada. Ha tenido un buen fin de semana seguro, su cutis es un chivato de ello, y lo sé porque si en algo me considero experta, es en reconocer a una persona recién follada a leguas. Será que me miro al espejo todos los días y, últimamente, veo demasiados desperfectos debido a mi sequía. Vale, ya lo dejo, pero sí, este hombretón ha fornicado bien este fin de semana, de eso estoy segura, solo que no voy a abordarlo tan pronto, vamos a dar un voto de confianza a nuestra relación médico-paciente normal.

—Buenas tardes, Cristina —me saluda—. ¿Cómo ha ido la vuelta?

—Pues no se imagina cómo disfruté el viernes, deberá mirar que no haya movido nada de mi tobillo con tanto cambio de postura; vueltas dimos un rato y orgasmos ni le cuento. —Sé que se refería a mi vuelta al trabajo, poco me importa; una cosa es que no indague sobre él, otra muy distinta, que yo le cuente mis aventuras.

—¿Estamos solos? —Incluso, parece asustado.

—¿Le preocupa eso? Soy una excelente anfitriona, le puedo hasta ofrecer algo de beber; pero, pase, no se quede aquí pasmado, que le enseñe la casa y nos metemos en faena. —El último apunte lo hago permitiéndome hacerle todo un repaso a su cuerpo.

Lo admito. Si no estuviese casado, aprovecharía esta oportunidad. Viene vestido con unos tejanos ceñidos y una camisa azul cielo que le queda como un guante, y es guapo, es muy guapo. No sé por qué los médicos se empeñan a ir con la bata blanca puesta, estoy convencida de que no generarían tanto miedo si mostraran el buen vestir que llevan debajo. Un capullo también es, pero eso no le quita su atractivo. Debo centrarme en mi recuperación y en tocarle las narices, he desistido un poco en que pida un cambio de paciente, así que no me queda otra que, al menos, pasármelo bien. Y eso significa dejar de echarle miraditas, porque a este paso voy a empezar a sudar antes de tiempo de lo que está subiendo mi temperatura corporal.

Le enseñé la casa, ayer ya me dieron instrucciones de cómo debía comportarme, nadie se fiaba de que mantuviera las formas. A día de hoy, sigo sin saber por qué tienen una imagen tan distorsionada de mí, puesto que siempre he sido una hija ejemplar de la que no recibieron queja de ninguno de mis profesores y me he sabido comportar excelentemente en todos los acontecimientos a los que he acudido. Esa distorsión debe ser por culpa de mis hermanos, eso seguro, que insisten en que no puedo haber heredado todo lo bueno. Dejo la habitación donde nos instalaremos para el final y antes pasamos por la cocina para coger un par de botellitas de agua.

—Supongo que compensará todo el esfuerzo que he hecho, estoy casi reventada. —Sigo diciendo que caminar con muletas es horrible—. He dicho «casi», me quedarían fuerzas para algo interesante... —Le guiño el ojo y se pone rojo al instante.

—Cristina, siéntate aquí. —Me señala la camilla y mucho me temo que nos vamos a poner manos a la obra.

Me descalza el pie muy cuidadosamente, y con el primer movimiento ya veo las estrellas. Todavía duele mucho, recuerdo el día en que me lo hice y fui al trauma, casi me mata con un simple roce. Seguro que ese día era un simple aprendiz que debía estar en Urgencias, porque os podéis imaginar que, si llego a avisar antes a mi padre, hubiese conocido al señor Bardaro antes de nuestro incidente. Veo que lo masajea, no quiero mostrarle mi cara de dolor, pero como siga de esta manera, la hostia no va a ser limpia. Que este todavía no sabe de lo que soy capaz.

—¿Te duele? —me pregunta.

—¿Le gusta hacerlo duro? Conmigo no tiene que tener compasión... —Pero, mierda, juega con ventaja porque tiene mi pie en sus manos—. ¡Joder! —grito.

—Duele, sí. Ahora déjame trabajar, mientras estás calladita —si hasta tiene carácter—, y seguro que acabamos entendiéndonos.

—Así me gusta, que me manden —murmuro en voz baja y veo un inicio de sonrisa en su rostro.

Me estiro en la camilla, para no verle la cara, o para que él no vea lo que provoca en la mía. Aguanto más dolor del que me gustaría, pero tengo entendido que debo dejarle hacer todos esos movimientos para poder mejorar. Eso y que no me apetece que piense que soy floja o débil; lo que somos capaces de hacer para impresionar. Espero que no se esté aprovechando de ello para ejercer más presión de la que debería, aunque si eso sirve para terminar antes, bienvenido sea.

La hora se me hace interminable y me ha dejado el pie dolorido. Me pongo hielo para rebajar un poco el esfuerzo, al tiempo que él llama a mi padre, imagino que para contarle cómo ha ido. Si es que, encima, va a tener que pasarle un parte diario, lo nunca visto, que ya tengo una edad para estos tratos.

—Sé que ahora puede parecer que vuelves al inicio, pero cada día irá doliendo menos —me dice al regresar.

—Más le vale que encuentre la manera de compensarme este dolor —le advierto—. Al menos, ¿me acerca a casa? —Yo vivo del morro sin problema.

Podría haber llamado a Nico, me hubiese pasado a recoger sin rechistar, puesto que ya habíamos quedado en que lo avisaría, solo que esta opción me parece muchísimo más interesante. No se opone, en el fondo, sabe que tenerme contenta es un plus y mientras no sobrepasemos ciertos límites, no hay de qué preocuparse. Me tiene un poco de miedo, no sé si es porque teme que me lance sobre él en algún momento, y eso que aún no me he acercado más de la cuenta, o porque teme no controlarse él. Pues que relaje ese ego, que ya me encargaría yo de ponerlo en su sitio.

Subimos al coche en silencio, observo las dos sillitas que tiene colocadas en la parte trasera y sigo pensando que es imposible que la mujer con la que cenó ese día sea madre; si no lo estuviera viendo, estaría convencida de que me está tomando el pelo. No quiero ser mala, que cada uno vive su vida como quiere y está fatal eso de ir catalogando a la gente por su apariencia, pero ese es uno de mis grandes defectos, no puedo evitarlo. También podría ser que no lo viese a él capaz de ser padre, aunque que si lo tuvieseis delante, todas querríais que fuese el padre de vuestros hijos, así que por eso no me he planteado esta segunda opción. No, eso es en lo último que debería estar pensando.

—¿Así que dos? —le pregunto cuando arranca.

—¿Cómo?

—Lo del trío aún no he llegado a planteármelo; si lo hago, tranquilo, será al primero al que acudiré, eso sí, su mujer no es mucho de mi agrado, habrá que buscar otra candidata —bromeo, mientras le señalo las sillitas.

—Sí, dos niñas gemelas y como me salgan como tú, guerra voy a tener un rato.

—¿Eso que veo es una sonrisa? Vaya, si el doctorcito sabe bromear; mucho mejor como su esposa, estoy segura. —Yo daré guerra, pero esa la busca que da gusto.

—Mi mujer es lo mejor que tengo, cuando encuentres una pareja a su altura, entenderás lo que digo.

—No se me ponga sentimental, lléveme a casa y mañana sigue, si quiere, torturándome. —No quiero entrar en un debate de si es lo mejor que hay o no, porque a la vista está que las discrepancias son abismales. Como tampoco me voy a poner a charlar en si quiero encontrar una persona que me acompañe de por vida o no.

—Veo que no le gusta hablar de amor, señorita Gabás, ahora ya sé cómo hacer para que se quede calladita. Y por favor, fuera de la consulta puede tutearme, de hecho, puede hacerlo siempre, como ya dijo, no creo que nos llevemos tanto. —Estoy lejos de darle algo con lo que me pueda atormentar.

—Me parece patético el comentario, puesto que tienes mi ficha donde pone mi edad, pero te lo pasaré por alto.

—Lo que me parece a mí patético es que intente menospreciar a mi mujer sin ningún objetivo aparente, ¿o es que me esconde algo, Cristina? —¿Perdona?

—No te flipes. —Pongo cara de enfada y espero que sepa que aquí acaba la charla amistosa que estábamos manteniendo.

Será gilipollas. Este se piensa que ya estoy babeando por su culito bonito, que necesito recurrir a dejar mal a su esposa. Que estará lo bueno que quiera, porque lo está y eso es innegable, pero que baje la soberbia porque conmigo no va.

Cuando llego a casa, Nico todavía no ha llegado, así que me entretengo con un baño y me doy cuenta de que realmente estoy agotada. Me imagino que hoy he hecho un sobreesfuerzo después de tantos días y mi cuerpo lo nota. Me preparo algo de cenar y, como imagino que debe de estar

ocupado, le aviso de que no lo espero y que me voy a ir a la cama. ¿Veis?, por eso no me gusta compartir piso, porque me preocupo cuando no debería, que el niño ya es mayorcito y no tiene que avisarme de todo lo que hace, pero la vena maternal me sale innata. Eso me mosquea, pero es un enfado conmigo misma que soy capaz de controlar, porque, por suerte, hace tiempo aprendí que solo debo preocuparme por los míos y que no se me note demasiado. Necesito descansar, así que ya se las apañará él solo cuando llegue.

Segundo día en la oficina. Sí, tanto en el trabajo, en el que parece que no he estado de baja, puesto que han seguido consultándome las cosas y ahora todo está encarrilado de la manera en que estaría si no me hubiese ido, como en rehabilitación.

Hoy llego antes porque mi madre quería enseñarme no sé qué de su futuro viaje con mi padre y así la ayudaba un poco. Que parece muy moderna para ciertas cosas, pero lo de comprar por internet aún le cuesta lo suyo. Se despide de mí antes de que llegue mi torturador personal, ya que tiene clase de yoga, y aprovecho un rato para meter los pies en el agua de la piscina cubierta, así a modo de relajación.

Al sonar el interfono, como ya veo quien es, solo abro y lo espero en la sala, supongo que tiene memoria suficiente como para acordarse del camino, porque no voy a realizar el recorrido entero con muletas de nuevo. Mientras, aprovecho para ponerme unas minimallas amarillas que me hacen un culo estupendo y me mentalizo de que no debo caer en ninguna tentación.

—Ni bajar a recibirme, veo. —Oigo detrás de mí y me sobresalto.

—Te dejo suficiente espacio para que no te me pongas nervioso —le contesto, colocándome ya en la camilla.

Ve algo distinto en su mirada y juraría que el repaso que me da es mucho más insinuator del que podría imaginar. Vale que ayer acabamos más relajados y se tomó más libertades en el coche, pero lejos estamos de ser amigos. Quizás ya estoy delirando más de la cuenta, que no sería la primera vez que veo pajaritos donde no los hay. Se coloca enfrente de mí y hoy lleva un botón de más desabrochado de la camisa, ese que enseña lo justo como para ponerme más mala. De repente, tengo un calor enorme, y su mirada me intimida como nadie lo había conseguido hasta el momento. ¿Qué me está pasando?

Me descalzo antes de que lo haga él y dejo mi pie fuera de la camilla para poder estirarme y evitar el contacto mientras lo dejo trabajar. Ayer ya me dijo que estuviese calladita, así que no le molestará si hoy me lo tomo al pie de la letra. Él tampoco parece ser un hombre de muchas palabras. Se remanga la camisa y puedo observar sus brazos musculados, y bufff... ni os lo podéis imaginar. Se pone una especie de crema en las manos y en cuanto deposita su mano en el dorso de mi pie, una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo. Tanto que debo sacarlo bruscamente porque no me ha gustado nada esta sensación. Ya pasé por aquí ayer, así que no entiendo que hoy haya conseguido provocarme esto.

—¿Duele? —me pregunta entonces, y estoy convencida de que lo dice para salir del apuro, él también tiene que haberlo notado—. Puedo hacerlo más suave —vuelve a coger delicadamente mi pie.

Os juro que hay algo distinto en su voz que me está provocando mucho hoy. No puedo haberme vuelto loca tan pronto, por lo que estoy segura de que hay un pequeño cambio de actitud en él. De

todas maneras, no sé si provocarlo o no, porque estoy empezando a sentirme un poco pequeña con su presencia.

—Ayer quedamos en que era mejor duro. —Prefiero sufrir por dolor que lo que estoy sintiendo ahora; al menos, podría centrarme en disimular y dejaría de rallarme por tonterías.

—Hay momentos para todo, ¿no crees? —¿Estamos hablando de lo mismo?

—Claro, por eso quiero que me tortures y acabes cuanto antes, para tener justo esos momentos para duro y suave. —Es que me tientan tan fácilmente...

—Sabes que tener el pie así no es un impedimento, ¿verdad? —Yo lo veo demasiado cerca.

—El impedimento es tu mujer. —Mierda, lo he dicho en voz alta—. No he dicho eso. —Ahí, metiendo la pata hasta el fondo—. Por si no te quedó claro ayer, el viernes ya disfruté y no tengo intención de dejar de hacerlo, lo que quiero es estar en plenas facultades, seguro que me entiendes. —Intento arreglarlo mientras sonrío.

—Menos de lo que me gustaría. —Se ríe—. Deberé replantearme las clases de posturas... —Y mi cara es de asombro total. ¿Qué le han hecho a mi doctor? ¿O es que se ha compinchado con mis hermanos para torturarme del todo?

—Buenas tardes —aparece mi padre por la puerta—, vengo a controlar a la fiera un poco, que me tienes al doctor un poco asustadito. —Se ríe, pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

¿En serio el hombre que tengo delante está asustado?

Capítulo 10

Nando

No sé si que haya aparecido su padre es bueno o malo, me estoy imaginando que Fer quiso tomar medidas con respecto a mi visita y ha metido precaución. La veo mucho más cohibida de lo que me había comentado mi hermano, claro que este se escandaliza con mucha facilidad. Juraría que la he puesto nerviosa, ya que el comentario de «mi mujer» le ha salido sin pensar, era evidente que no lo quería decir en voz alta. ¿Ha pensado en tirarse a mi hermano? O a mí, que vendría a ser lo mismo para ella. Por sus palabras podría afirmar que imaginárselo se lo ha imaginado; ahora yo, después de tenerla hoy delante, voy a fantasear seguro.

¿Dónde está el clásico chándal horrible que se guarda en un cajón para cuando tienes que ir a estas consultas? Porque un poco más y se me presenta en bragas, y uno no es de piedra. Tiene la piel suave y he tenido una mera sensación de electricidad con el primer contacto. ¿Le habrá pasado lo mismo? Se ha sobresaltado un poco y me ha retirado el pie de inmediato, pero ha sido una sensación bastante extraña para mí. Aunque debía ceñirme a mi papel y recobrar la compostura.

Puedo reafirmar que es guapísima y que, observándola más de cerca, contemplo algunas pecas por el puente de la nariz que la hacen más especial, si cabe. Su cara de enfadada me dejó con ganas de abalanzarme sobre ella, pero su sonrisa no se queda muy atrás. Tiene una especie de brillo en los ojos y su voz suena realmente sensual con un toque dulce.

Vale, *stop*, creo que estoy empezando a delirar y aun voy a despertar a mi amigo, voy a tener que centrarme en el padre, eso le baja el calentón a cualquiera. Supongo que debe de ser porque llevaba tiempo esperando este momento y no venía con ninguna expectativa, por lo que me estoy dejando llevar por lo que veo. Aunque si realmente me dejara llevar, ya me la habría tirado nada más recibirme con ese top y ese culote. Es más bajita de lo que recordaba, pero me parece muy manejable y estoy convencido de que nos lo pasaríamos extremadamente bien.

Trabajo un poco con el pie, Fer me ha contado todo lo necesario para esta sesión, estamos muy al inicio, así que son movimientos muy sencillos. Suerte la mía, porque me siento vigilado y, como ya dije, lo último que me apetece es que mi hermano pierda su trabajo. Lo que nadie sabe es que trabajar bajo presión es mi día a día y se me da de miedo, así que estoy lejos de venirme abajo por una simple supervisión. Padre e hija hablan, pero he dejado de escuchar, porque aunque puedo llegar a ser un cotilla, no soy ningún entrometido, o porque prefiero embobarme mirando su belleza y quedarme con el tacto de su piel. Demasiado cursi para ser verdad.

—Cristina comenta si os apetece venir a la barbacoa de este domingo —me ofrece el doctor Gabás, y puedo ver la intención maligna que tiene la otra en su sonrisa.

—Agradezco la invitación, pero voy a tener que rechazarla —intento ser educado.

—¿Por qué? —pregunta, entonces, Cristina—. Prometo comportarme con tu mujer, si ese es el

problema, solo quiero conocer a una mujer que te aguanta y...

—Cristina, compórtate —la reprende su padre—. Coméntalo con ella y ya confirmaréis. Os dejo acabar esto —se despide de mí estrechándome la mano.

Veo como Cristina echa la cabeza hacia atrás para comprobar que su padre sale por la puerta y vuelve a la carga.

—Tengo varias teorías, pero espero que no estés rechazando la invitación por miedo a que tu mujer se ponga celosa si me acerco a ti. —Se levanta para quedarse demasiado cerca de mi rostro—. Dudo mucho que esa tipeja pueda saber lo que son celos creyéndose la diosa del mundo, y remarco, creyéndose; aunque, tranquilo, sé mantenerme al margen de parejas casadas. —Prácticamente susurra en mi oreja.

Tentado he estado de comerle la boca al momento, esto es peligroso. La ayudo a bajar de la camilla, prefiero no contestar nada, aunque el contacto de mi mano en su cadera no me ayuda a enfriarme, sino todo lo contrario.

—Tranquilo, hoy no debes llevarme a casa, nos vemos mañana, doctorcito, y espero que sin vigilancia. —Y se marcha.

Me he quedado un poco bloqueado, sin palabras. No me ha dicho nada del otro mundo, ni me ha puesto en ningún aprieto que no me haya visto antes. Pero en esta ocasión me siento un poco distinto. Tenerla tan cerca me ha puesto, algo así, como nervioso y eso no es habitual en mí. Lo que creo que me perturba es que puedo entender la preocupación de mi hermano, y él, que siempre ha sido el bueno de los dos, el responsable y el cuerdo, lo debe de estar pasando mal. Espero que cumpla su palabra y no sobrepase los límites que tiene marcados, ya no solo porque Fer la rechazaría, sino porque él también lo pasaría mal.

De todas maneras, ahora que la he vuelto a ver, tengo ganas de seguir haciéndolo, ya no sé con qué fin u objetivo, pero quiero poder pasármelo bien como al principio, antes de la interrupción y ver cómo podemos divertirnos. Por el momento, voy a tener que conformarme con fantasear con lo que me provoca o con lo que insinúa, que con la imagen que me ha dado hoy ya tengo por donde empezar.

Le envío un mensaje a Fer para que no se preocupe, decirle que todo ha ido bien y que ha venido a supervisarlo el doctor Gabás, que eso lo dejará tranquilo porque sabrá que no he podido hacer nada inapropiado y para mi sorpresa ya lo sabía.

Fer:

El doctor Gabás me ha agradecido el trato con su hija, está asombrado con lo tranquila que la he dejado hoy. Lo que se te ha olvidado comentarme es que te han invitado a una comida el domingo.

No le respondo, no merece contestación. Mañana irá él a verla, así que seguro que se lo vuelven a comentar. Esa mujer está lejos de aceptar un no como respuesta, menos el día de nuestra batalla, que esa la gané yo y no puedo evitar sonreír al recordarla. Bueno, sonreír y maldecir por

haber estado acompañado de otra en esa ocasión.

¿Que la he dejado tranquila? ¿Qué quiere decir eso? Porque lo último que me ha dejado a mí es relajado, así que no entiendo que ella esté calmada si ha podido notar algo de lo que he percibido yo. Sí, soy un creído y además me han enseñado a leer las miradas que transmiten deseo, así que es imposible que se haya quedado con una sensación de tranquilidad. Aunque estas conjeturas me las quedo para mí, no vaya a ser que pierda la fama o la reputación por una gilipollez.

Debo ponerme a hacer faena, algo que me ayudará a despejarme un poco y tener la mente ocupada en otra cosa que no sea ese minipantalón de deporte amarillo que no deja de aparecerse en mi mente. Salir antes de la oficina provoca que tenga que acabar mis tareas en casa, pero creo que ha merecido la pena.

Hoy me vuelve a tocar a mí, le pedí única y exclusivamente tres sesiones, tenía que empezar por poquito, por lo que iré hoy y me quedará una la semana que viene, la siguiente ya será la última que deba tener supervisión y comprendí que debía ser mi hermano quien se encargara de explicárselo todo adecuadamente. Aunque, por lo visto, los movimientos y masajes en el pie le están sentando bien. Además, es una chica bastante deportista, así que no tardará en volver a estar en plenas condiciones. Todo esto es lo que me cuenta mi hermano, que a mí no me ha dado tiempo de indagar tanto ni entiendo lo mismo que el médico de la familia.

Esta mañana ha llegado Virginia, lo que conlleva que seguramente quede con ella esta noche, le he dicho que tengo un compromiso por la tarde, pero que si puedo verla la llamaré después. Desde que se fue, no he vuelto a echar un polvo y, aunque no dependo de ello, creo que me va a venir bien un revolcón. Se va a quedar el fin de semana, pero como ya tenemos planes con los chicos, hoy va a ser el único día que podamos vernos. Ya he discutido con ella por ello, pero debe entender que no tiene ningún derecho a acaparar mi atención. Da igual, los pasos uno a uno.

Llego, llamo al interfono y la puerta se abre automáticamente, ni siquiera oigo palabra por el aparato. Suerte que mi hermano es muy cuidadoso con todos los detalles, si no ya me veo que el primer día hubiese hecho el ridículo más espantoso. Me dirijo a la sala y me la encuentro ya en posición, tumbada, con el pie descalzo y preparada. Lleva unas mallas similares a las del primer día y con las que he soñado bien, si soy capaz de excitarme con tan poco, no quiero pensar lo que será capaz de provocarme con algo más. O un pelín menos. Bueno, paso de saludos, entonces.

—Hoy vamos a empezar con la cinta, vas a tener que involucrarte un poquito más —le advierto, porque la veo muy acomodada para la causa.

Saco una cinta azul de mi mochila y la dejo en la camilla mientras me saco la americana y me remango la camisa. Puedo ver como sus ojos siguen mi movimiento y apostaría cualquier cosa a que se está excitando con solo mirarme. Ya os he dicho que no tengo problema en admitir que soy un creído, eso es evidente, y encima, sus ojos la delatan demasiado.

—Coge la cinta y colócatela por debajo de la planta. —Mientras lo hace, me posiciono detrás de ella y coloco mis manos encima de las suyas. Una corriente eléctrica vuelve a recorrer mi cuerpo y noto cómo su respiración se acelera—. Vamos a ir con cuidado, pero necesito que tires de ellas, acercando el pie hacia ti. —Admito que estoy utilizando una voz seductora, porque estoy cerca de su oreja y sé cómo puede poner esto.

—Puedo hacerlo sola —dice medio nerviosa—. Prefiero... que estés... delante de mí. —Se le

entrecortan las palabras.

—¿La pongo nerviosa, señorita Gabás? —Lejos estoy de separarme de ella.

—En tus sueños. —Y veo que cierra los ojos para seguir con el trabajo.

Intento cogerla cada vez más fuerte de las manos y ser yo quien mande en estos movimientos, solo por el mero hecho de que notar su pecho acelerado me está acelerando a mí. Cuando terminamos con esta ronda, vuelvo a colocarme delante para poder realizarle el masaje correspondiente y colocarla de pie para que pueda empezar a andar de puntillas; yo solo sigo normas, porque hay algún ejercicio que me parece ridículo.

—Si consigo andar bien, ¿podré salir sin muletas este fin de semana? —me pregunta cuando la coloco de pie.

—¿Salir adónde? Bailar todavía no puedes, así que mejor salir con ellas. —Prescripción médica ante todo.

—Ya sabía que no podía bailar, solo que quiero salir sin ellas, tomar algo sin sentir el estorbo, ni que la gente del local pueda mirarme con lástima, no ser el banco fácil de las habladorías de la noche. —Intenta poner cara de niña de no haber roto un plato en su vida, y noto una punzada en mis partes bajas—. Prometo no moverme mucho. Bueno, en el local, luego, depende del maromo que pille. —Ahora su sonrisa transmite una cosa muy distinta.

—¿Cualquiera te sirve? —se me escapa.

—No soy como tu mujer —¡pam!, directa—, y tomaré el no responder a mi pregunta como un sí.

De repente, apoya mal y se tambalea de tal manera que debo cogerla con mis brazos. Otra vez el maldito escalofrío y sé que ella también lo ha sentido porque se queda inmóvil, mirándome a los ojos, y no sabría descifrar esa mirada y eso que suelo ser un experto en ello.

—Omitiré el comentario sobre mi mujer. —Ya acordamos con Fer que debíamos evitar que la tratase de esa manera—. Solo vigila de no hacer movimientos bruscos. —Eso ya se lo advirtió él en su día.

—¿Quieres venir a cuidarme tú? —Y su movimiento de labios provoca que mi ojos solo tengan una dirección.

—No tendría ningún problema en ser cuidadoso. —Me aproximo más a ella.

—¿Eres bipolar? —suelta de repente.

—¿Cómo?

—Pues, a ver, un día parece que acercarte a mí es lo último en tu lista de deseos, y al otro, serías capaz de cuidar de mí. No entiendo tu actitud, un día sí, un día no, y yo estoy intentando mantener las distancias contigo, a pesar de que no me lo estás poniendo nada fácil. Estoy acostumbrada a tener médicos de la edad de mi padre, y puedes imaginarte cómo son, y apareces tú, al que tengo más ganas de matar que de otra cosa y encima parece que te estés cachondeando de mí y no me hace ni puta gracia. Quedan dos semanas con esto, así que, por favor, deja tu bipolarismo de lado y centrémonos en lo que tenemos que hacer, porque si quieres guerra, ten por seguro que tienes las de perder. Que ni siquiera sabes con quien estás jugando...

No la dejo terminar, no he podido evitarlo, debía hacerla callar como fuese y necesitaba hacerlo. Ya estábamos suficientemente cerca como para que no fuera rechazado, al menos, de primeras. Sus labios son suaves, tal como me los había imaginado en un inicio, y está tan receptiva como yo entregado. Poco a poco me ha abierto paso y me imagino que el deseo que recorre por su cuerpo es el mismo que siento yo. Introduzco mi lengua en su boca y la suya no tarda en recibirme. Mientras ambas juegan, y no me gustaría decir que de la mejor manera posible,

pero es así, se acerca más a mi cuerpo y veo cómo se va encendiendo por momentos. Y ¡pam!, cuando voy a cogerla para tenerla más apretada a mí, se separa y lo primero que sale de su boca es un «mierda», seguido de una media vuelta y, con una habilidad que desconocía de una mujer a la pata coja, me deja ahí plantado.

«Mierda», digo yo. Mi hermano me va a matar. Y no solo por el beso, sino porque la semana que viene no lo voy a dejar así, después de esto, necesito hacerla mía.

Capítulo 11

Cristina

Mierda, mierda, mierda. Soy estúpida a más no poder. Tendría que haberlo frenado en cuanto se me estaba aproximando, pero ha sido superior a mí. ¡Joooooder! La he liado parda. Una sola norma me había propuesto, una sola, no meterme en medio de ninguna relación y, a la primera que se me presenta la oportunidad, la cago. Ya lo dicen que de tanto jugar con fuego, una se acaba quemando. Si es que maldita actitud la mía, ya podía imaginarme que esto me pasaría a mí y yo erre que erre en querer ponerlo en un aprieto. Como se entere mi padre, no salgo viva. Aunque, claro, a él le conviene más no decir nada que a mí. Ha sido él quien ha dado el primer paso, así que técnicamente no debería sentirme culpable. Pero lo hago, y mucho, sobre todo por el deseo que siento ahora mismo de imaginar lo que hubiese podido ocurrir. Ojalá me hubiese empotrado contra una de las paredes o lo hubiésemos hecho encima de la camilla.

Stop. No puedo tener esta clase de pensamientos. Espero que se haya largado ya y que corramos un tupido velo cuanto antes. El calentón me lo saco este fin de semana y cogeré a tal maromo que este será un mindundi a su lado.

—¿Algún pecado que confesar? —me asusta Nico, no recordaba que venía a recogerme.

—¿Qué? ¿Yo? Ninguno. —Ya dije que mentir se me daba como el culo.

—Hermanita...

—El doctor Bardaro me ha besado, juro que no he sido yo. —Me lo iba a sacar de todas maneras.

—Pues hoy le ha confirmado a papá que vendrán el domingo. —Se ríe—. Esto va a ser interesante... Prometo no decirles nada a Mateo y Adrián, de momento. —Se sigue descojonando.

¿Cuándo ha confirmado su asistencia? ¿Antes o después del beso? ¿Este tío está cuerdo? Porque a la vista queda que yo ni me aproximo. Afortunadamente, mi hermano me conoce lo suficiente como para entender que yo he sido siempre respetuosa y que esto no me hace ninguna gracia, así que no mete más mierda y se está calladito hasta llegar a casa y preguntarme qué quiero cenar. Esa es una de las grandes ventajas de haberlo adoptado esta temporada, que le gusta cocinar y nunca pone pegas para hacer la cena. Más en un día como hoy, que puede cachondearse mucho de mí porque me ha visto apurada y seguro que mi cara era más cómica de lo que me parecía a mí, pero en el fondo sabe lo que puede afectarme una situación así. No estoy preparada para reabrir heridas y no puedo dejar que me influya todo esto, una vez has sufrido de más en el pasado, has tenido que hacerte fuerte para enfrentarte al futuro.

He decidido crearme un calendario y tachar la cuenta atrás de lo que va a durar esta tortura, como los malos que salen en las películas cuando los meten en la cárcel, es lo único que logra

animarlos, ser conscientes del final. Hoy ni siquiera sé la cara que voy a poner cuando lo vea. Una ventaja de que mi padre esté en todo esto es que no necesito su número para hablar con él, así que no nos hemos podido decir nada después del incidente. Mi padre tampoco me ha avisado de que no tenga rehabilitación hoy, así que no se ha rajado. Veremos cómo se presenta y, en función de su actitud, decidiré si comento o no el tema. Yo no suelo ser de las que se queda con la duda, y desde ayer que tengo demasiadas. Todas internas, pero podría perfectamente compartirlas. Casi ni he podido dormir, y lejos estoy de preocuparme por un tío. Intentaré mantenerme callada, porque me conviene no hacer más grande esta pelota; al final, todos sabemos que quien acabaría sufriendo sería yo, así que debo pensar en mis intereses antes de hacer una locura.

Como hoy está mi madre en casa, es viernes y la jornada es reducida, dejo que sea ella quien se encargue de abrir, mientras yo me visto, hoy con un chándal horrendo y largo y me coloco en la camilla. Puedo empezar los primeros ejercicios de propiocepción sola, no necesito ningún tipo de supervisión, por mucho que mi padre se empeñe en creer que es lo correcto.

—Veo que vas cogiendo la rutina —me saluda tan ancho.

—Buenas tardes, doctor Bardaro. —Educación ante todo—. Es para que veas que me valgo por mí misma y desaparezcas cuanto antes. —A ver si entiende que la que no quiere estar aquí soy yo.

—Solo cumplo órdenes, así que pongámonos a trabajar. —¿En serio va a tomar esta actitud tan seria después de lo de ayer?

Se pone más cómodo y me pide que me ponga en pie. Ya vamos a empezar directamente a reaprender a caminar; el clásico talón, planta, puntera. O yo me estoy volviendo majareta o la conexión ahora mismo es inexistente. Yo no entiendo nada, y él parece estar cero preocupado. ¿Acaso no es consciente de que engañó a su mujer? Porque yo una cosa como esa no la perdonaría, estoy segura de que ni siquiera se lo ha mencionado.

—Así que el domingo me vas a presentar oficialmente a tu mujer. —Vamos a ver si sacamos algo de aquí.

—El domingo vamos a venir a comer, sí. —Sigue sin mostrar un ápice de preocupación.

—Cómo te gusta hacerle la pelota a mi padre, dile que se ponga un poco más recatada, mi padre es de la vieja escuela.

—Tu padre ya conoce a Mariona, así que no habrá ningún problema, ¿podemos no hablar de mi vida personal y centrarnos en curar ese pie? —Confirmado, este tipo es un imbécil y con cada una de sus letras.

—Sí, será mejor que nos centremos en la faena. —Pero ya para siempre.

¿Mi padre ha visto a su mujer y no tiene ningún comentario al respecto? Eso sí que no me lo creo. No es que sea un antiguo ni nada por el estilo, mis hermanos le han dado suficiente guerra, yo he sabido llevarlo más escondido, solo que solemos coincidir mucho en las opiniones de la gente, y si yo pensé todo lo que llegué a pensar, estoy segurísima de que mi padre no se quedaría corto. La frase de «esa no es mujer para un médico» sería lo más suave que escucharíamos de su boca. Así que empiezo a pensar que aquí hay gato encerrado.

Durante toda la hora lo noto extraño, no distante del todo, pero no parece el mismo que ayer. Ya no solo por las sensaciones que me provoca a mí, sino por la actitud que tiene. Es mucho más cuidadoso a la hora de preocuparse por mi lesión y se centra mucho más en el trabajo. No me evita la mirada, así que tampoco lo incomoda, y hace como si entre nosotros no ocurriese nada. Seguramente deba ceñirme al mismo plan y dejar de comerme la olla por algo que quizás hasta fue un sueño. Uno de los mejores besos que he vivido, unos de los mejores labios que he besado, por

no decir el mejor de todos. Ese beso me encendió con el simple roce de sus labios y por poco no me hizo perder la poca cordura que me queda. Ahora bien, si él actúa así, para chula yo, así que aquí pongo un punto y final a esta tontería.

Si él ha podido tomar esta actitud, quizás está tremendamente arrepentido de lo que ocurrió y fue un simple impulso, o es un actor de primera. Aunque, yo en su lugar, me preocuparía más porque aprendiera a estar calladita, que parece mentira que no sepa que la lengua se me va con facilidad. No voy a contribuir a engañar a nadie, más le vale que le haya contado a su mujer lo ocurrido. Que podría haberlo hecho y por eso está tomando esta postura. Lo que está claro es que yo debería dejar esta rallada y pasar olímpicamente del tema.

Nos despedimos sabiendo que nos volveremos a ver este fin de semana y que las circunstancias serán bien distintas. Yo le prometo que esta noche seré buena, más por mí que por él, y lo único que obtengo como respuesta es una sonrisa. No sé si me está tomando el pelo o que yo cada vez entiendo menos a los hombres. Este tío tiene que ser bipolar por cojones. No es normal su actitud.

—Más te vale que Enrique venga con ánimos hoy. —Le advierto a mi hermano cuando regresamos a casa.

—Cristina, Cristina, no me gustaría que utilizaras a ningún amigo mío, seguro que tienes candidatos esta noche.

Mi respuesta es una mirada de reprimenda. Sabe que no sería capaz de utilizar a nadie, eso no va conmigo. Enrique y yo nos conocemos en ese aspecto y sé que puede complacerme, pero no lo haría por despecho o pensando en otra persona. Solo quiero que me anime la noche, por su simpatía y sus bromas, no como Nico ha pensado de primeras. Que muy simpático diciendo que tendré candidatos, pero ni siquiera puedo moverme del sitio en el que me dejen sin ayuda, así que posponga las burlas para otra ocasión. ¿Quién narices quiere ligar con una lisiada?

Cenaremos todos en casa, la comodidad siempre es un plus y así conseguimos convencer a Gerard, que al no gustarle la fiesta, puede al menos venir a cenar y retirarse. No hay duelo de titanes, muy a mi pesar, puesto que Gerard y Nico ya se conocen y se llevan estupendamente, así que Mónica no tiene problema en que compartan el mismo espacio vital. No sé ni por qué os cuento esto, solo que en mi cabeza es bastante gracioso cuando intento recrear una pelea de esos dos por mi gran amiga, algo que no ocurrirá más que en mi imaginación.

—¿Cómo ha ido hoy? —me pregunta, nada más llegar, mi queridísima amiga—. ¿Le has podido meter bronca?

—Prefiero no hablar del tema, ha hecho como si nada hubiese pasado, y ya sabes que si él no muestra interés, yo menos, verás el domingo cuando me presente a su mujer.

—No querría ser él en ese momento, a tu madre le puede dar un parraque con esa mujer, y por favor, graba los comentarios de tus hermanos al verla. —Nos reímos las dos y procedemos a sentarnos para poder criticar todos juntos.

En mi familia nunca hemos sido muy afines a las mujeres «plásticos». Oye, que aquí respeto ante todo, y si alguien quiere operarse que lo haga, solo que a nosotros no nos va. Si yo me pusiera a arreglar todos los defectos que tengo, no sabría por donde empezar, por lo que me acepto tal y como soy y para adelante. Mis hermanos tienen muy buen gusto, Samanta y Paula son mujeres espectaculares, pero lejos están de tener algo operado. En fin, que en cuanto vean lo que es esa mujer, las risas están garantizadas. Que para ejemplo ya cuento con la opinión de Nico, y si ya somos dos con la misma perspectiva, está más que claro que el resto se unirá a nosotros.

Después de no sé cuantas botellas de vino y una cena riquísima que nos ha preparado Nico, nos dirigimos al Iputle, nuestro garito por excelencia, con la actitud de encaminarse cuanto antes a

tomar la primera ronda. El Iputle es un bar-discoteca bastante grande, tiene una parte más dedicada a poder tomar algo con tranquilidad, con sus mesas, sus sofás, su billar y una música que suena de fondo, pero que nos deja hablar entre nosotros; y tiene otra parte en la que solo encontramos un barra al fondo, el resto queda en una enorme pista de baile. Por eso nos gusta tanto este sitio, porque podemos tener las dos cosas juntas en un mismo lugar, y si nos cansamos de bailar, sabemos que a dos pasos podremos sentarnos y acomodarnos mejor. Añadiré que por aquí no tenemos mucha alternativa, así que nos conformamos con poco. En mi caso, lo de bailar hoy está totalmente prohibido, pero si que iré a mirar el ambiente y a sentir como si lo estuviese disfrutando, a ellos no les voy a prohibir nada, que suficiente me han aguantado ya.

—¿Seguro que dejas las muletas en el coche? —me pregunta Nico al aparcar.

—Ya estoy perfectamente, las llevo más por seguridad. —Los dos sabemos que si nuestro padre no fuese lo que es, ya no las utilizaría.

—No te vas a despegar de mí en toda la noche —me advierte.

—No ha llegado el día en que me plantee hacer un trío con mi hermano. —Le sonrío.

—Pues no vas a ligar hoy. —Me la devuelve.

No es que siempre que salgamos ligue, ni mucho menos, es solo que hoy necesito hacerlo. Tampoco soy de las que se lanza de primeras ni de tíos de discotecas, por eso sé que Nico no está para nada preocupado, pero, por una vez en la vida, podría tener un poquito de suerte y conocer a un príncipe azul. Tampoco nos pasemos, con que me atraiga y sepa complacerme, me es suficiente. Claro que tengo a Enrique aquí, pero como ya os he adelantado, no lo utilizaría nunca, que nuestra relación es importante.

Tomar alcohol después de tanto tiempo, no sé si es muy bueno. Había tomado alguna copa de vino, pero dentro de unos márgenes, me estaba comportando. Hoy llevo unas cuantas más y es la segunda copa que pido en el local. Debería tener cuidado, aún sigo con la medicación y aunque sé que tengo un límite, no está de más ser precavida. Que todavía la voy a pillar mucho y soy capaz de meterme otra hostia que me vuelva a lesionar. Solo me faltaría eso.

El resto se ha ido a bailar, yo quería ir a ver el ambiente, pero al estar dos minutos de pie, me he dado cuenta de que me duele más de lo que esperaba. No es un dolor que no se pueda soportar, pero como luego quiera volver a sentarme y ninguno de ellos esté conmigo, va a ser complicado. Sin contar que dejar todo el peso en la otra pierna, puede ser, también, perjudicial. Así que, con lo buena niña que soy, me he quedado donde estábamos con un *gin-tonic* y Nico ha prometido volver pronto.

—¿Puedo sentarme? —me preguntan de repente.

Me giro y lo que veo me gusta. Realmente me gusta mucho. Este sí que es un claro ejemplo de lo que es mi prototipo. El clásico morenito, con barba de dos días, pero arreglada, y viene, ni más ni menos, con una camisa amarilla que le sienta como un guante. ¿Quién le dice a este que no? Tampoco estoy para descartar a nadie, que parezco aquí una marginada, sola en una discoteca con una copa, ya solo me faltan las muletas o la bota y el cuadro perfecto. No voy a desaprovechar una oportunidad como esta.

—Claro, una copa en buena compañía sabe el doble de bien. —Necesito volver a encontrarme con el arte de la seducción.

—Soy Rafa, un placer. —Y los dos besos que me da prometen que será una noche más que interesante.

Capítulo 12

Nando

—¿Me vas a explicar qué va a pasar cuando Cristina se encuentre con Mariona el domingo y vea que no es tu muñequita? —Ese es mi hermano, que lleva una hora taladrándome al teléfono, y eso que ni siquiera sabe que me besé con ella.

—¿Me vas a decir tú por qué coño aceptaste la comida?

—¡Es el doctor Gabás, joder! —Y está muy pero que muy enfadado—. Y conoce a Mariona, así que ahórrate volver a decirme que vaya con Virginia.

—Déjame que me despeje hoy, llevas demasiado rato jodiéndome la noche, mañana prometo tener la solución. —Es la única manera de que me deje en paz.

—¡Ni siquiera sé por qué accedí a esto! Más te vale que sea una buena propuesta o la venganza no te la perdonaré. —Y cuelga.

Fer me ha colgado el teléfono a mí, así que eso es de todo menos una buena señal. Ya podría ser la comida la semana que viene, así hubiese tenido mi tercera visita y le hubiese podido pedir el teléfono y encargarme yo mismo del asunto. No sé de lo que es capaz Cristina, así que no sé cómo reaccionará el domingo cuando conozca a Mariona; dudo mucho que monte el numerito delante de toda su familia, pero no la conozco suficiente como para descartar nada. Solo me consuela que, por lo visto, hoy no le ha comentado nada de nuestro beso de ayer, así que estar calladita sí sabe. Es imposible que no lo disfrutara como yo, así que, siendo sincero, me mosquea un poco que no tenga preguntas sobre ello, de todas maneras mejor así por el momento. No necesito que me robe más dolores de cabeza.

Lo que sí que necesito es la noche de hoy. El jueves quedé con Virginia y después de toda la chapa que aguanté cenando, no fui capaz de llevármela a la cama. Por mucho que intenté prestar atención a su presencia, solo tenía una cosa en mente y era el maldito beso que había tenido horas antes. Hoy necesito olvidarme de él, hoy necesito conseguir borrar ese recuerdo, que solo se repetirá cuando haya confesado mi pecado y pueda saber que yo no soy el médico que la ha tratado.

Los chicos se me han adelantado, ninguno sabía cuándo podía terminar esa conversación, y por mí no deben esperar, que sé manejarme muy bien de noche, así que los encontraré en nada o encontraré una distracción mejor. La barra siempre es una apuesta segura, la sala de la música no nos va tanto, si no venimos acompañados y les apetece mover el esqueleto, aquí solemos tener más intimidad. Enseguida reparo en Jesús y Miguel y me extraña no ver a Rafa con ellos, no me he retrasado tanto como para que ya nos haya abandonado.

—¿Y Rafa? —pregunto antes de pedirme la tan necesaria copa.

—Pues ahí lo tienes. —Me señalan uno de los sofás.

Y juro que si me pinchan, no sangro. No me lo puedo creer. El mundo no puede ser tan pequeño; vamos, no me joroben. ¿Y ahora qué se supone que debo hacer? No puedo ir ahí y

desmontarle el chiringuito sin más, no después de haberle dicho a mi hermano que buscaré la solución para el domingo. Claro que, si le confieso hoy el malentendido, será una ventaja para todos, ¿no? Voy, le digo que tengo un hermano gemelo que es su médico y que nos confundió y listos. Seguro que es lo más comprensiva del mundo para entenderlo. Incluso, tal vez, me regale esta noche a mí de esta manera.

Pero también hay otro problema. Rafa parece estar entretenido y ella parece divertirse. Y lo que estoy sintiendo no me gusta. No pueden ser celos, no por alguien a quien ni siquiera conozco y con la que tan solo me he dado un beso casto, vamos a llamarlo así, pero lo que se me remueve por dentro no me gusta. ¿Le atraerá él más que yo? Me bebo la copa de un trago bajo la atenta mirada de mis otros dos amigos, y pido la segunda. No pueden comerme estas dudas, ni puedo volver a revivir una situación parecida, confío plenamente en mis capacidades.

—¿Has visto un fantasma? —se atreve a preguntar Miguel—. La chica es espectacular, pero tú hoy puedes entrarles a las de veinte, con este corte de pelo y recién afeitado. —Sacrificios que he tenido que hacer, y con lo que llevan tocándome las narices un buen rato.

—Es Cristina, la paciente —respondo.

—¿Quién? —Les hago un gesto con la cabeza para que miren en dirección a Rafa—. ¡Vamos, no me jodas! —exclama, entonces—. ¿Esa es la chica que estáis tratando con tu hermano? Pues siento decirte que el beso pasó a la historia, porque... —se mofa de mí.

—Lo siento por Rafa, pero este no va a ser su ligue hoy. —Y en mis adentros añado un «ni hoy ni nunca».

No es que necesite el alcohol para armarme de valor, es solo que así podré echarle la culpa a ello si no utilizo las palabras adecuadas. Quiero mucho a mi amigo, pero me quiero más a mí y, después de todo, no podría soportar que fuese otro el que me contara cómo es esta mujer. Si conmigo no compenetra, entonces tendrá carta blanca, pero de momento no. Lo siento, pero en eso soy bastante posesivo.

—¿Interrumpo? —pregunto, ya con malicia, a la vez que a ella parece que se le ha desencajado la mandíbula.

—Claro que no; mira, Nando, te presento a...

—Cristina —lo interrumpo.

—¿Os conocéis? —pregunta ahora, asombrado, mientras observo que ella debía estar a punto de decir lo mismo.

—Por desgracia —responde ella—. Y a tu pregunta... —me mira entonces a mí— sí, interrumpes, como verás, prometí portarme bien y eso hago estando sentadita, estoy segura de que Rafa sabrá cuidarme bien esta noche, así que puedes volver por donde has venido y nos vemos el domingo.

—Creo que no será Rafa quien te cuide hoy. —Después de su discurso, sé que mi amigo acaba de saber de quién se trata y se levanta.

—¿Te has propuesto joderme la existencia? —Se levanta ella también—. Lo de las croquetas no te lo perdonaré jamás, lo de tus cambios de humor y actitud demuestran que muy cuerdo no estás, pero quien me cuide o no esta noche es cosa mía. No puedes venir aquí y creerte el dios del mundo ni pensar que voy a caer rendida a tus pies cuando te venga en gana. Ayer me besaste y sabes muy bien que si no lo hubiese frenado, la cosa hubiera ido a más; hoy me tratas como si no hubiera pasado nada y, además, tienes el morro de venir aquí y llevarte a tu amigo para no manchar el ego de machito que tienes. ¡Que estás casado! ¡Céntrate en tu mujer y déjanos disfrutar a los demás! —El hostión no lo veo venir, pero puedo afirmar que es más fuerte del que recibí en

nuestro primer encuentro.

—Cristina, siento todo esto —interviene Rafa—. Ha sido un placer —se despide, medio apurado—. Vamos, Nando, antes de que la lées más —me susurra para volver a la barra.

—¡Lo que me faltaba, que tuvieras perritos falderos! —Oímos de fondo.

Si la pregunta hubiese sido simplemente: «¿Te has propuesto joderme?», lo hubiese hecho ahí mismo, porque joder con ella acaba de adquirir el primer puesto en mi lista de deseos. Cuando saca ese carácter, a mí me pone a cien, su cara de enfadada es demasiado erótica, incluso para mí.

—Te lo tienes merecido —me suelta Rafa, cuando volvemos con el resto—. Y que sepas que no he seguido la noche con ella porque no quiero ser partícipe de tu circo y que piense que yo formaba parte del plan. Y ahora, cuéntanos, ¿qué es eso de que la has besado? ¿Lo sabe Fer?

Les cuento lo que pasó el otro día en rehabilitación y admito que la química que sentí me asustó, incluso a mí, como también confieso que no me he atrevido a decírselo a Fer, porque puedo prever su reacción, y la palabra comprensión no entra en la definición. También les expongo que el domingo nos vamos a encontrar con la primera laguna del plan y que, la semana que viene, en función de cómo vaya nuestro encuentro, tengo pensando contarle la verdad. Ya puesto, les cuento toda la historia de golpe y así me ahorro tener que estar sometido a un interrogatorio para intentar sonsacarme cosas que les contaría de todos modos.

—¿Tú eres consciente de qué la estaréis volviendo loca? Tu hermano y tú no tenéis una personalidad, que digamos, parecida, así que lidiar con uno diferente cada día, me temo que la estará trastocando un poco —apunta Jesús, que es el que más desconocía la historia.

—Oye, que me estoy esforzando mucho en mi papel —me quejo.

—Tanto que te has atrevido a besarla. —Se ríe Miguel—. Muy propio de Fer, claro que sí.

—¿Tú le has visto el carácter a esta mujer? En cuanto confieses, te descuartiza vivo, por lo menos —sigue con la burla Rafa.

—Es hora de ir a dar una vuelta. —Mejor finalizamos este numerito.

Y ya no solo porque no quiero ser el hazmerreír de la noche, sino porque noto que tengo una mirada en la nuca que no me está gustando ni un pelo. Mis ojos se han desviado varias veces hacia el sofá donde está sentada, y ahora mismo se encuentra con otro hombre, aunque se parece bastante a ella y me atrevería a decir que es su hermano. No he observado ninguna actitud cariñosa hacia él y parece como si le estuviera contando un espectáculo por cómo gesticula con las manos. También he pillado a ese hombre mirando en nuestra dirección, así que podría ser que le estuviera contando el incidente. No sé el grado de confianza que tienen, a tanta distancia no puedo percatarme de mucho más. Parezco un puto crío observando a una chica a escondidas.

Como he dicho, mejor ir a dar una vuelta, mirar el ambiente y a ver si vuelvo a mi actitud de querer desconectar esta noche; antes lo digo, antes me tiene que suceder algo. Además, ahora solo faltaría que me viera con otra mujer para que la liáramos más todavía, si es que encima voy a tener que comportarme. Me vuelvo para pedir un *gin-tonic* antes de irme con el resto y una voz me sorprende.

—Ponme otro a mí, ¿compartimos una copa?

Capítulo 13

Cristina

No sé si voy a poder resistirme a este espécimen, está demasiado bueno y las camisas le quedan demasiado bien. He hecho muchos esfuerzos para llegar sola a la barra, pero mi hermano tiene razón. Debo aclarar esta situación o el domingo puede ser una comida de lo más incómoda, solo por el mero hecho de que estar calladita no es mi punto fuerte.

—Solo quiero firmar la paz. —Le sonrío en vista de que no contesta—. Y disculparme por el numerito.

—No debes disculparte. —Eso no me lo esperaba—. Yo también he actuado de una manera errónea.

—¿Eso quiere decir que vas a devolverme a tu amigo aquí y dejarás que disfrutemos de la noche? —Eso podría ser un símbolo de que de verdad se arrepiente de haber intervenido.

—¿Lo prefieres a él? —Se acerca demasiado cuando hace esa pregunta.

—Prefiero a alguien disponible. —He prometido no perder los papeles, lo que no significa que tenga que mentirle. Mi voz suena abatida, y estoy siendo lo más sincera posible.

—Entiendo... —No puedo evitar mordirme el labio inferior—. Lástima que tu cuerpo piense lo contrario. —Me da un beso casi rozando mis labios—. Acepto tus disculpas, nos vemos el domingo. —Y se marcha.

Este tío es gilipollas con todas las letras de la palabra. Viendo esta actitud, sí que puede encajarme con su mujer, porque para aguantarlo tiene tela. Lo admito, pedir perdón no es mi mejor virtud, así que una vez dadas, yo iba a lo que me interesaba, poder retomar la conversación interesante que estaba manteniendo con Rafa antes de que él apareciese. Ese sí que era un hombre a tener en cuenta, y estoy convencida de que lo hubiésemos pasado de maravilla.

Estas actitudes me sacan de quicio, y más cuando hay días que en rehabilitación parece un ángel caído del cielo, súper prudente y responsable, solo entregado a su trabajo. Lejos de ser el hombre que se acaba de acercar a mí para tentarme con su cuerpo. De todos modos, mejor dejo de intentar fantasear con algo porque no me llevaría a buen puerto. Este no es un hombre para mí, y mucho menos podría tener algo más que un revolcón con alguien así. Personalmente, no me gustaría que mi pareja tuviera estas libertades con el resto de mujeres. Ya sobrepasó el límite el otro día, y por mucho que estos acercamientos no puedan considerarse una infidelidad como tal, a mí me molestarían, incluso más.

Mi gran pifiada es que he confesado mi pecado, y ahora le he dado un motivo para seguir torturándome a gusto. Le he dicho de primera mano que sí que estoy interesada en él, pero que no debería. He dejado bien clarito que lo único que me priva de hacer lo que quiero es su compromiso, y eso es lo peor que podía darle. Si juntamos mi estupidez natural con un poco de alcohol, ya veis que el resultado dista mucho de ser positivo.

—Creo que ya las hemos perdido. —Se sienta a mi lado Mónica—. El de Daniela era muy

mono, pero el de Carlota...

—A partir de hoy voy a tener más compasión contigo, empiezo a entenderte, muéstrame las fotos.

Debo aclarar que siempre que salimos a ligar, porque sí, algunas noches salimos con esa idea en mente, intentamos que Mónica nunca se quede sola, es lo que tiene ser la emparejada del grupo. No me imagino la capacidad que tiene para aguantarnos, porque yo no podría ni estar una hora sin compañía. La otra norma que tenemos es que la foto con el que nos vayamos a enrollar es sagrada. A estas alturas, nunca sabes qué puedes encontrarte de noche y es mejor tener una prueba del susodicho, por si las moscas.

Así que Mónica me enseña su móvil y puedo ver que tiene razón; el de Daniela es monísimo y el de Carlota es... de su estilo. Tengo la suerte de no compartir gustos con ella, si no, probablemente, me los robaría todos. Ahora bien, en la foto de Carlota puedo observar el grupo de los cuatro chicos que estaban con el doctor en la barra, también porque distingo a Rafa a la perfección, son los dos que están de cara, y no podría decantarme por una de las dos sonrisas. Esa sería una de las oportunidades para hacer un trío. Ya veis lo poco que me dura el ejercicio mental para tomar distancia.

—Tía, que no te has enterado. —Caigo en la cuenta—. No adivinarías a quién me he encontrado.

—Chica, cuando tú vas, yo ya he vuelto... Nico me ha puesto al corriente. —Ya me ha chafado la sorpresa.

—Pues... aquí lo tienes. —Amplio la foto y le devuelvo el teléfono.

—¡Jooooodeer! —Una reacción a la altura de la situación—. ¿Compartes una hora al día con semejante hombre y todavía no has hecho nada inapropiado? Eso no puede ser cierto... —Qué bien me conocen mis amigas.

—¿Es tu manera de decirme que estoy madurando?

—Eso no sabes lo que es. —Me sonrío—. En fin, lo tuyo tiene mérito, pero es por una buena causa... está casado. —Otra que pone el dedo en la llaga, seguido de una mirada de compasión—. Yo me voy a ir retirando, que esas dos ya están entretenidas y seguro que Nico y Enrique no tardarán en encontrar «presas», ¿te llevo yo o esperas a tu hermano?

—Déjame que vaya a preguntar y aprovecho para despedirme de las chicas, aunque vas a tener que acompañarme, eso de andar sin nada que me sujete el pie, todavía, no es lo mío.

Nos levantamos para dirigirnos a la otra sala; yo disimulando que debo ir con cuidado o a la pata coja, y Mónica en guardia por si tiene que echarme un cable. Me despido de mi hermano, ya que han conocido a un grupo de chicas y prefieren quedarse un rato más, como para fiarme de sus promesas de volver pronto, y lo amenazo con que ni se le ocurra aparecer por casa acompañado, que si yo no triunfo, él tampoco. La envidia es muy mala y no estoy capacitada para tolerarla a estas alturas. Y menos con mi hermano. Y menos en mi casa. Me voy hacia las chicas, que siguen bailando con sus nuevos ligues, y eso sí que duele, porque las ganas que tengo de poder hacerlo son estratosféricas y, como no puedo quedarme quietecita, me acerco al grupo de chicos de atrás.

—Que pase una buena noche, doctor. —Me despido con la mano mientras voy a por mi objetivo—. Una lástima que nos hayan interrumpido, espero que podamos vernos pronto. —Y dejando una nota en el bolsillo de su americana, lo acerco a mí para darle lo que se llama un beso en condiciones.

No ha sido un morreo en toda regla, y digamos que no me ha provocado ni la mitad de lo que se removió en mi estomago el otro día en la sala de rehabilitación, pero no ha estado mal. No me ha

encendido tanto, nada de fuegos artificiales, me imagino que por las circunstancias y porque me siento vigilada por todos lados, aunque ninguno de los espectadores me va a dar un sermón por ello. Los que me conocen, por eso mismo, porque me conocen, y los que no, porque no tienen derecho a decirme nada. Así que, tras separarme y observar su cara de alucine y no saber interpretar la mirada que me echa el doctor Bardaro, le digo a Mónica que nos podemos ir.

Me voy con una sensación extraña, no es que quiera vigilarlo por si lo que hace conmigo lo hace con todas, y su mujer es la más cornuda de la ciudad, pero me hubiese gustado comprobarlo. Quizás entonces el espectáculo del domingo estaría garantizado y tendría pruebas visuales al respecto. Lástima que la vena mala no me salga cuando debe, muchas cosas me hubiera ahorrado de ser así.

No hace falta ninguna charla de vuelta, un «estás jugando con fuego» es suficiente para nosotras. Solo tengo que prometer contarle todos mis avances, y ella me compensará con una cena con croquetas si me porto bien; si es que me conformo con bien poco. Quiere todos los detalles de la barbacoa del domingo; bueno, más que detalles, quiere saber cómo es la mala pécora que teníamos ese día sentada a nuestro lado. ¿Será capaz de comer carne? Porque, claro, se limitó a pedir una simple ensalada en un restaurante de tapeo, eso es muy triste. Y ahora que sé que cenaba con su marido, ni siquiera tenía que impresionar a nadie. En fin, hay gustos para todo.

Llegamos pronto a casa de mis padres porque Nico se ha empeñado en que quería jugar con los pequeños; si es que, en el fondo, es un niño más, el niño grande de la casa. Mateo y Samanta encantados, que así descansan de toda la guerra que les dan esos dos. Están justo en esa edad en la que dar por saco a todas horas. No, los niños no son lo mío, aunque no descarto ser madre en un futuro. Ahora bien, como me salgan dos demonios como esos, gestionarlo va a ser complicado.

Y sorprendentemente, para mí, el doctor Bardaro ha decidido venir antes también. Si te invitan a comer y te citan a las dos, no entiendo la necesidad de querer llegar a la una con el vermú en la mano. Por suerte, no traen a las niñas, a pesar de la insistencia de mi padre en que no molestaban, han sabido comportarse. Solo faltaban dos mocosas por aquí también tocando las narices. Y de repente, mi mundo se detiene. La mujer que viene junto a él es todo lo contrario a la que estaba con él en el restaurante. Esto tiene que ser una broma.

No pienso ni levantarme para ir a recibirlos, sigo procesando cómo puede ser tan impresentable. Y ya no por el hecho de que es un hombre casado y con hijas que se va con prostitutas, sino porque todo este tiempo me ha hecho pensar que la que yo creía que era su mujer era otra. Después de proceder a todos los saludos, se acercan a mí, mientras Paula y Samanta van a ayudar a mi madre con los entrantes, mi padre sigue con la barbacoa y Nico vuelve con los niños. Antes de esto, este último me echa una mirada de reprimenda, una que interpreto muy bien, de esas que quieren decir: «no montes ahora el pollo, sé lo que estás pensando, pero todo a su debido tiempo». Vamos a tener una conversación muy seria él y yo.

—Cristina, te presento a Marion, le he contado las ganas que tenías de conocerla. —Y una mierda. ¿Le ha contado también que por poco me genera un orgasmo con solo meterme la lengua hasta la campanilla?

—Esta no es tu mujer, o no lo era la del otro día. —Ya dije que callarme no era mi fuerte, y como solo estoy con Mateo y Adrián, poco me importa la reprimenda que llegará de Nico; prometí

que nadie viviría engañado si yo podía impedirlo y cumpliré con ello.

—Ah, claro, perdona —se ríe Mariona, y yo ya flipo en colores—, Fer me ha contado tu incidente con las croquetas, tengo que confesarte que ese restaurante es de sus tíos, jugaba con ventaja. —Me guiña un ojo, y yo sigo sin salir de mi asombro—. Y tranquila, fue a cenar con Virginia, una antigua amiga que vino unos días a la ciudad, y como lo está pasando un poco mal, Fer se encargó de animarla.

—¿Animarla? —Yo no doy crédito a todo esto.

—Sí, después de la cena, habían quedado con un par de amigos suyos, y ya sabes, uno le cae mejor que bien. —Me vuelve a guiñar un ojo.

—¿Una cerveza? —Rompe el momento Mateo.

—Claro —responde rápidamente Fer.

Yo sigo en *shock*, necesito analizar y procesar. Esta chica tiene pinta de ser un encanto, pero también de esas que decimos que de tan buenas son tontas. ¿De verdad se creyó que el que iba a animarla era un amigo? Que me parece muy bien que muestren tanta confianza como para contárselo todo, pero esa chica tenía un objetivo muy claro esa noche y no era, ni por asomo, ningún amigo. Aunque, claro, con un amigo como Rafa, yo también me lo plantearía. Con estas confianzas, ¿le habrá contado también nuestro beso? De momento, eso me lo voy a guardar para mí, por el respeto que le tengo a mi padre, más que nada. Que solo necesito atar cabos para saber que miente y mucho, el teléfono lo tenía él y bajó la otra a devolvérselo a Nico, anunciando que estaba con un cliente, así que... hay historias muy mal creadas. Si tienes que mentir, al menos, ten memoria para ello, o que las piezas encajen. Si ya lo dicen, se pillan antes a un mentiroso que a un cojo. Bromas aparte, dada la situación. Y bienvenida, ironía. Generalmente, si me mienten a mí, lejos estoy de darme cuenta, así que deben hacerlo muy mal para que me esté percatando.

Mis hermanos, que son, incluso, peores que yo, ya los están atosigando a preguntas, y estoy de oír el «¿cómo aguantas a Cris?» o el «quiero un poco de tu paciencia» hasta las narices. Y el otro, encima, les ríe las gracias. Como me sigan tocando la moral de esta manera, el lunes va a tener una sesión de rehabilitación de lo más entretenida. Porque si mi enfado sigue creciendo, aquí va a arder Troya.

Aunque por el momento, yo sigo en mi mundo. ¿Ha dicho que el restaurante era de sus tíos? O sea, que solo lo hizo por joderme a mí. Estoy segura de que su abuela puede hacerle esas croquetas cuando quiera. Eso me lo apunto, si ya estaba cabreada, ahora mucho más. Y sé que Mateo me está entendiendo a la perfección, y me pide con la mirada que me comporte, que tendré tiempo para explotar, y eso que él no conoce todos los detalles de los que disponemos Nico o yo.

Mariona, por su parte, me parece una chica increíble. Por mucho que me cueste reconocerlo, debo hacerlo. Es profesora de instituto y se la ve una mujer inteligente. Tampoco la asocio con el perfil del doctor, demasiado perfecta en muchos aspectos para él, es una mujer ejemplar. Tienen dos niñas gemelas de dos años y se les ve muy entusiasmados cuando hablan de ellas.

En estos instantes, la persona que me encontré el viernes en el Iputle y la que tengo delante me parecen totalmente diferentes. A ver si la noche lo transforma... o mi teoría de la bipolaridad es cierta. Aunque, como me han dicho, calladita estoy mucho mejor. Callada y jorobada, porque ni siquiera me ha echado una mirada y me estoy poniendo mala. Lo sé, lo sé, está casado y no es para mí, la química que sentí fue mera imaginación mía y lo del beso un sueño. Y ni en esos preguntaré por su amigo, quien no me ha dicho nada, así que no quiero parecer una desesperada.

En fin, que Cristina se ha vuelto la mujer más presentable que existe y va a ser una semimuda durante toda la comida, eso sí, todo lo que me estoy guardando no va a tardar en explotar. Mucho

me temo que uno no sabe bien lo que se le avecina.

Capítulo 14

Nando

—Te has salvado porque no sé si Mariona ha hecho muy bien su papel, pero Cristina estuvo callada toda la comida, y no sé cómo interpretar eso —me informa mi hermano—. ¿Te importa ir a ti mañana?

—Claro que no, pensaba que no me lo ibas a pedir nunca. —Una cosa es conseguir que ceda y la otra que sea él quien tome la iniciativa de una de mis maldades—. Puedo ir incluso toda la semana, si quieres.

—No te pases, te queda solo un día. Luego, si te apetece verla, confíésale quién eres. En nada te envío un e-mail con los ejercicios para mañana.

Hombre de pocas palabras y al que le gusta cortar cuanto antes una conversación en la que sabe que va a salir perdiendo. Ya tuve que lidiar con Rafa el viernes, como para tener que lidiar con Fer ahora. Sí, el beso que le dio a Rafa se parecía bastante al que me dio a mí y eso me molestó más de lo que voy a admitir jamás. Lo peor fue que no se conformó solo con eso, sino que le facilitó su número de teléfono en un bolsillo de su chaqueta, seguido de un «*cuando puedas deshacerte de tu impresentable amigo y quieras saber cómo divertirte, aquí estoy*». Sigo sin entender por qué me cabrearón tanto sus palabras. Aún más jodido, Rafa no ha querido darme su número.

Dejaremos de lado esa escena y me centraré en pensar cómo me la voy a encontrar mañana, es una mujer demasiado imprevisible, y hoy, quizás, se ha comportado como es debido por estar con toda la familia, pero no sé yo si esa actitud va a durar mucho. Si mi hermano me ha cedido el honor de enfrentarme a la fiera primero, no hay otra explicación posible de que está acojonado. Que él me conocerá bien a mí, pero al revés también, así que ha colgado antes de que pudiera llamarlo cobarde. Ahora voy a tener que lidiar yo con todo esto. Que también estamos así por mi culpa, todo sea dicho.

Cuando entro en la sala, me la encuentro tecleando en el móvil de espaldas a mí. Ya puede empezar a apoyar el pie en el suelo, sin hacer esfuerzos, porque, según me ha dicho Fer, su recuperación es excelente, se nota que se cuida y hace mucho deporte para que así sea. Lleva otro culote amarillo que le queda estupendamente y que le resalta el magnífico trasero que tiene. Lo reconozco, no tengo remedio y no puedo evitar que sea lo primero en que me fije. Se ha recogido el cabello en una coleta, dejando algunos mechones sueltos por delante, y ahora mismo me muero por besar esa parte que queda al descubierto. Me acerco lentamente para no sobresaltarla, pero sin éxito por una maldita interrupción.

—¿Quieres que le diga a Enrique que venga a por ti después? Tengo que volver a la oficina. —

Ese es el chico que estaba el viernes con ella en el sofá, confirmado entonces de que son hermanos.

—Tranquilo, justo hablaba con Ignacio ahora, lo más seguro es que venga él... —responde ella.

—Está bien, pero controla tus gritos, que mañana madrugo y necesito descansar. —Le guiña el ojo antes de marcharse. ¿Eso estaba planeado?

—¿Empezamos? —le digo, antes de que me arrepienta y suelte lo que realmente quiero preguntar.

No me contesta. Simplemente se dirige a la camilla, coge la cinta y se la coloca para empezar con la primera parte de la sesión. Su cara no sé si es de enfado o no, pero yo la sigo encontrando guapísima. Tanto es así que me quedo un buen rato embobado y, aunque debería estar mirando que no fuerce más de la cuenta y que realiza los tirones debidamente, no puedo apartar la mirada de su cara. Esa que trata de evitarme a toda costa y que parece que está centrada en el ejercicio. ¿Estará enfada o molesta?

—¿Me dejas? —le pido, para hacer la presión hacia delante.

Sigue sin contestar, me da la cinta y deja que sea yo el que trabaje ahora. Estoy empezando a odiar este silencio por dos razones: la primera, suelo ser un hombre que consigue siempre lo que quiere y ahora mismo no me gusta esta situación, y la segunda, porque no sé si me pone más esta actitud que la que muestra normalmente.

—¿Vas a tardar mucho en decir algo o prefieres que hablemos de otra forma? —Me arrimo a ella al bajarla de la camilla para empezar a andar.

—Podrás engañar a tu mujer como te plazca, que hasta me da pena ahora que la conozco, parece una mujer increíble, muy lejos de lo que te puedas merecer. ¿En serio se creyó que le ibas a presentar a esa fulana a un amigo? Ayer estuve con la boca cerrada porque, a diferencia de ti, tengo educación, pero a mí dejas de tomarme el pelo a la de ya. Me jodes unas croquetas que tu abuela puede hacerte cuando te plazca, te ríes de mí haciéndome creer que esa era tu mujer, tienes el morro de besarme y hacer como si nada al día siguiente, me jodes una noche de sexo por orgullo, porque temes que tu amigo Rafa te tenga que contar algo que no te vaya a gustar, o que te guste demasiado y te jorobe que no lo disfrutes tú...

No la dejo terminar, no puedo hacerlo, me estoy poniendo malo y lo único que necesito es poner mis labios contra los suyos. Mostrarle todo el deseo que acaba de despertar en mí y calmar un poco a la bestia. Tiene unos labios adictivos y perfectos...

—¡Jooooodeeeer! —grita de golpe—. ¡Eres un imbécil! —sigue gritando—. Ni se te ocurra volver a acercarte a mí —me amenaza, antes de sentarse en el suelo y coger rápidamente su pie.

—¿Estás bien? —pregunto cuando me recupero, no puedo creer que ella no haya sentido nada.

—¡Pues claro que no! Y más te vale llevarme a casa y no decirme nada más. Y sin rechistar, no querrás que mi familia se entere de que me has hecho daño, ni mucho menos, cómo ha sido. —Me amenaza.

—Pues vámonos. —La cojo en volandas y no veo yo que se queje mucho.

Aprovecho también que su padre tiene un congelador con hielo en la misma sala para ir calmando su dolor durante el camino. No soy médico, pero mi hermano es tan pesado que las normas básicas me las conozco. Cristina no me dirige la palabra en todo el trayecto y trata de evitarme la mirada siempre que intento mantenérsela. Como cuando intento decir algo, que me echa una mirada asesina para mostrarme que no tiene ningún interés en escucharme. Hasta he tenido que enviarle un mensaje a mi hermano para que me facilitara la dirección, no contaba con

tener que encontrarme en estas.

—¿Este es el coche que utilizas para tus conquistas? —me pregunta, nada más llegar—. No veo que tengas las sillitas colocadas...

—¿Te ayudo a subir? —Prefiero llevar yo la conversación.

—Hombre, faltaría más.

—Empiezo a pensar que te gusta que te coja en brazos —le digo cuando vuelvo a sostenerla.

—De ti no me gusta nada, te aguanto porque mi padre no me ha dado alternativa —me suelta.

—Yo creo que mientes fatal. —La cojo más fuerte porque está tentada de deshacerse de mí—. Pero, por esta vez, te lo perdono, no estás en plenas facultades.

—Eso lo sabrías si el viernes no hubieses intervenido —me desafía.

—Te veo muy chula —le digo, prácticamente, en un susurro cuando la deposito en el sofá.

Soy muy consciente de lo que le estoy provocando, he estado con suficientes mujeres como para conocer sus reacciones a mis actos. Y Cristina pide a gritos que me abalance sobre ella y le enseñe lo que es divertirse debidamente. Me dirijo a la nevera y, cuando la abro, no puedo evitar descojonarme. ¿Es que se alimenta a base de *petit-suisses* de chocolate? Vale, hay algo más en el resto de estanterías, pero tiene tela.

—Con que abrieras el congelador y trajeras otro hielo era suficiente —me riñe en la distancia.

Iba a comentar lo que acabo de presenciar, pero le suena el teléfono, y cuando lo cojo de la mesa para acercárselo, aparece el nombre de Ignacio en la pantalla. Fer me dijo que sus hermanos se llaman Nico, Mateo y Adrián por lo que no pierdo la oportunidad de responder.

—¿Sí? —pongo mi mejor voz.

—Eh... ¿Cristina? Te he enviado un par de mensaje para confirmar lo de hoy... ¿Te recojo en veinte minutos? Tengo una sorpresa para ti...

—Perdona, Cristina está ocupada ahora, le diré que te llame en cuanto se recupere. —Y cuelgo, no voy a lidiar con esto.

—Nadie te ha dado permiso para atender mis llamadas, dame el móvil ahora mismo. —Veo su cara de cabreada en cuanto regreso al salón—. Ya te puedes ir a casa, te están esperando.

—Te daré el móvil cuando te lo hayas ganado, y no voy a dejarte así cuando ha sido por mi culpa. Solo te he hecho un favor, si te complaciera como es debido, el viernes no hubieses recurrido a Rafa.

—¿Qué sabrás tú de complacerme?

—Sé lo suficiente, como que si te enseñara lo que es disfrutar, no necesitarías otros pasatiempos —le digo mientras le coloco con delicadeza el hielo.

—Compadezco a tu mujer, por capullos como tú me entretengo yo solita.

—Con capullos como yo te gustaría entretenerte.

—Mira, mejor siéntate, y calladito.

Y eso hago. Me siento en el borde del sofá y coloco su pie encima de mí. Cuando lo acaricio puedo notar como toda ella se tensa y soy incapaz de no encenderme, aunque al estar ella estirada, me permite a mí disimularlo. Noto cómo recorre una sensación placentera por todo mi cuerpo y, por cómo cierra los ojos, sé que está sintiendo algo parecido. Empiezo a masajearle el pie suavemente y su cuerpo se arquea.

—Intenta descansar, en cuanto llegue tu hermano, me marchó —la informo.

—¿De verdad piensas que puedo descansar? Tu presencia no me dejaría hacerlo, no me fio de ti ni un pelo, pero es que, además, ¿a ti no te han enseñado que el pie tiene puntos de estímulo sexual? Pues deja de hacer eso, ¡coño! —me riñe.

—¿Hay algo que haga bien para ti? —Le sonrío.

—El momento en el que te largas. —Sin pestañear.

—Creo que tus bragas discrepan en eso. —Vuelvo a apretar el punto clave de su pie.

—No llevo bragas.

Lo siento, con estos comentarios yo no puedo. Y la muy cabrona los suelta mordiéndose, de una manera ultrasensual, el labio inferior. No recuerdo la última vez que una mujer me provocó tantas cosas juntas, pero las ganas que le tengo no son normales. Así que no me privo, nunca he sido un hombre de contenerme, no voy a serlo ahora. Necesito sentirla, tengo infinitas ganas de hacerla mía. La estiro para colocarla encima de mí, con mucho cuidado, vigilando, esta vez, no hacerle ningún daño, y la beso, suavemente. Está receptiva y esto hay que aprovecharlo. Su espalda se arquea con el contacto de mis labios y lejos está de poder engañarme y volver a decirme que no le gusta mi presencia. Acaricio su muslo y noto tanta electricidad en un simple contacto que me asusta.

Pero los astros no están de nuestra parte, y el ruido de la puerta hace que volvamos a la tierra. Ya sé qué hermano me va a caer peor de todos, ahora debo actuar como que aquí no ha pasado nada; levantarme y disimular el gran bulto que tengo entre las piernas.

—Como odio tener niño —oigo que se lamenta Cristina, y a mí se me escapa una sonrisa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Nico.

—Un mal movimiento y el doctor Bardaro se ha ofrecido a traerme a casa, te estábamos esperando —se justifica ella.

—Un placer volver a verte. —Me estrecha la mano—. Dale recuerdos a Mariona —me dice para despedirnos, pero su mirada no me deja indiferente.

—Igualmente —le digo—. Esto no va a quedar así —le susurro a la oreja a Cristina antes de darle dos besos e irme.

Este calentón no lo arreglo ni con una ducha de agua fría. Esta mujer me provoca algo incomprensible, y debo hablar cuanto antes con mi hermano y encontrar la manera de contarle la verdad a Cristina sin que eso influya en su trabajo. Esa es la prioridad número uno, que Fer no salga perjudicado por mi gran estupidez. Me arriesgo a que no quiera saber nada más de mí, eso lo sé, solo me aguanta por ser su fisioterapeuta, así que sabiendo la verdad, empezará a tratar mucho mejor a mi hermano y yo podré invitarla a unas croquetas. Vale, eso sería pasarme de la raya, pero no estoy en condiciones de pensar con claridad.

Juro que no tenía intención de todo esto, pero soy incapaz de resistirme, es como si alguien se apoderara de mí y sucumbiera a sus encantos nada más tenerla enfrente. Tengo la mosca detrás de la oreja por las miradas que no he comprendido entre los hermanos y de su hermano conmigo, aquí hay algo que se me escapa de las manos y hasta tengo curiosidad por saber qué es. Esto tiene que terminar ya de ya, no puedo estar perdiendo el tiempo con un simple juego de niños, el que inicié yo, eso lo tengo claro, y por eso mismo voy a ser yo quien le ponga fin.

—Tenemos problemas, la he besado. —El pecado siempre hay que confesarlo de golpe y más a Fer, que es demasiado inteligente para que me ande con rodeos.

Capítulo 15

Cristina

No sé si agradezco que Nico haya interrumpido o no. Por un lado, es lo correcto, no puedo caer en esto, no puedo meter la pata de esta manera, no con un tío casado; y si yo no soy capaz de controlarme, necesito que otros lo hagan por mí. Ese fue el gran acuerdo en su día y parece que funciona como si tuvieran un radar. Por el otro, tenía demasiadas ganas de él, lo que es capaz de excitarme este hombre con un simple roce de labios es estratosférico, así que no quiero pensar lo que sería llevarme al orgasmo.

Basta. No puedo tener estos pensamientos. Mariona me pareció una mujer encantadora, y aunque no logre entender la pareja que hacen, deben compenetrarse mejor de lo que aparentan. Mi misión es encontrar la manera de deshacerme de mi fisioterapeuta. Me quedan dos semanas de rehabilitación y necesito que mi padre entienda que quiero otro médico. O que me pauten los ejercicios y los haga solita. O que me lleven a rehabilitación como el resto de pacientes. Sé que si le cuento toda la verdad, cederá a la primera, pero no quiero volver a preocuparlos.

—Dime que no he interrumpido lo que creo —me dice Nico, sentándose a mi lado.

—No hay nada que interrumpir...

—Cristina... —me reprende—, no lo hagas, esta vez no lo hagas por ti, va a ser peor.

—¿No me vas a sermonear? —Eso sí que es nuevo.

—Te estoy viendo la cara de imbécil que se te ha quedado, no puedo luchar contra eso, lo único que quiero es que no sufras y ambos sabemos que esta vez es diferente.

—¿Eso significa que me ayudarás a convencer a papá?

—Ya lo tenía previsto, dame un par de días y, si hace falta, yo mismo seré quien me encargue de curar este piececito —me consuela, ya empezando un masaje podal.

Esa es la parte buena de ser la pequeña y de tener a mis hermanos tan cerca y tan protectores. Además, Nico sabe leerme perfectamente y siempre busca que la pequeña de la casa sea feliz. No puedo quejarme de su compañía y de la atención que recibo por su parte, así que ojalá logre convencer al cabeza de familia y pueda encargarse él de mis ejercicios. Podría realizarlos perfectamente yo sola, lo único es que mi padre no se fía de que lo cumpla, así que, por lo visto, necesito tener un canguro que lo supervise. Yo, que siempre he sido la niña obediente, al menos, cuando vivía en casa, y ahora no hay ni un solo miembro que se fie de mí.

Cuando me meto en la cama ya se me ha pasado el calentón. Me ha costado un poco que Ignacio creyera que era mi fisioterapeuta y no un ligue nuevo, pero al final sabe que no tengo por qué mentirle y que ya le he dicho en más de una ocasión si he estado con otro hombre. No es que tengamos que darnos explicaciones, solo que la situación ha sido un poco violenta y más cuando se suponía que teníamos planes. Le he dicho que mejor nos vemos el fin de semana y que en breve podré volver al gimnasio; eso sí, con paciencia y con cuidado empezaré con la rutina. Y sé que,

por supuesto, él estará conmigo en todo el proceso y me ayudará a volver a coger el ritmo.

El hándicap es que cuando quiero olvidarme de algo, nunca puedo; mi mente se divierte llevándome la contraria y haciendo que piense, siempre, en lo que menos me apetece. Es curioso cómo hay días que siento una química increíble y luego hay otros que prácticamente me parece que la persona que tengo delante es otra completamente distinta. La putada es que cuando me transmite esa conexión es demasiado especial y, si cierro los ojos, veo su cara de deseo de hace apenas unas horas. Este hombre es demasiado, y lo jodido es que estoy convencida de que sabría llevarme a donde quisiera. ¿Por qué no puedo limitarle a odiarlo sin más? Ya no solo por el simple plato de croquetas, sino por todo lo demás. Porque... ¿qué le importa que me meta en la cama con un amigo suyo? ¡Joder! El pavo está tremendo y tuvo que fastidiarlo todo.

Cojo un libro y espero quedarme frita en breve, como le siga dando al coco, me voy a volver loca, y eso ya lo estaba antes de que se cruzara en mi camino.

Cristina:

Mo, ¿puedes venir hoy a mi hora de rehabilitación?

Prometo invitarte a una cerveza después.

Mónica:

¿Eso significa que te has vuelto a besar con cierto doctor? Estaré ahí a menos cuarto.

Para eso están las amigas, y yo no sé qué haría sin ellas. Si voy a tener que seguir soportándolo, aunque sea por poco tiempo, necesito tener a alguien que impida que vuelva a caer en la tentación o que cometa una locura mayor. No, como veis, soy incapaz de controlarme solita, tengo debilidad por los hombres atractivos, me imagino que como la mitad de la población, solo que si además es medio correspondido, pues no sé poner el freno. Tampoco penséis mal de mí, que yo no lo he buscado, yo estaba tratando de mantenerme al margen y comportarme como la señorita que he creído siempre que soy, pero el doctor Bardaro no me lo está poniendo nada fácil.

El día me pasa volando, es lo que tiene tener tanto trabajo, y sin quejas, que me gusta mucho lo que hago. Ya me he acostumbrado a la bota, de todas maneras, espero que me la puedan sacar pronto, y en la oficina me siguen tratando como una reina con la excusa de que me mueva lo mínimo.

Saludo a Mónica, y cuando nos dirigimos a la sala, oigo a mi padre hablando con el que deduzco que es el doctor Bardaro. Fantástico, ni diez minutos entre mujeres vamos a tener antes de empezar con la tortura. Nos reciben ambos con una sonrisa; mi padre ya sabía que venía acompañada hoy, y como Mónica le tiene el corazón robado, no le importa, sabe perfectamente que no va a entorpecer mis ejercicios.

—Te dejo lidiar con las dos fieras, cualquier cosa, me avisa, aunque Cris sabe que se tiene que comportar. —Me echa una mirada, y yo pongo la mejor cara de buena niña que tengo.

—Gracias por todo, doctor Gabás, hablamos mañana. —Se estrechan la mano para despedirse.

—Cómo te gusta hacerle la pelota —le suelto en cuanto desaparece.

Me he estado mentalizando todo el día en cómo debía ser mi comportamiento durante la hora

de hoy. Lo de ayer fue un completo error y no se va a repetir, así que cuanto más reacia me muestre, mejor para los dos. Y por lo visto, no soy la única que piensa así, aunque viendo su rostro, lo veo mucho más apurado de lo que me imaginaba. Este no es el hombre seguro de sí mismo que estaba ayer en mi casa.

—Cristina, antes de empezar, me gustaría decir que lo de ayer... —Parece nervioso... no, lo siguiente, así que mejor adelantarse.

—Tranquilo, está olvidado, porque no fue absolutamente nada, centrémonos en lo que hacemos, en breve podré deshacerme de ti. —Le dedico una falsa sonrisa.

—Todo tiene una explicación, ¿podemos cenar el fin de semana? —Yo no lo veo muy convencido con esa propuesta.

—¿Me estás tomando el pelo? Cenar tú y yo, ¿para qué? —Lo que me faltaba.

—¿Para qué va a querer este cenar contigo, Cris? —interviene Mónica—. A menos que no quieras vértelas conmigo, o la quieras compensar por lo del otro día y que sea Rafa quien vaya a esa cena, será mejor que empieces con la terapia, que no tengo todo el día.

—Si de verdad te interesa, te lo traigo después de la cena, dame una cena para que te lo pueda explicar todo. —¿Qué narices me tiene que explicar? Todo esto es muy sencillo para mí, no puede ser, le van demasiado las mujeres y está casado, muchos problemas para tomarse libertades...

—Está bien, que venga Mariona también. —Yo no me vuelvo a quedar a solas con él.

—Cristina... —empieza.

—Doctor Bardaro, ya la has oído, y al final hasta voy a ir yo. Cenad el viernes, el sábado ya tiene planes, en el restaurante ese que conoces tan bien, asegúrate de que tienen croquetas esta vez, reserva para tres y más te vale que Rafa sepa comportarse en la copa posterior. Ahora, dedícate a trabajar. —Gracias, Mónica, yo no sé si habría acabado cediendo a lo que tuviera planeado para esa noche.

Lo veo un poco nervioso e inquieto y tampoco soy capaz de descubrir exactamente el porqué. Bueno, puedo imaginar que tiene un poco de pudor por si se me escapa lo de los besos, con Mariona delante, pero si quiere aclarar las cosas, que empiece por ser un hombre de verdad y asumir sus errores con quien los tiene que asumir. Al fin y al cabo, a mí no debería darme ningún tipo de explicación, ya tengo más que claro la clase de capullo que es; la otra si que merece saber con quien está compartiendo su vida. Que lo más seguro es que cuando accedió a ello, no pensaba que su futuro marido sería de esta manera. Todas creemos que tenemos a un príncipe azul a nuestro lado y luego pasa lo que pasa cuando se destapa el pastel. Claro que yo prefiero saber la verdad antes que vivir bajo el mismo techo con una persona que me engaña así. Por mucho que duela, el dolor acabara desapareciendo, o eso quiero pensar yo.

Me ayuda con los ejercicios con más cautela de lo habitual y como siempre que quiere decir algo, Mónica se interpone, se echa para atrás. Mejor así, con esta actitud permite que no me preocupe por su presencia y me centre en trabajar. Quiero que se cure del todo cuanto antes y pueda dejar de hacer estas estupideces. Al menos, hacerlas en mi casa, sin vigilancia y a mis anchas. Quedan tres días para el viernes, así que más vale que me lo tome con calma.

—¿Estás segura de que este hombre es el mismo del que me has hablado? —me pregunta Mónica, cuando nos sentamos a tomar una cerveza.

—Sí, por eso te dije en su momento que me parecía un poco bipolar, tiene días así y otros que parece capaz de arrancarme las bragas a la primera de cambio. —Y no me equivoco, encaja en las dos definiciones.

—¿No estarás montándote películas? —me sigue interrogando.

—Pues seguramente, así que más te vale que el sábado celebremos tu cumpleaños a lo grande.
—Se ha terminado compadecerme de mi lesión, voy a aguantar el dolor como sea y a tener la noche que merezco.

Seguimos hablando un rato de los preparativos para el fin de semana y me cuenta un poco su situación con Gerard. Viven juntos desde hace un par de años y a ella le encantaría dar el siguiente paso, pero él no parece estar en el mismo punto. No es que no tenga claro que Mónica es la mujer de su vida, porque solo hace falta ver la devoción que tiene por mi queridísima amiga, es solo que creo que le aterra la palabra compromiso. Y no será por la falta de indirectas que le suelta ella. Como mejor amiga me va a tocar hacer un poco el papel de celestina, no para juntarlos, sino para comprometerlos. Voy a tener que hablar con Gerard del tema, que para una amiga que tengo emparejada y enamorada hasta las trancas, hasta me hace ilusión ir de boda. Sería una dama de honor excelente, eso seguro.

Hablar tanto de amor a mí me entristece, pero son pensamientos que me guardaré para mí misma. Nunca he exteriorizado estas cosas y no lo voy a hacer ahora. Cuando estuve con Simón, todo el mundo confiaba en que era una relación idílica y hasta llegó un punto donde yo creí en las historias para siempre y en los finales felices, después de eso, todo se desvaneció, y no por el hecho de que no existan, porque yo tuve uno a mi lado durante muchos años, sino porque no sé si podría conformarme con uno solo. Además, sin ir más lejos, ahora que me estoy fijando en un hombre casado y, ver cómo se comporta, me hace dudar más de la fidelidad de la gente. Y con eso sí que no podría; no he sido nunca celosa, quizás porque no he tenido que serlo, pero no puedo estar todo el día preocupada por lo que hará mi pareja fuera de casa. Lo sé, tengo ejemplos de relaciones perfectas a mi alrededor, Mónica y Gerard, Mateo y Samanta o Adrián y Paula, son envidia sana para todo el mundo, incluso mis padres, pero basta tener un ejemplo de lo contrario para que todo se tambalee.

Con estos pensamientos nos despedimos, y prometo que la llamaré si vuelve a decir algo al respecto de la cena o si vuelve a ser el capullo arrogante de algunos de nuestros encuentros. Aunque al llegar a casa, veo que no voy a tener que recurrir a nada de esto, Nico me confirma que el doctor Bardaro ha anulado las sesiones de esta semana por emergencia familiar y enviará a uno de los fisioterapeutas de su equipo para que me supervise. Prefiero no preguntar si ha sido cosa suya o cosa del doctor, que teme que debatamos más sobre la quedada del viernes. No tengo su número, pero todavía puedo recurrir a darle plantón, que este me conoce poco.

¿Con qué actitud se presentará a la cena? ¿Con cuál de sus dos versiones voy a tener que lidiar?

Capítulo 16

Nando

Medio objetivo conseguido, Fer la invitó a cenar el viernes y Cristina aceptó la oferta, más o menos. A regañadientes seguro, pero accedió a ir. Según Fer, el resto debía ser cosa mía; pero, al parecer, Cristina no dio opción a que asistiera sin Mariona y a que no pudiera tomarse una copa con Rafa después. Esos son puntos que voy a tener que tratar uno a uno después de confesar mi pecado. Aunque, pensándolo bien, si asistiéramos los dos con Mariona directamente, todo sería más fácil. Como ya me conocéis, sobra decir que me gusta tomarme las cosas con más calma y tentar un poco el terreno antes de nada.

—Así que vas a tener una cita el viernes, ¿tú sabes lo que es eso? —Tenerlo de vecino también tiene sus desventajas, aunque es mi recurso fácil para una cerveza.

—No es ninguna cita, he decidido comportarme y decirle la verdad, además le debo unas croquetas —me justifico.

—Y, ¿en qué momento voy a poder intervenir para que tengamos la noche que nos robaste? — Por lo visto, se ha propuesto tocarme los cojones hoy—. No me mires así, lo ha pedido ella. — Levanta los brazos para añadir burla.

—No estoy para estas bromas... —le advierto.

—Yo tengo que conocer a esta mujer, lo que está consiguiendo con solo mirarte...

—Te recuerdo que ya nos hemos besado. —Me los está tocando pero bien.

—Y tienes ganas de ella sin haber pasado de la primera base en más de una semana, para enmarcar, chaval —se mofa.

—Tú estate pendiente el viernes por si hay que ir a tomar algo.

Aunque confíe plenamente en mí y normalmente me salga con la mía, más vale prevenir. Y no, la copa no se la tomarían ellos dos, sino nosotros dos si necesito recuperarme de un rechazo. No sería el primero de mi vida, pero casi, y aún no sé cómo lo afrontaría. Más que nada, porque no creo que suceda y no hubiera pensado en esa posibilidad si no tuviera a Rafa tocándome las narices. Sé que lo hace solo para joderme y para reírse un rato. Está tan acostumbrado a que siempre acabe con la mujer que me propongo que ahora dice que no va a ser así, que esta es de armas tomar y que me va a dar más guerra, que no va a ser tan sencillo como siempre. Si él estuviese realmente interesado, no estaríamos tan tranquilos hablando aquí, ya habría jugado sus cartas ese día en el Iputle. Eso no quita que le parezca una mujer atractiva, solo que sabe que, contra mí, tiene las de perder seguro. Un hombre inteligente, de esos que se retira antes del bochorno.

—Solo te digo que creo que has conocido a una mujer que podría ser capaz de significar más que tu soltería —me dice antes de despedirse.

—No sabes ya ni lo que dices. —Le devuelvo el gesto antes de cerrar la puerta.

¿Qué cojones quiere decir eso? Si es lo que pienso, está muy lejos de ser cierto. Esta mujer no va a importarme de más, porque en su día ya dije que no volvería a dejar que una mujer me arrebatara algo de sentimientos. Lo que me joroba es que, con la poca información que tiene, pueda decir algo como eso; si ni siquiera la conozco yo. Sí que tiene algo, evidentemente, pero es algo que me excita y que me pide a gritos que tengamos el revolcón que debimos tener en nuestro primer encuentro; ahora, retrasándolo, lo que hemos hecho es que nuestro deseo aumente, nada más.

Tengo preocupaciones más importantes como para dedicarle más tiempo a las estupideces que suelta mi amigo por la boca. Necesito pensar cómo voy a decirle las cosas sin que me monte el espectáculo ahí delante y, sobre todo, sin ganarme otro bofetón. Que si os soy sincero, esta vez lo vería venir, lo frenaría a tiempo y las cosas acabarían muy distintas. Acabarían exactamente donde yo quiero que terminen.

He hablado muy poco con mi hermano estos días, yo he estado bastante liado, y él, por lo visto, también. Como ya acordamos que no iría a las sesiones, no puede contarme ningún avance que me interese, así que tampoco debíamos mantenernos al día. Rafa vino ayer al piso a darme ánimos, parece que me esté sometiendo a la peor de mis operaciones y solo voy a confesar una trastada más. Será que no hemos pasado por esto antes, pues un millón de veces. Más por mi culpa que por la de Fer, pero de pequeños era lo más divertido del mundo. Ahora hacía mucho tiempo que no intercambiábamos los papeles, según Fer ya tenemos edad de madurar, solo que al principio me pareció gracioso. Al inicio, nada más, luego ya todo se complicó.

Llevo una hora sentado a la mesa del restaurante y, como no tengo su número de teléfono, no puedo estar seguro de si me ha dado o no plantón. No me ponía tan nervioso desde hace siglos y ya me he bebido dos cervezas casi de un trago. Ha valido la pena, ya os aseguro de que sí. Lo que acaba de entrar por la puerta es lo más sensual que he visto, y que haya dejado su bota ortopédica en casa, dice mucho de sus expectativas para hoy. Vale, no serán conmigo, pero las tiene. Lleva un vestido negro ceñido y con uno de los hombros al descubierto; bueno, su larga melena ondulada lo cubre. Calza unas bailarinas con un poco de plataforma pero sin tacón, solo faltaría que hubiese arriesgado por una cena, aunque las mujeres con las que suelo verme lo harían. Lo que me muestra más seguridad en sí misma, que viene sin la intención de impresionar, e incluso así, lo hace. No pensaba yo que una mujer tan natural pudiera provocarme tanto. Como sé de su lesión y no puede realizar muchos pasos sin muletas todavía, prefiero ir a buscarla.

—Ya pensaba que no venías —le susurro, antes de darle mi brazo para que le sirva de apoyo.

—No tientes a la suerte —me responde—. Y no vengo por ti, vengo por las mejores croquetas de la ciudad.

—Estás espectacular —la piropeo.

—¿Dónde está Mariona? —Me evita la mirada nada más llegar a la mesa.

—Se retrasa —la justifico—, pero no temas, me voy a comportar.

—Creo que no sabes lo que es eso, necesito una copa cuanto antes. —Un punto a mi favor, está igual de nerviosa que yo.

—Cristina, no puedes tomar alcohol —la riño.

—Y tú no puedes tirarte a otras y lo haces. Hoy no vienes en calidad de médico, así que déjate

los consejos para la sesión del lunes.

—De eso tenemos que hablar. —Cuanto antes abordemos el tema, mejor.

—¿Vas a seguir cediendo y me vas a dejar acabar la rehabilitación con el insoportable señorito Cruado?

—Interesante, ¿qué le pasa al señorito Cruado?

Por lo que tengo entendido, Cruado es muy buen fisioterapeuta y nuevo, de hace un año, en el equipo de mi hermano. Desgraciadamente, para mí, es joven y bastante atractivo, y más capullo que yo. Así que imagino lo que ha querido decir con lo de «insoportable». De todas maneras, dejo que sea ella quien me lo cuente, creo que utiliza la baza de hablar por los codos para que no pueda notar sus nervios. Es incapaz de mantenerme la mirada cuando me habla y no para de jugar con sus manos. Tentado estoy de tocárselas y tranquilizarla, pero no. Esta mujer no va a ser capaz de ablandarme, debo comportarme como soy y mostrar que solo tengo un interés: poder llevármela a la cama y saciar lo caliente que me pone cuando se enfada y lo que es capaz de excitarme con un solo mordisco en sus labios. Eso sí, sacando de todo esto cualquier responsabilidad que pueda caer sobre mi hermano.

Me cuenta que el jueves casi le mete una patada en los cojones por arrogante, y suerte que estaba su hermano en casa y pudo presenciar toda la sesión porque, si no, no se hubiera contenido ni en la mitad de sus palabras. Que ese hombre se piensa que lo sabe todo y se cree que es el más guapo del mundo, ahí ha hecho un hincapié en que es lo mismo que me creo yo, pero no voy a caer en su juego. Algo que me ha molestado es que dice que cree que la pone nerviosa porque le impone como nadie y que tiene miedo de caer en su trampa. No sé si lo ha dicho para jugar un rato e intentar que yo también muestre mi interés o porque realmente necesita hablar de más y soltar las cosas sin pensar para tranquilizarse un poco.

Cuando ha terminado su discurso, sigue mirando a los lados, me imagino que esperando a que Mariona aparezca en algún momento, y ya nos han traído el vino. La primera copa se la ha bebido de un trago, antes de que pudiera pedir el clásico brindis por la cena.

—¿Puedes dejar de estar nerviosa? —me atrevo a intervenir.

—No lo estoy —responde lo más rápido posible.

—Cristina... —le digo, poniendo mi mano encima de la suya y observando su reacción al sacarla de inmediato—. Tengo algo que contarte. —Vamos a por ello.

—Pues que sea rapidito, en cuanto venga tu mujer, yo misma le contaré la libertad que te tomas conmigo.

—Mariona no es mi mujer —empiezo.

—Aunque no me crea que puedas tener una mujer tan estupenda, esto te debe de servir para todos tus ligues, conmigo no. Te recuerdo que os he visto juntos y hasta he visto la foto de tus hijas, que guapas van a ser un rato. A mí se me caería la cara de vergüenza de hacerle esto a tu familia, pero se ve a leguas que no tienes ningún tipo de escrúpulos. —Hace ademán de levantarse—. Para tomarme el pelo no hacía falta que me trajeras hasta aquí.

—Cristina, no te estoy mintiendo. —La freno—. Quédate al menos a las croquetas. —Sé que con ello conseguiré un poco más de tiempo.

Uno debe saber qué cartas jugar, y esta es una de las mejores que tengo. Bego estaba al tanto y, en cuanto la ha visto llegar, ya las ha pedido para que llegaran cuanto antes. Necesitaba un plus de ayuda para enfrentarme a esta fiera, aunque ni siquiera me ha dejado darle las explicaciones pertinentes, enseguida ha saltado para recriminarme que era mentira. Vale, no es una situación que suceda cada dos por tres, pero seguro que cosas más raras se han visto hoy en día.

Dejan la doble ración de croquetas de cocido en la mesa y una de las de queso de cabra con nueces, mi abuela está innovando últimamente y juega con sus nietos como conejillos de Indias; como mis sobrinas se aficionen, ya no habrá vuelta atrás. Si me mirara a mí como a las croquetas, ya no estaríamos sentados a esta mesa, su cara es puro deseo.

—Me quedo por ellas, pero no pienso hablar hasta que aparezca Mariona. —Pues lo tiene clarinete, puesto que no va a venir.

Cojo el teléfono para preguntarle a mi hermano si ha cambiado de opinión sobre lo de presentarse conmigo y que pueda comprobar que somos dos personas distintas, pero sin éxito, ni siquiera responde. Con este panorama, la cena se va a hacer más larga de lo esperado y como siga disfrutando de esta manera de las croquetas, yo no voy a aguantar quietecito. Su cara refleja más la que estoy acostumbrado a ver debajo o encima de mí en otras circunstancias. Y es inevitable que mi mente viaje a un momento como ese, ¿cómo sería tenerla debajo? ¿Y encima de mí?

—¿Se puede saber que estás mirando tan embobado? —me interrumpe.

—¿No puedes comerte una croqueta de una forma normal? —Admiro que no tenga vergüenza, pero tanto es exagerado.

—Perdona que disfrute del mejor de los placeres —muerde una croqueta—, tener esto en la boca es como... mmm... —cierra los ojos—, mucho mejor que un orgasmo. —Acaba por morderse el labio inferior.

—No si te lo provoco yo —le suelto, después de que haya despertado a mi *amiguito*.

—No vayas tan de machito, que luego a la hora de la verdad, te rajas. —Y vuelve a beberse su copa de vino.

—Desconozco lo que es rajarse. —Me coloco a su lado y pongo mi mano en su muslo.

Noto cómo todo su vello se eriza y una corriente vuelve a mí. Tiene la copa de vino en la mano y juega con ella mientras se va mordiendo, de manera extrasensual, los labios. Su mirada se va desviando de la copa a mis ojos y me queda muy poco para perder el sentido. Es puro sexo en persona, estoy convencido de ello y, como siga tentándome así, no voy a poder controlarme. Además, yo ya le he dicho que Mariona no es mi mujer, por mucho que ella no haya querido creerme, ese ya no es problema mío. Le coloco el pelo por detrás de la oreja y justo cuando voy a realizar mi primer paso, nos interrumpen.

—Perdonad el retraso. —Esto tiene que ser una maldita pesadilla.

Capítulo 17

Cristina

Buf... me bebo lo que me queda en la copa de un trago. Juro que intento resistirme, juro que intento poner todo de mi parte para mostrarme segura en mis palabras y que, de verdad, crea que soy más fuerte de lo que soy. Pero no puedo. Este hombre es superior a mí, superior a mis ganas y muy superior a mis expectativas. Mi mente ha pensado en tirarle la copa por encima, en levantarme y largarme lo más rápido posible, pero al parecer, mi cuerpo ha decidido llevarme la contraria hoy. ¿Para qué narices he venido? ¿Qué cojones hago aquí? Ya sé que suelo ser estúpida por naturaleza, pero podría quedarme alguna neurona en la cabeza. Vale, Mónica y Nico han influido en que venga aquí, solo porque pensaban que sería capaz de plantarle cara, muchas expectativas tienen puestas en mí, a la vista está qué lejos estoy de conseguirlo.

No esperaba nada concreto con esta cena, mucho menos que me dijera que Mariona no es su mujer, porque vamos, eso sí que no hay por donde cogerlo. No lo debe ser los días pares, o en sus salidas nocturnas, pero sobre papel y para sus hijas son el matrimonio más feliz que existe. Ahora el hombre que tengo delante, ese que es capaz de desintegrar mis bragas con una mirada, sí, confieso que ya voy mojada en este momento, no puede haber dado un «sí quiero». O yo no quiero creer que sea así. Si es que me empeño en creer en mis ilusiones y luego me pasa lo que me pasa. Parece que no logre aprender la lección por muchos palos que reciba. No puedo creerme estas excusas baratas, que luego se acostumbran y hacen conmigo lo que quieren.

Por un momento me he dejado llevar por mi deseo, porque me rindo demasiado rápido si la mercancía es buena, y lo que más me apetecía era comprobar si realmente sus orgasmos eran tan placenteros como me los estaba pintando. Estoy convencida de que le gusta mandar y de que es capaz de sacar lo mejor en una sesión de sexo, pero por suerte o por desgracia, le han llegado los refuerzos. En eso no mentía.

—He tenido que dejar a las niñas con tu madre y se ha retrasado un poco —sigue su discurso Mariona—. Un placer volver a verte —me dice, antes de darme dos besos.

Veo como Rafa saluda a su amigo y le dice algo al oído que no logro escuchar y Mariona le da un simple beso en la mejilla. No quiero ser brusca, pero con un hombre como él, los besos en las mejillas se quedan cortos, yo no me privaría de nada por mucho público que tuviésemos delante. Rafa me saluda a mí con dos besos, bajo la atenta mirada del doctorcito, una de esas que no sabría descifrar. No sé si está vigilando que no le levanten a su presa, visto lo que iba a pasar hace apenas dos minutos, o me está pidiendo a mí que evite los comentarios al respeto. Yo estoy en otro mundo, creo que voy a ser incapaz de reaccionar. Admiro su capacidad para recomponerse después de lo vivido, o quizás es que la tensión solo la he percibido yo. No soy capaz de seguir sentada en esta mesa y actuar como si nada. Así que aunque parezca que es la excusa más patética del mundo, porque lo es y no recuerdo ni la última vez que recurrí a ella en una situación similar,

le envió un mensaje a Mónica para que venga a mi rescate.

Ni siquiera sé de lo que están hablando, he desconectado en cuanto han llegado y creo que los tres son muy conscientes de que ya me han perdido por hoy. En este momento me pregunto en qué instante decidí aceptar venir o por qué quiso él tener esta cena. A mí llámame rara, pero estas decisiones son un tanto poco corrientes. Siento como que me falta el aire y estoy en el último lugar que debería estar; bueno, en el último lugar que me apetece estar. Mi mente va demasiado rápido y me lleva a muchas imágenes de un pasado que creía enterrado, lo que hace que empiece a dolerme la cabeza y que necesite respirar más aceleradamente. Necesito largarme de aquí. Y a poder ser, lo más rápido posible.

—Cristina, ¿estás bien? Te estás poniendo pálida. —Me mira preocupada Mariona.

—Eh... mmm... sí, sí, pero creo que me voy a ir a casa —logro contestar.

—¿Seguro? Mira que contamos con un médico en la sala —intenta bromear, mientras Rafa y su marido siguen a lo suyo.

—Sí, tranquila, espero que podamos repetirlo en otra ocasión —le digo, ya levantándome de la mesa.

En estas ocasiones, agradezco la conexión que tenemos Mónica y yo, porque no ha tardado en enviarme el mensaje de que ya está en la puerta, lo que me facilita que pueda marcharme sin dar muchas más explicaciones y sin la necesidad de que alguno de los individuos quiera hacerse el caballero y acompañarme. Si fuese Rafa, no lo hubiese descartado, aunque mi cuerpo no está para mucho trote, o sí, pero del hombre al que no puedo tener.

Me despido de Mariona y Rafa, y al otro no le basta con provocarme los mil calores colocando su mano en mi espalda, que encima decide que es buena idea acompañarme a la salida. Ya no estoy inválida, así que sobra querer mostrarse como un galán a estas alturas de la película.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta entonces.

—¿Por qué querías esta cena? —Es lo único que me interesa.

—Porque quería explicarte quién soy. —Y su mirada es demasiado penetrante.

—Y, ¿quién eres? —Tenerlo tan cerca no ayuda.

—Nando Bardaro, poco que ver con el médico que te está tratando —me dice antes de acercarme a él y plantarme el mejor beso que he recibido jamás.

Cierro los ojos, porque quiero sentir todas las sensaciones que me provocan sus labios. Debería frenarlo, lo sé, y más, cuando su mujer está a escasos metros de nosotros, pero soy incapaz. Ya no tengo fuerzas, o ganas, para rechazarlo. He caído en su juego, he caído en su trampa y me muero por lo que ambos estamos deseando en este instante. Estas cosas se notan, y lejos de lo que puedan decir, nada permite ocultar el deseo, y eso es lo que sentimos los dos. Sus manos se depositan en mi cadera y me agarra de una manera segura, provocando que mi cuerpo se ciña más a él, se entregue, pero mi cabeza decide que es mejor frenarlo a tiempo, si no, como bien dice Nico, acabaré sufriendo.

—No puedo —le digo antes de aguantar el dolor y salir lo más rápido posible hacia el coche de Mónica.

Una vez dentro, me permito mirarlo una vez más y observo que sus ojos están clavados en mi dirección. Esto va a ser superior a mí, creía que podía pasármelo bien, que podría ser divertido sacarlo de quicio, pero no me imaginaba que la que lo iba a pasar mal fuese yo. Nunca he sentido lo que me provoca este hombre, también debo admitir que hay días en que me es completamente indiferente, o quizás sea yo quien quiere creer eso.

En cuanto lo perdemos de vista, me permito derrumbarme. Pocas serán las veces que me han

visto llorar, y mucho menos por un hombre. Será que llevo tiempo evitando comprometerme y me limito solo a divertirme, y por esa razón, no tengo necesidad de sufrir, pero este hombre me ha tocado una tecla que no debía. Mónica sabe que debe dejarme mi momento, las buenas amigas saben cuándo deben intervenir y cuándo deben dejar cierto espacio, así que agradezco su silencio. No sé si me pegará la bronca por caer donde no debía o si va a intentar consolarme por entenderlo tan poco como yo.

Además, soy plenamente consciente de que, aunque las cosas con su mujer no fuesen bien, no podría estar con un hombre que es capaz de tratar así a su esposa. Ha perdido completamente mi confianza, así que cuando antes admita que el beso de hoy ha sido una despedida a lo que pudiéramos llegar a tener, triste pero cierto, mejor.

Vamos a mi casa, Nico tenía planes esta noche, así que no va a dar la tabarra. Me sabe fatal que, en la víspera de su cumpleaños, Mónica tenga que lidiar con esto, pero Carlota o Daniela no lo entenderían tanto. Necesito desahogarme, y aunque no soy muy consciente de qué exactamente, sé que necesito hacerlo. Y lo hago justo cuando nos sentamos en el sofá.

—De verdad que no lo entiendo, no sé qué me pasa cuando lo tengo delante. Sabes que no hay hombre que me intimide y que me gusta el juego casi tanto como a ellos, pero este es capaz de provocarme con tan solo una mirada. No lo entiendo, debería ser capaz de frenarlo y utilizar mi mecanismo de autodefensa al ser un hombre casado, pero no puedo. Me tiene rendida a sus pies con un simple acercamiento. Admito mi parte de culpa, él no se queda corto, y lo sabes. No puede jugar conmigo de esta manera, y mucho menos con el «ahora sí, ahora no» con el que me lleva taladrando dos semanas. Es como si estuviera tratando con dos personas a la vez. Pero lo de hoy ha sido demasiado para mí. Por un momento ha sido como si volviese a tener una cita normal y corriente con un hombre que iba a hacérmelo pasar muy bien y que me estaba excitando cada vez más. Me atrevería a decir que si no hubiésemos estado en un restaurante, no nos hubiésemos contenido tanto, pero claro, está casado y su mujer venía a la cena. Yo misma la invité, pero me he quedado tremendamente bloqueada al verla. Tanto que no he sabido reaccionar más que con un mensaje para que acudieras al rescate. La despedida tu misma la has visto, y con su frase me ha dejado aún más claro que cuando se pone en el papel de médico debe mostrarse como una persona, pero fuera de su horario laboral, es otra totalmente distinta... ni que lo jure, joder. —Vale, sí, necesitaba soltarlo todo y de golpe.

—Analizaremos todo esto cuando estés más calmada —me consuela Mónica—. ¿Te ha dicho algo sobre por qué quería cenar contigo?

—Me ha dicho que no estaba casado. —Ahora que lo recuerdo, esa ha sido su primera trola para conseguir lo que quería, todos hacen lo mismo.

—Y, ¿no crees que podría ser cierto? —Su bonita fe en confiar en todo el mundo, yo esa faceta ya la perdí.

—Mónica, te recuerdo que trabaja en el hospital de mi padre por lo que esta pregunta no debería ni existir. —Ambas sabemos lo que significa esto.

—Solo digo que no has dejado que te explicara todo bien, ya sabes que yo no estoy a favor de esto y lo último que me apetece es que vuelvas a sufrir. Hoy vamos a dormir juntas y entraré a mis veintinueve como en los viejos tiempos. —Me abraza.

—Gerard me va a matar —le susurro.

—Y tú a mí —me dice, justo cuando se abre la puerta y aparece Nico.

—Esta vez no me voy a permitir no estar a tu lado y hasta cederé con Enrique si hace falta —comenta a modo de saludo.

—¿Por qué solo logro sentirme así con quien no debo? —Le sonrió a medias, antes de que venga a abrazarme.

Capítulo 18

Nando

—¿Me vais a explicar bien a qué se debe el numerito? —pregunto, nada más volver a la mesa. Realmente estoy más cabreado de lo que aparento.

—Salvarle el culo a mi marido —responde tajante Mariona.

—Eso mismo iba a hacer yo esta noche contándole la verdad —me justifico.

—¿Contándole la verdad o tirándotela? —me incita Rafa.

—Nando, Fer ha hablado con el doctor Gabás esta tarde. Este verano quedará libre el puesto de jefe de sección de traumatología en el hospital y todos conocemos el peso que tiene su opinión en la decisión final...

—Con más razón deberías haberme dejado esta noche —la interrumpo.

—Por alguna extraña razón, ha alabado el trato que está teniendo con su hija, no solo por los avances, sino también por la dedicación y porque nota a Cristina con una actitud diferente. Cree que haberla puesto en esta tesitura y no ceder en ofrecerle un cambio, sin conocer los motivos de su petición, ha sido algo beneficioso. Como no sabemos cuál es la clave de esta actitud, no puedo descartar que no seas tú quien esté provocando esto. Así que, por tu hermano, vamos a aguantar con esta farsa hasta que la plaza quede libre.

—Después de lo que ha pasado hoy, dudo mucho que ella siga en esa tesitura. —No sé si lo confieso más por ellos o por mí mismo.

—Pues más te vale que funcione —dice Mariona antes de largarse.

Quiero mucho a mi hermano, pero el verano es muy largo y no sé si la oferta la tendrá al inicio o al final, por lo que me va a ser imposible aguantar un mes con esta farsa. ¿Nadie se ha parado a pensar que como se enteren de todo *a posteriori* aún será peor? Que como el doctor Gabás sea consciente de la tomadura de pelo, las consecuencias pueden ser mucho más grandes. A veces, pienso que todas sus neuronas las gastó estudiando Medicina, porque yo creo que esta posibilidad es mucho más factible que lograr llegar hasta la fecha.

Voy a tener que hablar con Fer de esto, quizás Cristina sea mucho más comprensiva de lo que nos pensamos, y podemos explicarle la situación sin que se altere. Lo que tenía que ser una jodida broma se va a convertir en el peor de mis cuentos, lo que me faltaba.

Antes de todo, no me explico su reacción cuando han llegado estos dos. Ella misma pidió que vinieran, para una cosa que me pide y sucede, tampoco le parece bien. Admito que no han aparecido en el mejor de los momentos, estábamos a un punto de volver a disfrutarlos. Lo más seguro es que después de un primer acercamiento, nos fuésemos del restaurante, pero no me han dado tiempo. Todos los astros se alinean en el mejor de los momentos.

—Nando, no comparto opinión con Mariona en esto, yo creo que deberíais hablar con ella e intentar que razone y no se ponga en su contra. Tiene ya una edad para no recurrir a su padre con estas cosas, y como tú no te saques ese gusanillo de dentro, vas a estar insoportable —interviene Rafa, ahora que estamos solos.

—¿Sabes lo primero que he pensado al verla?

—Claro, en follártela aquí mismo si hacía falta. —Me sonrío.

—Pues no, en hacerle llegar al máximo placer de la manera más cuidadosa posible —confieso, y ambos sabemos que no utilizar la palabra «follar», para nosotros, es importante.

—Mejor vamos a tomarnos algo.

Me imagino que no soy el primer tío que experimenta esta sensación, pero si es la primera vez que me pasa a mí. Esto nos sucede cuando no obtenemos lo que queremos en el momento que queremos. El deseo crece en ese preciso instante donde no puedes adquirir de la manera que quieres algo que observas. Estoy seguro de que esta es la razón por la que cada vez tengo más ganas de esta mujer.

Entiendo la preocupación de Mariona, y seguramente, de primeras, yo hubiese reaccionado de la misma forma, interviniendo en lo que podría haber sido una tragedia. Si hoy le confesaba toda la historia y Cristina no se lo tomaba bien y hablaba con su padre de todo esto, la conversación que ha tenido Fer con el doctor Gabás hubiese quedado en nada. Solo tenemos que pensarlo con calma y meditarlo bien, porque ambos sabemos que no seremos capaces de aguantar con esta farsa mucho tiempo. Además, yo creo que es peor que piense que se está enrollando con un hombre casado, porque los comentarios pueden ser más despectivos.

En fin, que todo es bastante lioso hoy, y no puedo pensar con claridad después de la despedida que hemos tenido. Mañana me acercaré a casa de mi hermano para tener la conversación que nos debemos al respeto. Me estoy planteando, incluso, que si fuese necesario, yo mismo hablaría con el doctor Gabás para no perjudicarlo tanto, claro que, al haber sido cómplice de todo esto, no sé en que lugar lo dejaría a él, solo espero que el daño sea menor.

Todo comportamiento tiene su repercusión, solo espero que en este caso las tenga para mí, ya que fui yo quien ideo todo esto. No, probablemente, no tenga remordimientos de consciencia suceda lo que suceda, pero es mi hermano y no le deseo nada malo. Ya es un paso que yo intente solucionar las cosas sin que él dé la cara por mí, así que ahora solo falta llevarlo a cabo y dejarlo impune.

Voy a necesitar más de una copa con Rafa y voy a prohibirle hablar de ella en toda la noche, porque como se ponga en plan *sermones*, al que me voy a cargar va a ser a él, que tiene su número y no ha querido dármelo ni para pedirle perdón. Su cara al irse me provoca un dolor interno, algo que no había experimentado y que no sé cómo afrontar, así que mejor dejo de pensar en todo ello y me refugio en un *gin-tonic*, o varios. Hoy van a ser tremendamente necesarios.

Acabo de despertarme después de un sueño increíble con cierta mujer de pelo castaño que me tiene desquiciado. Para tres veces que nos hemos visto, ya me está robando las horas de descanso. Bueno, tampoco es eso, que la sonrisa que tengo esta mañana transmite lo contrario.

Rafa:

*Aquí tienes el número de Cristina,
úsalo solo cuando hayas hablado con
tu hermano.*

Y ese mensaje solo hace que se agrande, todavía más, la curva de mis labios. Al final, omitir el tema ayer habrá servido para algo, para que mi amigo se diera cuenta de que no utilizaría ese número de una manera errónea. Al final, todos aprendemos. Podría ser un capullo del todo y sudar de lo que pueda decirme Fer o de lo que piense Mariona sobre todo esto, quedar con ella y hacerlo a mi manera, pero le tengo un respeto y no se la jodería. Así que, como buen hermano que soy, paso a buscar el desayuno en su pastelería favorita, como para apaciguar el terreno, y me dirijo a su casa.

Es Mariona la que abre la puerta, pero como sabe de sobra a lo que he venido, llama a mi hermano para que salgamos a la terraza. Esta se piensa que en cualquier momento montamos un circo y no quiere que sus hijas lo presencien, y que sepáis que nunca hemos perdido los papeles entre nosotros, que sabemos conversar sin gritos y manteniendo las formas.

—Siento lo de ayer —se disculpa de repente—. Fue lo primero que pensamos en cuanto colgué el teléfono, te jodimos la noche y lo siento. —¿Este es mi hermano?

—Yo también hubiese pensado como vosotros de primeras, Fer —le hago entender—, pero ahora creo que debemos decirle la verdad.

—Yo también —me sorprende—, estoy un poco acojonado por las repercusiones, pero como el doctor Gabás piense que estoy engañando a mi mujer, eso no me lo perdonaría. Prefiero lidiar con que siga siendo un inmaduro que juega a estos jueguecitos con su hermano.

—Con todo mi respeto, creo que Cristina tiene edad suficiente como para no contarle sus ligues a su padre, así que por esa parte no debes preocuparte.

—Nando, estuve hablando con su hermano Nico, no fue una pelea de gallos porque dice que su hermana no le perdonaría haberse entrometido, pero me contó que Cristina estuvo con un hombre casado y digamos que no fue muy agradable cuando se enteró. Prometió no volver a caer en eso, y su hermano me ha advertido de que más me vale mantenerme alejado de ella en ese terreno. Así que, si su padre llegara a enterarse, esa mancha no me la sacaría ni trayéndote a ti de testigo.

Eso me deja un poco fuera de juego. Ahora entiendo su insistencia en mencionar a mi mujer o en querer hacer hincapié en que soy un hombre casado. Algo debió suceder en esa relación como para que ahora necesite recordárselo cada dos por tres. Y puedo llegar a hacerme una idea de lo que se le removió el día del restaurante y por qué tuvo que salir de allí.

—Entonces, no sigamos con esto, miremos de ir un día los dos esta semana, será más fácil si nos ve juntos.

—El lunes enviaré al doctor Cruado, pero el martes podré escaparme a esa hora.

—El lunes iré yo, no puede ni ver al doctor ese —o yo no quiero que pase más tiempo con él—, así que mejor encontrársela de cara para contarle la verdad —apunto.

Y no está en condiciones de llevarme la contraria. El juego se nos ha ido de las manos, y ahora teme por lo que pueda pasar con su trabajo. De mí depende hacer todo lo que pueda para que no le suceda nada, eso si que no me lo perdonaría. Con lo sencillo que era jugar un poco a los médicos sacándola de quicio, y una vez que acabara la rehabilitación, contarle el panorama y llevármela a la cama. No contaba con que la tensión sería tan inmensa entre nosotros.

Después de desayunar con ellos me voy al gimnasio, necesito liberar endorfinas, ya que no tengo otra manera de hacerlo. De tenerla la tengo, solo que cuando hay ocasión, algo falla. Pero basta, no voy a perder ni un minuto más pensando en esto. A principio de semana se arreglará todo el tinglado, y luego *si te he visto, no me acuerdo*. Con un poco de suerte, podremos tener el encuentro que llevamos retrasando y me sacaré la espinita de fantasear cómo sería hacerlo con

ella.

No son los mejores pensamientos que debería tener en este instante, pero soy incapaz de pensar en otra cosa. Cuando me imagino su rostro, lo imagino solo en una situación, y al final voy a tener las expectativas tan altas que voy a acabar por llevarme un chasco. Solo me queda mantener las manos alejadas durante una hora, luego todo podrá volver a su sitio y estará en sus manos decidir nuestro futuro. Bueno, futuro tampoco, un simple encuentro estaría bien. Lo que no sé si me tomaría bien es que después de todo, volviese a mencionar que la copa la quiere con Rafa, eso no sé hasta qué punto me molestaría.

Da igual, mejor no empezar con las suposiciones que no queda nada para averiguarlo todo y salir de dudas. Si la química que he notado yo, ha sido mutua, que mucho me temo que sí, no puede querer poner punto y final a esto. Todo dependerá del dolor que tenga dentro y de lo superada que tenga esa historia de la que me ha hablado mi hermano. Dejaremos que el destino, ese en el que no creo, pero el mismo que la puso en mi camino, decida si debemos terminar o no el cometido. Ganas por mi parte no faltan, y estoy convencido de que por la suya tampoco. ¿Seré capaz de tener las manos quietas el lunes?

Capítulo 19

Cristina

Si es que a estúpida no me gana nadie. Ya lo dicen, el ser humano es el único capaz de tropezar dos veces con la misma piedra; pues estoy segura de que yo sería capaz de hacerlo, incluso, una tercera, una cuarta y las que hagan falta. Parece que no aprendí la lección, aunque la situación fuese completamente diferente la primera vez, pero dale, que yo debo de tener un imán para este tipo de hombres.

Mónica se ha ido a casa tras asegurarse de que estoy de mejor humor, no puedo tener una amiga más maravillosa, pero tampoco le voy a joder su cumpleaños. Esta noche saldremos las cuatro a celebrarlo y he prometido que mostraré mi mejor cara. Ya nos juramos en su día que ningún hombre sería capaz de fastidiarnos una noche, así que toca llevarlo a cabo en un día como hoy.

Nico ha llamado a Mateo y Adrián, hace mucho tiempo que no tenemos una comida los cuatro y me van a venir estupendamente sus mimos. Tampoco quiero hacer un drama de todo esto, que yo misma sé que gran parte de la culpa es mía, así que, como mujer adulta en la que me estoy convirtiendo, debo acatar parte de la responsabilidad. No quiero que mis padres se enteren de esto, bajo ningún concepto, lo pasaron suficientemente mal en su día, como para pensar que estoy sufriendo por lo mismo. Y para nada es así.

—Para que luego digas que no conozco tu prototipo —me pincha Mateo.

—Mi prototipo serán hombres comprometidos —me quejo.

—No seas boba —me reprende Adrián— y cuéntanos un poco qué ha pasado, que solo confías en Nico.

—No ha pasado nada. —O nada de lo que alarmarse.

—Cris, que no te lo hayas tirado es un paso, ahora cuéntanos qué ha pasado —interviene Mateo.

—Pues... algo extraño... Estoy segura de que el día que me lo crucé por primera vez, estaba engañando a su mujer, y Nico lo sabe. —El susodicho asiente porque también vio a esa mujer—. Cuando lo vi en su despacho, parecía un hombre completamente diferente, pero todos sabéis que son capaces de actuar estupendamente. —Ya lo vivimos en su día—. La primera semana de sesiones fue un cúmulo de sensaciones, había días en que sentía una conexión infinita y otros en los que era un hombre asustado y distante, hasta el día que me besó. Ya sé que es improbable, pero fue el mejor beso que he tenido nunca, y lo que sentí no es normal, al menos para mí. Pero lo frené. En esta ocasión yo misma era consciente de que está casado y con hijas, así que debía apartarlo cuanto antes. Tuvimos otro beso más adelante, y por querer comportarme me volví a joder el pie, así que me acompañó a casa, y suerte de la intervención de Nico, si no la hubiese jodido más. Luego me invitó a cenar, según él, quería darme explicaciones. Pero ese día fue demasiado. Cuando lo tenía al lado, todo a mi alrededor desapareció y, por un momento, creí que

era así, que podía ser para mí, hasta que apareció su mujer y no pude mantenerme. Al despedirnos volvió a provocar en mí todo lo necesario para creer en el amor, y su mujer estaba tan solo a unos metros. ¿Se puede ser tan capullo? —Mis lágrimas ya han empezado a caer.

—¿Te has planteado contárselo a papá? Estoy seguro de que, con este motivo, hubieses conseguido un cambio de fisioterapeuta en el primer beso —apunta Mateo.

—No quiero joderle el trabajo, tiene dos hijas y ellas no tienen la culpa del padre que les ha tocado...

—Algún día deberás aprender a no ser tan blanda ni preocuparte tanto por los demás. Este tío se está riendo de ti, no debes ni molestarte en preocuparte ni un mínimo por lo que le pueda pasar —sigue Adrián.

—Sabes que dije que no intervendría —empieza Nico—, así que debes hacerlo tú solita. Ve el lunes, sé que tienes fuerza suficiente para volver a verlo y nosotros estaremos en casa, habla con él y dile que o pide él el cambio de paciente o que se atenga a las consecuencias. Si no lo haces tú, lo haremos nosotros, Cris, pero este chulo no va a hacer contigo lo que quiera.

Agradezco sus palabras, y sé de sobra que tienen razón, que a veces tengo ese corazón enorme que trato de esconder y me preocupo por las represalias de la gente que ni siquiera se lo merece. Pero soy así, y me es inevitable querer el bien de una persona, por mucho daño que me hayan hecho a mí. Aunque si sigue actuando como si nada después de cada encuentro, va a ser más duro para mí. Debería haberlo frenado de primeras, ahora quizás se me hace más duro, pero, por suerte, no he sobrepasado los límites de un beso, o alguno más.

Mis hermanos también creen que hay algo más en todo esto, porque no conciben que el hombre con el que estuvieron en la barbacoa sea el mismo que me hace esos comentarios provocativos y que se lanza a por mi boca. Aunque confían plenamente en mis palabras y saben que, después de todo, no me inventaría una cosa así. Ellos dicen que parecían una pareja muy idílica, y aunque sean actores de primera que quieran mantener las apariencias delante de mi padre, hacerlo tan bien es complicado.

Que, a ver, si fuera por ellos, ya habrían montado el pollo ese mismo día, solo que empiezan a entender que debo lidiar yo sola mis batallas. Lo agradecí en su momento, aunque lo pasé peor de lo esperado, el golpe fue tremendamente duro, y lo agradezco ahora. Debo enfrentarme yo misma a todo esto y no tener que depender de ellos. No pueden estar siempre cubriéndome las espaldas. Y un hombre, al que considero poco hombre por engañar a su mujer y no enfrentarse a lo que realmente quiere, o a lo que realmente es, no puede cohibirme tanto. No puedo dejar que me domine de esta manera, tengo que sacar las garras que siempre me han dicho que tengo. Que mucho carácter, pero lo guardo para las ocasiones que no debo.

El resto de la comida se la pasan contando batallitas, de esas que saben que me provocan sonrisas y buenos recuerdos. Lo que necesito ahora, que me distraigan un rato y no permitan que me deprima más. En realidad, no debería estar con este mal cuerpo, tampoco han sido más que cuatro besos tontos. Ahí no está el problema, sino en lo que me provoca ese contacto, su presencia, su mirada intimidatoria... Mejor dejemos de pensar en él.

—Y vosotros, ¿cuándo vais a ceder a vivir juntos? —pregunta Adrián en los postres.

—Yo para una temporada lo quiero mucho, pero tanto como para compartir... —empiezo.

—¿Y lo bien que nos lo pasaríamos? —aprovecha Nico.

—Que no sepas irte de casa solito a tu edad tiene tela, eh —se mofa Mateo—. Aunque pienso que os puede venir bien a los dos.

—¿Algo que me queráis contar? —Llevo más de tres años sola y no me habían apretado antes

con este tema.

—Que mamá está hasta las narices de Nico —se ríe Adrián—, y eres la única opción que tiene para que se largue.

—Eso no es cierto, solo que me gusta estar aquí —se justifica Nico—, y tienes que admitir que no te molesto tanto. —Eso es verdad.

—Porque he estado inválida, pero en breve voy a recuperar mi vida —intento dar largas.

—¿Eso significa traer chicos a casa? Como si, para mí, eso fuese a ser un problema —se burla él ahora.

—Dejadme que lo piense. —A este ritmo voy a caer antes de la cuenta.

—Hermanita, te mueres de ganas de tenerme aquí. —Me abraza Nico.

—Y nosotros estaríamos más contentos de que os tengáis el uno al otro, a este paso no voy a llegar a ser tío nunca —dramatiza Mateo.

—¡Oye! —saltamos los tres a la vez.

—Que nosotros lo estamos intentando —confiesa Adrián.

—¿Cómoooo? —pregunto.

—Cristina, no tengo que explicarte cómo se hacen los niños. —Será imbécil.

—Cómo se hacen no, pero por qué no conocíamos esta primicia sí —le incita Mateo.

Y eso arrinconaba, por suerte, mi tema a un segundo plano y han dejado de apretarme para que adopte a Nico de por vida. Los conozco lo suficiente como para saber que lo han hecho adrede; primero, han querido dar un poco su visión y sus ánimos para encararme a la situación, y luego han hecho lo necesario para que evite pensar en ese imbécil.

No os flipéis, si el piso no estuviese pagado, otro gallo cantaría, pero lo heredé de mi abuelo, ser su única nieta tenía sus ventajas y como Mateo y Adrián ya estaban independizados, fue todavía más fácil. Moralmente, podría decirse que debería compartirlo con el otro nieto, solo que me gusta que sufra un poco más. Ahora que se ha acostumbrado a no ver a mis padres todos los días, seguro que piensa que sería incapaz de volver a ello. En fin... volviendo a lo importante, Adrián se está planteando ser padre y eso sí que es una alegría, de las que necesitábamos hoy.

Ya conocíamos sus miedos al respeto de tener un hijo, y más si es un varón, y más si le sale como alguno de los cafres que tenemos en casa, pero bien felices que son. Sigue un poco preocupado a lo que pueda salir, pero Paula está demasiado entusiasmada con la idea como para llevarle la contraria. Lo que es capaz de hacer el amor, que te atonta hasta niveles inconfesables. Yo ya se lo digo siempre a mis amigas, si caigo en ese hechizo, por favor, que me hagan volver a la tierra.

Ojalá tengan una niña, que en esta familia vamos escasas, y a mí me gustaría tener una aliada. Además, estoy convencida de que la malcriaría mucho más que a los dos mocosos de Mateo. Claro que Adrián diría que está más aterrado por si le sale alguien como yo. Que a estas alturas, debería saber que los hijos salen a sus padres, así que perdería el culo por una Paula en versión miniatura.

Después de hablar de tanto amor que desprenden mis hermanos mayores, y darme cuenta de que mi vida amorosa es, todavía, más deprimente, me despido de ellos, prometiendo que el lunes tendré la conversación que les he prometido y que esta noche voy a dejar de pensar en todo y salir a disfrutar. Nico es un caso aparte, y vendrá hoy con nosotras, así que sé de buena tinta que se encargará de que cumpla mi palabra.

Ignacio:

Me ha dicho Mónica que saldréis por el Palcofe después de cenar, nos veremos ahí preciosa.

Cristina:

Hoy será una gran noche seguro, nos vemos después.

Hoy se sale sin muletas ni historias. Ya puedo hacer prácticamente vida normal y no voy a dejar que un mero dolor, porque ya casi ni lo noto, me joda los planes. La única norma es no llevar tacones, y con eso puedo lidiar aunque tenga que ser la más bajita de todo el local.

—Qué sepas que viene Ignacio, así que no voy a volver sola esta noche —le advierto a mi hermano, antes de que nos despidamos, porque a cenar vamos por separado.

—Cris, que tenga que ser yo quien te diga que es muy feo jugar con un hombre, tiene tela.

—¿Por qué dices eso?

—Pues es más que evidente que con este tío te lo pasas bien, y yo soy de los que apoya la idea de tener *follamigos*, y cuantos más, mejor, pero aunque odie al doctor Bardaro, Ignacio me parezca un tío cojonudo y no me parece justo que te lo tires pensando en otro. —Que me lo digan tal cual, me hace ser más consciente de que tiene razón.

—Los dos sabemos lo que tenemos —me justifico.

—Los dos os lo pasáis bien en la cama y sabéis que no queréis nada más, pero no que te gustaría que fuese otro el que te penetrara.

—No estoy preparada para esta charla, nos vemos después. —Me despido con un beso en la mejilla.

Por partes. Claro que soy consciente de que la relación que tengo con Ignacio se basa en el sexo. Bueno, en divertirnos, porque también me lo paso muy bien fuera de la cama o, mejor dicho, sin tener relaciones sexuales. Y ya hemos hablado del tema de que no sentimos lo que hay que sentir para dar un paso más. A veces, las parejas cometen el error de que por entenderse tanto en el acto, piensan que el resto va a ir de maravilla y se convencen de que es la persona de sus sueños. O por lo contrario, por entenderse y tener tanta química fuera del sexo, creen que en cuanto lo hagan será descomunal. Y no. Las cosas no son tan sencillas, a veces; cuesta mucho encontrar a una persona con la que te complementes perfectamente en los dos campos, y eso, sin duda, es lo que busco yo. Probablemente esa sea la razón por la que sigo más sola que la una.

Vale, me he vuelto a ir por las ramas, pero cuando me vengo arriba de esta manera es porque me creo mis propias palabras y me convengo de que estoy dando los mejores consejos del mundo. Sí, los mismos que entrarían en el clásico «consejos vendo y para mí no tengo», pero confiar en mis palabras ya es un paso.

A lo que iba, que Ignacio y yo tenemos claras muchas cosas, como la que en cuanto aparezca alguien que nos importe más, nuestro juego se acabará. No por un simple polvo pasajero, no tenemos ninguna norma que prohíba darse un revolcón con otra persona. En fin, que mi hermano tiene razón y, aunque lo nuestro no se aproxime al amor, debo ser sincera conmigo misma, y que si me apetece con otra persona, no puedo tirarme a otro. Así que, en función de cómo me sienta esta noche, deberé actuar en consecuencia. No, no me enrollaré con el doctorcito si nos lo encontramos, que es poco probable, pero si al acercarme a Ignacio, es otro el responsable de mis pensamientos, no llevaré a cabo un orgasmo.

—¿Mejor? —me pregunta Mónica a modo de saludo.

—Hoy es tu noche y vas a ser la única protagonista.

Eso son amigas, las que pueden escuchar tus lamentos trescientas mil veces, aunque sean los mismos todo el rato, y aun así, sigan escuchándote y apoyándote. El valor de la amistad, ese es el que no debes perder nunca de vista.

—Entonces, brindemos —interviene Carlota—. Porque vas a ser capaz de cortarle las pelotas, pero, antes, vamos a tener la noche que nos merecemos.

Y brindamos, por ambas cosas. No le cortaré las pelotas, pero tendré la garra suficiente para plantarle cara. Al menos, eso espero, veremos si el lunes puedo seguir con este optimismo.

La cena son todo risas y tonterías varias; en resumen, a lo que estamos acostumbradas cuando las cuatro nos sentamos a la misma mesa. Gerard le ha regalado un fin de semana romántico a Praga y se van de aquí a dos semanas, solo espero que aproveche muy bien esos tres días para cumplir el deseo que sé que ha pedido Mónica al soplar las velas. No hace falta que os lo diga, estoy convencida de que vosotros también estáis al corriente, incluso, ella misma tiene la ilusión de que así sea, más vale que no le joda las expectativas.

Y como bien se avecinaba, nos hemos adentrado al Palcofe; digamos que, los sábados, es mejor estar por aquí, y más cuando tenemos excompañeros del instituto que trabajan en este local y siempre nos ofrecen un rinconcito en la zona vip. Aquí ya no estamos solas, no es que me moleste, porque ya dicen eso de *cuantos más mejor*, pero es la primera noche que salgo después de mi superlesión y quizás hubiese preferido algo más nuestro. Es el cumpleaños de Mónica, así que no me quejo, ni lo expongo en voz alta. Se merece la mejor de las celebraciones y yo voy a estar a la altura.

Nico ha llegado con Enrique, Roberto y un par de amigos más, y también nos juntamos con compañeros suyos del trabajo y antiguos amigos de la universidad. Me doy cuenta de que cuanto mayor nos hacemos, menor es el grupo de amigos, pero suficientes como pasarlo en grande. Mi noche, por supuesto, empieza cuando llega Ignacio y me coge para llevarme a la pista de baile.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto. —Ya no solo bailar, sino compartir la pista de baile con alguien que se mueve de esta manera.

—Y yo de verte sonreír de verdad —me dice antes de darme un beso a modo de saludo.

No debería, lo sé, pero si no lo has hecho alguna vez, estás mintiendo. Comparar nunca es una buena idea, y si esta noche tenía que servirme para desconectar y olvidar lo que ha pasado la última semana, estoy muy lejos de conseguirlo. El beso es bueno, porque Ignacio besa estupidamente, si no, no nos encontraríamos aquí en estos momentos, pero no puedo evitar pensar que el de mi queridísimo doctor es trescientas veces mejor. Ya no sé si por el acople de nuestras bocas, el baile de nuestras lenguas o por todo lo que me provoca un beso u otro. Os juro que si ahora mismo pudiera eliminar uno de mis recuerdos, sería cualquiera de los encuentros que he tenido con ese impresentable. Ya solo me falta que no pueda ni disfrutar de las noches, porque me las jode, incluso cuando no está delante.

Y por primera vez en la historia, bajo la atenta mirada de mi protector hermano Nico, tengo que darle la razón y dar un paso atrás. Debo sincerarme con Ignacio y decirle que esta noche no va a terminar como suponíamos. Ahora, solo pido que la tontería me dure poco, no voy a aguantar una eternidad a pan y agua.

—A mí no me tendrías ni que dar explicaciones, pequeña, aunque reconozco que hubiese sido duro escuchar el nombre de otro mientras gritas de placer. —Me sonrío de esa manera que me cautivó el primer día.

—¿Crees que estoy loca?

—Creo que él es un imbécil, pero sabíamos que llegaría el momento de frenar lo nuestro. No dejes que nadie te apague, Cris. —No lo hará, nadie conseguirá apagarme nunca.

—No hemos frenado nada, solo un pequeño *break* hoy. —Solo es demasiado reciente. Ahora sí, sinceridad por delante. Ahora sí, voy a poder disfrutar de la noche.

Capítulo 20

Nando

He estado muy tentado este fin de semana de enviarle un mensaje, al menos, para saber si se encontraba mejor. Yo, que nunca he mostrado ni un ápice de preocupación por nadie que no fuese yo mismo, bueno, o mi hermano, he pensado en ella estos días. Una sensación está ocupando mi cuerpo últimamente y no me gusta mucho. De hecho, tiendo a rechazar todo lo desconocido y a apartar las cosas que me provocan sensaciones distintas, nuevas o desagradables. Un mecanismo de defensa que me había funcionado de maravilla hasta el momento.

He llegado a plantearme que no fue buena idea que Rafa me diera su teléfono, pero por suerte, he sido capaz de contenerme y, con todo lo que tenía este fin de semana de trabajo, he podido despejarme un poco. Rafa se iba a la casa de campo de sus padres porque tenían movida con la boda de su hermana, así que tampoco me ha tocado las narices; ayer volvió tarde y con su mensaje de que no la líe más de la cuenta, que hoy acaba todo, he tenido suficiente.

No sé como me la voy a encontrar, porque, por no saber, no sé ni cómo me encuentro yo mismo; pero a lo hecho, pecho, y debo enfrentarme a la situación. Me dirijo hasta con un poco de miedo a la entrada y me sorprende que bajen a recibirme los tres hermanos de golpe. Si las miradas matasen, yo estaría volviendo por donde he venido ahora mismo.

—Cristina te espera en la sala, céntrate en los ejercicios necesarios —me saluda uno de ellos.

El resto solo observa, y no sé cómo tomarme este recibimiento, pero lejos estoy de que tres guardaespaldas me asusten.

—Eso hago —respondo con toda mi chulería y sigo mi camino.

Debo ser consciente de que uno de ellos habló con mi hermano el viernes, así que piensan que después de la charla que, supuestamente, tuve, la líe todavía más en la cena. Si Cristina fuese mi hermana pequeña, probablemente, entendería esto y lo más seguro es que actuara de la misma manera, solo que en casa somos dos machos y no nos hemos encontrado en estas circunstancias.

Cuando entro en la sala, tengo un *déjà vu*. Cristina se encuentra de espaldas a mí, con ese culote que ya me hipnotizó en su día, y teclea en el móvil. En esta ocasión, se da cuenta de mi presencia antes de que llegue a ella, intuyo que sus hermanos le han avisado de mi llegada y antes de colocarse encima de la camilla, me aborda.

—Vamos a dejar las cosas claras antes de empezar. —Noto nerviosismo en su voz—. Has jugado conmigo como has querido, te has reído a gusto de una chica corriente como yo por ser una especie de dios griego —me da un repaso, y mi sonrisa crece por su comentario—; sí, eso, tú, encima, ríete, que te debes de creer el hombre perfecto, así como el macho alfa, y eres un medio mierda por hacerle esto a tu mujer. Que ambos sabemos que no soy la primera, ni seré la última, pero el juegucito conmigo acaba aquí y ahora, y te vas a joder a otra parte.

—De lo que estás diciendo solo hay una cosa cierta, que no eres ni la primera ni la última —intervengo.

—No quiero oírte —me riñe—. Estoy cansada de las mentiras, de las tentaciones y de ti en general. Queda una puta semana, ¿serás capaz de mantenerte sentadito y calladito mientras hago mis ejercicios?

—Ninguna de las dos cosas va conmigo. —Mi cuerpo es incapaz de alejarse de ella, así que me acerco.

—No, no, no, mantén las distancias. —Me aparta—. No me hagas hacer algo de lo que me arrepienta.

—No creo que te arrepientas de esto —le digo, antes de que siga hablando y la calle con un beso.

No tengo remedio, eso ya lo sé y lo sabe todo el mundo. Cuando percibo la tensión con una mujer que consigue ponerme, no hay nada que pueda entrometerse. Necesito hacerlo y lo hago. Creo que nunca he sentido esta conexión con nadie, así que eso provoca que contenerme no entre en mis opciones. Y ella se quejará lo que quiera e intentará mostrarse segura en sus palabras, pero su cuerpo y sus actos me chivan todo lo contrario.

Está tan entregada como yo y desearía que no se separara de mí en estos instantes, pero quiero estirarla en la camilla, quiero mostrarle que el deseo va mucho más lejos de lo que estamos haciendo. Nada más perder el contacto de sus labios, aprecio un pequeño gemido de su boca que me sirve como pistoletazo de salida para que ya no haya nada que pueda frenarme.

La cojo en brazos y, enseguida, enrolla sus piernas en mi cadera. Es como un peso pluma y por la mente me aparecen muchísimas opciones y maneras de pasarlo en grande. Me besa apasionadamente, con desesperación y ganas. Esas que me imagino que lleva conteniendo todos los días. Sus manos se posan en mi pelo para intentar acercarme más a ella, y yo me estoy volviendo loco con el simple movimiento de su lengua.

La deposito en la camilla y veo su cara de pasión, se muerde el labio inferior de la manera más *sexy* que he presenciado jamás. Su mirada se oscurece y estoy seguro de que por su cabeza pasa lo mismo que por la mía. Le acaricio suavemente la barriga y subo hasta el cuello para volver a besarla. Es algo adictivo y no sé en qué momento decido poner cordura. Debo esperar a mañana, se lo prometí a mi hermano, y es por el único que cumplo mis promesas. A medias, pero las cumplo.

Me separo y me dirijo a coger la banda, o a que corra el aire y pueda recuperarme del calentón que acabo de vivir. Quizás debería disculparme, pero soy incapaz de que esas palabras salgan de mi boca.

—Mierda, mierda, mierda. —Oigo detrás de mí—. Si es que soy estúpida por naturaleza. —Me giro para observar su rostro de enfadada—. Solo me pasan a mí estas cosas, es que no aprendo. —Me doy cuenta de que está hablando con ella misma y la dejo—. ¡Jooodeer! —Me acerco—. Acabas de declarar tu sentencia de muerte —me dice—. ¿Es que no me has escuchado antes? ¿Es que no sabes lo que es el respeto? ¿Por qué me los tengo que encontrar todos yo?

—Te he escuchado perfectamente, pero yo prefiero analizar el cuerpo. —Le sonrío. Lo siento, a capullo no me va a ganar nunca nadie.

—¿Quieres que baje mi padre y analice él mismo la situación? —me reta, y a mí se me ha cambiado la cara de un plumazo.

—Quiero que te dediques a los ejercicios de hoy, nos comportemos, y esperes a mañana. —Por favor, que sea razonable y no siga por ese camino.

—¿A mañana? —pregunta sorprendida.

—Ya lo entenderás. —Le entrego la cinta—. Te dejo hacerlos solita.

Y darle esa libertad le gusta. A mí me sirve para mantener cierta distancia y tener mis manos quietecitas, que con esta mujer parece el mayor de mis retos. Aprovecho para observarla desde todos los ángulos posibles y cada vez me parece más atractiva. Su mirada se desvía en varias ocasiones hacia mí, pero evita el contacto duradero. No sé si por nervios, por intimidación o porque realmente está enfadada. Todo podría ser.

La dejo también que se ponga de pie y empiece con la segunda parte de la sesión. No entiendo la paciencia que tienen ciertos fisioterapeutas con esto. La mayoría de sus pacientes no necesitan su presencia para realizar su rehabilitación y, sin embargo, aguantan el chaparrón de hacer de niños durante un rato. Así es como me siento yo ahora. Como si tuviera que vigilar a una de mis sobrinas para que no haga nada inapropiado. Todo sea para que mi hermano pueda obtener ese ascenso y tenga la plaza que le corresponde. Ha trabajado mucho para ello y sería muy injusto que no se la dieran a él.

El doctor Gabás es el presidente de la junta del hospital, así que la última palabra la tiene el dueño de esta casa y por lo que tengo entendido es un hombre encantador. Por esa razón congenia con Fer, ambos tienen la misma visión en muchos aspectos y se entienden de maravilla. No solo en temas médicos, sino en cuestiones familiares. Cruzaré los dedos para que mañana las cosas salgan como espero y, en breve, podamos salir a celebrar su nuevo cargo.

Por alguna extraña razón, verla así me produce cierta ternura y, aunque suelo pensar más en hacerlo duro, con ella sería capaz de tomarme mi tiempo. No me resulta incómodo contemplarla, ni aburrido y el silencio está lejos de molestarme. Una bonita casualidad, podría llamarlo así, y una de las maneras más raras de conocer a alguien.

—¿Me pasas el *bosu*? —interrumpe mis pensamientos.

Me acerco a ella y, al dejarle el *bosu* en el suelo, permito que se apoye en mí para subir con el pie malo. Vuelvo a notar esa conexión, esa electricidad que recorre todo mi cuerpo y no puedo evitar mirarla. Estoy convencido de que ha notado lo mismo, su cara la delata y el rojizo de sus mejillas demuestra la nerviosa que está.

—¿Por qué me tienes miedo? —Tengo la sensación de que se muestra más asustada que al llegar.

—Me tengo miedo a mí —se sincera.

—¿Por qué? —pregunto curioso.

—Porque soy demasiado débil, ya lo has visto, mis palabras no sirven para nada, sería incapaz de rechazarte y me siento una idiota por ello. —Se muestra abatida—. Jugaron conmigo en su día, y ni siquiera me di cuenta hasta al final, cuando ya era demasiado tarde para recomponerme y he vuelto a cometer el mismo error, y esta vez, sabiendo donde me metía.

—Ni eres débil, ni idiota, y como ya te dije, no estoy casado. —Sé que prometí esperar hasta mañana, pero me está costando horrores verla así.

—Doctor Bardaro, como le acabo de decir, ya pasé por esto, conozco todo tipo de excusas que se pueden poner en esta situación...

—Puedes llamarme Nando, y no, mañana espero que lo veas todo diferente. —Tenemos que hacerlo los dos, y que vea con claridad con quién estaba en cada encuentro.

—Yo solo espero que se acaben los hombres como tú.

Después de esta puñalada, dejo que acabe los ejercicios ella sola, me apena verla así de triste y me entran hasta ganas de cuidarla. Ha tenido la mala suerte de cruzarse con un capullo como yo, y aunque me parecía divertido, empiezo a ser consciente de que me equivoqué.

Mañana. Mañana será un día importante, puede marcar un antes y un después en el trabajo de

mi hermano y eso es a lo que nos debemos ceñir. El que yo consiga calmar las ganas que le tengo a esta mujer, va a quedar en segundo plano, si no sucede, no será ningún drama ni nada que no podré solventar con otra.

Me ofrezco a llevarla a casa, pero me dice que sus hermanos están aquí y que se van a quedar a cenar todos juntos. Miedo me da si sale alguna pregunta en la mesa, eso jodería nuestros tiempos a la hora de contarle la verdad. Viendo su actitud de hoy, no creo que esté mucho por la labor, pero quizás, si su padre denota cierta tristeza en ella, puede saltar la bomba. Cruzaré hasta mis dedos para que eso no sea así y esté muy equivocado.

Me tiende la mano al despedirse y debo respetarlo, si se siente más cómoda de esta manera, no seré yo quien lo fastidie, ya creo que lo he jodido suficiente por hoy.

—No me gusta que te sientas así, nos vemos mañana, Cristina. —Creo que es la primera vez que hago un comentario de este tipo.

—No te preocupes, a mí se me pasara. —Sonríe a medias.

—¿Puedo saber qué sucedió? —No suelo mostrar interés, pero, en esta ocasión, lo tengo.

—Mejor no, eso llevaría a que intentara entender por qué tenéis la necesidad de hacerlo, y ahora mismo no me apetece esta conversación. Nos vemos mañana, doctor Bardaro. —Me hace una seña con la mano antes de salir por la puerta.

¿Puede alguien despertarte, de repente, un nuevo lado en ti? Verla triste me provoca una especie de apagón. He estado toda la tarde comportándome, vale, sacando el inicio de la sesión, y me he permitido el lujo de observarla. Observar cada uno de sus movimientos y analizar cada rincón de su cuerpo. Prestando especial atención a su perfecto rostro. Parece mentira que lo diga yo, pero creo que no me conformaría con un simple polvo con ella. Creo que hasta me apetece conocerla más íntimamente, más profundamente. Y creedme, eso no es buena señal, yo no soy el tipo de nadie, no soy lo que ellas quieren para su día a día ni para formar un futuro. Así que, viendo el dolor que emite en su mirada, no puedo jugar con ella, no me lo perdonaría.

No me queda otra que irme y pensar en que mañana las cosas irán mucho mejor, no quiero ni plantearme lo que haría yo de estar en su lugar. Me marchó; me marchó a casa de Rafa, porque parezco un puto colegial al que iban a llevar al despacho del director para echarle la bronca y necesito su distracción.

—Esta mujer te tiene bien calado —se mofa.

—La situación de mi hermano me tiene sin dormir —prefiero engañarme.

—¿Puedo ir mañana a presenciar el hostión que te va a dar? —El hostión se lo voy a dar yo como siga con esas.

—Si me da esa bofetada, mi hermano presenciara una sesión de sexo en directo.

No tendría ningún pudor en eso, en tener público mientras la hago disfrutar de la mejor manera posible. A estas alturas, ya he perdido todas las vergüenzas y soy muy consciente de que se me da bien, así que no, no tendría problema en darle unas cuantas lecciones. Necesito que estas veinticuatro horas pasen con urgencia, necesito poder sacarme la espinita que tengo dentro. ¿Cómo se lo va a tomar ella? ¿Podré tener, aunque sea, una noche después de esto?

Capítulo 21

Cristina

Ayer sus palabras me hicieron, incluso, más daño. Una vez me vio tan abatida y preocupada, lo último que espero es que siga hurgando en la herida diciéndome más mentiras. La clásica frase de «no estoy casado» me tiene desquiciada. Aún recuerdo el momento en que le destapé el pastel a Antonio y seguía diciéndome que no estaba casado. Mira, yo estoy totalmente en contra de las personas infieles y es algo que no perdonaría jamás; pero, tío, si lo has hecho y te han pillado, no sigas metiendo más mierda. ¿O es que no se conforman con tirarte al pozo, que quieren que te hundas de verdad?

En este caso es distinto, lo que me hace ser el triple de estúpida por seguir cediendo a los impulsos que siento de estar con él. Este hombre era, totalmente, mercancía prohibida para mí. Perdón, lo es. Lo odié desde el primer momento en que lo vi y, sin embargo, debo reconocer que las sensaciones que siento cuando lo tengo cerca me invaden. Me transportan a un lugar ideal. Y sus besos... de esos ya prefiero ni hablar.

Cuatro días me quedan. Cuatro días en los que debo fingir que no me duele su presencia y que soy mucho más fuerte de lo que realmente soy. Tengo que ser esa persona que piensan mis hermanos y la que tantas veces han visto aparecer mis amigas. Claro que es muy sencillo mostrarse la borde del grupo, la del carácter fuerte, cuando delante tienes a una persona que ni te va ni te viene, o a un tío que te pone y sabes que lo vas a ver esa noche y ya. Esta situación es diferente, porque encima tengo que dejar que me trate y sin rechistar, no vaya a ser que mi padre se ofenda. Si él supiera todo esto...

Llaman al interfono, y siguiendo con mi actitud de ayer, abro sin mencionar palabra. Vuelvo a estar sola, pero ya les dije a mis hermanos que no debían preocuparse por nada. De hecho, ayer no sirvió de mucho que digamos, porque aunque fueran ellos quienes abrieron la puerta y le dieran la advertencia, no hizo que frenara en el momento de lanzarse. Así que, para esa clase de ayuda, ya me basto yo solita.

—Vengo a firmar la paz definitiva. —Oigo de fondo.

Y al girarme, observo que trae con él un táper de croquetas y un par de *petit-suisse* de chocolate. Este tío todavía no ha terminado de cachondearse de mí. Pues mi paciencia tiene un límite por muy guapo y sexi que sea.

—¿Me estás vacilando? —O a este le gusta verme enfadada o no lo entiendo.

—Claro que no, te dije que hoy entenderías mejor las cosas y eso vas a hacer. —Hago además de hablar, pero sigue con su discurso—: Me vas a dejar terminar porque lo voy a decir todo del tirón antes de arrepentirme. No estoy casado y, como vuelvas a decir que es mentira o a cuestionarme, te voy a enseñar muy bien lo que hago para divertirme. —Se está acercando demasiado—. Lo que tengo es un hermano... gemelo.

—Pero ¿tú de verdad me consideras tan estúpida? —Esta sí que es una excusa de lo más

penosa.

—Nunca lo haría. —Aparece un clon por la puerta.

Ahora mismo estoy en *shock*. No doy crédito de lo que tengo delante de mis ojos. Admito que lo primero que he pensado es en lo interesante que sería hacer un trío en este momento, porque... joder, lo que tengo enfrente es de una bendita galería de arte. Pero debo poner los pies en el suelo y entender que está pasando aquí.

—¿Alguien me lo explica? —Voy a intentar no perder los papeles.

—Así, a modo de resumen rápido... te encontraste conmigo ese día en el restaurante, y debo admitir que tu carácter me puso a cien —y a mí su sonrisa hace que pierda las bragas—, y luego coincidió en que te visitó mi hermano como médico y nos confundiste. Pensé que sería gracioso intentar sacarte esa mala leche y pasarlo bien desquiciándote, pero se nos ha ido de las manos.

—¿De verdad esperáis que me crea eso? ¿Eso haces cuando temes que tu mujer se entere de todo el pastel? ¿Cargarle las culpa a tu hermano? No puedes ser más impresentable.

—No, Cristina. Dice la verdad. Yo soy el que está casado con Mariona y aunque me joroba haber sido partícipe de todo este circo, lo que dice Nando es cierto.

—¡Iros a la mierda! —grito antes de largarme.

Necesito procesar esto. Sigo sin entender qué narices pasa. Y pensar en caliente nunca ha sido buena idea. Dicen que las mejores decisiones son las que tomas sin pensar, pues eso funcionará en los planes nocturnos y a altas horas de la madrugada, con lo que me acaba de pasar a mí, creo que es mejor tomárselo con calma.

Para reponer las ideas, lo que me han querido decir es que el tío que vi esa noche en el restaurante, sí que estaba con una especie de prostituta y sí que acabó la noche como yo pensaba, pero que no es el mismo que me ha tratado. Bueno, o que me ha tratado todos los días. Puedo crérmelo en cierto modo, puesto que yo misma dije que me parecían dos personas distintas y lo que me hacían sentir no era lo mismo, solo que, ¿cómo me fío de que la química ha sido siempre con el mismo?

Eso es lo que menos debería importarme ahora, porque han jugado conmigo, se han reído de mí y, si fuera por ellos, me habría tirado a un hombre pensando que está casado y con hijas, y seguramente no habrían tenido ni remordimientos. Estoy segura de que vienen ahora con el cuento porque le tienen miedo a mi padre y no porque tengan compasión de mí. Vamos, eso lo tengo más claro que el agua. Qué poco hombres acaban de demostrar que son.

Después de esto no quiero ni volver a verlos, que se vayan a reír de otra en su cara, que para desgracias ya me las busco solita. Y encima, el tío viene con todo el morro y me entrega unas croquetas. ¿Se piensa que soy tan fácil de comprar como las mujeres a las que frecuenta? ¡Vamos, lo que me faltaba!

Vuelvo a la sala con la intención de que se hayan largado ya y poder recoger mis cosas. No creo que sean tan ingenuos como para pensar que hoy tendríamos una sesión de rehabilitación. ¡Sí, hombre! Las tres que me quedan las voy a tener con el doctor Cruado, por muy insoportable que me parezca. Como me llamo Cristina Gabás que a estos dos no les vuelvo a ver el pelo. Bueno, a partir de mañana, porque los dos cuchichean en la sala cuando llego.

—¿Podéis hacer el favor de largaros?! —los increpo—. ¿O es qué todavía no habéis terminado vuestro juegucito? ¿Qué os queda por hacer? ¿Qué esperabais de esto? ¿Follarme mientras yo creía que lo hacía con alguien casado? ¿Te crees que me gustan estas cosas? ¿Te hubieses quedado satisfecho después de provocarme un orgasmo?

—Más de uno —apunta uno de ellos, y el otro le mete una colleja.

—¡Eres un imbécil! —Y cuando voy a darle una bofetada, su mano intercepta mi brazo y la presión que ejerce es, incluso placentera.

Por un momento nos quedamos en silencio. Su mirada es penetrante y lo que me provoca podría ser cualquier cosa menos odio. Intento mantenérsela, no es momento de venirse abajo ni de que crean que conmigo pueden seguir haciendo lo que quieran.

—¿Qué son estos gritos? —Aparece mi padre—. Vaya, tenemos visita.

Veo como los dos hermanos se cuadran, lo que reafirma mi idea de a quién le tienen miedo o respeto. El que me imagino que es el verdadero médico lo saluda y le sonrío como si fuera su dios particular.

—Nada —replico enfadada—, que los hermanos Bardaro se han propuesto gastarme una de sus bromas, un juegucito de lo más divertido —sigo con sarcasmo.

—Mira que te enfadas con facilidad... —Si él supiera—. Luego os podéis quedar a tomar algo, que es día de fútbol y tengo a todos mis hijos en casa.

—Papá, ¿puedes dejar de ser cortés?

—Cuídemela bien, doctor Bardaro —le dice antes de irse.

Les echo una mirada desafiante a ambos. En estos momentos no sé quién es el médico y quién es el sinvergüenza. O vamos, que los dos lo son, pero es imposible distinguirlos. Por el color de la camisa sí, eso si me hubiese fijado cuando hablaban al inicio, estaba demasiado centrada en no ablandarme ni desesperarme de más. No quiero que mi padre se entere de esto. Y mucho menos ahora que sé que, dentro de lo grave, el doctor Bardaro no le ha puesto los cuernos a su mujer, o eso dicen, y no me gustaría que perdiese su trabajo. No, si ya lo digo yo, que de tan buena soy estúpida.

—Gracias por no decirle nada. —Se acerca el que deduzco que es el doctor—. Y tranquila, no nos vamos a quedar después.

—Solo si prometes darme una cena —interviene el otro y se vuelve a ganar una colleja.

—Una pregunta... ¿Los dos os llamáis Fernando? ¿O Rafa también sabía todo esto y te cambió el nombre? —Las dudas aparecen poco a poco.

—Esa es la parte graciosa, mi padre quería que su hijo llevara su nombre y como tuvo dos... pues lo partió —me explica el doctor—, Yo soy Fer, y él es Nando, puedes reírte lo que quieras.

—Él lo cuenta así, pero ha seguido con la tradición, sus hijas se llaman Mar y Ona —apunta el otro.

¿Esto es de verdad? Vamos, ni en sueños le pongo yo a mis hijas Cris y Tina. Su padre no quería poner su nombre a su hijo, quería que fuesen el hazmerreír de la escuela. Imaginaos tener a dos hermanos en clase y que se llamen así. Eso de que ahora puedas poner cualquier nombre en el DNI está haciendo mucho daño.

Da igual. Aunque se hayan intentado hacer los graciosillos y lo de los nombre me dé hasta pena, sin contar que mi padre ha llegado en el punto clave para apaciguar el terreno, lo que me han hecho no lo voy a perdonar jamás.

—Mira, por la compasión que tengo por tus hijas, no voy a meter a mi padre en todo esto, y por tu bien, más vale que seas el médico que tanto alaba y dejes de jugar con tus pacientes. —Mejor si empiezo con este hermano, es más fácil—. Además, espero que puedas controlar a tu hermano y no ser el débil de los dos. Que yo pensaba que tantos años de estudio servían también para ser más coherente. Que tienes una edad para estos juegucitos...

—Tienes razón, Cristina, y te agradezco mucho que me des la oportunidad, según lo que cuenta tu padre, tienes una buena relación con el traumatólogo —sí, mi *potosidad* es casi famosa—, así

que me temo que vas a poder comprobar que no te equivocas. Que sepas que Mariona también lo siente mucho y le gustaría que pudieras venir un día a cenar para compensártelo. —Otra que estaba metida en el ajo. Ya tendré tiempo de pensar en ello.

—Sí, ya he visto que hasta nos hemos perdido el respeto entre nosotras, yo creía que las mujeres teníamos más dedos de frente en estos aspectos. —Lo de putear nunca ha sido mi fuerte.

—Ella no sabe ni la mitad, solo que nos turnábamos en las sesiones —la justifica.

—En fin, en cuanto a ti... —empiezo, pero ni siquiera me deja decir una palabra más.

Capítulo 22

Nando

Ya me da igual. Mi hermano no va a perder su trabajo y era lo único que me frenaba para hacer lo que quiero. Así que poco me importa que siga pensando que soy un capullo o que intente reprimir las ganas que me tiene. No va a ser capaz de rechazarme, su cuerpo pide a gritos que la haga mía desde el primer contacto que tuvimos y no voy a retrasarlo más. Ahora ya no tengo ninguna barrera que me lo impida.

La pillo por sorpresa, después de toda la chapa que nos estaba pegando, creo que era lo último que se esperaba. Ella, y mi hermano, que lo oigo de fondo, pero entiende que aquí ya no tiene nada que hacer y se larga. Espero que a entretener al doctor Gabás para que no nos interrumpa, no quiero que nadie estropee este momento.

Su boca busca la mía con la misma ansia que la primera vez. Se acoplan a la perfección y emite unos gemidos que me demuestran que las ganas son por las dos partes. La cojo en brazos, creo que es nuestra mejor posición, es tan pequeña que no supone ningún esfuerzo y me permite tenerla mucho más pegada a mí. No sé si es consciente de lo que está haciendo o, simplemente, se está dejando llevar y noto cómo arde todo su cuerpo.

—No puedo. —Intenta bajarse de mí, pero no la dejo—. De verdad que no puedo, bájame — me pide—. Prometí una vez que no volvería a dejar que me mintieran y no voy a romperlo.

—No te prives de algo de lo que tienes ganas. —No me creo que me vaya a dejar así—. Déjame enseñarte que merecerá la pena.

—Claro, merecerá la pena tener el orgasmo de mi vida y que te puedas colgar esa medalla. — La suelto, por algún motivo su comentario hasta me duele.

Y dejo que se vaya. La dejo marchar porque sé que tiene razón. Que no sé qué le he provocado a ella exactamente, pero yo solo necesitaba sacarme la espinita. El poder tener el polvo que llevo esperando casi un mes. Cuento desde el día en que la tuve tumbada en esa camilla, no desde el restaurante. Ahí me encendió, pero no había llegado al punto de fantasear con su presencia.

Me gusta demasiado jugar con las mujeres, y como la mayoría de ellas juegan al mismo juego que yo, nunca me había planteado encontrarme con una que no lo viese igual. Si Rafa hubiese jugado sus cartas ese día en el Iputle, no sé qué hubiese ocurrido. En esa ocasión, parecía que buscaba la misma guerra a la que yo estoy acostumbrado. ¿Por qué conmigo no puede ser así?

Da igual. Por muchas preguntas que me haga al respeto, estoy convencido de que no voy a obtener respuestas. Al menos, no las que yo quiero. Una batalla perdida, algo que no va a quitarme el sueño, en absoluto. Al fin y al cabo, lo que me preocupaba más era que mi hermano saliera impune de esta, y así ha sido. Lo mío se me pasará en cuanto salgamos de fiesta y pueda pasar página con otra.

Sin embargo, eso es lo que pienso de primeras y de lo que quiero convencerme. Pero tengo una sensación extraña en el cuerpo, como si me hubiese deshecho de algo que todavía no estaba

preparado para abandonar. Es un poco ilógico, puesto que nunca he llegado a tenerla, pero noto algo distinto en mi persona. Será que me hago mayor, porque si no, no entiendo cómo mis pensamientos pueden cambiar tanto de un mes para otro.

Salgo y me encuentro a mi hermano esperando en la puerta del coche, su cara denota cualquier cosa menos simpatía y ya me preparo para lo que está por venir.

—¿Era necesario? —Esa pregunta no merece contestación, de no haber sido así, no lo hubiese hecho—. ¿Tanto te costaba esperar a que fuese ella quien te dijera que quería? —Suerte que estaba en la misma sala que yo para presenciar que no me ha rechazado—. ¿No podías esperar a tenerla en otro sitio? ¡Estaba su padre a dos puertas! ¿En qué cojones estabas pensando?

—¿Crees que con ella delante puedo pensar? —Lo sé, no puedo evitar reírme en estas situaciones—. Y no temas, cuando me ha pedido que la suelte, he cedido.

—¡Solo faltaría! —Realmente está muy, pero que muy, cabreado—. ¿Sabes que tienes treinta y tres años y deberías empezar a comportarte en consecuencia? ¡Deja de ser un maldito crío! O, al menos, ¡deja de serlo con cosas que me conciernen a mí!

—Fer, el doctor Gabás está encantado contigo, te van a dar el ascenso que querías y Cristina está de tu lado, deja de hacer un drama donde no lo hay. Me voy andando y cuando se te pase, ya hablaremos. —No voy a lidiar con esta versión de mi hermano, no me apetece.

Me marchó. Antes de que pueda seguir increpando, ya solo oigo murmullos de fondo, porque he dejado de prestarle atención. Esa es la bronca que debía pegarme el primer día que le dije que la había besado o cuando le propuse todo el plan, pero ahora, ni siquiera tienen sentido la mitad de sus quejas.

No le voy a tener en cuenta el que me haya llamado inmaduro, sobrepasamos esa fase hace mucho tiempo y me considero de todo menos eso. No ha sido un juego de niños como él pretende hacer ver, y no sé si es porque se ha vuelto un soso, pero tiene que entender que, a veces, es muy complicado controlar esos impulsos. A veces, notas una conexión inexplicable con algo y sabes que no habrá otra manera que saciarte que teniéndolo para ti. Así que no, no considero que eso sea un comportamiento de un niño pequeño, y menos aún, cuando es correspondido y no pierdes nada por intentarlo. En fin, que cuando se le haya pasado toda esta pataleta, seguro que podemos hablar más calmados sobre el tema.

De todas maneras, ya estamos en el punto que debíamos estar. En el que ella conoce la verdad, sabe que el médico que la trata no es el mismo capullo, eso lo dice ella, no yo, que le robó las croquetas, y mi hermano no va a perder su preciado trabajo. Ya no hay nada de lo que preocuparse. Si ella tiene algún interés, podrá preguntarle a Fer por mí, eso es lo que me gustaría que pasara. A estas alturas, imagino que ya tenéis por seguro de que yo no voy a rebajarme. No voy a utilizar ese papel que todavía tengo en la estantería de la entrada. Por alguna extraña razón, decidí que ese era un buen lugar para que no me tentara cada dos por tres y mucho estoy aguantando.

Me voy directamente al gimnasio, necesito hacer algo de deporte que me calme todo lo que tengo dentro. Que ya no sabría definir si es rabia, ira, enfado... No lo sé, es como un cúmulo de sensaciones y la mayoría son nuevas para mí. No sé qué es lo que tiene Cristina, pero sí que maldigo por querer descubrirlo. La maldigo por despertar en mí esta curiosidad que no sé hacer desaparecer. La de conocer cada parte de su cuerpo, la de conocer sus diferentes sonidos en el sexo, su ritmo, el valor de sus gemidos, su movimiento... Basta. Si sigo con esto en la cabeza, no voy a llegar ni a casa para calmar a mi bestia. La maldigo por volver a hacerme sentir algo que creía que tenía enterrado y que no admitiré frente a nadie. La maldigo por no querer disfrutar

conmigo de lo que pide su cuerpo, de dejarse llevar, de cumplir sus fantasías... La maldigo por tantísimas cosas que no soy capaz de mencionar.

A partir de hoy, marco un antes y un después en esta historia. Se ha acabado fantasear con ella, se ha terminado tener sueños eróticos con una mujer prácticamente desconocida y ha finalizado cualquier cosa que pudiera pasar entre nosotros. Miento, eso último sucedería si ella mostrara el interés que requiero. Vamos a olvidarnos del episodio Cristina, tengo los recursos suficientes como para hacerlo, así que no estoy preocupado.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Rafa nada más abrir la puerta. Sí, el fútbol vuelve a reunir a los amigos.

—No vamos a tener consecuencias. —En definitiva, este es el resumen perfecto.

—Entonces, ¿la puedo llamar ya? —Eso no era lo que esperaba—. ¡Es broma, chaval! —Se ríe—. Tendrías que haberte visto la cara.

—No estoy para bromas, ya las he tenido con mi hermano. —¿Ese es el verdadero motivo?

—Como si las peleas entre Fer y tú duraran mucho. —Ahora agradecería que no fuera tan partícipe de mi vida—. A ti hay otra cosa que te pica. —Vale, se va a estar cachondeando de mí toda la noche.

—No me pica, entiende que es la primera vez que me rechazan. —No puedo decir que lo del pasado fuesen rechazos; fue, más bien, un cambio de decisión y él parece haberlo entendido—. Aunque tampoco me ha rechazado y eso es lo que más me jode.

—Lo que te jode es que te has dado cuenta de que una mujer como ella podría llegar a importarte. Y debo decirlo, creo que tu estúpido juego solo era una cuestión de ego, de poder comprobar que, por una vez, te escogían a ti y no a Fer, no contabas con que esta mujer te provocaría el resto.

El silencio habla por nosotros. No estoy preparado para tener esta conversación. Yo lo sé, y él lo sabe. Si alguna vez tenéis un amigo como este, de verdad, valoradlo, hay muy pocos, pero son demasiado buenos como para deshacernos de ellos. Se levanta para ir a buscar un par de cervezas, mientras yo sincronizo el canal. Necesitamos esta noche. Los dos juntos disfrutando de un partido de los buenos y sin seguir rasgando en lo que me está pasando.

El estuvo ahí siempre, sabe muy bien el impacto que pueden tener sus palabras y lo que provocan en mí. Ha sido como dar en el centro de la diana y es muy consciente de ello, por lo que sabe que no vamos a seguir esta conversación, al menos por hoy. Aunque en esta ocasión, pueda ser completamente diferente, no estoy capacitado, ni siquiera, para arriesgarme a averiguarlo.

Capítulo 23

Cristina

Sigo intentando asimilar todo lo que pasó. Mis tres últimas sesiones las he realizado con el doctor Cruado, pero la semana que viene deberé volver al hospital para asegurarme de que todo está perfecto y que puedo retomar mi antigua vida. Me refiero a poder hacer deporte de nuevo, aunque ya sé que progresivamente y esas cosas.

¿Cómo no pude darme cuenta? ¿Realmente se parecen tanto como para ni dudar? No presté suficiente atención cuando los tuve a los dos delante, así que hay muchas de todas mis preguntas que no puedo responder.

Me quité un peso de encima al saber que no me había enrollado con ningún casado, ya sé que ahora es como un minúsculo detalle en toda esta historia, pero era lo que más me preocupaba a mí. No quería volver a pasar por ello, no quería ni podía, sé que no estoy capacitada para que me vuelvan a romper el corazón en trescientos mil pedazos. Prometí que no volverían a reírse de mí, prometí que no volvería a fiarme de ningún capullo, y a la primera ocasión, me he tirado a la piscina. No del todo, por suerte, pero parece que tenga un imán con esta clase de idiotas. Debe de ser el karma, por haber dejado a Simón en su día. ¿No los quería más malos? Pues ración doble. Debo añadir que cuando rompí mi relación con Simón, porque era demasiado bueno para mí, pensaba que existía el punto intermedio entre los chicos como él y los capullos sin escrúpulos. Estoy empezando a pensar que la franja intermedia solo existe para pasar el rato, para divertirse durante una temporada. O en las películas y los libros, que creo que son los principales causantes de nuestras expectativas sobre el hombre perfecto. Pero no los culpo, suficiente jodida es la vida para tener que leer o ver las mierdas de los demás, al menos, pensar que la felicidad absoluta existe, aunque no sea la tuya.

No me hagáis mucho caso, cuando estoy de bajón, tiendo a soltar toda clase de tonterías por la boca. Bueno, o no tan tontería, ya que confío plenamente en mis palabras, lo que no quiere decir que debáis hacerlo vosotros también. Que si seguís mis pasos, vais más directos a caer de un precipicio que de poder llegar al altar.

Algunos quizás estáis preguntándoos por qué no me dejé llevar y acabé lo que realmente tenía ganas de hacer. Sí, ese es el pensamiento que llevo escuchando por parte de Nico desde que abandoné aquella sala. La razón es muy sencilla. Me ha mentido. Y vale, probablemente solo buscábamos un polvo que saciara esas ganas que hemos demostrado tenernos y todo quedaba ahí, lo único es que tiendo a ser un poco más ilusa y ninguna relación puede empezar con una mentira. No, no suelo pensar eso con todos los tíos con los que me voy a la cama, solo que la conexión que he sentido, la considero diferente. No puedo clasificarla como especial, simplemente diferente a lo que estoy acostumbrada. Incluso me atrevería a decir que ha sido más fuerte que con Simón o Antonio, y eso sí que serían palabras mayores.

Quizás por esa misma razón me aterra tanto el asunto, y quizás por eso mismo no he querido

hablar de ello con nadie. Todos saben lo que sucedió y me están dejando el espacio suficiente como para que sea yo quien dé el primer paso cuando esté preparada. Viéndolo desde fuera, seguramente esté haciendo una montaña de un granito de arena, si buscáis la definición de dramática, probablemente os saldrá mi cara en el diccionario. Han jugado con mis sentimientos y con mi persona, para mí, eso es motivo de mucho peso como para no volver a tener ningún tipo de contacto con alguien.

—¿Puedo saber de qué te lamentas realmente? —me pregunta Nico, cuando nos sentamos a cenar—. Es decir, ¿qué te joroba más? ¿Que te haya mentido o no habértelo tirado?

—Lo que más me molesta es que sigas hablando del tema —me quejo. Si yo intento olvidarme del todo, que no me lo pongan más difícil.

—Será porque te conozco demasiado y llevas tres días insufrible. —Yo lo acojo en casa, y él, amabilidad ante todo—. No lo defiendes. Sabes que soy el primero en estar de tu parte, yo mismo tendré una charla con él si es necesario, solo digo que te ha cambiado el estado de ánimo a peor y no me gusta. Creo que deberías tener una conversación con calma...

—¿Y hablar de qué? ¿De qué lo impulsó a mentirme? ¿De por qué se divirtió a mi costa? ¿De si soy un hazmerreír? ¿De qué fue lo más gracioso de todo? ¿De qué exactamente? —Porque yo considero que no tenemos nada que decirnos.

—De si los besos eran parte del juego.

—A estas alturas, ya deberías saber que sí. Todo ha sido ficticio.

—Yo creo que no, hay cosas que, a veces, se hacen sin pensar, es imposible controlarlo todo, y dudo que entrara en sus planes llegar tan lejos...

—¿Sabes algo que yo no? Dime que no has hecho ninguna estupidez. —Lo amenazo con el tenedor.

—No sé por quién me tomas. —Se ríe y él mismo se delata—. Solo he hablado con Mateo y Adrián, mañana vendrán a cenar, hoy me voy, que he quedado.

Claro, que huya ahora que puede. Siempre que tiene algo que ocultar, se escaquea lo más rápido posible. Sí, lo de mentir no sé quién lo heredó en nuestra familia, pero está claro que ni Nico ni yo, solo que yo me enfrento más a las situaciones que él. Algo me esconde y viniendo de él no puede ser nada bueno. Además, ¿qué pasa? ¿Qué es tan grave como para volver a tener cenas los cuatro? Que yo los quiero mucho y las echaba de menos, pero tampoco como para recurrir a ellos cada semana. No va a servir de nada que me queje, en esta familia dejé de tener poder de decisión hace mucho tiempo, creo que desde que nació.

¿Por qué tendemos a quedarnos con las cosas que nos duelen? Es decir, después de lo que me hizo, mi cerebro podría tener un mecanismo de defensa para olvidarme de él en un pispás y, sin embargo, no puedo sacármelo de la cabeza. A él y a las ganas que tenía de que me hiciese suya. Si es que ya lo digo yo, que el ser humano tiende a ser masoquista, con lo felices que podríamos ser y lo que nos gusta complicarnos la vida.

¿Por qué no puedo conocer a alguien normal por una vez en la vida? Vale, alguno habré conocido, es solo que podríamos tener un radar incorporado que nos avisara de cuándo debemos fiarnos y cuándo no. Como una especie de semáforo interno que nos indicara si estamos cruzando la línea de peligro o si podemos tirarnos al vacío. Quizás pido demasiado, allá arriba hay alguien que mueve sus fichas de tal manera que pueda pasárselo bien. Como cuando juegas a los *Sims*, que te gusta que los personajes hagan lo que tú quieras para hacerte disfrutar o distraer. Si todos conociésemos a nuestra media naranja en el primer encuentro, sería muy aburrido para él. Pues que deje de pensar en su beneficio y piense un poco en lo que sufrimos aquí. Ni que la vida fuese

tan fácil como para complicarla más.

—Dime que no estás tan pillada como para no haber llamado a Ignacio en tres días ni querer salir este fin de semana, Cris, te estamos perdiendo. —Mónica se ha olvidado de lo que significa saludar.

—No puedo pillarme por alguien a quien no conozco y no he llamado a Ignacio porque estoy muy liada. —Y porque mi cuerpo me pide otra persona.

—Mientes de pena, incluso por teléfono. —No me estará viendo la cara, pero me acaban de entrar unas ganas tremendas de estrangularla—. Guárdate el orgullo y ten esa maldita cena con él.

—Solo necesito este fin de semana para tomármelo para mí, el lunes volveré a ser la misma. — Los mensajes positivos nos hacen confiar en nosotros mismos y en creernos que decimos la verdad.

—El lunes tienes cita con el doctor Bardaro y lo único que sucederá es que te entrarán más ganas de compartir la cama con él.

—A veces, me sorprende que seas tú la comprometida y yo la soltera, no es todo sexo en la vida.

—Pero con ese espécimen es lo que ambos queréis; piénsalo, y espero noticias. Te tengo que dejar, que yo sí tengo planes.

Nada, que hoy se han propuesto echar mierda y salir corriendo. Que fácil se ven las cosas desde fuera. Claro, como el pelo no se lo han tomado a ellos. Y yo que pensaba que los tenía de mi lado, pues no; al parecer, está ganando terreno, incluso antes de conocerlos. Van muy equivocados si piensan que voy a ceder en esto. De capullos ya he tenido suficientes y este no va a ser uno más en mi lista de fracasos. Valga la ironía, puesto que ya lo he añadido y fracaso doble, por el hecho de no haber tenido el placer que quería y por haberme dejado engañar.

Como le he dicho a Mónica, me permito el lujo de quedarme encerrada este fin de semana, después, se habrá acabado la triste compasión, y Nando Bardaro, por primera vez vamos a llamarlo por su nombre, va a quedar atrás, va a quedar olvidado y enterrado. Que me parece lamentable que un hombre que no ha significado nada sea capaz de tener tanto protagonismo en mi vida. Todo ese que ni siquiera merece.

Pues lo dicho, me voy a tomar un par de días para mí misma. Que también me lo merezco después del calvario que he pasado con el pie. Me voy a ir a nadar un rato, por el placer de sentirme libre y relajarme. Sí, dentro del agua me siento como un pez, sin obligaciones, sin tensiones y sin preocupaciones. Me permite desconectar de todo y moverme sin pensar. Así que, sabiendo que mis padres no están este fin de semana, y no pueden estorbarme en mi momento de paz y tranquilidad, me dirijo a su casa y me dispongo a disfrutar de esta primera tarde en mi fin de semana de estar conmigo misma.

Dije ya que soy gafe y patosa, ¿verdad? Pues otra escena para la posteridad, para enmarcar. Nada más acércame a la zona de la piscina, el resbalón ha sido poco cómico y me he estampado contra el suelo. Afortunadamente, por quedarme con la parte buena, he caído de culo, así que mi cara sigue intacta, pero el morado que se me va a quedar en el trasero va a ser irremediable. No me imaginaba que doliera tanto un golpe como ese, pero solo con acariciarlo veo las estrellas. Pues nada, que debo llamar a alguno de mis hermanos para que venga a recogerme. ¿Cómo cojones me

voy a sentar ahora?

—¿Tú puedes dejar de salir de una y meterte en otra? —me recrimina Mateo cuando llega a mi encuentro. Ni que a mí me apeteciese pasar por esto.

—Mi pasión es lesionarme, por si no te lo había contado. —Ya me compadezco yo sola, no hace falta que me ayuden.

—Hacia muchos años que no te veía el culo, pero, hermanita, esto es inmejorable. —Su risa en estos momentos es el peor de los sonidos.

—¿Qué debo hacer ahora? —Hay comentarios que es mejor dejar pasar sin inmutarse.

—Por el momento te llevo a casa, y mejor que no te muevas de ahí, no vaya a ser que vuelvas a joderte alguna otra parte; no creo que tengas nada roto, no te lo toques mucho, y si mañana sigue así, vamos al médico. —Pensaba que su consejo sería mejor, lo básico también me lo conozco.

Ni siquiera puedo sentarme en el coche sin notar ese dolor. Si alguien puede romperse el culo, esa sería sin duda yo, así que no las tengo todas conmigo en eso de que ahí no puede haber nada roto. Llegamos a casa y, como no puedo estar ni dos minutos con el culo sentado y si me lo toco es todavía peor, decido que lo mejor será meterme en la cama, boca abajo, eso sí, y que acabe esta semana de mierda.

Mañana ya tendré que aguantar a mis tres queridísimos hermanos y pronto deberé enfrentarme al maldito doctor. Ahora me niego en rotundo a tener que enseñarle el culo a este señor, eso si que ni en broma. Pondré una velita para que el dolor sea menor y no deba preocuparme, un morado que me atormentará unos días y listo. «Cristina, estate quietecita por una vez en la vida».

Por días como los de hoy, prefiero tener el piso para mí sola. No sé cuantas veces he oído la risa de Nico, ni cuantas de ellas me ha repetido lo gracioso y cómico que debería haber sido ver la caída en directo. Lo que no entiendo es cómo, después de ver mi cara de enfado y mi nula risa, no sé ha dado cuenta de que era mejor estarse calladito. Algo que, evidentemente, no va con él.

Pero es mejor hacer oídos sordos, porque como lo envíe a la mierda, será mucho peor. Y como bien dice mi madre, es mejor no afrontar las cosas en caliente. Que a mí se me pierda la boca muy rápido, suerte que me enseñaron a contar hasta cien antes de decir algo de lo que arrepentirme. Probadlo, una especie de meditación interna que evita muchas situaciones de enfrentamiento. Aunque ya sabréis que, a veces, soy incapaz de contenerme, pero en fin... Otro de mis múltiples consejos catalogables en *consejos vendo y para mí no tengo*.

Con todo esto, llevo el día entero sentándome encima de un cojín y, aun así, no puedo evitar hacer una mueca de dolor cada vez que algo roza esa parte de mi glúteo. No me apetece ni salir a dar una vuelta, por mucho que sea lo único que calma esa sensación. Lo que pretendía ser un fin de semana de desconexión, de paz... se está convirtiendo en una tortura. Llevó más de un mes esperando el momento de tener libertad absoluta para volver a ser yo, para volver a salir a disfrutar y darlo todo, y cuando llega ese momento, lo que más me apetece es encerrarme en mi refugio. Aunque eso de refugio ha quedado atrás con mi nuevo compañero de piso, tendré que buscar algún otro rincón en el que poder encontrarme con el mundo.

Toda persona necesita un lugar así. Un lugar al que ir cuando necesitas desconectar, cuando necesitas pensar en lo que te plazca, en el que sentirte única, especial, importante. En ese lugar puedes creerte cualquier cosa y te conviertes en la persona más valiente de la Tierra. Sí,

probablemente acudas a este lugar cuando necesites vaciarte o eliminar todas las tristezas que te rodean, pero incluso en esas, ese pequeño rinconcito será capaz de cambiarte la actitud. Vale, ya dejo mis delirios, porque voy a tener ración suficiente en la cena de esta noche.

—Yo tengo que ver ese trasero para creerme que, de verdad, eres capaz de hacerte algo así. — El que faltaba, Adrián llega de buen humor.

—Pensaba que el motivo de esta cena era otro. —Ya sé que es mi gran suerte con el amor, o lo que se le parezca, pero paso de ser el chisme gracioso también.

—Admite que podríamos escribir un libro con todas tus lesiones —le sigue la broma Mateo.

—O una serie, es mucho más gracioso verlo en directo. —Nico debe poner su granito de arena.

—Si habéis venido para reiros de mí, ya sabéis donde está la puerta. —Al fin y al cabo, esta es mi casa.

—Estamos aquí porque te queremos y eres nuestra pequeña. —El hermano mayor tiene que hacerse el cuerdo—. Y porque, aunque le pegaría un puñetazo por mentirte de esa manera, hacía mucho tiempo que no te veía intimidada por un hombre.

—No estoy intimidada. —Yo no lo definiría así.

—Cris, te conocemos suficiente, sabemos leer tu mirada perfectamente. —Odio haber compartido tanto tiempo con Nico—. Te creía más lista, como para que te tomaran el pelo de esta manera, y porque eres mi hermana y te quiero, si no me seguiría riendo de ti por ello, así que ve a liberar tensiones antes de que te vuelvas, todavía, más insufrible.

—¿Tú te has parado a pensar en lo que debió pasar el doctor Bardaro cuando lo increpate el primer día en la consulta? —pregunta Mateo, y lo recuerdo perfectamente. Mi cabreo al verlo ahí fue descomunal—. Así que tú también tienes que disculparte por mucho.

—Él estaba metido en el meollo —me justifico.

—Sabes que ese día todavía no, luego simplemente lo hizo por su hermano. Como nosotros haríamos cualquier cosa por ti. —Ese es Adrián, y empiezo a pensar que en esta casa nadie va a estar de mi parte.

—Vale, vale, he pillado el mensaje. —Cuando les das la razón, tienden a darse por vencidos.

Y lo consigo, a medias, pero algo es algo. Dejamos el tema de lado por un rato y nos centramos en hablar de las ganas de Adrián y Paula de ser padres y del bala perdida de Nico. Porque, claro, todas las esperanzas de ser la próxima emparejada de la familia son para mí, se les olvida el detalle de que sigo teniendo un hermano por delante. Sí, el mismo que dan por imposible, nadie va a ser capaz de aguantarlo, menos yo, que no me queda otra que meterlo en casa.

Cuando se marchan, debo pensar un poco en cómo afrontaré el tema mañana. Debo ser paciente, supongo que yo también haría cualquier cosa por los cazurros de mis hermanos, pero no sé si llegaría a putear a alguien por ello, a no ser que sea habitual en ellos el intercambio de papeles.

Lo que me sigue perturbando es que los dos son exactamente igual de atractivos, y sin embargo, mi percepción variaba según el día. ¿Es que mi cuerpo era capaz de diferenciarlos antes que yo? ¿Será verdad eso de que la conexión se siente mucho más que en un atractivo? Nosotros no elegimos con quien nos electrocutamos, solo que es sorprendente que mi cuerpo haya reaccionado diferente con los dos, puesto que yo pensaba que era la misma persona y los dos están para mojar pan.

Por un momento, he llegado a sentirme culpable por esa primera consulta, aunque se me pasa rápido si pienso en todo lo demás. Como que mañana a primera hora debo llamar a mi padre, no quiero que el señor Bardaro me vea el culo de esta guisa. ¿Por qué me meteré yo en tantos

follores?

—Pequeña, hablé con el doctor Bardaro. —Nico viene a confesar su pecado—. Me dijo que estaba arrepentido de todo, pero que de no haber hecho esto, probablemente no os hubieseis conocido y que piensa como yo, que detrás de esto hay algo más. Sabes que no soy el más indicado para hablar de romanticismo, solo que he seguido toda la historia contigo, he visto cómo hablas de él, cómo te pone nerviosa, os he pillado in fraganti... ¿Por qué no te das una oportunidad?

—No me apetece darte la larguísima lista de motivos que contestaría a esta pregunta. —No miento, hay un gran número de razones por las que no debo hacerlo—. ¿Estarías igual de comprensivo si él fuese el casado?

—Claro que no, pero tú y yo sabemos que no es lo mismo, solo espero que cuando intentes admitirlo no sea tarde. Yo te querré siempre, aunque seas insufrible, pero es hora de que vuelvas a dejarte conocer, en el fondo eres increíble, pequeña. No todos los tíos son Antonio, y tienes buenos ejemplos. Buenas noches, pitufina. —Me da un beso antes de salir de mi habitación.

Si es que, cuando saca su lado tierno, es un encanto. No entiendo cómo no ha podido encontrar a su media naranja. Pero no, no puedo entregarle mi confianza a nadie. Todos no serán como Antonio, pero no voy a tentar a la suerte y, menos, con un tipo que ya ha demostrado ser un capullo.

Capítulo 24

Nando

Admito que las palabras de Rafa me dejaron más hundido de lo que me puedo permitir. Nunca me he sentido inferior a nadie, pero eso no quita que después de todo, siga teniendo ese miedo a la hora de conocer a una mujer. Por eso me prometí en su día que solo disfrutaría de su compañía, nada más. Y ahora... ahora... he pasado el peor fin de semana desde hacía siglos. Ni las copas del sábado por la noche, ni las amigas que me presentó Miguel, consiguieron sacarme de la cabeza esa cara de decepción al mirarme.

Porque sí, Cristina aparenta ser una mujer fuerte, una mujer capaz de sacar carácter en cualquier momento, en cualquier situación. Y sin embargo, en ese momento, vi en su mirada un ápice de tristeza, de decepción. Y no podía imaginar que una simple mirada pudiera doler tanto, o sin más, pudiera provocar tanto en mí.

No sé qué me ha hecho esa mujer, ni qué me produce exactamente, solo sé que no puedo permitirme el lujo de que eso acabe así. Por ella, más que por mí. Necesito que entienda que no era mi intención que se sintiese de esa manera. ¡Joder! ¿En qué momento se complicó todo? ¿En qué momento lo compliqué yo?

Llaman al timbre y sé de sobra quien es. Para mi calvario, Rafa tiene llaves de mi casa y hace mucho tiempo que se toma la libertad de entrar sin llamar, como si siempre estuviese dispuesto a aceptar su presencia. Así que, solo hay una opción, la que lleva mi mismo apellido, y podría decir que es la que menos me apetece para un domingo por la noche.

—¿Podemos afrontar ya esto como dos adultos? —Eso, directo al grano siempre es mucho mejor.

Me planteé ir a su casa, hablar cuando ambos estuviésemos más calmados, y una vez más, es él quien demuestra la fuerza y madurez suficiente para encarar la situación. Es de las pocas cosas que envidio de mi hermano, su saber estar, su manera de enfrentar las situaciones difíciles de la vida. Vale, quizás exagero, pero hay asuntos para los que yo no tengo herramientas y él parece saber la resolución a todos los problemas. Sí, él siempre ha sido el cabeza pensante, el responsable, el honesto y todos esos adjetivos que os imagináis cuando pensáis en el bueno de dos hermanos gemelos. Tendría que plantearme estudiar la genética en estos casos, para saber si es cierto que siempre debe existir uno bueno y uno malo, o que siempre deben tener la personalidad contraria, porque nosotros, somos un claro ejemplo de eso.

—¿Una cerveza? —Todo hombre debate mejor con una en la mano, suelo ver que las mujeres lo hacen con un café o una copa, pero si les sirve la cerveza, bienvenida sea también.

—¿Por qué no te das una oportunidad? —me pregunta una vez nos acomodamos en el balcón.

—¿A qué exactamente?

—A ti mismo. A mostrarte tal como eres, hace tiempo que te decimos que vives bajo una

coraza de perdonavidas.

—Y me va mucho mejor así. —No he vuelto a sufrir desde que decidí actuar de esta manera.

—Deja de engañarte. Nos parecemos mucho más de lo que crees. Ven el lunes a la consulta, habla con ella, han pasado unos días y quizás lo vea todo de manera distinta y acceda a cenar contigo. Haz que, al menos, todo esto haya servido para algo. He sido partícipe de toda la conexión que tenéis, no dejéis que el orgullo os impida acabar de descubrirlos.

—Todos sabéis qué pasará cuando me conozca bien, y porque ahora estás casado, si no, también, sabríais con quién se quedaría.

—No eres de los que se suele quedar con el «y si...».

—Ni de los que se suele quedar con la chica. —Y me sorprendo a mí mismo diciendo eso en voz alta.

—Nadie ha dicho que debas hacerlo, solo que te permitas conocerla como preveo que te apetece. —Él y su maldita versión de cómo conquistar a una mujer.

No, no suelo ser de los que se queda con la duda de qué pasaría si hiciese eso o lo otro, esas dudas acaban jodiéndote mucho y nunca me ha apetecido pensar qué hubiese sido al tomar una dirección contraria. O no lo era. Parece ilógico que después de todas las mujeres que he conocido, esta me haya removido tanto en tan poco. Sé que no cederá. Yo tampoco lo haría. Y por alguna razón inexplicable, en esta ocasión, me molesta mucho más.

Solo quiero una maldita cena. Averiguar todo lo que se me remueve por dentro cuando la tengo cerca. Calmar toda esa electricidad que me provoca con un simple roce. Sentir que su excitación es mucho más que un simple beso apasionado. Pero no quiero hacerle daño, suficiente la he jodido ya, y ella no tiene la culpa de que tenga el ego demasiado grande. O de que esté acostumbrado a conseguir siempre lo que quiero. ¿Y si solo es eso? Que no he obtenido lo que buscaba. Como cuando eras pequeño y querías un juguete, ese que tenías que pedir trescientas mil veces para que tus padres accedieran a comprártelo, y en cuanto lo tenías en tus manos, perdía todo su encanto y lo dejabas descansando en un cajón.

Tal vez sea eso. A la gente nos gustan las cosas difíciles, esas que nos cuestan conseguir, las que nos parecen un reto. Seguramente, si ese día me hubiese ido tras ella, todo habría quedado en un revolcón de una noche. Meterme en este lío solo ha complicado las cosas. A mí me han aumentado las ganas de tener a esa mujer y a ella le he producido el efecto contrario.

Una última vez. Un último intento. Porque no es normal lo que me está pasando y lejos estoy de querer sentirme abatido. ¿En qué maldito momento tuve que cruzarme con ella? Será que no hay maneras de conocer a mujeres, que resulta que la que conocí por accidente de la manera más estúpida de todas, sea la que vaya a provocarme interminables dolores de cabeza. Ya no solo por lo que me hace pensar a mí, sino porque el resto de mis cercanos están dispuestos a tocarme los cojones con ello.

Me despido de mi hermano prometiendo que llegaré antes a su visita y es la primera vez en mi vida que me siento nervioso, pero debo hacerlo. Haré lo que haga falta para conseguir un mínimo perdón y una cena. Una de esas que le haga recordar esta anécdota como algo inolvidable y no como la historia en la que dos capullos le gastaron la peor broma del mundo. Eso mismo haré, porque creo en mis palabras y en mis posibilidades.

Me voy a la cama con un peso menos, no diferente al resto de los dos últimos días, pero sí con la esperanza de que mañana irá mucho mejor.

Las once de la mañana y debo haber dormido unas tres horas, cualquiera diría que soy un crío de cinco años. Me he pedido el día libre, no quería pasar antes ni después por la oficina. Hoy lo necesito para mí y para lo que sea que me voy a encontrar en poco tiempo.

—No te lo vas a creer, el doctor Gabás ha bajado hace un rato para decirme que Cristina ha tenido un accidente y le da apuro que la trate yo. —Vamos, no me joda que no va a servir de nada que haya venido.

—¿Un accidente? ¿Grave? —Que tampoco soy un insensible.

—No te lo estaría diciendo así si fuese el caso. —También es cierto, que Fer para esto suele tener más tacto—. Al parecer, el viernes se cayó en la piscina y, según su padre, el morado en la nalga es digno de admirar.

No me miréis mal, seguro que en mi lugar también estaríais riendo a carcajadas. Algo que paro de golpe en cuanto la puerta se abre y ambos aparecen tras ella.

—No puede ser verdad —se queja Cristina—. Ya te he dicho que no era buena idea bajar —le replica a su padre.

—Nando no se va a quedar en la consulta —aclara Fer—. Prometo ser totalmente profesional.

—Hija, no me hagas creer que no has enseñado el culo por ahí. —Se ríe su padre, y a mí este hombre ya me cae bien—. Te dejo en buenas manos —se despide de nosotros y se marcha.

No sé descifrar lo que quiere decir con su mirada, pero a mí hay algo dentro que se me remueve. Tengo infinitas ganas de seguir riéndome por lo de su trasero, como de acercarme a ella y devorarla. Dos sentimientos bastante contradictorios y naturales a la vez. Sea lo que sea, me quedo bastante embobado mirándola y me doy cuenta de que cuanto más la observo, más guapa me parece y más pecas tiene. Es muy diferente a todas las mujeres con las que he compartido tiempo a lo largo de los últimos años, y sin embargo, es la que más me está provocando.

—No te diré que te sientes... —rompe el hielo Fer.

—¿Tú eres el hermano gracioso? —Su mirada pasa de uno a otro como queriendo buscar diferencias.

—No pretendía ofenderte, pero sabes que voy a tener que verlo para descartar mayores, ¿verdad?

—Solo accederé a eso cuando el hermano impresentable salga de esta sala y respondas a mis preguntas para confirmar que eres el médico. —Ya vuelve a ser la chula del inicio.

—Me iré cuando accedas a cenar conmigo el viernes —intervengo.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer?

—Puedo hacerlo mucho mejor —me acerco a pocos centímetros de ella y veo cómo se tensa—, pero no me gustaría ofrecerle a mi hermano porno gratis —le susurro al oído.

—Tengamos la fiesta en paz. —Nos separa Fer—. Cristina, sé que no soy imparcial en esto, ni el más indicado para hablar, pero me han dicho que no sueles quedarte con ganas de hacer algo...

—¿Con cuántos de mis hermanos has hablado a mis espaldas? —Está realmente cabreada—. ¿Es que no os basta con joderme los dos solitos que los tenéis que meter en medio? No sé qué te habrán contado ellos, lo único que tengo claro es que no voy a compartir con este hombre ni agua.

—Entiendo tu cabreo, y no hablamos mucho, solo me contaron tu incidente en el pasado...

—¿Lo que me faltaba! ¿Y eso fue antes o después de que decidierais el juegucito?

—Mira, yo no soy de perder los papeles y no lo voy a hacer ahora. Tengo trabajo, y debo

empezar a mirarte tanto el trasero como el pie si quieres irte de aquí para retomar tu vida cuanto antes y perdernos de vista, hasta que decidas volver a lesionarte. Nico y yo opinamos lo mismo al respecto de lo que os está sucediendo, pero debéis descubrirlo vosotros. Así que si te apetece estar de buenas y dejar de ser una orgullosa haciéndote la enfadada, cuando estás muy lejos de estarlo, allá tú, pero Nando se ha rebajado, créeme que lo conozco como para decir eso, y ha venido aquí a disculparse. A su manera, pero lo ha hecho, accede a esa cena y si, después de ella, lo que quieres es tirarle la copa por encima, yo mismo te traeré la botella.

Tras ese discurso lo único que permanece en ese habitáculo es el silencio. Él suele ser el sensato y hacía mucho que no le veía de esta manera. Serio lo es un rato, vivo constantemente de sus discursos sobre la moral y esas cosas, y tiende más a ser un tipo aburrido a dueño de la broma, así que no me sorprende la actitud que trae. Me perturban un poco sus palabras, ha intentado echarme un capote, solo que hubiese preferido que lo dijera tal cual sin mencionar que me he rebajado, que debemos descubrir no sé qué historia, que nos va a perder de vista o que puede tirarme una copa por encima.

Sí, las dos últimas partes me han dolido un poco. Todos sabemos que si tenemos esa cena, lo último que querrá es hacer eso, porque las ganas de tenerme desnudo frente a ella serán más grandes que cualquier otro deseo. O eso me gustaría a mí, puesto que las que tengo yo de tenerla desnuda para mí se han intensificado desde que ha entrado.

—Te daré una respuesta en cuanto acabe la visita y podamos tener una conversación privada — accede al fin. Suerte que pedí el día libre, quizás no deba conformarme con una cena, sino con tenerla hoy enterita para mí.

Capítulo 25

Cristina

Ahora no estoy capacitada para pensar con claridad. No me esperaba tener que enfrentarme a esto, al menos, no tan pronto. Si ya me costaba a mí tener que aguantarlos de uno en uno, aguantarlos a los dos juntos es peor. Y encima, volviendo a hacer el ridículo, porque claro, mi padre ya lo ha puesto en antecedentes y sabe de mi patética caída de culo. En fin, que ya lo digo yo, que tengo los astros siempre alineados en mi contra.

No soy consciente de haber dicho esa frase en voz alta, ni de dónde he sacado la fuerza para hacerlo. Debo admitir que en cuanto se ha aproximado a mí, me temblaban hasta las rodillas, este hombre intimida y estoy segura de que sería capaz de hacer conmigo lo que quisiera. Una cosa es saberlo tú misma, la otra es darle el placer de que lo sepa él.

—No te vas a librar de mí, estaré encantado de esperarte a la salida —dice antes de desaparecer por la puerta.

Bien. He conseguido ganar un poco más de tiempo, ya me plantearé luego cómo afrontar la situación o cómo darle calabazas. Por el momento, debo ceñirme a mi objetivo de estar aquí, de poder conseguir carta blanca para volver a la normalidad. Y la de que rezar todo el fin de semana haya servido para que lo de mi trasero sea un morado sin más. Ahora, un poco más feo que el viernes, porque su color se ha intensificado y oscurecido.

—¿Por qué parte empezamos? —me pregunta el doctor.

—Como todo van a ser buenas noticias, la que usted quiera. Creo que no debo recordarle que todo lo que pase en esta sala es confidencial y queda entre médico y paciente, así que la visión de mi culo quedará única y exclusivamente para usted.

—Cristina, puedes tutearme, y ten por seguro que no me voy a saltar ni una norma más, he aprendido la lección.

Lo escucho a medias. Le debo una disculpa y la tendrá a su debido tiempo. Vamos a centrarnos en mí, al inicio, y en mis lesiones. Quizás debería pedir un TAC en el cerebro para descartar que no tenga unas neuronas afines a lesionarme o que busquen maneras estúpidas de actuar. Todo debería tener explicación, no me puedo considerar tan imbécil. Antes de que sigamos con ese trato tan profesional, me pongo boca abajo en la camilla y procedo a bajarme el costado que tengo dañado. El doctor Bardaro se pone guantes y se aproxima a mí. Mejor así, mejor en silencio.

—¿Solo te diste contra el suelo? —pregunta.

—Sí, resbalé, no me preguntes cómo, ya sabes que mis lesiones suelen ser poco comunes, y noté el dolor al instante.

—El color no está alterado y todo parece que sea un simple golpe. De todas maneras, haremos un escáner para asegurarnos. Y sin entrometerme demasiado, deberás darle un descanso a tus salidas, mejor que no lo toquen más de la cuenta.

—Ya lo tenía previsto, sabré estarme quietecita unos días —le aseguro.

—Si de ti me fío —murmura—. Espero que puedas reprimir las ganas. Te espero en rayos.

Me gustaba más cuando se hacía el cobarde y se ponía nervioso. Que nadie diría que es el mismo que hace unos días sufría por algunos de mis comentarios. Aún van a seguir con los papeles cambiados y yo debo seguir siendo una pardilla. Prefiero no pensar eso, pero su última intervención suena más de Nando que de Fer. Que también podría ser que estuviese cohibido porque sabía que me estaba mintiendo y no tenía constancia exacta de lo que pasaba con el otro, y ahora que es libre, pues actúa relajado. Eso no sé si acaba de convencerme, porque de ser así, es el clásico hombre que encajaría en mi perfil.

Y claro que puedo reprimir mis ganas, no sé qué se piensa este. Si no fuese así, yo misma lo habría besado en alguna ocasión y ha sido él quién me ha buscado en todos los encuentros. Vale, yo me he dejado llevar, pero sería muy capaz de frenarlo si fuese necesario. Ni que me estuviese volviendo loca. Eso ya lo estoy.

Me subo el pantalón y, muy digna, me dirijo a la sección de rayos, pasando por delante del impresentable que sigue esperándome en la puerta. Su sonrisa hace que mi estomago se remueva y es inevitable no pensar en lo atractivo que es. Ya podría ser poco agraciado, seguro que facilitaría mucho las cosas. La conexión puede notarse igual, solo que a veces es más sencillo plantarle cara a una persona que no te atrapa cada dos por tres por su guapura. Pero no me detengo a contemplarlo, no, eso no entra en mis planes hoy. Ni eso, ni subirle más el ego que ya lo tiene suficiente arriba.

Procedo a hacerme las pruebas, ahora mismo mi padre estaría orgulloso de mí por hacer todo lo que se me pide sin rechistar. Cuando era pequeña, venir al médico era todo un espectáculo, odiaba profundamente cualquier cosa que tuviera que ver con una persona con la bata blanca puesta. Me imagino que, después de todas las horas que he tenido que pasar por aquí, he aprendido a controlarlo. Con las agujas, todavía, me cuesta un poco ceder, pero voy por buen camino.

Vuelvo a la consulta y no espero a que me llamen para entrar, tengo la libertad para actuar así y aunque solemos respetar las normas como los demás, hoy prefiero no tener que esperar sintiendo una mirada clavada en mí. ¿Es que este hombre no tiene nada mejor que hacer? Quizás no trabaje y sea un mantenido por su hermano, y por eso se permite el lujo de hacer lo que le rote. No tiene pinta, pero yo qué sé. A saber cuántas veces la frase de que las apariencias engañan ha sido cierta.

—Traigo buenas noticias. —Interrumpe mis pensamientos el doctor Bardaro, y yo solo puedo sonreír.

—Por fin me vas a decir algo positivo —y lo digo con retintín, porque no se merece otra cosa.

—Cristina, no me pongas una cruz por lo que ha pasado, es mi hermano y... se lo debía.

—Solo te pediré disculpas por nuestro primer encuentro. Entiende que os parecéis... no sabría definir de qué manera, y lo pagué con el hermano equivocado. —Tenía que hacerlo.

—Eso está olvidado, y no voy a insistir más en esto, pero siempre se me ha dado bien leer las miradas de la gente y las vuestras dicen mucho. ¿Qué pierdes por darle una cena?

—¿La dignidad? —Y el muy cabrón sonrío ante mi respuesta—. Gracias por la libertad, doctor Bardaro, entre tú y yo, espero tardar un poco en verlo.

Le tiendo la mano y procedo a despedirme. Sabe que no ha sido un último comentario a malas, sino, más bien, referido a que espero que no deba volver a su consulta en una larga temporada. El morado del culo desaparecerá solo y el pie está completamente curado, así que si puedo evitar volver a lesionarme, no tendré que volver a verlo en un tiempo.

No he sabido leer su cara cuando ha dicho que «se lo debía». Por un hermano somos capaces de hacer cualquier cosa, yo les debo la vida a los míos, pero me imagino que hay una historia mucho más importante detrás de esas palabras. Puedo comprender que de pequeños fuese divertido el intercambio de papeles, ¿quién no ha soñado alguna vez con que un hermano gemelo te ayude a escaquearte de algo? Desde que vi la película *Tú a Londres y yo a California*, que sigue siendo mi película favorita, he soñado con tener una de esas. Que fuese lista en todo lo que se me daba mal a mí, y así poder hacer los exámenes en mi nombre. Vale, eso no es lo mejor de tener una hermana gemela, imagino, solo que es lo primero que me ha venido a la cabeza. Seguro que hay una infinidad de posibilidades en las que hacerse pasar por el otro, pero ninguna de ellas, o ninguna de las que me planteo yo, es la de jugar con otra persona.

Bueno va, que lo único que estoy haciendo es ganar tiempo para lo que me espera al otro lado de la puerta. ¿Por qué nos volvemos bobas en estas situaciones? Sí, siempre me han dicho que no generalicemos, ni hagamos diferencias entre hombres y mujeres, pero yo debo ceñirme a lo que tengo en mi casa. Lo que significa que nunca he visto a mis hermanos en situaciones como estas, siempre parecen tenerlo todo controlado y nunca hablan de una mujer que los incomoda, que los intimida o que los ponga nerviosos. Todo lo contrario de lo que me pasa a mí, y por lo que tengo entendido, a Mónica le pasó eso con Gerard. No, no estoy poniendo al mismo nivel las dos historias, Gerard es el hombre de su vida, y este impresentable será, como mucho, un viajecito a Cuenca.

Ya paro, que por lo visto no se ha cansado de esperar y sigue ahí como un pasmarote. Cosa que tampoco entiendo, más allá de si tiene o no trabajo, soy la antítesis de la mujer que lo acompañaba en esa cena, y mucho me temo que es a lo que debe de estar acostumbrado. Vamos, que nos parecemos como un huevo a una castaña, así que no sé por qué está perdiendo el tiempo de esta manera. Si por un instante se ha pensado que puedo tener una mera similitud, no sé quién de los dos tiene más problemas en la cabeza.

—¿Buenas noticias? Pensaba que traerías una sonrisa por ello. —«Y yo confiaba en que no estarías aquí al salir», pienso para mí.

—Buenísimas y ahora debo volver al trabajo. —A ver si entiende que yo sí que tengo una vida que seguir.

—Te acompaño, no vas a librarte tan fácilmente de mí.

—Debo pasar a ver a mi padre, recoger un par de cosas en casa e irme a la oficina, no tengo tiempo. —Sé que no soy la reina de las excusas, pero creía que era más listo en leer entre líneas.

—Cristina, entiendo tu cabreo, solo te he pedido una cena y me has prometido que me darías una respuesta tras una conversación al salir. —Me frena y el roce de su mano en mi brazo hace que mi cuerpo se tense al instante.

—Pues tras dicha conversación, mi respuesta es un no. —De verdad que intento parecer segura y satisfecha con esa decisión.

—La he cagado, lo sé, y créeme que no suelo disculparme a menudo, como tampoco se me dan bien estas cosas. —Ver esta faceta no sé si me gusta o me aterra más—. La he fastidiado y no puedo volver atrás, aunque no me arrepiento puesto que me ha permitido conocerte, te dejo mi tarjeta, si te lo piensas y te apetece cenar el viernes, solo tienes que enviarme un mensaje y decirme hora y lugar. No te molesto más, Cristina. —Y me da un beso en la mejilla antes de irse.

Un beso tierno, suave y que ahora mismo me ha sabido a muy poco. Realmente, demasiado poco. ¿Por qué? Si eso es lo que quería, ¿no? Que me dejara en paz y que desapareciera de mi vista... Ya lo dicen bien, que quien nos entienda que nos compren. ¿Qué quería de verdad? Pues ni

yo misma lo sé. ¿Qué pierdo por ir a esa cena? ¿Un polvo? ¿Un polvo con un hombre que parece el mejor empotrador de la ciudad? ¿Realmente es lo que busco? ¿Lo que quiero? ¿Lo que mi cuerpo necesita? ¡Joder! Lo último que me apetece es tener más dudas sobre este asunto.

Me quedo mirando la tarjeta... Nando Bardaro, CEO de Acaber. No me suena la empresa; al menos, descarto lo de que sea un parásito y que haya decidido perder el día esperándome en el hospital.

En fin, la semana ha empezado bien, con la mejor noticia de los últimos tiempos, así que no voy a rayarme por ninguna tontería. Guardo la tarjeta en el bolso y me planteo cuándo será el momento adecuado para darle una respuesta. Hoy sería demasiado pronto, viernes, quizás demasiado tarde. Sí, ya sé que todos sabéis que le voy a decir que sí, sería estúpida si fuese lo contrario, solo que no quiero ni parecer desesperada, ansiosa, muerta de ganas, ni mostrar mis dudas, inseguridades... yo que sé. Ya no sé ni lo que estoy diciendo.

Lo mejor será irme a trabajar, montar una cena en casa con mi grupo de amigas, y que sean ellas quienes me aconsejen sobre el tema. De todas maneras, el sábado saldremos, por fin, a mover el esqueleto, así que entenderán que las convoque antes. Pero solo a ellas, voy a tener que echar a mi hermano de casa una noche esta semana, me niego en rotundo que cualquiera de los tres se entere de esto y puedan sermonearme de lo mucho que me conocen. Lo que también pienso es que debería llamar a Ignacio... Pero ¿para qué? Pues ya veremos...

Cristina:

Reunión urgente, el miércoles, le diré a Nico que deje la cena preparada.

Daniela:

¿Te has tirado ya al supuesto doctor?

Carlota: *A veces pareces tonta, si es reunión urgente, se está debatiendo entre tirárselo al llegar o al irse...*

Mónica:

O cuántos orgasmos está dispuesta a tener en una noche.

Cristina:

Sois estúpidas pero os quiero igual. Reunión urgente, he dicho.

Mejor no darles más pie, que estas se animan con muy poco y en nada y menos se han venido arriba y se han creado una película digna de un Óscar. Porque las quiero mucho que si no...

Y en todo esto ando metida cuando salgo por la puerta del hospital y lo primero que veo es que

Nando está demasiado cerca de mí y, al parecer, con la misma fulana que en la cena en que me lo crucé por primera vez... ¿Esto es real?

Capítulo 26

Nando

—¿Qué haces aquí? —Ni siquiera sabía que tendría que verla esta semana, ya teníamos el trato cerrado.

—Fui a la oficina, y Miguel me dijo que podía encontrarte por aquí, que hoy te habías tomado el día libre. Pensé que sería buena idea recogerte y disfrutar del día a nuestra manera... —Se acerca cariñosamente a mí, y lo único que pasa por mi mente es cómo me voy a cargar a mi amigo nada más verlo.

Cojo distancia de una manera educada, probablemente, en otra ocasión, me hubiese parecido una insinuación de lo más interesante y habría aprovechado el día increíblemente bien. Pero hoy no, mi objetivo al levantarme esta mañana no era este. Además, ¿es que no se va a largar nunca? Tendría que haberse ido la semana pasada, no entiendo qué sigue haciendo aquí si el acuerdo está cerrado y no necesitamos hablar de nada más. Ya no sé si me molesta más la actitud que trae ella o que Miguel le haya dicho dónde encontrarme. ¿Es que hemos perdido el significado de la amistad? Vale que no especifiqué a qué venía al hospital, solo lo sabía Rafa, pero, joder, después de todo podría sobreentenderse.

— Virginia, tengo cosas que hacer, no es buena idea. —Tampoco quiero ser descortés—. Además, ¿no tendrías que haber vuelto a casa?

—Pensaba que te alegrarías más de verme, y que querías pasártelo bien, el último día no pudimos... —No, el último día no quise—. Y no me he ido porque... —Se vuelve a acercarme a mí.

—Virginia, no, de verdad que me pareces una mujer encantadora —los halagos siempre funcionan—, pero hoy no tengo el día.

—Pensaba que habíamos conectado... —¿Me está tomando el pelo?—, que lo nuestro iba más allá del sexo... —De verdad que no sé ni qué cara poner.

Y de repente, desconecto por completo de su discurso. A unos metros de nosotros, veo que Cristina está pasmada, mirando en nuestra dirección, y lo único que hago es maldecir este momento. Tengo muy asumido la clase de hombre que soy y lo bien que me lo paso con las mujeres, pero una cosa no quita la otra. Y creía que, por una vez, estaba haciendo bien las cosas. Tampoco me voy a tirar flores, pero sí que es verdad que estaba intentando comportarme hasta tener esa cena. Y sí, por qué no decirlo, me joroba que Cristina pueda sacar conclusiones equivocadas sobre lo que está viendo. Me apetece esa cena con ella como un niño de quince años, y después de todo lo que he hecho para conseguirlo, mucho más, así que lo último que quiero es que, por esta escena, pierda la posibilidad de conseguirla.

Hago un amago de dejar plantada a Virginia en plena conversación, o más bien durante su intervención, y dirigirme a aclararle las cosas a la mujer que se encuentra al otro lado de la calle, pero al dar dos pasos, la primera me coge del brazo, y la segunda se marcha de la manera más rápida posible. La he pifiado de nuevo, y esta vez, encima, no ha sido ni mi culpa, ni mucho menos

mi intención.

—¿Cuándo te marchas? —Es lo único que me importa ahora mismo, ni tan siquiera me apetece tener un revolcón de despedida que sé que me satisfaría de una manera increíble.

—¿En serio?

—Virginia, lo pasamos bien, pero sabías de sobra que era eso, no te vendí ningún cuento, así que no te hagas la sorprendida. Si necesitas hablar algo más del acuerdo, pásate por la oficina, si no, nos veremos en tres meses para valorar los cambios en el acuerdo. —No me apetece andarme con rodeos y prefiero que sea consciente de que nuestra relación es estrictamente profesional.

No la dejo volver a intervenir, lo que menos ganas tengo es de perder el tiempo de esta manera. Yo no miento a las mujeres, ellas saben perfectamente a lo que se atienen conmigo, así que no veo por qué se está marcando este papelón. Me despido con dos besos, por cortesía y respeto, y me doy media vuelta antes de que pueda volver a frenarme. Hoy me he pedido el día libre, porque no sabía lo que se alargaría su visita con mi hermano y por si, por suerte, decidía alargar un poco nuestro encuentro. Como la segunda parte no ha tenido lugar, me tomaré el día para mí, a ver si puedo ir a relajarme a un *spa*, pedir hora con la masajista y cuidarme un poco. Ya que hace días que no libero tensiones de la manera que me gustaría, al menos que pueda destensarme.

Es miércoles y sigo sin obtener noticias. Vale, no pensaba que me enviase un mensaje nada más salir del hospital, y existe la opción de que no me diga nada si no quiere la cena, pero, joder... la tensión sexual entre nosotros es considerable, ella también lo sabe, ¿por qué privarse de una cosa así? El mundo está hecho para disfrutarlo y aprovechar todas las cosas buenas que aparecen en el camino, pues esta tiene que ser cojonuda, estoy convencido de ello. Reconozco una buena aventura a kilómetros de mí, y después de ver lo que se enciende con un roce de nuestros labios, estoy seguro de que sería una noche muy considerable.

—Sabes que puede que no quiera la cena, ¿verdad? —me pregunta Rafa, a quien he invitado para distraerme un rato y ya estoy empezando a arrepentirme.

—Claro que lo sé y me molesta mucho.

—Te molesta el hecho de no salirte con la tuya, habrá mujeres a quienes no les intereses.

—Tú no lo entiendes, estoy seguro de que el beso que te dio no fue ni la mitad de bueno que fueron los nuestros, Rafa. Ambos sabemos que no me hubiese fijado en ella en una noche de fiesta, en un local o donde fuese....

—Vale, empezamos a sincerarnos. —Me sonrío—. Nando, te conozco prácticamente desde que naciste y siempre he estado ahí. No hace falta que me digas con palabras lo que ya sé, eso debes demostrárselo a ella. Nadie dice que estas cosas sean fáciles, ni que vayan a salir bien, solo deja de pensar o de hacerle creer que buscas la noche de sus sueños y demuéstrole que lo que quieres es conocerla. —Odio que me conozca tan bien.

—Busco esa noche, porque es lo único que puedo ofrecerle.

—Eso no es cierto, pero te aterra volver a sentirte de esa manera, tú mismo sabes que has hecho más cosas por esta chica que en tus últimos cinco años por cualquiera, dudo que pongas tanto empeño por un polvo.

¿Será verdad que significa más que esto? Claro que sí, a estas alturas es absurdo querer engañar a nadie, con hacerlo conmigo mismo es suficiente. Cristina tiene algo, todavía no sé

exactamente de qué se trata, pero me tiene enganchado de una manera diferente. Una cosa no quita la otra, y quiero descubrirla sexualmente, descubrirla o disfrutarla, solo que si hubiese querido simplemente eso, ya lo hubiese hecho. Ocasiones he tenido.

Y como si fuese consciente de que hablamos de ella, mi móvil suena con un mensaje suyo. Lo admito, guardé su número hará unos días, y sorprendido estoy de no haber caído en enviarle uno para volver a preguntarle por la cena.

Cristina:

Me temo que no hace falta que vayamos a cenar, ambos sabemos que no encajo contigo, no soy la clase de mujeres que sueles frecuentar y prefiero no tener que fingir durante unas horas. Reconozco que el polvo hubiese sido memorable, ya he fantaseado sobre ello, ¿para qué mentir? Así que, como la realidad no superará la ficción, mejor dejarlo estar.

No era la clase de mensaje que esperaba. Tampoco tenía claro que cediera sin más y que su mensaje contuviese las dos cosas que le pedí. Hora y sitio. Pero no se ha limitado a un no rotundo, ha justificado su repuesta, lo que significa que no lo tiene tan claro como ha querido demostrar. Sí, eso es lo que se llama leer entre líneas, y las mujeres, o al menos, las que conozco yo, son más claras que nosotros. Si no quieren algo, no se andan con rodeos, y añado que no tenía ni por qué avisarme si la cita no tenía lugar. Así que, si me ha dado un no, es porque tenía ganas de escribirme, y si ha desarrollado el motivo del rechazo, es porque no está convencida de estar tomando la decisión correcta. Bueno, la decisión que quiere.

—Ha fantaseado conmigo, ¿y lo dice así tal cual? ¿Cómo sabe ella que no será mejor lo que pueda ofrecerle que lo que se ha imaginado? —hago las preguntas en alto mientras Rafa lee el mensaje.

—No tienes remedio, siempre quedándote con esa parte... ¿Te has parado a pensar que al verte con Virginia puede interpretar que te van otra clase de mujeres? Ella y Virginia se parecen en... pero como me temo que tienes una larga conversación pendiente, me voy a marchar y ya me cuentas.

No le llevo la contraria. Los dos sabemos que con este mensaje no me voy a dar por vencido. Eso no es un no en mi idioma, así que como aún tengo alguna posibilidad, voy a aprovecharlo. Además, necesito aclararle ciertos puntos a esta listilla.

Nando:

Me alegro de que hayas fantaseado conmigo y estaré encantado de demostrarte que tu perspectiva está equivocada, la realidad puede ser infinitamente mejor.

Cristina:

Dudo que cumplieras mis fantasías sexuales, soy una mujer muy exigente en ese aspecto...

Nando:

Ponme a prueba, soy un hombre muy experimentado... No creo que puedas sorprenderme.

Cristina:

Te veo muy seguro de ti mismo, un hombre dominante, como los que realmente me ponen a mí, aunque, señorito, también me gusta mandar a mí. ¿Por qué recurrir entonces a la cena si los dos buscamos lo mismo?

Nando:

Porque no hay que dejar de ser cortés, aunque no tengo problema en ir al grano contigo, creo que ya hemos tenido preliminares...

Cristina:

¿A eso lo llamas tú preliminares? Me hace falta mucho más para encenderme, ¿qué harías si apareciera

*ahora mismo en tu casa con tan solo la
ropa interior puesta?*

Nando:

*Creo que tu cuerpo hablaba por sí mismo,
y lo notaba muy dispuesto a disfrutar...
Veo que nos crecemos tras la pantalla,
señorita, no te atreverías a presentarte así.
Porque sabes de sobra que con solo trazar
la silueta de tu cuerpo con la yema de uno
de mis dedos, responderías a mí, a dejarte
llevar, a poder saborearte. Puedo hasta
imaginarme tu cara mordéndote el labio
inferior en estos momentos...*

Cristina:

*Y con unas ganas infinitas de tocarme
pensando en ti...*

Nando:

*Pues hazlo, pero hazlo pensando en que,
cuando lo vivas, será increíblemente
mejor.*

Cristina:

*Creo que tienes el ego demasiado
elevado y estoy convencida de que no
será para tanto, pero me han entrado
ganas de comprobarlo. Prepárame una
botella de vino y mándame tu
dirección, el viernes me tendrás ahí,
en tus manos está el camino de la
noche, me dejaré guiar por ti y vendré
dispuesta a disfrutar de lo que quieras,*

toda para ti.

Nando:

*No concibo un plan mejor, te esperaré de
la misma manera.*

Capítulo 27

Cristina

—Hecho, tienes una cita el viernes, yo misma te prepararé y te llevaré a ese encuentro. —Mónica me devuelve el móvil.

—¿Qué has hecho? —En la pantalla no aparece ninguna conversación.

—Borrar la conversación, borrar su número, quedarme la tarjeta y organizarte la mejor cita que tendrás en años —responde muy segura de sí misma.

—¿Puedo matarte ya? Esto no me hace ni puta gracia, Mónica, os he invitado para debatir el tema, no para que me montes una encerrona. ¿Qué coño le has dicho? —Digamos que nos conocemos como para saber que no ha podido ser nada bueno.

—Te ha hecho un favor —la ayuda Daniela—. No hay nada que debatir, todas sabemos que te mueres por tenerlo dentro de ti, así que dejémonos de historias y ve a disfrutar.

—Cristina, ni que fuera la primera vez que quedas con un tío para hacer esto, ya sabemos que no es un asesino ni un psicópata, así que fuera de esas, estamos seguras de que tendrás el polvo con el que llevas soñando semanas. —Carlota poniendo de su parte.

—No llevo soñando semanas con él, seguro que han sido las hormonas por el período de sequía.

—Seguro que sí. —Mónica pone los ojos en blanco—. El viernes estaré aquí a las seis, y ni una queja, ahí mando yo si no quieres poner en peligro nuestra amistad —me amenaza.

—Ten amigas para esto —me quejo.

Pero de nada sirve con ellas, si ya estoy acostumbrada a no tener poder en mi familia, con ellas pasa algo similar. Reconozco que he sido siempre un poco dudosa con todas mis decisiones, pero justo en el terreno sexual, no he necesitado nunca ayuda... No puedo quejarme, he tenido mucha suerte y me siento realmente satisfecha, así que no necesitaría toda esta parafernalia para conseguir uno más. Admito que tengo curiosidad, y que ningún otro ha sido capaz de ponerme tan cachona como él cuando me besa, solo que no sé lo que siento en mi interior.

No, nada de mariposas ni nada por el estilo. Es solo que cuando salí del hospital, tuve una revelación, un golpe de realidad, por así decirlo. Y no fue otra que esa mujer. Nando debe de estar acostumbrado a mujeres así, y yo no encajo en esa ecuación. No acostumbro a sentirme menos que nadie, así que no debería estar pensando en ello, pero está muy bien jugar al gato y al ratón, darse un par de besitos con alguien que te parece guapo, pero no es lo mismo tenerlo desnudo frente a ti. Así que no sé si es miedo o no, pero no estoy preparada para enseñarle lo poquita cosa que soy. Vale, lo ha podido deducir, no es que llevara mucha ropa encima en rehabilitación, pero no sé... Ya no sé ni qué pensar y hacía demasiado tiempo que no me sentía así. ¿Significará algo? Claro que no, solo que estoy desvariando.

Por suerte para mí, mis amigas consiguen distraerme como es debido y no vuelven a atosigarme con el tema. Lo que me molesta un poco, ya que yo las he invitado para que me aconsejaran sobre

cómo afrontar esto. Mi idea era contarles mis avances mentales sobre lo que ha pasado, explicarles la proposición, mis dudas y que ellas pudieran debatir entre sí decir que sí o que no, y al marcharse, enviarle ese mensaje. Aunque ellas han considerado que era mejor robarme el móvil, enviarle el mensaje en mi nombre, organizarme la cita y darlo por zanjado. Como si mi opinión no fuera la más importante en todo esto, o como si ellas supieran más de mí que yo misma. En fin, que una vez montado el sarao, no he vuelto a oír nada al respecto, lo que sí que agradezco.

Cuando estamos juntas, y yo no soy el tema principal, el tiempo pasa volando y de manera agradable, así que se hace tarde enseguida y, como somos mujeres trabajadoras, entre semana no podemos alargarnos mucho más. Aunque todas coincidimos en que la fiesta del sábado compensará todo el infierno de mi pata. No es que ellas no hayan disfrutado durante este tiempo, porque evidentemente lo han hecho, solo que nos alegramos de las alegrías de las demás, así que si lo disfrutamos todas, la emoción es doble.

Me meto en la cama antes de que llegue Nico a casa, hoy solo me faltaría aguantarlo a él un rato. Aunque hay una pregunta que no me deja pegar ojo. ¿Qué le habrá dicho Mónica? Solemos actuar bastante parecido cuando no tenemos pareja, por eso mismo, me da el triple de miedo. Porque si fuese un chico que conocí en una noche de las nuestras, lo más seguro es que no me hubiese ido por las ramas y le hubiese ofrecido una cena en casa, y sin tener cena... ya me entendéis. Pero este caso es diferente, no porque no busquemos lo mismo que con los otros, sino porque hemos tenido unos encuentros peculiares.

O no, y simplemente sigo enfadada por todo lo que me ha hecho. ¿O es que a todo el mundo se le ha olvidado que me ha mentido? ¿Que se ha reído de mí? ¿Que ha jugado conmigo? Porque parece que se los ha ganado a todos de la peor manera que podría ser. ¿Qué coño hago aceptando esa cena? Si es que yo solita me busco los problemas. Luego me quejaré de cualquier cosa y yo seré la única culpable, porque ya debía saber en qué me metía cuando acepté. Sí, normalmente, ya me aparecen las desgracias sin pedir las, así que no hace falta que me busque de más.

Casi no he dormido nada y ya me prometí en su día que un hombre no me quitaría el sueño, de otra manera que no fuese con orgasmos, por lo que no me voy a permitir seguir así mucho tiempo. Que tampoco hará falta, la cena es mañana y una vez pase por ese aprieto, todo habrá terminado. Porque tengo más que claro que lo nuestro es un calentón, de alto nivel, pero un simple y precioso calentón, que solucionaremos y podremos seguir cada uno por nuestro lado. Eso es lo único que quiero, olvidarme de todo este tinglado, que el señor Bardaro me enseñe lo que es en su mundo la diversión, y pasar página. Si con todo lo que me ha hecho disfrutar Ignacio durante este tiempo, no he caído en sus redes, no lo va a hacer este impresentable con un simple encuentro, ¿no?

—Me han dicho que tienes una cita mañana. —Ahora entendéis por qué no quería esperarlo ayer.

—Nico, no es una cita, es una cena para aclarar las cosas. —Porque quiero aclarar toda esa tomadura de pelo.

—¿Aclarar las cosas pasa por tenerlo dentro? Eso sí que tienes que aclararlo bien...

—Eres estúpido. —Le doy con el cojín.

—Pero ambos sabemos que eso es lo que tenéis más ganas de aclarar, solo te digo que disfrutes, que no estamos para mierdas.

—¿Y te vas a ir de casa para que lo pueda traer aquí? —Puestos a hablar de ello, vayamos a lo importante.

—Qué va, yo me quedo a oír el espectáculo, Mateo dice que, por lo que él intuye, puede ser apoteósico.

—¿En qué momento habéis hablado de mí sobre esto?

—Somos tus hermanos, nos preocupamos por ti. —Y yo que me lo creo, lo único que hacen es reírse a mi costa—. Tú envíame un mensaje si eso sucede y tengo que tomar medidas.

—Tú no te emociones, piensa que la que quedó con él fue Mónica, no yo...

—Y yo estoy al corriente de todo, señorita, y reafirmo que va a ser apoteósico, lástima no tener ninguna cámara para verlo —se burla, levantándose para ir a hacer la cena.

Olvidaba la relación que tienen Nico y Mónica, que cuando se trata de mí, se lo cuentan absolutamente todo, y por su sonrisa, deduzco que mis suposiciones eran ciertas. Nada bueno podemos sacar de esa conversación. Estaría a tiempo de enviarle un mensaje, disculparme por lo del otro día, decir que estaba borracha, o confesar que no fui yo, eso si tuviera el número. Podría también ir al hospital, hablar con Fer y que me diera su teléfono, o que él mismo lo avisara de que me lo he pensado mejor. Sí, opciones tengo, así que si no he recurrido a ellas, será porque un pelín de ganas tengo, pocas, pero las hay.

Este hombre me ha traído más dolores de cabeza que cualquiera que haya pasado por mi vida antes, excluyendo a mis hermanos, claro. Y eso que ni lo conozco, o no como debería. Normalmente cuando conoces a alguien, empiezas por su nombre, a qué se dedica, de dónde es, sus gustos, sus aficiones... vamos, lo normal, supongo, ya que yo todas esas cosas me las salto. Tuve suficiente con Simón o Antonio en su día, y ese último ni siquiera fue sincero. Y en este caso, solo conozco su nombre, y lo supe tarde, sé a lo que se dedica por una simple tarjeta de visitas, y poco más. Y sin embargo, me he besado con él más de una vez. Que podría ser lo mismo que mis líos, rollos o polvos de una noche, pero no, porque ni ha sido de noche, ni iba borracha, ni me he dejado llevar por un calentón.

Vale, dije en su momento que era un calentón, pero con él, han sido impulsos, y su boca me ha atrapado de una manera extraordinaria, y mejor no pienso en ello porque me pongo más nerviosa de lo que ya estoy. Estoy delirando, más de lo normal, y eso es preocupante. Si ya de por sí, suelto más tonterías de las que debería, esto puede ser una debacle. Un día, un día, y se habrá terminado todo. Tanto, que podré dejar de daros la tabarra con el tema, visto así, salimos todos ganando.

—Estás flipando si piensas que voy a ponerme esto. —Le devuelvo el corsé que me da Mónica.

—Sabes que la ropa interior negra es mucho más elegante, Cris, y más porque no te voy a dejar llevar nada más...

—¿Tú estás chiflada? ¿Pretendes que me presente desnuda?

—No, con una gabardina encima, como en las películas. —Mi mirada habla por sí sola—. Era broma, aunque sería gracioso.

—Sería para ti, voy a vestirme como me dé la gana, y tú me llevarás porque ni siquiera sé adónde voy, nada más. Mañana todo este infierno habrá acabado.

Ya está bien de que todo el mundo tome partido en esta historia menos yo. Agradezco la ayuda, los comentarios, las opiniones y todo lo demás, pero es mi vida, y tendría que empezar a vivirla a

mi manera, que suficiente tengo ya. Sé que en su día agradecí mucho que estuvieran a mi lado y los obligué a prometerme que si volvía a necesitar ayuda no me dejarían caer por nada del mundo, pero esto no es lo mismo. No me encuentro en la misma situación y no les he pedido ese tipo de ayuda, así que podrían dejarme actuar según mi parecer. Que suele ser erróneo, vale, pero ni tanto ni tan poco.

Me pongo un conjunto de ropa interior amarillo, con un tanga de encaje súper mono, total, nunca los ven, soy de las que le gusta la intimidad total y la oscuridad para ciertas cosas, y cojo un vestido bastante clásico del armario. No me gusta ir pidiendo guerra, ni parecer monjil, simplemente una mujer corriente, como lo soy yo. Me pongo unas plataformas y listo. Aún no me veo con suficiente fuerza como para llevar unos tacones de infarto, y menos para una cena, pero con mi metro sesenta y tres, no es lo más indicado ir plana. Me maquillo lo mínimo, las mujeres mucho más guapas al natural, sí, tenemos que empezar por creérselo nosotras primero, y me peino dejando que mis ondas caigan por debajo de los hombros. Lo bueno de tener el pelo ondulado es que te lo puedes alisar cuando te plazca, o hacer unos rizos de infarto sin tardar horas, sin embargo, cuando no se encrespa o se bufa, al natural es perfecto.

—¿Vestida para triunfar? —me pregunta mi hermano al salir al comedor.

—No me ha dejado a mí —se queja Mónica—. Aunque vas suficientemente decente para la ocasión. —Vaya, eso se considera toda una aprobación.

—¿Nos vamos? —intervengo antes de que empiecen estos dos con las suyas y yo me arrepienta, aún más, de mi decisión.

Sí, estoy nerviosa, y no saber lo que ocurrirá esta noche, me aterra todavía más. No soy muy buena persona cuando me comen los nervios, como tampoco buena compañía, así que es mejor no alargar la agonía, y cuando antes me enfrente a todo esto mejor.

Nos montamos en el coche y advierto a mi queridísima acompañante que ni una sola palabra. Cualquier intervención, en estos momentos, haría que mis pulsaciones volviesen a dispararse y no me apetece. Ya estoy aterrada, no necesito ninguna clase de ayuda. Parezco gilipollas, los que me conocen, no creo ni que me reconociesen así. Ni yo misma recuerdo cuándo fue la última vez que pasé por esto. ¿Pueden los nervios cambiarte tanto? Debo relajarme, cerrar los ojos y respirar varias veces. Debo comportarme hoy, y sobre todo, debo tener las cosas claras para que me dé todas las explicaciones que busco, lo que significa no caer en sus garras de primeras.

—Esto no es un restaurante —apunto, cuando Mónica frena delante de un edificio.

—Te veo muy astuta, sexto segunda —afirma.

—¿Qué? ¿Me has traído a su casa? —Esta mujer está mucho peor de lo que me temía.

—Cris, no me seas mojigata y espabila. —Ella misma me abre la puerta de copiloto.

Yo es que no doy crédito. ¿Para esto se tienen amigas íntimas? ¿Para que nos toquen las narices? Vale, yo misma tenía en mente que la velada acabaría en una casa o la otra, pero dijimos una cena, y esto ya empieza a torcerse demasiado pronto. Pero valor no me ha faltado nunca, o nunca he demostrado que me faltase, me he criado con tres chicos, de los populares del instituto y capaces de hacer cualquier cosa, así que me han enseñado ciertas reglas. Con mi manojito de nervios, me dirijo al portal y llamo al timbre, ni siquiera me preguntan quién soy, abren la puerta sin más. Subo andando, más que por claustrofobia en espacios pequeños, para ganar tiempo, para que mis manos dejen de sudar, mi corazón rebaje pulsaciones y todas esas cosas. Cuando llego al sexto piso, la puerta del segundo está abierta y por una milésima de segundo me viene una escena en mente. La de que él me espere en su cama y podamos tener un encuentro sexual sin hacerlo bonito. Pero antes de que pueda dar un paso hacia el interior, me interrumpe el vecino de enfrente.

—Buenas noches, Cristina —me saluda Rafa—. Solo quería asegurarme de que esto es real, créeme si te digo que Nando está incluso nervioso. Solo espero que debajo de eso, lleves más que ropa interior. —A ver si lo que dijo Mónica no iba a ser del todo broma.

—No sabía que eráis vecinos. —A decir verdad, no sé absolutamente nada de este hombre—. Un placer volver a verte. —Aunque sigo mosca por no haber disfrutado de esa noche en su compañía—. ¿Algo que debas aconsejarme?

—Que os dejéis llevar sin guiaros por primeras impresiones, todo el mundo tiene miedos internos, incluido los que van de chicos duros por la vida. —Me guiña el ojo antes de volver a cerrar su puerta.

Eso sí que es un buen amigo, dejándolo bien delante de la gente, y no lo que me ha hecho Mónica a mí. Entro, ahora sí, en el piso de Nando y me paro en el inmenso salón. No es un piso muy grande, pero parece bien aprovechado para una sola persona. Veo la cubitera al lado de la mesa y sonrío, porque el vino tiene ese efecto en mí, es mi mejor compañía en cualquiera de los momentos.

Y en este instante, aparece delante de mí el hombre más atractivo que he visto nunca. Mentiría si dijese lo contrario. Lleva una camisa verdosa remangada hasta los codos y los dos primeros botones desabrochados junto a unos tejanos oscuros. Va descalzo, pero yo también lo haría en mi casa, y desprende una sonrisa increíble. Se pasa la mano por su pelo mojado, por lo que deduzco que sale de la ducha, y no puedo evitar derretirme en este mismo momento. Tiene una barba de dos días a la que no me tenía acostumbrada y me flipa. Sus ojos claros me atrapan y creo que no voy a tardar en perder el sentido, empezamos bien.

—No fui yo la de los mensajes. —Por lo que veis, no soy muy buena en todo esto.

—Me basta con que estés aquí. —Otra vez esa maldita sonrisa de *mojabragas*.

—¿No me vas a dar ni dos besos? —le suelto cuando veo que se encamina a la cocina.

—Mejor una copa, tendremos tiempo para ello cuando termines de repasarne...

Capítulo 28

Nando

Dos besos no serían suficientes. Me he autoprometido comportarme y voy a hacer esfuerzos para cumplirlo. No puedo darle dos simples besos, como tampoco puedo tenerla tan cerca nada más llegar. Así que la solución más eficaz es empezar por una copa, esa que consiga destensarme, porque, madre mía, ni yo mismo me reconozco. Cómo una mujer como ella, siendo tan poca cosa, puede provocarme tanto. No, no soy tan superficial y creo en todas esas historias de mirar más allá de un físico, solo que es completamente distinta a las mujeres que han pasado por mi casa. Y sin embargo, tengo el mismo objetivo que con todas ellas, provocarle el mayor de sus orgasmos. Además, digo poca cosa porque toda ella es pequeñita, nada más, que tampoco quiero que me malinterpretéis.

Le ofrezco la copa, al tiempo que cojo su chaqueta para dejarla en la entrada. Lleva un vestido granate bastante clásico, pero le queda perfecto y su cara reluce mucho al natural. Cuando una es guapa, imagino que no hacen falta muchos adornos para resaltarlo. Se ha bebido el vino de un trago, por lo que o le ha gustado muchísimo o le pueden los nervios.

Debo volver un segundo a su llegada, a la confesión de que no fue ella la de los mensajes. ¿Lo habrá dicho para justificar su vergüenza? ¿O por qué tras la pantalla es mucho más directa que en persona?

—¿De qué mensajes hablabas exactamente?

—Todos ellos, ni siquiera tengo tu número, lo borraron después de decirte a saber qué. — Confirmo su nerviosismo al ver cómo se acelera al hablar, lo que no es normal es que yo también lo esté.

—Pues a mí me parecieron muy interesantes... —Necesito llevarlo a mi juego cuanto antes.

—Si me los confiesas, seguro que podemos retomarlos. —Ya se está mordiendo el labio inferior.

Cojo distancia, porque por alguna extraña razón, siento ese magnetismo que sería capaz de abordarla con fuerza y no es en lo que hemos quedado. Vale, en lo que me he prometido a mí mismo. Le cedo mi móvil, para que ella misma lea su conversación y por sus caras y gestos, creo que hay alguien que va a pagar caro este pato.

—Espero que hayas preparado la cena —suelta de repente.

—¿Eso es lo que más te ha preocupado? —Es evidente que contaba con tener la cena preparada, por conexiones inexplicables, sabía que no me la llevaría de primeras a la cama.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que mienta y te diga que no lo he imaginado después de todo? ¿Que no pareces un hombre dominante? Salta a la vista que lo eres, como salta a la vista que no soy para nada lo que sueles llevarte a la cama, por lo que si es una apuesta, un simple capricho, o

un jueguito... bueno, eso ya lo ha sido, poco me importa. Ambos buscamos lo mismo, ¿no? Solo espero que, como tú dices, la realidad supere la ficción, para no perder el tiempo. —Al fin respira.

Y el que no respira soy yo, porque necesito besarla. No puedo, de verdad que lo intento pero no puedo. Ni controlarme, ni distanciarme, ni nada que no sea tener esta mujer para mí. La hago callar y no veo que se queje. Ya hemos pasado por aquí, así que no me pilla de nuevo, ni a ella desprevenida. Empiezo a pensar que quizás tiene esta verborrea para que yo actúe de esta manera. Ahora las cosas son distintas. Nadie puede interrumpirnos, no hay ninguna mujer que se interponga en nuestros caminos, y ambos buscamos resolver la espinita que tenemos clavada sobre cómo será seguir ese primer contacto.

La cojo en brazos, porque eso facilita mucho mejor nuestro acople, y porque me encanta que pueda rodearme con sus piernas, poder tener más control. Ella posa sus manos en mi nuca y me aprieta, como queriendo que no nos separemos antes de tiempo. Sus besos muestran deseo, a la vez que una pizca de desesperación. Tengo muchas ganas de sentirme dentro de ella, y podría hacerlo así tal cual, pero me la llevo a la cama.

—Ninguna de mis fantasías era en una cama —me suelta risueña, volviendo a morder su labio inferior.

—Eres toda una perversa, señorita Gabás. —Le devuelvo la sonrisa, ahora sí, hablando el mismo idioma.

—No lo sabe usted bien. —Y como no deje de seducirme, soy capaz de correrme sin penetrarla —. Pero la cena me parecía una idea mucho mejor.

Se deshace de mí y se adentra de nuevo en el comedor. Esta vez no coge la copa, sino que va directamente a por la botella de vino que se encuentra en la cubitera y da el primer trago a morro. Sigo teniendo muy claro que está igual de nerviosa que yo, y que el acercamiento que acabamos de mantener la ha encendido igual que a mí. Solo puedo observarla, se ha sacado los zapatos y veo en su mirada que tiene enormes ganas de divertirse. Yo solo puedo quedarme maravillado mirándola, tan natural, tan cotidiana, tan sencilla... Se adentra en la cocina, como si estuviera en su propia casa, y cada vez me alegro más de la amiga que se va a ganar la bronca del siglo. No contemplo ningún plan mejor que haber hecho la cena en mi casa.

—¿Buscas algo? —Me coloco a su espalda, mientras veo cómo da un repaso a los platos que he preparado—. No soy un experto en la cocina, pero tengo mi compinche para saber que te gustarán. —Sin la aprobación de Rafa no hubiese servido nada hoy.

—¿Me dices de verdad que no hay ni una sola croqueta? —Ahora no sé si su mirada denota decepción.

—No quería que pensaras que te sigo tomando el pelo, aunque sí que tengo... —Abro la nevera para que ella misma lo vea.

—Empezamos con medio buen pie. —Vuelve con su pícaro sonrisa—. ¿Nos sentamos a cenar? Coge otra botella, esta ya tiene dueña. —Puedo oír su risa mientras cojo los platos.

La verdad es que lo pensé y dudé, pero la última vez que le traje croquetas de la abuela no acabó como esperaba, así que esta vez preferí no arriesgarme. No quería que pensara que me estaba riendo de ella de nuevo, si es que las mujeres son difíciles de comprender. O, al menos, para un pardillo como yo. Miedo me da lo que ha querido decir con lo de la botella, no porque no tenga de sobra, en esta casa nunca falta el buen vino, ni el buen alcohol, pero en mis planes no entraba la idea de tenerla borracha. Eso va a ser algo que vamos a tener que debatir entre plato y plato.

Nos sentamos a la mesa y hay una especie de duelo de miradas. No he sido nunca muy buen descifrador de ellas, pero podría deducir muchas cosas con solo mirarla. Tiene ganas de esta noche, sus ojos denotan una pizca de deseo y se le han sonrojado las mejillas, no sé si por nuestro acalorado beso o porque se está poniendo nerviosa, las dos opciones son validas para mí. Sé que tiene dudas, preguntas y que deberíamos aclarar varios puntos; de hecho, por ello estamos aquí, lo que no sé es si me apetece empezar a mí.

—Te debo una disculpa —eso sí que entraba en mi lista de tareas pendientes para esta noche—, no debimos tomarte el pelo de esa manera.

—Pensaba que el primer perdón iría destinado al día del restaurante. —Pues lamento discrepar de ella, de eso no me arrepiento en absoluto—. ¿Por qué yo?

—Porque me encendiste con tu carácter, pensaba que no te volvería a ver y cuando mi hermano me contó vuestro encuentro, supe que necesitaba comprobar la tensión que había sentido. —Esta noche nada de mentiras, suficientes ha tenido ya nuestra historia.

—¿Y? —me invita a seguir.

—A la vista está que hemos comprobado que si nos acercamos, hay algo que debemos solucionar. —De repente noto uno de sus pies recorrer mi pierna—. Cristina, no juegues con fuego, has sido tú la que ha querido cenar —advierito.

—¿Así que solo puedes jugar tú? —Pone su cara encima de sus manos en la mesa y me mira desafiante—. ¿Tú eras el único que podía dictaminar las reglas del juego? ¿Cómo iba eso? Ah, sí... —bebe otro sorbo directo de la botella—, yo tenía sesiones de rehabilitación; un día, con el hombre más atento y paciente del mundo, y al día siguiente, con un capullo engreído que buscaba ponerme a cien y empotrarme donde fuese necesario. —Quiero replicar, pero su mirada me dice que mejor me quede en silencio—. Pero no solo eso, sino que pretendías que creyera que la mujer de mi médico, ese que me estaba volviendo loca por momentos, era una fulana, la misma que hace unos días te estaba comiendo la boca delante de mis narices después de ofrecerme una cena. —Otro trago—. Y lo peor de todo... ¿qué pretendíais?, ¿que me metiera en la cama con un hombre aparentemente casado? ¿Es que os va ese rollo? —Vale, ahora sí que creo que ha podido descargar toda su rabia.

—Cristina...

—No, todavía no. —Vaya, que aún queda por decir—. ¿Qué pretendías? ¿Que me presentara aquí y cayera rendida a la primera de cambio solo porque creo que eres el hombre más increíble que he visto en mi vida? Pues lo llevas clarito. Esto te debe de funcionar con todas; les sonríes, les pones cara de seductor y las tienes comiendo de tu mano, pues lamento informarte que dista mucho de lo que vas a conseguir conmigo. Vale, quizás me he dejado llevar demasiado por todo esto, pero hasta aquí. ¿Por qué sigues con esto? Ya te has reído suficiente, te vi el otro día besar a esa mujer en el hospital, y no soy nada ese perfil, además de que si tenéis una relación, lejos estoy de querer meterme en medio. ¡Me hiciste pensar que me estaba enrollando con un hombre casado! ¡Por el amor de Dios! —Da un trago más largo a la botella y suspira—. Qué peso me acabo de sacar de encima —dice más calmada.

—¿Lo que más te molesta es lo del hombre casado? —Tengo muchos puntos a tocar de su discurso, pero prefiero empezar con algo que ya sé.

—Prometí un día que no iban a volver a mentirme. —Creo que después de disparar con todo, está mucho más tranquila.

—¿Me lo vas a contar?

—No, prefiero que empieces tú con tu versión, lo mío dejó de tener importancia cuando eras el

Bardaro no casado.

—No sé si nada de lo que diga va a servir como arrepentimiento, pero debo admitir que no me imaginaba nada de esto. Como ya te he dicho, quería comprobar si la tensión era la que yo percibí y vi la ocasión perfecta, no contaba con todo lo demás. Cuando te tuve delante, ya supe que la estaba liando porque me era muy difícil contenerme y luego las cosas se han acentuado. No supe frenarlo a tiempo, el día de la cena quería hacerlo, pero nos interrumpieron. Mi hermano tuvo una charla con tu padre horas antes en la que le contaba lo contento que estaba y el puesto que quedaba libre en verano, así que creyeron que no podía confesar. No puedo contestar muchas de tus preguntas porque ni yo mismo sé las respuestas. No tenía pensado acostarme contigo siendo mi hermano, ni nada por el estilo, para ello no tengo explicación. Para lo que sí que tengo es lo otro, Virginia no es mi pareja, ni mucho menos, y no sabía que iba a estar el lunes allí.

—Con eso me basta. —Se levanta de repente y se sienta encima de mí.

Mi primera impresión es que está borracha, pero tras el beso que me planta, puedo estar seguro de que no. De que las ganas son las que hemos tenido en todos ellos y temo que solo necesitaba decir todo lo que pensaba al respecto para sentirse más liberada al hacer esto. Accedo de inmediato a darle paso a su lengua y saboreo este beso como si fuera el primero que nos damos. Es increíble lo que me provoca con él y lo excitado que me siento con ese pequeño contacto. Sé que lo nota, está sentada encima de mí y no deja mucho espacio para saber que mi miembro le está dando la bienvenida. Como tampoco puedo frenar mis manos que se colocan en su trasero y la aproximan más a mí.

Ya dije que es como una muñeca, y en estos instantes, lo reafirmo. Es como un peso pluma para mí y la postura en la que estamos es casi perfecta. No deja de besarme, y por mucho que me gustaría ofrecerle el mayor polvo de su vida, ese con el que he alardeado todo el tiempo y el que esperaba darle, creo que no voy a poder aguantar mucho de lo caliente que estoy.

—¿Me vas a enseñar lo dominador que puedes ser? —me pregunta, toda seductora, con sus ojos llenos de deseo.

—Voy a hacer que no puedas ni moverte —le digo. Al ver cómo se muerde el labio inferior, me abalanzo sobre ella, prometiendo que será una noche muy, pero que muy, larga.

Capítulo 29

Cristina

Me levanto y me doy cuenta de lo mucho que me duelen las piernas. No pretendía quedarme a pasar la noche, pero me imagino que debí quedarme sin fuerzas antes de poder tomar otra salida que la de tumbarme en la cama y que me venciera el sueño. Camino como puedo a lo que deduzco que es el baño y aprovecho para mirarme al espejo. Si Mónica estuviese aquí, seguro que me saldría con su clásica frase «tienes cara de recién follada, y follada de maravilla, además». Es de las pocas veces que le daría la razón. Hago pipí, me lavo la cara y vuelvo a salir un poco más digna. Necesito ir a por mi móvil, sé que no debo darle explicaciones, y que Nico sabía dónde estaba, pero no fui a dormir y estoy convencida de que algún mensaje habrá caído.

—¿Qué haces levantada? —oigo de golpe—. ¿Es que todavía te quedan fuerzas?

Me giro y observo su sonrisa, esa que es capaz de advertirme de que si quiero guerra, puede ofrecerme la que quiera. Pero no. Fue divertido, ha sido increíble, y por ello prefiero quedarme con que ha sido una magnífica anécdota.

—Ven aquí. —Coge mi brazo y me estira de tal manera que vuelvo a caer en la cama—. Pensaba que tardarías más en despertarte, ayer parecías suplicar por poder dormir algo. —Sé que me está tomando el pelo, y si recuerdo lo de ayer, lo único que consigo es que se ruboricen mis mejillas.

—Debería irme. —Y no es una excusa, es que de verdad lo creo así.

—No hagas esto —me dice antes de plantarme un beso, de esos que sé que si alargamos, no saldré de aquí—. No te prives...

—Nando, me lo he pasado muy bien, pero vamos a ser realistas, y dejémoslo en una noche de ensueño. —Lo ha sido para mí, espero que para él haya sido parecido—. Como una noche loca a la que añadir a nuestras listas. —No quiero que piense que él es el único que tiene sus rollos.

—¿Y eso lo decidiste en el segundo orgasmo? ¿En el tercero? ¿Cuarto? ¿Quinto?

—Vale ya... sé que fueron siete. —Por si os lo preguntáis, es la primera vez que me paso la noche dándole al tema; siete son demasiados, incluso para mí—. Eso lo decidí en cuando entré por la puerta. —Ya venía con esa idea, sabía que iba a pasar, no todo, pero que iba a disfrutar estaba más que claro.

—Pues ve apuntando el octavo —dice antes de atraparme bien y colocarse encima de mí.

Lo tengo a tan solo dos centímetros de mis labios y puedo ver el deseo en sus ojos, se han oscurecidos y me demuestra con una sola mirada que es capaz de hacerme llegar a él sin ni siquiera tocarme. Eso me asusta. Pocas veces me he sentido intimidada por un hombre y estoy convencida de que dejaría que me hiciera lo que quisiera, y eso no es bueno. Debo decidir por mí y no dejar que pueda conmigo. Sin embargo, sabiendo lo que viene ahora, no me muevo. Ya estoy aquí, así que, al menos, aprovecho el poco tiempo que me queda.

Su beso no tarda en devorarme, y aunque sigo exhausta de ayer, no soy capaz de rechazarlo. No

fui capaz de llegar a la cama anoche, llegué tan agotada que, aunque no lo recuerdo del todo, lo más seguro es que me durmiera al instante. Ahora tengo tiempo de sentirme cómoda y dejarme llevar. Poco a poco me saca la camiseta, la primera que pillé para poder tumbarme y no dormir en paños, y yo aprovecho para acariciar su torso desnudo.

Aprovecho este momento para apagar la luz, ayer se mantuvo una luz tenue en todo el comedor, hoy no voy a correr ese riesgo. Al segundo, es él quien la enciende y yo vuelvo a cerrarla, parecemos dos niños estúpidos en su primera vez, pero no voy a dejar vencerme.

—Quiero verte, Cristina, quiero verte disfrutar —me susurra, y mi cuerpo se tensa con el simple murmullo de su voz.

—No puedo, necesito hacerlo con la luz apagada... —Y soy consciente de que suena bastante a súplica.

—Te salvas porque te tengo demasiadas ganas, pero eso vas a tener que contármelo.

No respondo, no hay nada más que añadir, con un beso, vuelvo a ponerlo en materia y que tengamos la luz apagada se vuelve nuestra última preocupación. Puedo recordar cada trazo de su rostro, no necesito la luz para saber qué cara está poniendo o para descubrir su cuerpo, y mucho me temo que a él tampoco le hace falta.

Este hombre es demasiado, y no sé si es normal, pero mi cuerpo tarda cero coma en estar encendido. Noto cómo me arde cualquier rincón y temo que pueda percibir cómo estoy de caliente. No me había encontrado antes en esta situación y no sé cómo hacerle frente, pero si ayer tuvimos tantos asaltos, será que no lo pasamos tan mal.

—Eres jodidamente perfecta —me dice mientras recorre con sus manos mi cuerpo.

No deja de depositar besos en mis labios, y de los míos solo son capaces de salir pequeños gemidos. Sus labios podrían ser una droga perfecta para mí, y conoce todos los rincones precisos para conseguir excitarme de más. No lo esconde, y mi cuerpo tampoco puede mentirle a él. Me entrego, no solo porque no me queda otra, si no porque me apetece tanto o más que a él este momento.

Un beso en el cuello es suficiente para que mi cuerpo se arquee y le chive que estoy muy preparada para él. Su mano se desliza y repasa en mi sexo, ese que parece que no sea capaz de contenerse en su presencia.

—Creo que ayer no te lo dije suficiente, pero me encanta que estés tan mojada para mí. —Lo callo con un beso, porque lo que está haciendo con sus dedos me va a llevar al orgasmo demasiado pronto.

—Y a mí me sorprende que tu amiguito siga estando tan duro. —Desconocía que pudieran tener tanto trote, pero este hombre supera cualquiera de mis expectativas.

Por mucho que me cueste centrarme en lo que estoy haciendo, sí, a pesar de ser mujer, hacer dos tareas a la vez en este escenario, no ha sido nunca mi fuerte. Me encanta que me hagan disfrutar, pero si me centro en hacerlo al máximo, me es complicado complacerlo a él. En esta ocasión es diferente, no sabría decir por qué, pero tener su miembro en mi mano, mientras lo acaricio con calma y veo cómo endurece por momentos, hace que el placer que me provoca con sus dedos jugando con mi clítoris, se triplique.

—Necesito tenerte dentro de mí. —Todos sabemos que los mañaneros son muy buenos y no quiero terminar en sus dedos.

—Pues prepárate, no vas a querer levantarte después.

Esa es su advertencia mientras me mira con cara de depravado y se coloca un condón. Su miembro se introduce en mi interior de una manera suave y muy, pero que muy, lentamente. Eso

solo ha sido una caricia. Lo que viene después es mucho peor. O tremendamente mejor, según se mire.

Nando está más que excitado, aunque yo no lo estoy menos, y sus investidas son duras, fuertes y decididas. Cada vez que me penetra mi cuerpo reacciona al instante y prácticamente me quedo sin aire en cada una de ellas. Sabe llevar el ritmo, y yo no puedo articular palabra. Lo único que sale de mi boca son gemidos y suspiros.

—¿Te gusta así? —Me embiste de una manera extraordinaria y solo asiento con la cara—. Cristina, quiero que me mires, quiero que nos corramos juntos y quiero oírte gritar, tengo un vecino muy comprensivo, no te preocupes, después de lo de anoche... —Vuelve a embestirme sin compasión.

Y no, después del festival que hemos tenido, sería una tontería mantener la compostura en este momento. Por lo que me permito dejarme llevar del todo y confesarle, una vez más, el placer que es capaz de provocarme. El orgasmo que noto prácticamente ni lo veo llegar, pero mi cuerpo emite el mayor de los gritos y siento los espasmos que estamos teniendo los dos. Lo suyo ha sido más como un gruñido, pero estoy satisfecha con ello, porque eso significa que le joroba no haber sido capaz de aguantar más. Su ego sigue siendo una de esas cosas que tengo claro que es inmensa. Aunque ahora ha pasado a un segundo puesto, después de conocer su miembro.

—¿Sigues pensando en marcharte? —pregunta, cuando hemos recuperado el aliento y ha podido sacarse el preservativo.

—Debo irme. —La verdad es que creo que me duelen muchos músculos del cuerpo, pero tengo que irme y, sobre todo, descansar para esta noche.

—Ambos sabemos que eso no contesta a mi pregunta —lo dice cuando ya estoy de pie y empiezo a vestirme antes de que pueda volver a cogerme y pillarme de imprevisto.

—Nando, ambos sabemos lo que es esto, así que... quedémonos en que ha estado bien; vale, realmente muy bien y ya está.

—¿Y por qué debo conformarme con esto? —Ahora ya se ha puesto de pie y tenerlo delante de mí impone más de lo que recuerdo.

—Porque ninguno de los dos puede ofrecer otra cosa. Ahorrémonos todo lo que viene después, conocemos el juego. —Y aunque me duele confesarlo, por primera vez, podría decir que no estamos jugando al mismo juego—. Ha sido un placer, lo prometo, y tenías razón, la realidad supera la ficción.

Y antes de que pueda responder, salgo por patas de su apartamento. Para que quede entre nosotros, digamos que Nando es un mujeriego de primera, con la lección muy bien aprendida y el mejor de los jugadores entre las mujeres. Yo no me considero muy distinta, pero todas sabemos qué pasa cuando nos cruzamos con un chico así en nuestra vida. Es capaz de nublar la vista, conquistarnos y luego las que sufrimos hasta el infierno somos nosotras. Pues yo paso. Y lo digo con conocimiento, la noche que hemos pasado no es normal, y mucho menos cómo me he sentido en todo momento, así que no, esto ha quedado en un superpolvo de una noche. O varios, pero todos en la misma noche.

Que estoy dolorida no es broma, no recuerdo cuál fue la última vez que me dolían las piernas tras un encuentro sexual, pero lo mejor de todo es que me duelen del placer extremo que he sentido, y eso anula cualquier posibilidad de queja.

Miro mi teléfono y efectivamente tengo varios mensajes, tanto de Nico como de Mónica, pero no respondo. A uno lo voy a ver en breve y a la otra la veré esta noche y podré ponerla al día. Si os soy sincera, prefiero aclarar mi cabeza antes de poder contarles cualquier cosa. Porque si lo

pienso bien, ¿qué debo decirles? «Mirad... yo fui con la idea de que me contara por qué había montado todo el circo y, nada, le dije todo lo que pensaba; luego él me dijo que lo único que buscaba era comprobar que la tensión que había entre nosotros era cierta, y lo quisimos verificar. Unas cuantas veces para ser exactos.

No, eso no es una historia que contar a mis amigas ni hermanos, más que nada porque me parece la más estúpida del mundo.

Llego a casa y, como todavía es pronto, me meto en la habitación, deduzco que mi hermano o sigue en su quinto sueño o no está en casa viendo el silencio que presencio, así que mejor para mí. En mi habitación no entrará, así que, de momento, estoy a salvo. Esta noche es noche de fiesta y tengo muchas ganas de ella, aunque mi cuerpo no esté para el trote que pensaba en un inicio, no me preocupa en absoluto.

Me tumbo en la cama y lo primero que me viene a la mente es la cara de Nando, y no la sonrisa que me recibió al llegar a su piso, sino la que me observaba antes de devorarme por completo. No. He prometido que no iría a más que esta noche y así va a ser. Aunque eso me recuerda que hay algo que debo hacer cuanto antes, y es hablar con Ignacio. Lo hablé con Nico el otro día, no puedo usarlo como premio de consolación, como también sé que al tenerlo a él me cierro en banda de conocer a los demás. Tener a alguien que me satisface sexualmente provoca que no me dé el lujo de conocer a otros hombres, y eso no puede seguir así. Por supuesto que sé que él no tiene la culpa de nada, solo que después de la noche que he pasado, tengo que abrir los ojos y volver a lo que tenía antes, disfrutar cuando me plazca y con quien me plazca. Y no aferrarme a algo por acomodarme a lo conocido. Ahora que acaban de dejar el listón muy alto. Madre mía, dónde me he metido, y lo digo cogiendo mi teléfono y observando el mensaje que tengo entre mis manos. No necesito tener el número guardado para saber de quién se trata.

Número desconocido:

Creo que te has ido sin contarme las reglas de tu juego, no voy a quedarme sin saberlas, tenlo por seguro.

Capítulo 30

Nando

Después de la noche que hemos compartido, me he quedado con la mayor cara de estúpido esta mañana. No suelo dormir con mis ligues, ni tampoco aprovechar todas las horas de la misma manera, pero no me he saciado de ella. Necesitábamos reponer fuerzas, eso no lo niego, por eso la llevé a la cama cuando observé que estaba profundamente agotada. Despertarme con ella ha sido como un regalo, sigue siendo igual de guapa a primera hora del día y su cara no denotaba ningún signo de cansancio. Por esta razón, no podía dejarla marchar, a ser posible, no la hubiese dejado marchar en todo el día, porque estaba muy dispuesto a aprovechar la cama todo el sábado y compartirlo con ella.

Podéis pensar lo que queráis, como que lo que me ha jorobado ha sido que sea ella quien tomara la decisión de irse y no yo de echarla, a estas alturas, poco me importa. El de esta mañana solo ha hecho que confirmar que el disfrute de la noche no fue en vano y que con ella puedo llegar a límites extraordinarios. Hacía mucho tiempo, por no confesar que es la primera vez, que no me siento tan pleno con un orgasmo. No hemos necesitado hacer nada raro para encontrar el placer, hasta en el encuentro más sencillo hemos podido llegar a nuestro máximo, lo único que me ha faltado es verla realmente mientras gritaba mi nombre, algo que, por supuesto, no va a quedar así.

¿Por qué se ha empeñado en que esto era una noche y ya? Si como dice ella, todos sabemos a qué juego jugamos, yo no tengo problema en repetirlo, y si tanto ha disfrutado ella, ¿por qué no quiere seguir haciéndolo? Ya le he dicho que no se va a escaquear de contarme cuáles son sus reglas, porque, por mi parte, voy a hacer todo lo posible por volver a coincidir. Ayer no llegamos ni al postre, y eso que tenía muchas ganas de verla comer uno de esos, pero quiso abordarme antes de lo que yo tenía previsto. Mentira, yo lo tenía pensado nada más abrir la puerta.

De todas maneras, cuando lo hizo ya no hubo marcha atrás y parecía que nos hubiésemos olvidado de la maldita broma. Ella se dejó llevar y esa faceta suya acabó por atraparme. Eso era mucho más que tensión, eso era mucho más que fuego y eso era mucho más que ganas contenidas. Ha superado con creces todas las expectativas que tenía puestas en ese encuentro, lo que no sé si acaba de gustarme. Más que nada porque no puedes darle a un niño el mejor de los pasteles y no volver a ofrecérselo nunca más, eso es de ser muy mala persona. Quizás debería hablar con mi hermano al respecto, él conoce mucho más la materia de entender a las mujeres, no en terreno sexual, pero sí fuera de él, que, en definitiva, es lo que me está faltando a mí.

Por el momento, lo que necesito es una ducha, hoy no me pienso ni mover de casa, no tengo ganas, ni fuerzas, porque, la verdad, estoy más agotado de lo que acostumbro a estar. Seguramente será que ayer no repuse las fuerzas que necesitaba para un maratón de este calibre, así que hoy el día es entero para mí.

Lástima que mi vecino no opine lo mismo que yo y tenga que salir enrollado en la toalla nada

más oír la puerta. A ver si voy a tener que arrepentirme de haberle dado llaves de mi casa.

—Dime que ayer me estabas tomando el pelo —me sobresalta nada más verme.

—¿Tienes un radar para saber cuando se ha largado o eras una vieja de la mirilla mirando para saber el momento? —Que con este hombre, todo podría ser.

—¿Se ha largado ahora? ¿No has dormido nada? —No sería la primera vez...

—Hazme un café mientras me ducho y hablamos.

Necesito con urgencia esa ducha y necesitaré con extremadamente urgencia un café en cuanto salga, que todavía no estoy del todo despierto como para que Rafa me bombardee con todas las preguntas. Sabía que habíamos hecho ruido, digamos que no creía que Cristina fuera a ser tan escandalosa, lo que no significa que eso no me pusiera a cien, puesto que me encantó que no se guardara para ella y se centrara cien por cien en el momento que estaba viviendo. En fin, que lo que quería decir es que no estoy acostumbrado a que Rafa sea partícipe de mis encuentros ni que haga de escucha.

Me meto en la ducha, ahora sí, me importa un pepino tener visita, quería mi tiempo bajo el agua y lo voy a disfrutar me espere quien me espere. Necesito estar bajo el chorro y recordar la noche que acabo de vivir. Si no es la más, una de las mejores que había vivido hasta la fecha. Cristina parece una niña, pero cuando se mete en materia, miedo da dejarla suelta. De todas las fantasías que había tenido con esta mujer, ninguna se aproximaba a la realidad. Ella misma lo ha dicho, ha superado la ficción, y coincido, por primera vez, con las palabras de esta mujer. Cuando cierro los ojos, me vienen imágenes de cada uno de sus orgasmos, poco, porque la luz no era como a mí me hubiese gustado, pero no necesitaba verle la cara para saber que lo estaba gozando.

Si una cosa tengo clara, es que quiero más, no han pasado ni dos horas y lo único que me apetece es volver a tenerla entre mis brazos, volver a hacerla mía. Estoy convencido de que si nos volviésemos a encontrar, ninguno sería capaz de frenarlo, si ya la química era evidente, esto ha sido demasiada confirmación.

No sé cuánto tiempo he pasado recreando la noche, pero necesitaba este rato para mí, ya que por lo visto, no voy a volver a estar solo en todo el día. Me pongo cómodo, como ya he dicho, no tengo ninguna intención de salir de aquí. Y voy a por mi taza de café mientras Rafa finaliza una llamada.

—Miguel y Jesús vendrán a comer, ya que no me has dejado dormir, al menos que la historia sea memorable —anuncia cuando cuelga—. Así que puedes ir contándome a mí.

No me apetece mucho lidiar con estos tres, porque tampoco es la primera vez que tengo un ligue y ya no somos críos como para contarnos las batallitas. No entiendo por qué le hace tanta gracia, ni que es distinto esta vez, puesto que no le he dicho nada sobre que se haya quedado a dormir, si es que lo que hemos hecho ha sido eso.

Es Rafa, así que tampoco me voy a hacer de rogar y no tengo porque esconderle nada. Le cuento un poco el discurso que me pegó, después de dejarme como una moto a punto de tirármela, nada más llegar, encima de la cama. Le explico también las cuatro cosas que le dije yo, que no eran nada del otro mundo, pero que, al fin y al cabo, fueron más que suficientes para que, en este caso, fuera ella la que se adelantara. Y finalmente le cuento, muy, pero que muy, por encima la noche que hemos vivido. No creo que haga falta entrar en más detalles de los que le he dado, que este ya se recrea solito.

—¿Y cuándo habéis vuelto a quedar? —indaga después de mi discurso.

—El de esta mañana ha sido el de despedida. —Me mira frunciendo el ceño—. Ha sido cosa suya, me ha dicho que todos conocemos el juego y que era mejor dejarlo así, en una noche de

ensueño, no me ha dado opción a réplica...

—¿Qué mujer en su sano juicio tiene una noche como esta y no quiere repetirla? —Sé que es un pensamiento, el mismo que me ha aparecido a mí al decirlo, pero lo ha hecho en voz alta.

—Eso mismo he pensado yo, le he enviado un mensaje, pero sin respuesta, así que... a otra cosa, mariposa. —Dije que no perdería nunca el culo por una mujer y no voy a hacerlo ahora.

—Ni tú mismo te crees esas palabras. Cuando quieras admitir que esta mujer te está provocando algo más que ganas de follarla, hablaremos el mismo idioma.

—Rafa, no empecemos —le advierto—. No la conozco para nada más.

—Lo que no significa que no quieras conocerla. ¡Joder, Nando! Déjate de historias, ni de cuentos, conmigo y, por una vez en tu vida, apuesta por lo que tienes que apostar. Que sí, que somos los solteros de oro y que la vida nos va muy bien, pero no por eso nos tenemos que privar si nos aparece alguien especial, y antes de que me vengas con excusas, ambos sabemos que Cristina podría llegar a serlo, y eso es lo que te aterra. Pues déjame decirte que los miedos están para vencerlos y ya es hora de que te enfrentes al tuyo. Te dejo reflexionando, que yo me voy a hacer la comida si queréis tener algo decente en el plato.

No le respondo, no vale la pena. Hoy se han limitado a darme todas las lecciones y a dejarme después. No tiene razón, y cuando pueda verlo como yo se dará cuenta de que está equivocado, pero no vale la pena debatir con Rafa de este tema. Los dos somos unos inexpertos con las mujeres, fuera de la cama, así que no sé a qué vienen tantas lecciones. ¿Por qué todo el mundo se empeña en dar consejos cuando ni ellos mismos los siguen? Cuando se trata de los demás, todos piensan que saben más sobre su vida que la propia persona, pues permítanme decirles que quien más sabe de mí soy yo.

No me gusta que hable de mis miedos, en su día ya me prometí que no volvería a apostar por ninguna, no es ningún miedo, es una realidad en vista de lo que pasó. Cristina no encaja conmigo, eso lo sé yo, lo sabe ella y lo sabemos todos, así que espero que me cuente las reglas de su juego y podamos seguir pasándolo bien una temporada. Me mosquea que no me haya respondido al mensaje, no me creo que sea capaz de dejarlo todo así y desaparecer del mapa. Por el momento, voy a tumbarme a descansar, que yo sí lo necesito, y a ver con qué me salen estos hoy, que lo que menos me apetece es lidiar con gilipollices.

No sé con exactitud lo que he dormido, pero no lo suficiente como para que Miguel tenga que venir a despertarme. ¿No pueden dejarme tranquilo? Ha sido Rafa quien ha programado esa reunión de amigos, a mí nadie me ha preguntado al respecto, así que podría tener planes o estar ocupado. Aquí ya no se respeta ni esa privacidad y ya empezamos a tener una edad. Que si por las resacas alcohólicas nos dejamos espacio, por las sexuales debería ser la misma norma.

—O sea, los invitas tú y montas la fiesta en mi casa —me quejo al ver la mesa preparada en mi salón.

—No te quejes, que he hecho la comida. —Faltaría más—. Y así observábamos cómo se te caía la baba durmiendo, ¿estabas recreando la noche? —se burla Rafa.

—Ya nos ha contado, ¿en serio fueron siete y ni lo dejasteis dormir? —se apunta Miguel.

—Si ya os ha contado, paso de repetir la historia. —Lo que menos me apetece es lidiar con estos tres ahora. Los quiero mucho, pero más me quiero a mí—. Ha sido una buena noche, eso es

todo.

—Ha sido una noche apoteósica, hacía mucho tiempo que no oía a una mujer gritar tanto y eso que no era ni para mí, pero esa está lejos de contenerse algo. Y ahora vas de duro porque Cristina no te ha respondido al mensaje y a ti te gustaría repetir. Pero como ha sido ella la que te ha frenado los pies, no estás dispuesto a admitir las cosas. Que somos tus amigos, Nando —empiezo a dudar esa parte—, a nosotros no puedes engañarnos. —Como Rafa siga hablando, hoy no respondo de mis actos.

—¿Podemos comer sin mencionar esta noche? —Por intentarlo que no quede.

—Ni en sueños. —Ese es Miguel, que le va demasiado el cotilleo—. Admite que te gusta más de lo que dices y rebajaremos niveles.

—Podéis conformaros con que tengo ganas de volver a verla y llevarla a cenar fuera, manteniendo las manos a cierta distancia, ¿verdad? —Una cosa es que me lo plantee, la otra es que fuese capaz de cumplirlo.

—Entonces, tenemos plan para hoy. —Voy a abrir la boca, porque creo que no han entendido que lo que necesito yo es descansar—. Tengo mis contactos, quejica, y esta noche van a estar en el Iputle.

Prefiero no saber cómo lo ha conseguido, aunque nos hemos criados juntos y solemos actuar igual, así que lo más seguro es que Fer ya sepa de mi aventura, esté en el ajo y le haya facilitado el número de algún hermano a la vez que este le habrá facilitado el número de la tal Mónica. Me ha pasado su móvil y solo estoy leyendo los mensajes, los que me gustaría que no existieran, ya que no soy afin a que la gente se entrometa en la vida de los demás.

Rafa:

Hola, Mónica, soy Rafa, el amigo de Nando. He hablado con Nico, pero dice que todavía no sabe qué van a hacer ellos ni si se juntarán con vosotras, algo como que su hermana está insoportable.

Mónica:

Nico me ha puesto al corriente, y Cristina me matará si sabe que he sido yo, pero estoy muy dispuesta a correr ese riesgo después de cómo está, así que... esta noche estaremos en el Iputle, lo que no prometo es que esté sola, ha quedado antes con Ignacio allí, y no voy a confesaros más, porque mucho me temo que este mensaje no se

*va a quedar en tus manos. Cuando lo
lea Nando, dile que se prepare, va a
necesitar mucho más que su sonrisa
hoy.*

—¿Me puedes explicar por qué haces esto? —pregunto tras leerlo.

—Porque eres mi amigo, y si no lo ves tu, te vamos a dar el empujoncito. Que por lo visto, ella no es la única que está insoportable.

Ahora mismo me da igual cómo esté ella. Yo le he enviado un mensaje, al que ni siquiera ha respondido, y ahora mis amigos vuelven a mostrar mi interés hacia ella. ¿Es que no se han dado cuenta? Si ella no pone de su parte, no voy a poner yo de la mía. Llamadlo orgullo, si queréis, me da absolutamente igual, pero no voy a estar ahí moviendo todos los hilos sin recibir nada a cambio. Vale, la noche que he pasado da mucho de sí, pero ya está, ella quería eso, yo quería eso, y ahí lo hemos cerrado.

Además, ha quedado con Ignacio, ¿será que no ha tenido suficiente? No me lo puedo creer, pero no sé a lo que me estoy enfrentando. ¿Mucho más que una sonrisa? Bueno, ¿sabéis?, mejor comer en paz y ya veremos, no quiero seguir pensando en esto ni un minuto más. Voy a ir, porque no tendré alternativa, pero más vale que sea ella quien me busque a mí y no al revés.

Capítulo 31

Cristina

No hay reglas del juego, ni estupideces de este tipo, simplemente que Nando disfruta de las noches, he podido comprobarlo de primera mano y muy bien, y yo también. Pero la diferencia está en que por alguna extraña razón, de esas cosas que son inexplicables, tengo el presentimiento de que podría pillarme por un hombre como él, y es lo que menos me conviene. Ya no solo porque todo empezó con una mentira, sino porque, por nada del mundo, él acabaría con una chica como yo. Así que ahorrémonos el mal trago y dejémoslo en lo que ha sido.

Evidentemente no he respondido al mensaje, si he apostado por que se quedara todo dentro de las paredes de su casa, no puedo fallar a mi palabra tan pronto. Que coherencia todavía me queda un poco. Además, después de haber dormido, no sé cuánto tiempo, estoy mucho mejor. Y aunque podría afirmar que todavía me duelen algunos músculos, no puedo evitar sonreír cuando los toco, será un bonito recuerdo, de eso estoy completamente segura.

Nico no me ha despertado para comer, y ahora es casi la hora de cenar, suerte que hoy habíamos quedado directamente en el local, que si no, ya me estarían asesinando, o ya habrían aporreado la puerta. Lo que si que me ha dejado es una nota y un plato de comida en la cocina. En el fondo, cómo para no quererlo. Se ha ido a jugar a pádel y luego había quedado para cenar, dice que, depende de cómo, se animarán a venir con nosotras, pero que no me preocupe si no aparece. No sabéis las ganas que tengo de que encuentre a alguien que lo quiera y lo merezca, aunque para que llegue eso, él también debería asentarse un poco.

Antes de comerme el plato de arroz, aprovecho para darme una ducha, bien necesaria después de todo, y que me permite también despertarme, si no la noche se me va a hacer eterna. He quedado con Ignacio antes de reunirme con las chicas, no sé muy bien lo que le voy a decir, pero creo que esta noche me ha abierto los ojos. ¿Será porque en todo lo que llevamos juntos no había llegado a alcanzar estos niveles? Pues no niego que podría ser un motivo, pero no es suficiente, puesto que yo he disfrutado mucho de todos nuestros encuentros.

De nada sirve que ahora empiece a buscar excusas o a intentar justificarme, me voy a quedar sin uno y sin el otro. Asumí en su día que no iba a tener pareja, y no la busco, pero sí que voy a empezar a tomarme mi tiempo para conocer a los hombres que me apetezca. Es decir, que voy a frenarme un poco, ya lo estaba haciendo con Ignacio, solo que he descubierto que él no es el adecuado, algo un poco absurdo, puesto que no busco el definitivo, pero sí que me apetece sentir un poco más. Tener algo más que placer, alguien que consiga ponerme nerviosa, que me excite nada más verlo, que me encienda con un simple roce, que sea capaz de cuidarme, mimarme un poco... Vale, *stop*. Muchas de esas cosas las tiene Nando, pero no el resto, así que no, también está descartado.

No os lo creeréis, pero son prácticamente las once de la noche cuando he terminado de hacerlo todo, ya dije yo que estaba exhausta. Lo que significa que solo me queda media hora para acabar

de arreglarme y llegar al Iputle. Suerte que la puntualidad nunca ha sido mi fuerte y podrá entenderlo. Me pongo un vestido negro, no tengo que arreglarme mucho, que hoy no estoy para demasiado mambo, y me maquillo lo justo. De las pocas veces que voy a cumplir lo de noche de chicas y voy a hacerle compañía a Mónica, no se podrá quejar, que con la temporada que llevamos, soy más ella que ella misma.

—Sabía que tarde o temprano pasaría Cris, no tienes ni por qué justificarte. —Me alegra que sea tan comprensivo.

—No es que haya conocido a nadie, solo que creo que me he acomodado con lo nuestro y no he permitido hacerlo... —Después de todo, lo único que quiero es que me entienda.

—Tengo que admitir que yo también, llegó un punto donde contigo estaba bien y me bastaba, aún sabiendo que no iríamos a nada más. Te he cogido mucho cariño y no vas a desaparecer tan pronto, pero comprendo que necesites un poco de espacio para, al menos, intentarlo.

—No te estoy pidiendo nada de esto, y menos cuando voy a volver al gimnasio y quiero que te encargues tú de volver a ponerme en forma, solo que vamos a probar eso de ser amigos, a ver qué tal nos va. —No quiero echarlo de mi vida, eso lo tengo claro.

—Solo, dime, ¿tiene algo que ver el hombre que me respondió al teléfono aquel día? —Y yo que pensaba que los hombres tenían memoria corta, pues no, memoria selectiva deben de tener.

—Digamos que ese ha sido el capullo que faltaba para darme cuenta —puedo llamarlo así—, y el culpable de que hoy no tenga el cuerpo para...

—¿Cristina sin ganas de fiesta? —Se sorprende.

—De fiesta, muchas, pero de lo otro... no puedo ni moverme. —Nos reímos.

—Eso vas a tener que contármelo bien, pero en otra ocasión, hoy no va a ser tu día, mira la entrada.

Y no, efectivamente, hoy no va a ser mi día de suerte. Nada más verlo entrar en el local mi cuerpo se paraliza, no me lo puedo creer. Es la última persona que esperaba ver hoy y, para qué negarlo, en toda mi vida. ¿Por qué tienen que pasarme a mí estas cosas? Si ya lo digo bien, que salgo de una para meterme en otra. Por lo visto, no puedo tener ni un día de tranquilidad.

No puedo y no voy a poder quedarme aquí. Me da igual que prometiésemos la noche, que tenía que ser una noche memorable y todo lo que quieran, pero yo no puedo compartir espacio con él. No, él sabe que no puede estar aquí y no sé por qué coño ha venido. He perdido la cuenta de los años que han pasado y no soy capaz de creerme que mi cuerpo siga así después de todo.

—¿Cris estás bien? —Ignacio me coge del brazo.

Es muy consciente de lo que me está pasando en este momento. Fue uno de los que me ayudó a remontar y en los que pude confiar en su día. Esta historia no la sabe todo el mundo, fue algo que intenté olvidar cuando prometí cerrar ese capítulo, pero es inevitable necesitar consuelo de vez en cuando. Por eso ha sabido quién es el que está en la barra pidiendo una copa, y por eso sabe que mi estado de *shock* podría ser, incluso, normal.

—Cristina, no puede tener ningún poder sobre ti. Ha pasado mucho tiempo, y tú eres una persona increíble y él un ser repugnante, no le muestres que sigue teniendo influencia en tu estado, no dejes que piense que podría volver a tenerte. Voy a llamar a Mónica, seguro que ellas pueden hacer más que yo.

No, por supuesto que no tiene nada que hacer conmigo, porque de lo único que tengo ganas es de arrearle un bofetón; lo que no entiendo es por qué mi cuerpo se ha quedado como un pasmarote. Tengo que respirar varias veces para recomponerme y darme cuenta de que sus ojos están clavados en los míos. No recuerdo la última vez que nos encontramos en una tesitura similar, y por su bien, espero que no le de por acercarse a mí. ¿Qué cojones ha venido a hacer? Conoce las probabilidades de encontrarse aquí conmigo, era uno de los lugares que frecuentábamos juntos, así que no hay ningún motivo, excluyéndome a mí, por el que haya decidido estar aquí.

No sé cuanto tiempo pasa hasta que Mónica y Nico me sorprenden. Sé que no vienen solos, pero también sé que son los únicos que me pueden ayudar a afrontar esto. Maldito día en que lo pusieron en mi camino, maldito día en que fui tan débil de caer, y maldito día en el que decidí que tenía que ser parte de mi vida.

—Cris, hemos venido a pasarlo bien, por nada dejes que un ser miserable consiga amargarte una noche. Es una etapa que ya tenías cerrada y no vas a reabrirla ahora. Eso está más que superado, es un medio mierda, ¿no te has dado cuenta aún? Piensa en la noche que acabas de vivir, él no te daba ni la mitad, así que no dejes que el pasado influya en lo que puedas pensar hoy. — Mónica me abraza, en vista de que yo no estoy respondiendo.

—Estoy de acuerdo con ella, hermanita. Me arrepiento de no haberle partido las piernas en su momento, pero te has convertido en una mujer espectacular desde entonces, así que no dejes que te amargue por nada del mundo, no lo merece, y tú y yo lo sabemos. —Nico se une a nuestro abrazo.

Sé que tienen razón, esta es otra ocasión en las que afirmaríamos lo de que conocemos la teoría a la perfección, pero la práctica nos cuesta un poco más. No siento nada por él, no, mi cuerpo no responde en ese sentido. Que es atractivo es evidente, y no puedo negarlo, pero no queda nada de lo que hubo en su día. No queda nada de toda la ilusión que despertaba en mí. De todo lo que me hizo pensar, ni todo lo que llegué a creer. Pensé que seríamos invencibles, pensé que había encontrado el amor más puro que podía existir, más verdadero, más perfecto y más romántico que una podía tener. No queda, absolutamente, nada de todo aquello. Simples recuerdos que hacen que mi mente procese a una velocidad excesiva ahora mismo.

Aprovecho para acabarme la copa de un trago, necesito este momento para recobrar el sentido y volver a donde estoy. Y sobre todo, con quien estoy. Tengo a mis amigas aquí, mi hermano ha venido con los suyos, y tengo a Ignacio que no ha soltado mi mano en todo el rato. Sé que en parte lo hace para que el otro piense que he podido rehacer mi vida; me dejó hecha una miseria, una mierda pura, pero lo normal hubiese sido que, después de tanto tiempo, hubiese conseguido pasar página.

Pues no, no he vuelto a creer en el amor desde entonces, y dudo mucho que vuelva a creer en él. Me arrebató la posibilidad de encontrar a un príncipe azul y de poder vivir el mejor de los cuentos. No debería dejar arrebatarme nada más. Sigo sin entender cómo una persona es capaz de influirte tanto y que pueda hacerte cambiar de parecer con simples palabras o gestos. Yo confié plenamente, pero esa persona ha quedado atrás por mucho que ahora no comprenda mi estado actual teniéndolo enfrente.

—Estoy bien —digo al fin, y todos toman asiento con nosotros.

Si no lo estoy del todo, lo estaré. Esto es solo una advertencia de que ayer se me fue un poco de las manos, pero me recuerda que no puedo fiarme de nadie, ni caer en las redes de ninguno. Como una señal del destino.

—Cuéntanos a nosotras la noche —intenta desviar el tema Daniela—, que eso sí que es motivo

de celebración.

—Yo quiero saber tu secreto —apunta Carlota—; bueno, y el suyo para darte tanto...

Sí, esas son mis amigas y si saben que con algo podemos entretenernos es con nuestras batallitas sexuales. No somos pudorosas y no tenemos nada que esconder, por lo que me parece un tema adecuado para sacarme las penas de encima. Me da igual que Ignacio escuche el relato, se lo iba a contar de todas formas, y Enrique y Roberto están curados de espanto, demasiados años ya.

Les cuento la historia, no especificando, que a mi hermano tampoco le hacen falta tantos detalles, sabemos que no somos mojigatos, pero no hace falta que nos recreemos, que somos hermanos. No puedo evitar hablar desviando de vez en cuando la mirada a donde no debo. Y lo sé, no solo por lo que veo, sino porque Mónica se encarga de darme en la pierna cada vez que observa que mis ojos se mueven en dirección errónea.

Si todo fuera tan sencillo... necesito estar ocupada hoy y necesito entrar en la pista de baile y dejarme llevar por la música, dejar de pensar en lo que hay a pocos metros y disfrutar como nos habíamos prometido. No soy de las que piensa que el alcohol me va a ayudar a ello, no, ese lo único que conseguiría sería que la liara más de la cuenta, y no está el horno para bollos.

Después de asegurarles que estoy bien y que ha sido positivo encontrármelo aquí y no en otro sitio. Vale, tampoco soy masoca, pero mejor encontrármelo de fiesta, que tengo con lo que distraerme y pasármelo bien, que un día en plena calle y sin escapatoria. Necesito relajarme, y la mejor de las maneras es moviendo el esqueleto, que es a lo que habíamos venido. Pero cuando voy a adentrarme a la siguiente sala, alguien coge mi brazo y lo primero que me suelta es:

—Cris, ¿podemos hablar? He venido solo a eso, te lo prometo. He dejado a mi mujer y quiero contártelo todo.

Capítulo 32

Nando

Todavía no sé por qué he accedido a venir, ella sigue sin responderme y no me apetece ir detrás como un perro. Pero decidles vosotros a mis amigos que no, con lo emocionados que están de que por fin una mujer haya conseguido plantarme cara. Parecemos críos a veces, pero da igual, una copa seguro que me viene bien, porque no tengo el cuerpo para mucho más hoy.

Así que nada más entrar en el Iputle me dirijo a la barra, esa es mi única prioridad en estos momentos. Pero mi cuerpo parece reaccionar a otra presencia y no tardó en visualizar uno de los sofás de las esquinas. Los conozco bien, son lo más recatados del local y los que suele coger la gente cuando no les apetece ser el centro de atención mientras disfruta de su gran conquista de la noche. Sí, muchas noches en ellos. Lo que no esperaba era que tardara menos de veinticuatro horas en olvidar la magnífica noche que hemos pasado. No lo digo yo, ella misma lo reconoció al irse. No está haciendo nada extraño, parece que solo estén hablando, aunque la cara de embobada que está poniendo da mucho que pensar. Maldito momento en el que accedí a venir.

—Nando —me llaman, y al girarme, distingo un rostro que me suena, pero ahora no sabría decir de qué—. Soy Nico, el hermano de Cristina, y ella es Mónica. —Los saludo a ambos sin saber muy bien qué hacen aquí.

—Rafa —se autopresenta, aquí, mi amigo, y lo agradezco, puesto que ha sido él quien ha quedado con ellos.

—Como se entere Cristina me mata —esa es la chica—, y prometo que cuando te dije que necesitarías más que una sonrisa no lo decía por eso. —Me señala la escena del sofá—. Pero necesitamos tu ayuda. Tenemos que pedirte que la rescates de ahí.

—¿Qué? —Esto tiene que ser una jodida broma—. No creo que necesite mucha ayuda ahora mismo, y no he venido aquí a esto, así que...

—Has venido aquí porque la noche de ayer no te fue suficiente —no sé hasta que punto sabe su hermano—, y si no tuvieras ganas de verla, estarías en tu casa. Es mi hermana y la quiero por encima de todo, no me gustó lo que hicisteis y si no te he partido la cara antes, tengo mis motivos. —Lo que me faltaba—. Te lo estamos pidiendo por favor. Eres el único capaz de que se levante de ese sofá, lo hubiésemos hecho con Ignacio, pero sabemos que no funcionará—. ¿Que ese no es Ignacio? ¿Y la tengo que ir yo a buscar de un ligue?

—¿Me podéis explicar que está pasando?

—Está bien, no tendríamos que ser nosotros, pero visto que, si no, no vas a acceder a ayudarnos, te lo cuento. Así en breve resumen, ese es Antonio, la última pareja que tuvo Cris, y por lo que tengo entendido, ya conoces que lo pasó mal por un hombre casado. Pues ese es. El hombre que le jodió hasta el fondo y le robó la ilusión. No me voy a poner sentimental porque

entonces mi persona va a tener los días contados. Cris y él estuvieron dos años juntos y para ella fue el hombre de su vida, hasta que... se destapó todo el pastel y resultó que Antonio estaba casado y esperando un hijo de su mujer. No voy a entrar en detalles, pero ha llegado hoy y se la ha llevado para hablar después de decirle que se ha divorciado y que necesita contárselo todo — resume Mónica.

—No me mires así, no me han faltado ganas de romperle la cara, solo que mi hermana no me lo perdonaría y ha sido ella la que nos ha pedido que la dejáramos hablar. Ha pasado mucho tiempo y afirmaré que está todo curado, pero puede ser muy débil, a veces, y no me gustaría que el otro intentara convencerla.

Vale, me había planteado muchas opciones, pero esta no. Sí, ya sabía que tuvo una aventura con un hombre casado, pero no conozco los detalles porque ella no quiso contármelos anoche y lo respeté porque ambos buscábamos lo mismo. Entiendo la preocupación de su hermano, yo no dejaría que nadie de mi familia pasara por algo similar y me gustaría muy poco que se dejara comer la cabeza. No la conozco mucho, pero suficiente como para saber que tiene fuerza de sobra para plantarle cara a un capullo como este, solo que no estoy seguro de los sentimientos que pueden haber de por medio.

Ni siquiera sé por qué me estoy comiendo tanto la olla o por qué estoy dejando que todo esto me concierna. ¿Es que el mundo se ha vuelto loco? Cristina y yo solo hemos compartido una noche, esta mujer no debería robarme ni un minuto más, puesto que ha sido ella la que así lo ha querido.

Eso es lo que pienso, y en cualquier otro momento me hubiese largado sin más. Pero con ella no puedo, sigo buscando motivos que expliquen mi comportamiento, esos que hacen que asienta con la cabeza y me encamine en su dirección. Ahora mismo la tengo de espaldas a mí, así que no sabe que estoy a poca distancia, él que si lo sabe es mi cuerpo, y la sensación que tengo vuelve a ser placentera. Tenerla cerca me gusta y no puedo dejar que jueguen con ella. Yo lo hice y me arrepiento, pero por lo que me han contado, este tío se ha llevado la palma.

¿Qué se supone que debo decirle? «¿Siento llegar tarde?». ¿Cómo debo presentarme? Será que no he actuado veces para conseguir un objetivo, y sin embargo, ahora no se me ocurre un personaje con el que no me gane un bofetón, a la vez que consiga que el hombre que tiene enfrente piense que la ha perdido para siempre. Porque eso es así, ¿verdad? No va a volver a caer en esa historia. O eso es lo que yo quiero. Madre mía, quién me ha visto y quién me ve. De nada sirve que esté con la cabeza pensante, porque ha sido colocarme delante de su mesa, a la vista de ambos, y ella ha actuado por los dos.

—¡Cariño, por fin! —El beso que me planta está cargado de mucho más que de una farsa—. Justo le estaba dando a Antonio la buena noticia. —Pues debería dármele a mí también.

—Enhorabuena. —Me estrecha la mano su acompañante—. Yo no supe apreciarlo cuando lo tuve, os dejo que lo celebréis —dice al levantarse y darle dos besos a Cristina.

Ha sido más fácil de lo que esperaba librarse de ese tal Antonio, y el bufido que suelta Cristina al volver a sentarse me confirma que no le apetecía mucho estar en esa tesitura. Visto así, quizás Ignacio hubiese servido, o incluso su hermano o Mónica. A ver si la broma me la estarán gastando a mí y acabo de confirmar que soy el mayor de los pardillos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta cuando me siento a su lado—. ¿Sabías que estaría aquí? ¿Por qué has aparecido? —Vale, ahora creo que está volviendo a adquirir su nivel de nerviosismo.

—Creo que te acabo de salvar de algo, ¿me puedes explicar qué tenemos que celebrar? —

Tiene que ser ella quien quiera contarme las cosas, y después del recibimiento que he tenido, creo que me merezco una explicación.

—Mmm... Sí, perdón.

—Pensaba que no te gustaban las mentiras, así que más vale que la historia sea buena. No has respondido a mi mensaje, no sé cuáles son las reglas de tu juego y, sin embargo, creo que el beso que me has dado dista mucho de que todo se quede en la noche que hemos pasado. Así que tengo toda la noche para que me pongas al día —le suelto antes de que pueda inventarse cualquier cosa.

—Está bien —se rinde—. Ese era Antonio, sé que tú o tu hermano sabíais de su existencia. Lo conocí cuando salía de una relación de cinco años en la que pensé que necesitaba un hombre que supiera llevarme la contraria, diferente a lo que tenía en casa. Coincidimos en una de las formaciones a las que me enviaba la empresa y tuvimos conexión. Era algo nuevo para mí, ya que Simón había sido mi pareja desde que recordaba y todo había sido muy corriente, pero tenía todo lo que había soñado. No voy a describirte a mi hombre perfecto, pero se le acercaba mucho. Empezamos a quedar y a vernos prácticamente todos los días. Teníamos una relación de ensueño, era la envidia de muchas y creí en lo que solemos hacer las mujeres, en el amor, en encontrar el príncipe azul y en las historias para siempre. Dos años, dos años en los que mi vida fue un sueño, en los que cada día superaba al anterior. Hasta que un día empecé a entender por qué no dábamos pasos hacia delante, como el de vivir juntos si ambos vivíamos solos. No era la única. Cuando descubrí aquello fue un golpe muy duro, pero estaba enamorada y cuando te pasa eso, eres capaz de perdonarlo todo. Él me juró y perjuró que había sido un desliz, y en definitiva nunca nos habíamos prometido fidelidad, creía que eso se sobreentendía, pero fue mi excusa para poder perdonarlo. Hasta que dos meses más tarde se destapaba todo el pastel. No solo no era la única, sino que estaba casado desde hacía cinco años. ¿Cuál fue la excusa entonces? Qué llevaban mal demasiado tiempo, que estaban en un bache del que él no encontraba salida y que desde que estaba conmigo no había podido estar con ella. Que ya le había pedido espacio y que estaba dispuesto a separarse. Claro, la tonta de Cristina seguía hasta las trancas y lo aceptó. Hasta que días más tarde, tenía entre mis manos una ecografía, lo que acabó por destrozar mi mundo. —A estas alturas no para de derramar lágrimas, y me estoy sintiendo tremendamente mal por haberle hecho contarme todo esto, aunque quizás le venga bien—. Eso ya no tenía escapatoria, un hombre que había jugado conmigo como quería, que era capaz de vivir una doble vida y que me había engañado a niveles extrapolares, eso era lo que era, y necesité mucho tiempo para admitirlo. Necesité tiempo, no solo para procesar lo que me había pasado, sino también para asumir que no era la clase de hombre que quería en mi vida, que no podría volver a fiarme de nadie y que no dejaría que me mintieran jamás. Hoy ha sido el primer día en que lo he visto después de mi adiós, después de todos los insultos que le dije y de empezar el peor de mis infiernos. Cuando lo he visto entrar, creía que mi mundo se venía abajo, pero recordé que prometí que no iba a joderme nunca más, y mi cuerpo ni siquiera lo ha reconocido como un recuerdo bonito. Se ha divorciado. Ha venido aquí a decirme, después de tanto tiempo, que se ha separado de su mujer. Y ha tenido el morro de decirme que lo ha hecho por mí. ¿Quién cojones va a creerse eso? No sé de dónde he sacado las fuerzas para no caer en sus encantos, ni para no creerme las historias de que no ha podido olvidarme, que desde que se separó de mí no ha vuelto a ser él mismo... y por algún extraño motivo me ha salido decirle que estoy comprometida.

—¿¡Qué?! —suelto de pronto.

—Estoy orgullosa de ti. —La abraza Mónica, que hace rato que han aparecido por aquí—. Vamos a ir a demostrarle lo que se ha perdido. —Tira de ella para llevársela.

¿Nadie me va a decir nada? Recapitulemos, me han hecho venir hasta aquí para rescatarla, aunque por lo visto, ella se estaba defendiendo muy bien y la señorita le ha soltado, sin más, que estaba prometida. O sea, que cuando he llegado yo, me ha besado como si lleváramos a saber cuánto tiempo juntos; el otro se ha largado dejándonos celebrar, me imagino que el compromiso, y después de contarme toda la historia, va y se larga. ¿En serio? Cuando creo que no pueden tomarme más el pelo, me doy cuenta de lo equivocado que estoy, siempre se puede un poco más.

No voy a ponerme muy tiquismiquis, pero me ha jodido. Pensaba que tendríamos un momento para los dos. De hecho, Mónica estaba detrás de mi aparición de esta noche, así que podría haberme dejado un rato, no solo para asimilar su pasado, sino para darle mi punto de vista. No sé muy bien qué habría dicho, aunque tengo curiosidad por saber si sigue manteniendo ciertos sentimientos hacia él. Que haya hablado de ese personaje como el hombre de su vida, el príncipe o no sé que gilipollez, me ha tocado los cojones.

—¿Cómo se siente uno al ser su salvador? —se burla Rafa, trayéndome una copa.

—O más bien como un idiota, porque vaya cara se te ha quedado —se anima Jesús.

—Yo de ti la agarraba bien —el que faltaba—, ve a buscarla y celebrad ese compromiso como se debe. —Se ríe Miguel.

—De verdad que no sé por qué sois mis amigos —me quejo en voz alta.

—La verdad que tampoco sé por qué eres tan cazurro. —Rafa pone su mano en mi hombro—. Levanta el culo y ve a demostrarle a esa mujer que a tu lado ese mindundi no es nadie. Y como me repliques si que voy a darte el hostión que te has ahorrado de su hermano, deja de hacerte el machito y empieza a ser consciente de lo que quieres con ella. Cógela y haz que se olvide de por que dejó de creer en esto, no te preocupes que yo no duermo en casa hoy —me dice antes de hacer que me vuelvan a dejar solo.

Cristina, ¿qué has hecho conmigo que accedo a todo lo que me piden? He visto dolor en sus ojos y no me ha gustado ni un pelo, no sé si yo me la mereceré un poco más, pero ese tío no merece que haya derramado una sola lágrima, así que haremos caso a Rafa y no voy a pensar en nada más que en disfrutar de ella.

Capítulo 33

Cristina

No esperaba verlo esta noche, no tan pronto, pero me alegro de tener salidas rápidas y haber actuado en consecuencia. Por nada dejaré que Antonio piense que me hundió la vida y que se llevó todas mis ilusiones con él. Sé que después de haber presenciado ese beso, ha podido convencerse de que era verdad la historia que le estaba contando, aunque no sé si se dará por vencido tan pronto. Nico me ha confirmado que se ha largado, así que, al menos, por hoy, ya no tengo de qué preocuparme.

No soy muy consciente de que he vuelto a contar nuestra relación en voz alta, pero esta vez ha sido diferente. Ha sido como explicar un resumen que permitiese cerrar un círculo. Hacerlo con alguien desconocido, sin que me juzgasen de nada, admitir que lo creí y lo interpuse siempre ante todo. Pero, sobre todo, el poder hablar del pasado, sabiendo que no va a volver a influir en mi futuro. Me arrebató el querer enamorarme y el querer confiar en el amor, pero no me arrebatará mi felicidad. No necesito un hombre para ello, no necesito más mentiras, solo necesito lo que tengo hoy. Mis amigas, mi hermano y mi familia.

—Me he dado cuenta de que ya no duele, no como antes —les digo a Mónica y a Nico, cuando vamos en busca del resto.

—Ahora solo falta que vuelvas a confiar en esto —me responde Mónica, poniéndome su mano en el corazón—. Que vuelvas a abrirlo, que alguien te conozca como nosotros y sepa tratarte como te mereces.

—Esa persona no existe, pero no la necesito —digo en voz alta lo que estaba pensando hace apenas unos segundos.

—Esa persona ya ha aparecido, y más le vale que sepa comportarse y que podáis aprovecharlo —suelta mi hermano—. No vuelvas a decirme que eres poca cosa para él y atrévete a que descubra que eres más que cualquiera de ellas.

No quiero responderle. No voy a admitir en voz alta que Nando podría encajar y ser esa persona, porque no es así. Es demasiado mujeriego, demasiado capullo, demasiado prepotente y demasiado todo para encajar no solo conmigo, sino en cualquier tipo de relación. Agradezco lo que ha hecho hoy por mí, aunque en el fondo él no ha hecho nada, pero olvidémonos del tema. Vayamos a disfrutar de la noche y empecemos con una buena copa.

Cómo echaba de menos esto. Cómo echaba de menos mover el esqueleto sin preocupaciones, sonreír, disfrutar y tenerlas cerca. Estas noches son las mejores del mundo, y al haber estado una temporada sin ellas, me hace valorarlas el doble. Carlota ha tardado bien poco en remplazarnos por un antiguo ligue, pero no se lo reprocho, que está de muy buen ver, y los chicos han desaparecido en busca de otra copa, tampoco es que la pista de baile sea su fuerte. Así que Daniela, Mónica y yo nos hemos quedado a nuestro aire. Poco tiempo, ya que se acaban de posar

unas manos en mi cintura y por todo lo que ha sentido mi cuerpo sé muy bien quien es el dueño.

No puedo girarme. O no quiero. No tan pronto. Prefiero moverme al compas de la música, arrimar cebolleta, como bien dicen ellos, y no pensar en las consecuencias de todo esto.

—Así que hemos salido a celebrar nuestro compromiso... —Mi cuerpo se tensa ante su susurro—. Tenía entendido que estas noticias se celebraban de otra manera. —He intentado girarme, pero ha sido él quien lo ha impedido—. Ni se te ocurra darte la vuelta —sigue susurrando, mientras sus manos recorren mi cuerpo—, déjate llevar.

Este hombre está loco si piensa que voy a dejarme llevar por completo. ¿Aún no se ha dado cuenta de lo que me provoca su cercanía? No soy de tener pudores, pero, señores, esto es demasiado, y sabiendo que es capaz de provocarme un orgasmo solo con sus roces, no puedo dejar las cosas en el aire.

No me va a dejar girarme, así que voy a tener que acatar ciertas normas, pero no voy a darle el juego que quiere. Poso mis manos sobre las suyas y vuelvo a subirlas un poco, no hace falta que me manoseen con público delante. Lo que no significa que me corte yo, así que poco tardo en coger su dedo índice y metérmelo en mi boca. Si quiere espectáculo, que tenga por seguro que lo va a tener, pero no voy a ser yo la perjudicada.

Estamos suficientemente cerca como para apreciar que la bestia empieza a despertarse, y ahora mismo creo que será él quien no quiera separarse de mí. No es que haya mucha luz, pero estoy convencida de que más de uno se daría cuenta del bulto que aparece en sus pantalones, digamos que no tiene espacio para esconder tanto. ¿Qué buscaba con esto? Pues lo que no me ha dejado hacer antes, y es que, en nada y menos, me ha dado la vuelta y puedo tenerlo de frente.

Poco más tardan nuestros labios en encontrarse, como si se hubiesen echado de menos demasiado tiempo. Hace apenas unas horas nos estábamos encontrando cuerpo con cuerpo en su cama y, en este instante, cualquiera diría que es el reencuentro de dos personas que llevan años sin verse. Deseosos el uno del otro, ansiosos por tenernos y desesperados por sentirnos.

No puedo describir lo que siento, lo que me provoca, no puedo justificar mi comportamiento, ya que ni yo misma entiendo lo que me está pasando con este hombre, pero lo necesito. No puedo separarme de él, o mejor dicho, no quiero hacerlo. Pero por una inspiración divina, soy consciente de donde estoy. Vale, ha sido el carraspeo de Mónica que me ha hecho bajar a la tierra y dejar de dar el espectáculo.

Me separo unos centímetros y puedo tener un primer plano del deseo que hay en sus ojos, bastante más oscurecidos de lo normal. A veces no hace falta hablar para entenderse con la gente, y en este momento no es necesario que me diga con palabras lo que ambos queremos. No voy a rechistar, no voy a hacerme la dura, hoy no me apetece en absoluto, así que, sabiendo que lo más probable es que mañana me quede hecha una mierda y me arrepienta de esto, voy a hacerle caso, voy a dejarme llevar.

Veo un cruce de miradas con Mónica y ella solo asiente con la cabeza, no debe pedirle permiso para nada, pero me imagino que es mejor asegurarse de que no le importa, yo aprovecho también para despedirme, la noche ha sido corta con ellas, pero sé que lo entienden.

—Te quiero mucho. —Me abrazo a ella como si hoy hubiésemos dado un paso importantísimo juntas—. Despídeme del resto cuando vuelvan —le pido antes de darle el mayor beso en la mejilla.

—No seas cursi y disfruta, si es que te queda cuerpo después de lo de ayer —bromea—, date una oportunidad.

No sé por qué se empeñan en querer pintarme a Nando de una manera que no es, será que no

nos hemos encontrado hombres como él en el camino como para conocerlos bien. Que voy a disfrutar es un hecho, por mucho que las agujetas se tripliquen mañana, voy a exprimir todo lo que le queda a este espécimen, pero nada más. Y sí, lo reconozco, yo ya tengo mariposas y podría empezar a escribir un cuento de Disney con nuestra historia, ¿para qué seguir mintiéndooos? Pero no va a pasar, así que es mejor aceptarlo cuanto antes, si no la caída siempre es peor.

—Mi casa está a diez minutos andando —le digo cuando estamos fuera del local, ahora mismo no vamos a aguantar mucho tiempo separados.

—Ni en broma, no quiero interrupciones y tengo entendido que vives con tu hermano. — Maldito el día en que lo acepté como inquilino—. Tengo el coche aquí, así que no tardaremos nada.

He prometido no replicar y eso hago. Pero no puedo tener las manos quietas, así que nada más subirme al asiento del copiloto, pongo mi mano en su muslo y empiezo a acariciarlo suavemente. Me encanta jugar con fuego y su cuerpo está muy dispuesto a serme correspondido.

—¿No vas a estar quietecita? —Le respondo con mi cara de niña buena—. Cristina....

Puedo observar cómo se está poniendo, no me considero una experta en el terreno, pero nunca he obtenido quejas y tengo mil y una ganas de jugar con él. O llegamos pronto, o no lograremos subir a su piso. Le abro la bragueta e introduzco mi mano por dentro de su pantalón. Su cuerpo está ardiendo, lo que significa que tiene las mismas ganas que yo. Me limito a acariciar sus muslos, quiero retrasar el momento llevándolo al máximo, hasta que necesite de ello para poder explotar. Cada vez coge el volante con más fuerza, podría decir que se arrepiente de no haber accedido a ir a mi casa, la próxima vez se lo pensará mejor.

Aparca el coche en el *parking* y antes de que pueda pronunciar palabras me coge y me sienta a horcajadas sobre él. No me quejo, en estos momentos estoy demasiado caliente y eso que todavía no me ha tocado. Si ya me pongo así en su compañía, mal empezamos. Nando devora mi boca con desesperación y su agarre de mi rostro lo confirma. No me hace daño, pero ejerce más fuerza de lo previsto. Está ansioso y va recorriendo mi cuerpo con presión. No vamos a durar, no vamos a poder esperar mucho, pero tengo claro que no vamos a hacerlo aquí.

—¿No vas a invitarme a subir? —le digo con sorna, cuando logro tomar aire.

—¿Ahora me vas a decir que eres una chica refinada? —se burla él.

Suerte que sonrío, si no le hubiese propiciado una buena bofetada por un comentario así, a una mujer nunca hay que dejar de tratarla como a una dama, sea el escenario que sea. Abre la puerta y sin bajarme de sus brazos salimos del coche, esa es una de las ventajas de ser poquita cosa como yo.

No sé ni cómo hemos llegado a su piso, pero ya no llevo ni tacones puestos y él lleva toda la camisa abierta. Es un puto dios. Creía que lo de los abdominales perfectamente marcados era un mito, pero no. Los tiene todos bien presentes y solo de mirarlo podría recrearme. No nos apetecen adornos, ni tenemos por qué hacerlo bonito. Me deposita en su cama y ambos sabemos muy bien lo que viene ahora. Eso sí, antes de que pueda pillarme, apago la luz.

—No vamos a volver a pasar por esto —me reprende, volviéndola a abrir.

—Lo necesito —digo entre jadeos, porque Nando se ha colocado entre mis muslos.

—Yo necesito verte disfrutar —responde, justo antes de devorar mi sexo sin ningún tipo de piedad.

No puedo ni contestar. Eso es placer extremo. He comprobado su gran habilidad lingüística en mi boca, pero no sabía que sería capaz de hacer lo mismo en mis partes bajas. ¡Joder! Eso es mejor que cualquier sueño erótico que haya podido tener. Nando sabe moverla a la perfección,

succionando y lamiendo en su justa medida. Está jugando también con sus dedos, lo justo para tenerme expectante. Lo tengo sensible, debido a nuestro maratón de ayer, así que cualquier roce se me hace mucho más intenso, pero es que esto es otro nivel.

Me agarro fuerte a las sábanas porque estoy a punto de perder el control, pero no quiero que me vea hacerlo. No llego a la luz y eso me mosquea a niveles extremos, pero no tanto como para dejar de disfrutar del placer que estoy sintiendo. Esto es pura fantasía, a ver si va a ser todo un experto y he perdido todo este tiempo sin comprobarlo.

—Cristina, relájate —dice de pronto, y no era consciente de que mis piernas se habían cerrado un poco—. Quiero verte disfrutar, quiero que te corras para mí.

No puede ser cierto, no puede ser verdad. No tengo nada en contra de que me hagan disfrutar a mí, pero digamos que yo soy más de compartir. De que lo hagamos los dos juntos, de que sea a partes iguales, de llegar al mismo tiempo... Tanto hablar de la igualdad que al final la he interiorizado hasta en el sexo. Que también podría darle yo luego su parte, si accediera a cerrar la luz, claro, pero no sé... Si es que en el fondo, ni siquiera sé qué estoy haciendo, pensando esto ahora, porque lo suyo no es normal y mi mente no puede pensar con claridad.

—Eso es —dice, justo antes de volver a poner la punta de su lengua en mi clítoris y un dedo en mi interior—. Eres puramente deliciosa. —Vuelve a la faena.

Ya tengo dos dedos dentro y empieza con un ritmo perfecto para mantenerme más viva que nunca. Yo no doy crédito a la situación, pero mi cuerpo tampoco, puesto que no sé en qué momento ha decidido que era bueno que él mandara más que yo.

—¡Jooooodeeeeeer! —grito, antes de ser consciente de que estoy produciendo los mayores espasmos de mi vida.

Capítulo 34

Nando

Con un recorrido de besos subo para colocarme a su lado y observo cómo se tapa la cara con las manos. No sé lo que acaba de experimentar ella, pero este cuerpo es puro sexo y no voy a dejar que se esconda de nada.

—Cristina —la llamo, cogiendo sus manos para sacarlas de donde están—, ¿quieres hacer el favor de abrir los ojos? —Parece una niña de cinco años, pero lejos estoy de que eso me mosquee.

—¡Qué vergüenza! —suelta de repente.

—¿Vergüenza? —Era lo último que me esperaba—. ¿Y lo de ayer? —Porque todo eso fue mucho más intenso.

—Ayer no me veías —se justifica.

Me coloco encima de su cuerpo, aguantándole los brazos para que no vuelva a esconderse y le doy un tierno beso en los labios. No acostumbro a dar muchos, pero este me ha salido solo. Es realmente preciosa y me estoy considerando tremendamente afortunado por tenerla debajo de mí. Solo tengo ganas de volver a devorarla y de volver a hacerla mía, y mucho me temo que, detrás de esta coraza que se está marcando, tiene las mismas ganas que yo.

—Cristina, ¿qué te pasa? —Nunca me hubiese imaginado que esta mujer conociese la palabra vergüenza y mucho menos verla así.

—Pues... —como vuelva a morderse el labio inferior de esta manera, su respuesta tendrá que esperar—, no me gusta que me vean; inseguridad, defectos, llámalo como quieras, pero...

—Déjate de historias, eres perfecta. —Y no lo digo para conseguir nada a cambio—. No puedes privar a nadie de ello, me encanta tu cuerpo —pronuncio, mientras se lo recorro de arriba abajo con mis manos—. Cristina, tu cara de placer es puro erotismo y no sabes cómo me pone eso —finalizo, volviéndola a besar—. ¿De qué te escondes?

—De mí. —Por fin abre los ojos—. Vi perfectamente a esa mujer, yo... yo soy todo lo contrario... estoy llena de defectos, de imperfecciones...

No voy a dejar que siga por ahí, una no debe nunca sentirse inferior a nadie y mucho menos ella. Lo que me está permitiendo sentir esta mujer es mucho mejor de lo que hubiese imaginado nunca y no debe infravalorarse de esta manera. ¡Joder! Es jodidamente perfecta, y si yo soy capaz de verla, no entiendo cómo ella no puede ser consciente de ello.

Me da igual que oponga resistencia, no voy a ceder a que se esconda. Quiero disfrutar de ella y quiero hacerlo con todo a la vista. Quiero ver cómo se arquea ante mí, cómo se excita, cómo gime de placer y cómo consigo provocarle cada uno de los orgasmos que vamos a tener hoy. Para ello solo tengo que utilizar mi maestría y conseguir que deje de pensar, como hace apenas unos segundos.

Sé cómo es nuestra conexión y la química que tenemos no la había sentido con nadie antes, es algo inexplicable pero más fuerte de lo que creía capaz de experimentar. Quizás de eso era de lo que me prevenía Rafa, eso no se encuentra siempre y lo jodido es que por mucho que ahora no pueda pensar en otra cosa, sé que esta mujer no me preocupa solo en terreno sexual. Ya tendremos tiempo de alarmarnos por el resto después.

Le coloco las manos por encima de su cabeza, no voy a dejar que las utilice hoy. La voy a hacer mía y me voy a encargar de llevar la batuta. Ayer pudimos comprobar que ambos somos muy capaces de satisfacernos, y como estoy convencido de que no será la última vez que la tendré para mí, hoy me voy a encargar de decidir cada paso para que llegue a su máximo placer.

Poco tarda mi miembro en estar listo, no es que el momento interrupción vivido haya conseguido bajarlo, así que sigue igual de intacto que cuando la he oído gritar. Cojo un preservativo y, sin soltarla a ella, me lo coloco para poder introducirme en su interior. Sigue mojadísima y eso hace que me ponga más cachondo, si cabe. Puedo proceder a embestidas más profundas ya que me acepta a la perfección. Nuestros cuerpos se complementan, de eso ya no hay ninguna duda. Ella arquea la espalda permitiéndome una mejor entrada, y puedo mantener el ritmo que quiera. Me da absolutamente igual que no sea una de sus fantasías, de haber imaginado nuestros encuentros al más puro estilo animal, esto también sabe a gloria.

Su boca emite gemidos, lo que afirma que está disfrutando, y ver su cara de placer, solo hace que yo me siga excitando cada vez más. Si ayer comprobé de lo que era capaz y me convencí de haber pasado la mejor noche de sexo de mi vida, mentía. Lo de hoy no tiene palabras. Poder observarla de este modo se lleva la palma, se lleva el primer puesto al polvo de mi vida. Estoy muy cerca de correrme, y por suerte, he aprendido a conocer el cuerpo de la mujer para saber que a ella también le queda poco. No hace falta que nos avisemos, ni que hablemos, el placer lo hace por nosotros. Ayer nos excitamos con garradas, y guardo muchas de esas palabras que funcionaron para ocasiones futuras, pero hoy se trata más de contemplación.

Una embestida tras otra, una respuesta en forma de gemido, respiraciones aceleradas y agarres a mi culo que me demuestran que estamos a cien. Así que tampoco lo demoro mucho más y en cuando ella me vuelve a dejar sordo, esta vez con mi nombre entre sus labios, me permito alcanzar el clímax. No solo de placer, sino de gloria, de felicidad, de demasiados sentimientos inexplicables.

Me desplomo a su lado, y procedo a acariciarla, a mostrarle que, para mí, ha sido un momento mágico y no quiero que piense nada más. Sus ojos se iluminan con mi mirada y la ternura que despierta es algo nuevo para mí. Parece tan indefensa en estos momentos que solo me apetece abrazarla. Tan peleona que parecía, que nadie diría que es la misma persona que tengo entre mis brazos. Me acomodo de tal manera que pueda colocarse encima de mi pecho y mientras la acaricio, la animo a descansar.

—Debería irme a casa —suelta cuando se ha recuperado.

—Ni lo sueñes, princesa, todavía no he terminado contigo —le respondo con una sonrisa.

—¿Me has llamado «princesa»? —Anda que le ha durado poco guardar su lado guerrero.

—Tengo mi lado tierno, señorita —me justifico.

—A mí ya no tienes que engañarme —finaliza por decir, mientras veo que se acomoda para conciliar el sueño.

Mi respuesta es un simple beso en su cabeza. Sabía que tenía ese lado tierno, lo que no sabía era dónde estaba. No suelo hacer esto con ninguno de mis ligues, pero a estas alturas creo que sobra decir que ella es diferente al resto. Me gustaría decir que especial, pero se quedaría muy

corto. Me siento bien, me siento pleno y me da miedo poder acostumbrarme a esto.

Ella dice que tiene muchos defectos, todos los que yo todavía no he visto, pero, ¿quién no los tiene? Yo estoy cargado de ellos, conozco mi prepotencia, sé que soy un hombre complicado con el que compartir espacio, por mis manías, mis rutinas y mi quererme mucho. Sí, soy un hombre que se quiere a sí mismo y que siempre ha antepuesto su postura a la de los demás. He sido un creído nato y disfrutar ha sido mi prioridad. No me escondo de mi persona, y ahora mismo, me preocupa que todo esto pueda alejarla de mí.

La observo con los ojos cerrados y sé que es una imagen que conservaré por mucho tiempo, mi perfecta muñeca Cristina. Todavía conserva el rubor en las mejillas y lo único que puedo sentir es que soy un ser afortunado. Sé que ya lo dije, pero necesito remarcarlo de nuevo porque es la verdad más pura que podría decir.

No sé cuándo me dormí, ni qué hora es, pero aún es de noche, ya que no cerré la persiana y fuera está de lo más oscuro. Sin embargo, Cristina no está a mi lado, y si se ha largado sin decirme nada, la decepción será inmensa. Eso lo solemos hacer los hombres, y yo no duermo con mis ligues, ni mucho menos soy quien las invita a quedarse, así que eso mancharía mi orgullo.

Por suerte, mis palabras se quedan en vano cuando observo que está sentada en uno de los taburetes de mi cocina, comiéndose uno de los *petit-suisse* que compré para nuestra cena. Nunca les tuve un amor especial a estos potecitos, pero os juro que acaban de subir muchos puestos. La verdad es que no sé si ellos o la persona que los está disfrutando. Cuando alguien imagina una escena erótica con comida, siempre recurre a la nata, al chocolate o yo que sé. Cuando una persona piensa en sexo mientras observa a alguien comer, casi siempre es comiéndose un helado, un plátano o lo que queráis. Pero por nada viene a la cabeza un especie de miniyogur. Pues creedme, si la vierais a ella, cobraría sentido cualquier video pornográfico.

Me recreo mirándola porque es digno de ver, y porque lo hace con los ojos cerrados y emitiendo sonidos que están muy cerca de despertar a la bestia. Fantaseé en su día cuando la observé comerse unas croquetas, pero esto no se queda muy atrás. Observarla a esta distancia está provocando algo en mi interior. No quiero poner nombre a lo que me pasa, no quiero admitir en voz alta lo que Rafa lleva intentando que vea desde hace semanas, pero mentiría si dijera que solo me importa para un polvo. Esta mujer ha sido capaz de atraparme, de hacerme sentir y, sobre todo, de hacer que me preocupe por alguien. Y me importa, podría acostumbrarme a eso, no me cansaría de mirarla, hasta haciendo algo tan básico como comer su postre preferido.

Tenerla en mi casa, con una camiseta mía y unas braguitas amarillas que le quedan estupendamente, tan sencilla, natural, tan pequeñita... me encanta. No se me hace extraño, no me siento incómodo, sino que tengo la sensación de que llevamos semanas haciéndolo.

—¿Así que comiendo a escondidas? —La asusto sin querer.

—Perdón, perdón... —Pone cara de apuro, y sonrío para que se tranquilice—. Me he despertado con hambre, no tendría que haber cotilleado, pero... —intenta disculparse.

—Cristina, como si estuvieras en tu casa, los compré para ti. —La cojo para ponerla sobre la encimera y colocarme entre sus piernas.

Es pura dinamita. Y ya me provoca lo mismo cuando intenta mantener su apariencia de niña buena como cuando saca su carácter para cantarme las cuarenta. Y la mejor versión de ella es

cuando saca su lado juguetón, creo que no es consciente de todo lo que provoca con ello, porque tal y como me mira, mientras relame la cucharita, me está poniendo malo. Y ya he perdido la cuenta de las veces que ha conseguido esto esta mujer.

—Creía que te sentías mal por esto. —Le quito los dos *petit-suisse* que tiene en una mano.

—He cambiado de opinión —responde con su mayor cara de pícara—, a no ser que quieras castigarme por ello —sigue jugando con la cuchara de manera sensual—, entonces, quizás me tome alguno más.

—Creo que tengo un plan mejor —replico, tumbándola en la isla de la cocina, ya tenía muchas ganas de estrenar esto.

Ahora sí que me levanto con el mejor ángel a mi lado. Si no fuese porque la tengo desnuda junto a mí, podría decir que el magnífico polvo que disfrutamos en la cocina, fue un espejismo. Poco a poco veo que abre los ojos y me siento hasta culpable por haberla despertado.

—No quería despertarte —me disculpo.

—Culpa mía, no suelo dormir acompañada y mucho menos agarrada... —Se separa como si le quemara mi cuerpo.

Parecemos dos putos críos tras su primera vez, y ni siquiera creo que la mía fuese de esta manera. Es como que ninguno de los dos sabe muy bien qué decir y tiene miedo de dar con el comentario equivocado. Que haya mencionado que no está acostumbrada a dormir acompañada me gusta, significa que le está dando más importancia a lo nuestro, vamos, como yo. Lo de agarrada no se lo tengo en cuenta, no me ha molestado en absoluto, todo lo contrario, me he sentido tremendamente a gusto.

—¿Quieres un café? —Necesito cortar este tenso momento, así que me levanto y la espero en la cocina.

—No tenemos por qué hacer esto. —Se ha vuelto a poner la camiseta y las braguitas—. Es un poco raro, pero hemos tenido tiempo para saber cómo somos. No hay que forzar las cosas.

—Yo no estoy forzando nada, ¿acaso llevas dos días fingiendo los mejores orgasmos? —la tiento.

—Serás estúpido... —Maldita sonrisa perfecta—. Digo esto, lo de después. Podemos aferrarnos a divertirnos, disfrutar y luego cada uno a su casa, sin tener que presenciar un momento tenso de qué decir, qué hacer o cómo despedirse. Nando, tú eres así, eres como yo en este aspecto, lejos de lo que parece ser tu hermano.

—¿Mi hermano? Claro, él siempre es el hombre perfecto para todas, conmigo lo pasáis bien, pero no es suficiente. No soy suficientemente paciente, suficientemente cariñoso, suficientemente atento... ni todas esas características que os infundáis en pensar que tiene el príncipe de vuestros sueños. —Admito que mencionar a mi hermano me ha hecho responder sin pensar.

—¿Perdona? ¡Yo dejé de creer en todo eso hace mucho tiempo! Y podría bien decir lo mismo, que de entre tanto plástico que pasa por tu cama, querías disfrutar de una persona de carne y hueso para sacarte el gusanillo, pero todos sabemos que después buscarás a otra que sea el doble de explosiva y que pueda satisfacerte más. —Creo que no me va a gustar el rumbo de la conversación.

—Pues probablemente... —No voy a ser yo quien se rebaje.

—Pues perfecto. —Y se marcha a la habitación al tiempo que se abre la puerta de entrada.

—¡Traigo el desayuno! —anuncia Rafa, aunque se calla nada más observar mi cara de enfado.

—Estupendo —grita Cristina desde la habitación—, así aguantas tú al insoportable de tu amigo.

Poco tarda en aparecer vestida y largarse por la puerta sin despedirse. Tampoco considero que haya sido para tanto como para enfadarse de esta manera, así que allá ella.

—¿Qué me he perdido? —pregunta entonces Rafa.

—Que no sé ni por qué cojones lo intento, siempre es lo mismo.

—Tal y como se ha ido, dudo que eso sea cierto.

—¿Qué más da? Se piensa que soy un puto superficial, pues puedo serlo. No me apetece el desayuno, así que puedes largarte a tu casa.

—Tiene razón, estás insufrible y más vale que no sea yo el que te diga qué debes hacer. —Deja la bolsa de cruasanes en la mesa del comedor y también se larga.

¿Por qué las mujeres se empeñan en sacarnos de quicio? ¿No se ha dado cuenta del gran paso que he dado esta noche? Maldita Cristina, dime que no me crees capaz de hacer lo que he dicho. Necesitamos una conversación manteniendo las distancias, ya.

Capítulo 35

Cristina

Este tío es imbécil. Pero de los más grandes que he conocido. ¿Tiene que decir en mi jeta que se va a ir con otra en nada? ¿En qué mundo cabe eso? Que lo sepa es una cosa, que me lo confirme es otra muy distinta. ¿A qué coño ha venido el rollo de su hermano? No me creo que sea la primera que los comparo, y no he dicho nada del otro mundo como para que me metiera ese rollo del hombre perfecto. Después de todo lo que le dije en el Iputle, pensaba que le había quedado claro que era lo último que estaba buscando.

Si es que ya sabía yo que no estaba tomando una buena decisión, y mira que tengo amigos buenos, pues en lugar de animarme, me lo hubiesen podido impedir. Si yo estaba la mar de bien con el ritmo que llevaba y no tenía ningún tipo de queja en cuanto al terreno sexual. Ahora por culpa de esta jodida broma, me va a costar olvidar los orgasmos que he mantenido. Lo que me faltaba, que encima crecieran mis expectativas.

Estoy enfadada, aunque no lo apreciéis, os lo digo muy en serio, solo que me cuesta expresarlo, porque a decir verdad, estoy igual de enfadada que de cachonda. Sí, discutir me enciende a niveles extrapolares y con él no iba a ser distinto. Por eso sabía que debía salir de ahí, y por suerte para mí, Rafa ha interferido en el mejor momento, si no, probablemente, hubiese saltado a su cuello, y mucho me temo que no para rompérselo.

Hacía demasiado que no experimentaba todo esto, y me parece a mí que no lo había hecho nunca a estos niveles. Volver a compartir noche con alguien ha sido... gratificante. Me he sentido bien, me he sentido querida, protegida y seguramente esto es lo que más me aterra.

No puedo volver a casa porque no me apetece tener que lidiar con un tercer grado de Nico, así que me dirijo a casa de Mónica que sé que sabrá darme el espacio que necesito hoy. Y no me equivoco, porque al llegar a su casa me recibe con la mejor de las sonrisas y me deja pasar invitándome a tumbarme en el cuarto de invitados. Solo he tenido que saludar a Gerard con la mano, me imagino que debe de estar al corriente de todo, que la confianza entre estos dos da asco.

Mónica me deja mi momento, y aprovecho para tumbarme en la cama y recordar la noche de ayer. Bueno, en realidad, las dos últimas. ¿Dónde me he metido? Un hombre como este no va a desaparecer así como así, esto ha sido mucho más que un polvo pasajero. Y cuando antes lo asuma, antes podré idear un plan para salir de esta. Que en peores plazas habremos toreado.

Descansar es impensable, y mi móvil no tiene ni un ápice de batería, así que si alguien intenta localizarme, buena suerte. No tengo nada que hacer en todo el día, así que tumbarme podría ser el plan perfecto. Creo que he hecho suficiente ejercicio para poder pasarme el domingo de esta manera, solo que mi amiga Mónica tiene paciencia la justa.

—Quiero saberlo todo, a tu ritmo, pero todo. —Oigo detrás de la puerta.

Y no la voy a hacer esperar. Dicen que cuando expresas las cosas en voz alta, cobran sentido y

te sacas pesos de encima, así que si con alguien puedo hacerlo es con ella. Le cuento poco, porque solo ha sido una noche, así que no hemos tenido un abanico de actividades, ella misma sabe cuál ha sido la principal. Pero no nos engañemos, Mónica está lejos de querer saber lo que hemos hecho, ella prefiere saber cómo me he sentido yo y qué es lo que estoy pensando. Si no fuera por amigas como ella, la vida tendría poco sentido.

No me escondo, con ella no tengo por qué, y le cuento las cosas como son. Hasta la minibronca de esta mañana, si puede considerarse como tal.

—Antes de nada, te voy a regañar por una simple cosa, ¿quién cojones menciona a su hermano, y en este caso, gemelo, después de dos noches de ensueño, dejándolo como el hermano malo? Estás mal de la chaveta, eso lo sabía, pero no tanto. —Frunzo el ceño porque no la estoy entendiendo—. A ver, señorita, claro que tú solo tienes hermanos, así que en tu caso es complicado. Pero imagínate que Samanta, después de un fin de semana con Mateo, le dijese que todos saben cómo es él y que Adrián sería el buen partido. ¿Quién se siente bien después de eso? —Vale, quizás tenga un poco de razón.

—Yo qué sé, no lo he pensado. —Para qué mentir.

—¿Y sabes por qué? Porque necesitabas un motivo para salir de ahí. Porque cuando hablas de él te brillan los ojos, Cris, y eso hacía mucho tiempo que no te pasaba. Porque te aterra aceptar lo que Nando es capaz de hacerte sentir. Porque te aterra creer que has podido encontrar un hombre para ti. Tienes miedo. Demasiado miedo, y con miedo no se llega a ningún sitio. Os he visto miraros, he visto cómo os devoráis con la mirada, y solo me ha hecho falta escucharte cinco minutos para saberlo. ¿Por qué narices no podéis daros cuenta vosotros?

—Frena el carro, bonita. —Que aquí se vienen arriba muy pronto.

—Ni en broma. Mira, Cristina, te quiero mucho, y por eso he estado ahí siempre. Acepté tu relación con Simón, no entendía por qué te agarrabas a él, pero para ti era cómodo, y yo lo acepté. Con Antonio te vi un poco más feliz y, aunque sabes que nunca me acabé fiando del todo, asumí que lo querías y también lo acepté. Estuve ahí cuando se desató todo y en todo el trance de recuperación. He estado ahí con todos tus ligues, todos tus rollos y tus rayadas cuando dudabas en qué estabas haciendo o qué necesitabas. Con Ignacio fue sencillo porque tu eras consciente de lo que había y él también, así que fue perfecto. Ahora, lo que te está pasando con Nando no se asimila a nada. Me da igual que intentes decirme que te sientes igual que con el resto, que te provoca lo mismo o que te montes cualquier historia, ambas sabremos que mientes. Te lo noto yo, que te conozco como si fueras mi hermana, así que no tengo nada más que decir, excepto que dejes de hacer el gilipollas de una vez. Cuesta mucho encontrar a esa persona, y tú lo has pasado suficientemente mal como para saberlo, así que en tus manos está dejarla escapar.

Yo ya estoy llorando, por nada y por todo. Porque estoy sensible y porque es un tema que no me gusta y me provoca recordar malos momentos. Y buenos, que también los he tenido. Siempre me han querido convencer de que cuando aparece esa persona lo sabes, lo notas y si así fuese, no nos equivocaríamos tanto. Sin embargo, Mónica tiene razón, no puedo decir que lo que he sentido con Nando es lo mismo, que lo que me provoca cuando lo tengo delante me ha pasado antes, pero por la misma razón no puedo afirmar que sea el adecuado ni nada por el estilo.

—¿Me dejas cargar el móvil? —le digo entre pucheros.

Seguir hablando con ella no va a aclararme nada y no va a dejar que me vaya hasta que vea que he hecho algo al respecto, así que lo único que puedo hacer es conectar ese teléfono y hablar con la otra parte implicada. No me apetece, pero creedme que es mi única opción para que Mónica me deje marchar.

Para mi sorpresa, cuando logro encenderlo me encuentro con tres llamadas de Nando. A ver si este no está acostumbrado a que le dejen así y lo único que busca es vengarse. Vale, *stop* pensamientos negativos o va a ser a mí a quien asesinen. Tengo demasiado interiorizado el *piensa mal y acertarás*, claro que cada vez que soy positiva, algo me lo desmonta. No tengo ningún mensaje, así que dudo en si responderle con una llamada o enviarle algo. No tengo opción, la mirada de Mónica no me la da.

—Lo siento —decimos los dos en cuanto descuelga.

Vale, parecemos dos quinceañeros. Y que hayamos bajado los dos tan rápido de nuestro orgullo no puede ser tan mala señal.

—¿Podemos vernos? —propone en vista de mi silencio.

—Estoy en casa de Mónica, podemos quedar en el Picbir, está al lado del Palcofe. —Quiero un sitio neutral.

—En quince minutos estoy ahí. —Y cuelga.

A ver, no esperaba una despedida amorosa, pero un beso hubiese estado bien. ¿Dónde me estoy metiendo? Es un primer paso que ambos queramos hablar, o vernos, y un sitio público nos permitirá tener las manos quietas. Necesitamos hablar más allá de la tensión que nos tenemos. Que quizás sea solo eso, y entre nosotros dos no pueda existir nada más.

—¿Contenta? —Le sonrío ahora a mi amiga que no se ha movido de la cama.

—Lo estaré cuando me digas lo bonito que es todo. Anda, ve, que a tu ritmo necesitas más de quince minutos.

Le doy un beso para despedirme y le digo a Gerard que se la tire, que está insoportable. Dudo que no hayan disfrutado de la noche, que aunque no os he presentado a su pareja como es debido, y podáis pensar que es más reservado que nosotros o más recatado, es todo lo contrario. Y disfrutan muy bien el uno del otro. Envidia sana se llama eso.

Cuando llego a la terraza del Picbir veo que Nando ya está sentado en una de las mesas. Me recorren los nervios por todo el cuerpo, me sudan las manos y ni siquiera sé muy bien qué voy a decir. Se levanta para recibirme y me da un beso tierno en los labios. Eso no lo esperaba, demuestra que no viene con ganas de guerra, pero ese gesto hace que tenga más miedo que antes. Porque me gusta, porque me encanta, porque me hace simplemente sonreír.

—He pedido un par de cafés, creo que no es hora para una cerveza. —No, no estoy tan desesperada como para tomar una cerveza a las diez y media de la mañana.

—Siento haberte comparado con tu hermano. —Mejor si empiezo ya a sacar las cosas.

—Cristina, déjame que te explique primero, ahora me toca a mí sincerarme. Tienes razón, mi hermano y yo somos muy distintos. No voy a decirte que las broncas en casa me las llevaba yo, puesto que has podido comprobar quién es el bueno de los dos. —Creo que es de las pocas veces que lo veo nervioso—. Él era el niño bueno, el que sacaba buenas notas, el que hacía caso... tiene su parte gamberra, pero ni por asomo se aproxima a la mía. Cuando tuvimos edad para estar con chicas, era lo mismo. Las mías me duraban... pues lo que tú ya sabes, y él se preocupaba por conocerlas, las escuchaba, era cariñoso... todo lo que buscáis. Así que, en más de una ocasión, cuando yo conocía una chica, se acababan quedando con él. Creí haberme enamorado una vez, y quería hacer las cosas bien. La invité a cenar, la escuché todo lo que pude y mantuve las manos quietas. —No puedo evitar reírme con esto—. Sí, aunque pueda parecerme mentira, lo conseguí. Estuvimos dos semanas, hablando mucho y sin hacer nada. Para mí todo un calvario, pero la chica merecía la pena. Hasta que vino un día a casa, quise llevarla a una barbacoa con amigos y...

—Conoció a tu hermano —termino la frase por él, mientras le agarro la mano.

—Correcto. Lo mío era forzado, mostrarme tan atento, tener muestras de cariño... y no tardó en darse cuenta de que a mi hermano le salían natural. Esa chica es Mariona, así que no me arrepiento de nada, porque es la mejor pareja que he conocido, bueno, de momento. —Me sonrío para rebajar tensión—. No era para mí. Me jodió, y mi hermano se portó muy bien conmigo porque no hizo nada con ella hasta que yo le dije que dejara de hacer el idiota y luchara por la mejor mujer que había conocido nunca. No me siento inferior a él, solo somos diferentes. En ese momento comprendí que él era lo que las chicas buscaban y no yo y aprendí a vivir con ello.

—Sabes que hace mucho tiempo que las chicas hemos dejado de buscar un príncipe azul, ¿verdad? Yo tuve un Fer en mi vida y no fue suficiente.

—Tú misma has dicho esta mañana la clase de persona que soy. Y sí, no voy a negártelo, pero no puedo quedarme para mí lo que me está pasando. No puedo explicar lo que me pasa contigo porque ni yo mismo lo entiendo, Cristina, pero dicen que lo más difícil es coincidir, y eso ya lo hicimos. ¿Por qué vamos a privarnos la oportunidad de descubrirnos?

—Porque estoy aterrada —confieso—. Esto también es nuevo para mí y no podría soportar otra mentira, contigo no. Tengo la sensación de que dolería mucho más y ni siquiera te conozco.

—Yo que pensaba que eras la más dura del mundo —se burla—. No más mentiras, te lo prometo, solo intentemos conocernos bien y ver adónde nos lleva.

—¿Y cuando hayas descubierto todas mis imperfecciones?

—Pues me gustarás todavía más y me seguiré quedando con tus virtudes, que estoy convencido de que tienes muchas más.

No sé de dónde ha venido este magnífico regalo, ni si será un regalo envenenado, pero estúpida sería de rechazar a un hombre de este calibre. Y no, ya hablo más allá del físico.

Nos hemos quedado hablando un poco más sobre su historia. Tampoco soy una insensible, y ya que se ha abierto a mí, lo mínimo era poder darle mi apoyo. No imagino lo que tuvo que pasar cuando Mariona se quedó con su hermano. Por lo que parece, ahora se llevan estupendamente, y además, ellos dos nunca llegaron a tener nada. Con el tiempo se dio cuenta de que no era mujer para él, así que ahora se alegra de que no fuese a más en su día, y piensa que fue más un capricho porque la mujer le dijo que no en una noche de fiesta; en fin, sin comentarios, que yo empecé igual.

Sentados en una terraza, tomando un café tan tranquilos, parecemos una pareja. No digo amigos, porque no podemos parar de palparnos con las manos, y me siento en una nube. No lo reconoceré en voz alta, pero es así. No sé qué tiene este hombre, pero voy a tener que averiguarlo, porque me atonta a niveles que no conocía. Seguro que mis hermanos se ríen de mí por ello, así que voy a tener que maquinar la historia y aprender a controlarme cuando lo tenga cerca. Pero hoy... hoy creo que todavía no estoy saciada de él.

—¿Volvemos a tu casa? —le propongo con una sonrisa picarona.

—Suerte que lo has dicho, mis huevos están a punto de explotar —me contesta con sorna.

Capítulo 36

Nando

Ayer no salí de casa más que para llevarme a la mujer más espectacular de vuelta. Y bendito momento en el que lo hice. Creo que hacía años que no me pasaba todo un día encerrado, aunque si los pasara como ayer, no tendría ningún tipo de queja. Si no se quedó por la noche fue porque hoy es laboral y ambos trabajamos, pero no me importaría que se mudara mañana mismo. Tengo una edad y no para perder el tiempo.

¡Joder! Creo que debo tener mi polla en carne viva, porque el tute que he llevado este fin de semana no es normal. Uno ya empieza a sumar años, y aunque no he tenido quejas al respecto, espero que esta no sea la media a mantener, porque vaya ritmo tiene la mujer. Ahora, lo que más me ha fascinado es poderla tener en bragas todo el día a mi alrededor, eso sí que era tentador.

No hace falta que diga que me compensó con creces el sexo de la noche anterior. No se lo pedí, ni tampoco considero que lo hiciese forzado en su momento, pero puedo asegurar que tuve la mejor mamada de mi vida. La pasión con la que me comía la polla era digna de grabar, si ya su cara es puramente sensual, no os podéis imaginar su boca alrededor de mi amiguito. Eso solo fue el inicio, el mejor despertar. Lo que vino después, ya fue algo sin palabras.

El trabajo se me ha pasado súper lento, y suerte de que Miguel está fuera esta semana, porque si ayer Rafa ya me dio la tabarra a altas horas de la noche, no quiero imaginarme lo que hubiese sido hoy el otro. Aunque no sé si es peor adonde me estoy dirigiendo. Tengo que ir a ver a mi hermano, y aprovechar para pasar un rato con mis adorables sobrinitas. Un rato solo.

Cuando llego, no se sorprende. No sé si alguien le ha contado algo al respecto, pero voy a explicarle todos los detalles por si acaso. Nos acomodamos en la terraza y empiezo por el viernes noche. No me dejó nada, porque este es capaz de averiguarlo, así que mejor ser sincero de primeras.

—Te me has enamorado, hermano —me dice al finalizar.

—Eso son palabras mayores, Fer... —Que hay muchos pasos antes que ese.

—¿Y si se muda contigo hoy? —me pregunta.

—Pues encantado de la vida. No sabes tú lo que sería llegar a casa y encontrarme a esa mujer, levantarme con esa mujer, compartir bañera todos los días... —me callo, porque estoy viendo su cara y me doy cuenta del error que he cometido. La maldita duda de la que me habló Rafa en su día.

—Ahí lo tienes. —También se ha dado cuenta de mi pensamiento interno—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Luchar por ser la mejor imperfección de su vida. —Eso también me sale sin pensar. ¿Qué han hecho conmigo para empezar a decir gilipolleces?—. Vale. no, yo que sé qué voy a hacer. —Mejor así.

—Aprovéchalo, Nando, dure lo que dure, y no la cagues por una tontería. —Eso último va con

segundas, no podemos olvidarnos de que, a pesar de que hemos comprobado que no sería capaz de joderlo, sigue siendo la hija del doctor Gabás—. Y no lo dudes, métela en casa o se te va a escapar antes de tiempo. —Se ríe ahora.

No, no puedo meterla tan pronto en casa. Ya sé que a los treinta todo es diferente que a los veinte, pero convivir nunca ha sido mi fuerte y habrá que acostumbrarse poco a poco, digo yo. Que ambos tenemos nuestro espacio ahora como para tener que limitarnos.

Seguimos un rato más hablando hasta que llega Mariona con las peques y he dejado de ser el centro de atención. Sé que mi hermano la pondrá al día, así que no tengo por qué hacerlo yo. Las peques reclaman mi atención y, en un momento de locura transitoria, he accedido a bañarlas. Son dos pequeñas diablillas y eso que sus padres son las personas más santas que conozco. ¿Tendré hijos algún día? Anda que yo también, acabo de conocer a una mujer como Dios manda y ya me estoy cuestionando mayores. Qué rápido se me va la pinza.

Me despido de ellos prometiendo que pronto tendremos una cena los cuatro. No sé por qué hago promesas que no podré cumplir. No podemos correr tanto o, como me conozca del todo, se deshará de mí antes de tiempo. Ya sé que los conoce, pero no de manera oficial, bueno o como se llame esto. Y mientras voy de camino a casa, hago lo que he tenido ganas de hacer durante todo el día.

Nando:

Preciosa, ¿cómo ha ido el día? ¿Voy a poder verte esta semana?

Cristina:

Señorito... Ayer estuvo mejor... Y me debes unas croquetas, así que todavía no te vas a librar de mí.

Nando:

¿Solo unas croquetas? Entonces se van a hacer mucho de rogar...

Cristina:

Ni en broma. Mañana las quiero, a las 21.00, en mi casa, voy a echar a Nico, tenemos que estrenarla también, ¿no?

Nando:

Eso está hecho. Un beso enorme.

Y sí, no voy a negar que tras hablar con ella se me queda una cara de bobo. No sabía si llamarla o escribirle, pero al final me he decidido por que se esconda tras la pantalla. Saber que la voy a ver mañana me alegra, no negaré que hubiese preferido que me invitara a cenar hoy, pero por algo se empieza. Además, debo respetar eso de ir poco a poco y despacio, que las ansias me pueden y aún la voy a liar.

Me imagino que cuando aparece alguien así apuestas con todo y te da igual cualquier cosa, solo que con lo mismo que arriesgas, temes poder perder algo, y después del fin de semana que hemos compartido, es lo último que me gustaría. Y no, no solo nos hemos pasado el fin de semana cardando, que también nos hemos dado tiempo para conocernos un poco más. Poco, lo admito, pero de momento suficiente para saber que tenemos ganas de más.

Cuando llego a casa, sé que si me meto en la mía, solo pensaré en una cosa, porque ya me sucedió ayer y la sonrisa que me provocaba era de felicidad pura, pero hoy es demasiado pronto para caer en eso. Así que mejor voy al piso de enfrente, a ser yo el que taladre esta vez.

—Vaya, he pasado a ser el segundo plato —me recibe Rafa, saliendo de la ducha—. Ambos sabemos que si cierta morenaza con pequitas te hubiese propuesto algo, no estarías aquí —se burla.

—Pues probablemente, para qué mentir, vas a tener que aceptar que has perdido tu puesto.

—¿Me estás dando la razón? ¿Podemos llamarla oficialmente tu «novia»? —Y sigue con la broma.

—Pues no, porque hasta donde yo sé, no somos más que dos personas que se van a conocer.

—Pues espero que no te conozca igual que a Ignacio.

Vale. *Stop*. No me había parado a pensar en ello. También porque nunca he sido de querer conocer a alguien, siempre me he limitado a tirármelas y listo, así que los términos se definen muy rápido en ese aspecto. Pero Rafa ha dado en el clavo. Ella estaba con ese tal Ignacio cuando yo aparecí, no sé qué tipo de relación tenían, pero era evidente que había algo, y sin embargo, podía seguir haciendo lo que quisiera con los demás. Ya no solo por los besos que tuvo conmigo, sino porque también intentó ligarse a Rafa. Mierda. Eso no lo tenía contemplado.

¿Y si me ha dicho que nos vamos a conocer y su manera de conocer es esa? A ver, hay gente que mientras se conoce, cata a otras personas, cosa que les sirve para saber si lo que están conociendo es mejor o peor que lo que tienen. Pero esto no me gusta. Yo he disfrutado suficiente como para saber que la conexión que he sentido estos días es totalmente diferente. Voy a tener que hablar con ella de esto, porque a punto estoy de que me coja algo.

¿Y si hoy no hemos quedado porque tenía planes con otro? No puedo *emparanoiarme* con esto, nunca he sido así, nadie había hecho plantearme estas cuestiones. ¡Ay, madre! Lo que me faltaba.

—Tío, cambia la cara, que te has quedado blanco, que era broma. —Pues a mí gracia es lo último que me ha hecho—. No te me rayes ahora.

—¿Es normal?

—Pues si te tengo que contestar yo... —Vale, mal consejero—. Pero me alegro por ti. Si es que, al final, la gente se conoce de la manera más ridícula.

—Sí... Anda, trae una birra.

Que últimamente solo se gorronea en mi casa. Tiene razón, fue un encuentro ridículo y para nada habría imaginado acabar como estamos, pero así es la vida, dicen. Y lo más jodido es que de no haber sido por esa noche, no nos habríamos conocido. Miento, de no haber sido por mi hermano. O no sé, tal vez deba empezar a creer en el destino.

La cerveza con Rafa me sentó de puta madre. No hablamos más del tema Cristina, porque no hizo falta, pero sé que no tardaremos en retomarlo. No sé qué se avecina ahora, más que nada porque cuando la tengo delante no me controlo, así que no sé cómo reaccionaré cuando volvamos a encontrarnos.

No es que hayamos hablado mucho del tema, simplemente dijimos que nos dejaríamos llevar, y después del mensaje de ayer, confirmo que no era solo el fin de semana. No hemos dicho mucho más allá, porque creo que no podemos fiarnos de cumplirlo. Es mucho mejor ser nosotros y que salga lo que tenga que salir cuando nos veamos.

Que haya bromeado con lo de las croquetas significa que me ha perdonado el asunto, así que esta vez sí que le voy a traer las mejores del mundo y las podremos disfrutar juntos. Espero que se las coma con un poco más de reparo, porque de lo contrario, la cena no va a terminar. Estoy tan nervioso que hasta he pensado en traer flores.

Llamo al timbre y lo que menos me esperaba es que me recibiera de esta manera. Lleva una bata de seda de color azul cielo, y mucho me temo que lo que hay debajo me apasionará.

—Pensaba que habíamos quedado para cenar... —le digo antes de comerle la boca.

—Y yo pensaba que los españoles cenábamos más tarde —me dice antes de dar un salto y acoplarse a mí.

Sí, este es el mejor de los recibimientos. Lo que le decía yo a mi hermano. Llegar del trabajo y tener un encuentro así, eso sí que es felicidad en estado puro. Dejo la bolsa que traigo en el suelo del recibidor y cierro la puerta con el pie, tampoco quiero dar ningún espectáculo en el rellano. No tardo en depositar mis manos en su trasero, y efectivamente, debajo hay algo que me encanta, puesto que deja sus dos nalgas al aire y puedo agarrarlas a mi antojo. Ella me desabotona la camisa, y yo que había intentado vestirme presentable para la ocasión...

—Que estás muy *sexy*, pero te prefiero sin... —Como si me hubiese leído el pensamiento.

Me siento en el sofá, tampoco es que conozca su piso a la perfección y no creo que tenga reparos, así que con las ganas que nos invaden, cualquier sitio estará bien. La ayudo a sacarme la camisa del todo y tiro de la cuerda para sacarle el batín. No sé de qué se preocupa, tiene las dimensiones perfectas para mí. Me da igual que sus pechos sean pequeños, a mí lo único que me piden es que los devore sin medida. Y eso hago. No voy a contenerme, no hay nada que lo impida y está muy lejos de quejarse porque les preste atención.

Me entretengo con ellos, y no solo con las manos, sino que les dedico la atención que se merecen, y más cuando compruebo los pequeños gemidos que salen de sus labios y la fuerza con la que me agarra la cabeza para que no salga de ahí. No tengo manos suficientes para hacerla mía, así que tengo que dosificarme.

—O me quitas los pantalones o vamos a tener que ir a Urgencias —le advierto, cuando noto que algo ahí dentro va a explotar.

Y me hace caso, se levanta un mínimo para dejar que me los saque del todo y como si ya estuviera preparada me coloca un condón y me cuele en su interior. ¡Esto es una maravilla!

Lo que viene ahora no hace falta que os lo cuente, tal y como está cabalgando encima de mí, debo de estar por el asunto. ¡Ni en mis mejores sueños hubiese imaginado que una mujer pudiera provocarme tanto!

La abrazo lo más fuerte que puedo, notando cómo vamos recuperando la respiración, y dejo

que apoye su mandíbula en mi hombro para notar sus suspiros. Aprovecho para acariciarle la espalda suavemente y demostrarle que no soy tan capullo como me ha pintado siempre.

No sé cuánto tiempo pasamos en esta postura, hasta que ella decide que es conveniente levantarse y volverse a poner la bata de seda que llevaba. Experimento entonces una sensación de frío, otra que añadir a la lista de novedades para mí, pero de las que considero placenteras y buenas. Eso significa que necesito que esté conmigo, que con ella, seguro que es mucho mejor.

La veo coger una botella de vino y preparar dos copas. Yo sigo embobado mirándola, tiene ese efecto en mí y no puedo controlarlo.

—El baño es la puerta del fondo —me sonrío ya con una copa en la mano— y la habitación de mi hermano, a su derecha, ahí tendrás ropa para ponerte cómodo, me da igual dormir poco, pero esta noche eres todo para mí —suelta como si nada.

—Cris, múdate conmigo. —Tengo que aprender a pensar antes de hablar.

Capítulo 37

Cristina

Creo que me acabo de quedar en blanco. Sabía que estaba loco, yo también lo estoy y creo que tengo un radar para identificarlos, pero no tanto. No puede estar hablando en serio. Hace tres putos días que nos conocemos, por así decirlo, porque tampoco nos conocemos en absoluto. Madre mía, creo que me está tomando el pelo. Ha tardado bien poco en querer reírse de mí otra vez. Si es que ya decía yo que no podía fiarme.

—Cris, perdón, lo he dicho sin pensar. —Vale, eso es un avance—. Pero lo he dicho porque quiero hacerlo. ¿Qué más da que hayamos compartido solo dos días? Seguro que hay casos peores. Tenemos una edad ya como para saltarnos los inicios, y no concibo una manera mejor que esta para conocernos. Es nuestra oportunidad para apostar por ello y darnos cuenta de si es o no una locura. —Locura es poco, necesito beberme la copa de un trago.

—¿Me estás tomando el pelo? Si es broma no tiene gracia, Nando. Que quiera que te quedés esta noche es una cosa, pero...

—Lo pillo, no te preocupes. Vamos a conocernos a tu manera, solo pido que seamos sinceros el uno con el otro. Si hay más, quiero saberlo. —¿Perdón?

—¿Cómo? Dijimos que nos dejaríamos llevar, evidentemente que si aparece otra persona te lo diría. No tengo por qué esconderte las cosas... Parece mentira que estés diciendo eso. ¿En serio piensas que lo que me impide hacer las maletas e irme a tu casa es que quiera meter a otro aquí? —Soy muy lista pillando las indirectas.

—¿Qué otra cosa te lo impide?

—Pues podría darte una lista con cien mil razones, empezando porque eres un desconocido. —¿O es que soy la única que piensa que esto es una locura?

—Tengo toda la noche para convencerte —me dice, antes de desaparecer por el pasillo.

Este hombre está mal de la chaveta. Vale que no somos ningunos expertos en relaciones, pero me temo que su iniciativa no es la más coherente. La gente se conoce un poco antes de dar un paso como ese, y por mucho que la idea es tentadora, a ver, no voy a ser hipócrita y tener a mano un espécimen así, da mucho de sí, pero sigo creyendo que es una locura.

A muy malas, siempre puedo volver, ¿no? Hacerlo por temporadas. Unos días en su casa, unos días en la mía. Ir a pasar el fin de semana, volver un par de días aquí... Vale, ya la estoy liando, he empezado a planteármelo. Pero es que, a ver, mudarse tampoco tiene por qué ser definitivo, ¿no? Una pausa. ¿De verdad se pensaba que quería tener a otros por aquí? A ver, que esa opción siempre es factible, pero con lo que me ha dado en un solo fin de semana tengo como para contentarme más de un año. Y sin tener en cuenta que es el hombre más atractivo que se ha cruzado en mi camino, así que, ¿por qué cojones tendría que buscar a otro? ¿Que puede aparecer? Pues claro, eso es posible en cualquier relación, luego está el que te compensa más, y por eso te arriesgas o no. Yo estoy dispuesta a conocerlo, pero con paciencia y poco a poco.

Cuando vuelve, se ha puesto sus tejanos, pero sigue con el torso al aire. Como no se vista, sé de una que va a ser incapaz de cenar. Así que, por si a él le ha dado apuro entrar en la habitación de mi hermano, ya voy yo y le traigo una camiseta.

—Tengo hambre y quiero tener fuerzas —informo al entregársela, y así damos tregua al tema que nos ocupaba antes.

—¿Hoy podemos brindar por las casualidades? —me pregunta, cuando nos sentamos y vuelvo a tener mi copa llena.

—Claro que sí, y por las mejores croquetas —añado, cogiendo una de ellas.

Tras ese brindis, donde creo que las miradas hablan por nosotros y que vamos más allá de esta cena, procedemos a adentrarnos en una primera cita. Ahora sí. En estos momentos iniciamos lo que tendría que haber sido nuestra primera conversación. Es un poco extraño, puesto que nos hemos contado secretos más íntimos que los que debería saber una persona que acabamos de conocer, pero da igual. ¿Qué importa el orden cuando se está a gusto? Pues eso mismo pienso yo.

Estoy descubriendo que es mucho más de lo que me imaginaba, y que aunque vaya con esta imagen de perdonavidas por el mundo, es mucho más sensible de lo que aparenta. Dudo mucho que a estas alturas de la película esté tratando de engañarme. Vale, sí que quiere convencerme para que me mude con él, pero sería muy rastrero mostrándose diferente a como es. Al fin y al cabo, en dos días de convivencia, lo comprobaría.

Estoy a gusto y se me está pasando el tiempo volando. Tenemos mucho más en común de lo que aparentaba, y parece que sea todo mucho más sencillo ahora. No sé adónde fue a parar mi enfado del inicio, las ganas de ambos de fastidiarnos, el querer rematar la tensión que había... Todo. ¿Qué más dará que haga nada que éramos unos completos desconocidos? No, hace tiempo que supe que las relaciones no se miden por el tiempo compartido, sean del tipo que sean.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto, cuando me levanta para volver a acomodarnos en el sofá.

—¿Qué más dará? No tenemos por qué ponerle nombre. —Tiene razón, mientras estemos a gusto, creo que la etiqueta es lo de menos—. Quiero conocer a tus hermanos, de manera oficial, digo.

—Eso ya no sé si es tan buena idea... Tengo tres, y pueden ser muy duros, especialmente con mis novios —le advierto.

—Me gusta eso de «novios». —Pues a mí me asusta, y más tan pronto—. Pero ¿parezco preocupado? Estoy seguro de que me adorarán. Nico lo hace —dice antes de besarme.

—Lo pensaré...

—Tienes demasiadas cosas en las que pensar, y prometo que tendrás tiempo para ello, pero ahora... vamos a conseguir que no pienses —me dice, justo antes de lanzarse a por mis labios.

En realidad, lo tengo todo muy claro, y es que, por mucho que intente hacerme la dura, con este hombre me va a resultar imposible, soy demasiado vulnerable ante su presencia. Aunque, voy a tener que esforzarme para que no crea que me tiene antes de tiempo, para que se acostumbre a conseguir las cosas con un poco más de empeño, que si no, estoy perdida antes de hora.

Está sonando el despertador y quiero matarlo. Quiero agarrarlo con todas mis fuerzas y asesinarlo con mis propias manos. No recuerdo la última vez que lo odié tanto, como tampoco recuerdo la

última vez que dormí tan poco entre semana. A ver si va a ser verdad eso de que me estoy haciendo mayor.

—No sé a que hora entras tú, pero... —empiezo a decir hasta que me doy cuenta de que no tengo a nadie a mi lado.

—¿Café? —dice de repente, desde la puerta, con una sonrisa burlona.

—Aaaaarrrrg —me quejo—. Tendría que ser delito estar tan guapo por la mañana.

—Lo tuyo sí que es delito, pero múdate conmigo y lo verás todos los días.

—¿Te vienes a la ducha? —Mejor mostrarle quien manda aquí.

A eso no se niega, y como solo lleva los bóxeres puestos, le ha costado poco deshacerse de ellos y meterse detrás de mí. No sé si firmaría verlo todas las mañanas de esa guisa y con el café preparado, pero negarse a la ducha compartida, eso sí que sería de idiota nivel máximo. Vale, para qué mentir, lo primero también sería de imbécil. ¿Por qué nos entendemos tanto?

La ducha ha sido rápida pero intensa. Una tiene que controlar los tiempos, pero se puede disfrutar tanto en cinco minutos como en media hora. La cuestión no es lo que dura, sino... ya me entendéis. Creo que ya tendremos ocasión de lavarnos mutuamente y de enjabonarnos bien.

—Te puedo acercar al trabajo si quieres —se ofrece como si nada.

—¿Te acompaño a casa a cambiarte?

—¿Tienes tiempo para desayunar?

—¿Cenamos esta noche?

—¿Te vienes a dormir?

—Míranos, la mejor pareja de la historia —me burlo—. Yo te acompaño a casa, te cambias, paramos de camino a la oficina a desayunar, me dejas en el trabajo, nos pasamos el día mandándonos mensajitos, te advierto que los prefiero subditos de tono, vengo a cambiarme al salir, preparo la muda para mañana y traigo comida para cenar en esa isla que...

—No concibo un plan mejor, pero acepta mi propuesta.

—Veremos qué bolsa traigo hoy —le digo, antes de plantarle el mejor beso que hemos tenido hasta el momento.

Epílogo

¿Todo el mundo se vuelve tan cursi cuando ha encontrado, supuestamente, a la pareja de sus sueños? Porque cualquier podría reírse de nosotros en cualquier momento. No hay día en que no nos demos un mimo amoroso o que no nos enviemos un mensaje cariñoso. Admito que también los hay subidos de tono o fotografías insinuantes, pero esos somos nosotros.

Dos años han pasado desde que me crucé con el impresentable que se está preparando para la cena y me robó unas croquetas. Dos años han pasado desde que cometí la mayor de mis locuras y me metí en casa de un hombre al que llevaba dos días conociendo. Pero no me metí para disfrutar un fin de semana, o un par de días, no, me metí y ya no hubo manera de sacarme de ahí.

Accedí a ser yo la que me trasladara, así le dejaba el piso a Nico, y fue un buen gesto, puesto que Enrique se fue a vivir con él. Y debo aclarar que cuando me fui de allí, lo hice para unos días, tenía la intención de volver. De hecho, pensaba que no sería capaz de compartir tanto tiempo con una persona, pero me equivoqué. Cuanto más días pasaban, más claro tenía que no me movería de ahí. ¿Para qué salir del paraíso?

Vale, que no todo ha sido de color de rosa, sigo sin acostumbrarme a que Rafa entre como Pedro por su casa. Hemos tomado medidas al respeto y estipulado unas normas, pero ni intentando mostrar el mayor de mis enfados accedieron a que nos devolviera las llaves, así que... Mónica también tiene unas y eso le toca las narices a Nando, pero ajo y agua; si él no cede con eso, yo tampoco. Que eso de darle las llaves por precaución, por si nos las dejamos y todo lo demás, está muy bien, pero este desayuna más con nosotros que en su casa.

En fin, que tampoco me molesta mucho. Os estaba contando estos dos años. Pues así, os voy a hacer un resumen que tampoco quiero aburriros mucho. Conoció a mis hermanos, en una cena para inaugurar el piso, y lo que más me fastidió es que tenía razón, poco tardó en conquistarlos, y ahora han añadido un aliado más en mi contra, así que... más para fastidiarme. Porque, claro, a mis cuñadas se les cae la baba con él, total que también las tiene de su parte. Ellos lo encuentran divertido, yo no. Y Nando se dedica a chincharme después de cada reencuentro familiar.

Con mis padres no fue diferente, si es que no paro de recordarle lo engañados que los tiene, porque digamos que juega el papel de niño bueno a la perfección, y lo jodido es que se lo creen. Ya me gustaría a mí que supieran todo lo que hace dentro de estas paredes, seguro que escandalizarse es poco. Pero no voy a dejarlo mal, que lo quiero mucho. Sí, he dicho «querer», y para ser sincera, nos lo dijimos a la semana de convivir, y nos lo dijimos a la vez, después de un polvo descomunal en su bañera. Ni que hubiese estado planeado.

He superado toda inseguridad que pudiera tener, no me ha quedado otra, pues Nando no ha sido muy permisivo con ello. Pero ¿sabéis? Con todos mis defectos, he conseguido al mejor hombre del mundo, y por muchas imperfecciones que tenga, se sigue quedando con mis pequeñas virtudes.

También he dejado de lado el confundir a los hermanos. Se parecen, sí, que tampoco llevaban una careta cuando jugaron conmigo. Pero Nando vuelve a llevar el pelo más largo y la barba de

dos días desarreglada. Eso lo hace estar más interesante, si es posible. Además de que, si te fijas bien, la cara de Fer es más alargada, y ahora que los he visto en bañador, sé perfectamente quién es mi hombre.

Hoy tenemos una celebración, mi padre al fin ha decidido jubilarse, y aunque va a seguir con sus acciones, le ha cedido el puesto de la junta a Fer, después de todo, van a ser familia, Nando y yo nos prometimos hace poco. Si no lo he dicho antes, es porque no fue nada romántico y porque no hemos hablado más del tema. No necesitamos firmar un papel para saber que nos tenemos, solo que le apeteció pedírmelo formalmente. Ya veremos cuándo sucede eso.

—¿Crees que anunciar un embarazo en medio de la cena es buena idea? —me pregunta de repente, y creo que se me ha desencajado la mandíbula.

—¿Quién de todas espera un niño? —Ya me jodería que mis cuñadas se lo hubiesen dicho antes a él que a mí.

—Cris, llevas dos semanas de retraso, solo espero que no vengan dos de golpe.

—¿Cómo? —¿Qué clase de novio controla los períodos?

—Échale la culpa a mi hermano, pero hazte el test antes de salir por esa puerta.

Creo que me he quedado inmóvil. No solo porque la noticia tendría que ser al revés, sino porque no me creo que no me haya dado cuenta del retraso, no me creo que esto pueda ser verdad y no me creo que se lo esté tomando tan bien. ¿Un niño? ¿Es que acaso nadie se dio cuenta de que me gustan para un ratito? Más vale que sea mentira y el retraso sea debido al estrés, porque también me he olvidado decirnos que Mónica se casa la semana que viene, y esa boda si que nos está llevando por el camino de la amargura. No he visto novia más atacada. Pero centrémonos. ¿Dos? Ni de broma, las gemelas ya le han tocado a Fer, conmigo que se dejen de historias.

—Cristina, ¿tengo que ayudarte con esto? —Me vuelve a enseñar el test—. Si me meto contigo en el baño, no llegamos. —Y no, no sería la primera vez que nos retrasamos por...

Anda que cualquiera diría que tengo treinta años. Que bien sé que hacerlo sin protección tiene sus riesgos, solo que nunca estás suficientemente preparada para ello cuando no lo has buscado y cuando creías estar tomando la píldora de forma correcta. Digo «creía», porque ya, después de todo, no sé si me la habré saltado o no. Si es que ya decía yo que no tengo cabeza para tanta memoria y que las cosas solo me suceden a mí.

Los tres minutos más largos de mi vida. Os lo juro. Estoy histérica y a punto he estado de coger una botella de vino de la nevera, pero Nando me ha frenado a tiempo.

—Mis sospechas son ciertas. —Veo que sonrío.

—Y, ¿por qué estás tan contento? —Porque a mí alegría precisamente....

—Porque no puedo esperar a tener una mini Cristina por la casa.

—Pues yo quiero un mini Nando. —Puestos a elegir.

—Ni en broma.

—¿De verdad vamos a ser padres? —Volvamos a la cuestión importante.

—Dejemos que sea la noche de tu padre y Fer y mañana vamos al médico, pero sí, pequeña, creo que vamos a ampliar la familia, ahora ya no vas a poder demorar mucho la boda —me dice antes de besarme—. Pero no estoy asustado, así que deja de estarlo, juntos vamos a por todo.

Y sí, juntos vamos a por todo. Eso fue lo que me prometió la primera noche tras la supuesta mudanza, y así seguimos. No tengo miedo si es con él, solo estoy aterrada porque no estaba preparada para una noticia así. No sé cómo lo afrontaremos, pero juntos estoy segura de que seremos capaces de cualquier cosa. Así que, nunca subestiméis cualquier escena, unas croquetas pueden dar mucho de sí.

FIN

Agradecimientos

En esta ocasión, voy a empezar por darle las gracias a Nando y Fer, porque llevaban tiempo en mi cabeza y necesitaba darles una historia. *Tú a Londres y yo a California* o *Dos por el precio de una* siempre han sido películas que me han maravillado, y un juego de gemelos me pareció una buena idea. Ellos me dieron las alas y se portaron muy bien. Cristina también me ha hecho el viaje más fácil, puesto que su personaje ha cobrado vida propia y ha ido todo fluido.

Quiero seguir agradeciendo a mi familia por la confianza que depositan en mí con todo este proyecto de la escritura, que siempre ha sido un *hobby*. Empezando por mis padres, por el apoyo y, especialmente, a mi madre por ser fiel seguidora y lectora. A mis hermanas, por seguir disfrutando de mis libros; mis abuelos, por todo el amor que depositan en mí y lo fácil que hacen que crea en el amor; a mis primos, por la ayuda de la publicidad; a mi tío Elías, por mostrar esa felicidad en mi ilusión, y a mi tío Xavi, por ser uno de los motores que me impulsa a creer en mí. Sin olvidarme de mi pareja, que me acompaña en todo el proceso y no deja de hacer que me valore, gracias a él puedo seguir creando historias románticas.

Agradecer, especialmente, a Carmen por compartir conmigo todas mis ideas, por ser un pilar en mis historias, por debatir mis novelas a conciencia y por disfrutar de todos nuestros debates. A Mariona, por transmitirme esa felicidad al acabar un libro y por querer saber más del resto. Ellas dos, puedo decir que son mis acompañantes de croquetas, así que este libro tiene un pedacito de ella (sin olvidarme de Andrea, que aunque esté lejos, también ha sido partícipe).

Agradezco también la confianza que depositan en mí: Sandra, Laura, Elena, Andrea, Mireia, Marina, Carla, Anna, Albert... y seguro que podría enumerar a muchas más. Me encanta cuando preguntan por mis avances, me dan fuerzas como para querer seguir y plantearme una nueva historia.

Especial agradecimiento a Carla, por todas las lecturas que hemos compartido y los debates, porque en todos ellos hace que crezcan las ideas y me ayuda a visualizar nuevos personajes. Por todas esas conversaciones de planteamientos de trama y por ayudarme a coger una dirección.

Agradecer a Ingrid por el esfuerzo en encontrar la foto perfecta que refleje la historia, por poner su ilusión en hacerlo bonito y apoyarme sin dudas. Y a Patricia, por el trabajo en diseñar, en entender mi idea y querer plasmarla de la mejor manera. A las dos, por la paciencia y la rigurosidad. Me han acompañado en todo el proceso y han sabido terminarlo de la mejor manera.

Esto no tendría lugar sin la ayuda de Elisa Mayo, quien se ha marcado un trabajazo de corrección y maquetación. Volví a contar con ella después del primer resultado y sigo agradeciéndole lo más grande por esto. Sin ella no sería capaz de sacar a la luz estas páginas. Ella hace que cojan la verdadera forma y que podáis disfrutar plenamente de la historia.

Y por último, vosotras. Porque si estáis leyendo esto es porque disfrutáis de las comedias románticas y porque habéis depositado vuestro tiempo en mí. Porque no hay nada mejor para un escritor que tener lectores que acaben con una sonrisa. Espero, de verdad, que ese sea el resultado. Agradezco muchísimo que tengáis este libro entre las manos.

Muchas gracias a todos, y espero que nos encontremos de nuevo muy pronto.

